

ESCÉPTICOS, NARCISOS, REBELDES

6 estudios sobre la juventud

Torres-Rivas, Bronfenmajer
Cassá, Molina Chocano
James-Bryan



301.158

E78e Escépticos, rebeldes, narcisos: seis estudios sobre la
juventud / Edelberto Torres-Rivas...[et al] -- 1.
ed. --San José : FLACSO, 1988. p. 309

ISBN 9977-68-009-4

1. Delincuencia juvenil. 2. Juventud - América
Latina. 3. Trabajo de jóvenes - América Latina. I.
Torres-Rivas, Edelberto. II. Título.

Producción Editorial: Raúl Figueroa
Vilma Herrera

Levantado de texto: Virginia Calvo
Maritza Matarrita

Diseño de Portada: Alfredo Aguilar
sobre una idea de JAC.

Los trabajos publicados en este libro son exclusiva responsabilidad de sus autores
y sus opiniones pueden no coincidir con las de las Organizaciones patrocinantes.

FLACSO - CEPAL



52239

INTRODUCCIÓN AL ANÁLISIS COMPARATIVO DE LA JUVENTUD*

Edelberto Torres-Rivas

I. EL CARÁCTER MÚLTIPLE DE LA CONDICIÓN JUVENIL

Con la celebración del Año Mundial de la Juventud el tema y el problema se reunieron para subrayar la creciente importancia de la juventud. El tema es un asunto sociológico, vale decir, de conocimiento a través de un ejercicio intelectual. El problema remite a la dinámica social y a las políticas que buscan soluciones plausibles. La celebración institucional se ha realizado respondiendo a la importancia del problema y a la naturaleza temática renovada. No obstante, las investigaciones *strictu sensu* sobre la juventud todavía no son numerosas ni sustantivas. Le damos a esta temática un tratamiento más bien ensayístico -en el sentido de juego de ideas- rehusándonos a situarlo en un verdadero contexto de descubrimiento.

En el contradictorio contexto latinoamericano que experimenta por un lado los efectos desorganizadores de la crisis económica y por el otro la estabilización política lograda por la vía aún insuficiente de la democracia electoral, la División de Desarrollo Social de la CEPAL decidió llevar adelante un Seminario para examinar los problemas de la juventud en algunos países del área. Los trabajos presentados en esa ocasión, se refieren a una situación que por lo visto es común a los diversos países de la región: la condición juvenil adquiere nuevos tonos, reitera nuevos problemas y asume una dimensión múltiple que todos estos trabajos describen de manera unánime. Es la referencia al fin de un período de modernización y cambio que colocó a la juventud en una situación de nuevas oportunidades y ventajas, que adelante se analizan. La crisis actual, genéricamente hablando, es una crisis del mundo adulto (aunque no de los adultos), de lo que los mayores hicieron bien o mal, o dejaron de hacer, y cuyos efectos se revierten

* Este análisis introductorio no incluye desafortunadamente el trabajo de Maryl James-Bryan "La Juventud de los Países del Caribe de Habla Inglesa: El Alto Costo del Desarrollo Dependiente", que sin embargo se publica en este libro.

por momentos, directamente, sobre los que vienen atrás, los que esperan poder integrarse alegremente o con dificultades a un mundo que les parece hoy día estrecho y ajeno.

Los cinco documentos que conforman esta publicación -así como el conjunto de trabajos publicados en el No. 29 de la *Revista de la CEPAL*- ejemplifican bien esto que hemos calificado como una múltiple dimensión común. El problema juvenil encuentra su explicación estructural, en el punto de partida, en la forma como se desarrolla el mundo adulto, que es en rigor el modo contradictorio de funcionamiento de la sociedad global. El comportamiento de los padres -sus éxitos, fracasos, la violencia de sus vidas, el trabajo, la creación o la derrota- condiciona ciertamente las pesadillas y el sueño de los hijos.

Se produce además de lo señalado, la emergencia de un contexto propio, de necesidades de afirmación y reconocimiento particular para los jóvenes. Son las exigencias propias de una cultura que para funcionar necesita hoy día integrar a su manera pero cada vez más diferenciadamente. Un amplio conjunto de condiciones socioculturales entran a formar parte de la definición existencial del joven. En el inmediato pasado esto no fue así. Los trabajos sobre la juventud padecían tradicionalmente de un reduccionismo al parecer inevitable. Eran estudios sobre la juventud estudiantil, y aún más, sobre el sector universitario. Como objeto de análisis, nada más a la mano del investigador que el agrupamiento social que se encuentra en el aula.

Antes, como ahora, la población juvenil está formada también por otros sectores sociales. Aún siendo mayoritarios eran poco reconocibles. No es casual, sin embargo, que los más pobres sean los más olvidados y que la escasa literatura sobre el tema sólo esté siendo superada lenta y dificultosamente. Los trabajos aquí presentados constituyen avances importantes en la atención a la diversidad de condiciones sociales entre la juventud.

La definición de quién es joven no tiene solamente un valor académico, pero es siempre problemática pues lo que constituye su fundamento, sus características y su dinámica es de naturaleza histórica. Hace casi dos décadas, en un trabajo que sin duda anticipaba el tema, decíamos que el problema de la juventud latinoamericana estaba calificado por

“situaciones surgidas en una etapa determinada de la vida durante la cual son decisivas tanto las influencias y orientaciones recibidas de afuera, como la satisfacción a ciertos intereses vitales propios”. (Adolfo Gurrieri y Edelberto Torres-Rivas, 1971).

Con ello se quería subrayar el carácter dual de la condición joven, no tanto por sus referencias a la niñez y a la edad adulta de las que quieren alejarse sino porque en este período son importantes tanto la socialización anticipada en las obligaciones y derechos del mundo adulto como porque éstas generan intereses particulares, propios de la edad y cuya satisfacción resulta decisiva como condición de la integración que viene necesariamente después.

En la perspectiva cambiante de la historia, la cuestión juvenil ha venido constituyéndose de manera distinta. A comienzos de los sesenta, en un

penetrante análisis sobre el desarrollo latinoamericano, el maestro José Medina Echavarría propuso la hipótesis de que la juventud latinoamericana podría ser calificada de "perpleja", por comparación en aquel momento con la "escéptica" juventud alemana y europea. Los vientos del sesenta y ocho no habían soplado todavía con intenciones de huracán y mas bien se asistía a la reconstrucción de una sociedad herida profundamente por la guerra. Es decir, lo de perplejidad aludía a elementos de incertidumbre, vacilación o duda relacionada con aspectos de ansiedad que acompañan siempre los procesos inminentes de cambio. El análisis del maestro Medina se hacía en el momento en que América Latina comenzaba ese ciclo de crecimiento que hoy día advertimos como importante y que abarcó en su desarrollo temporal a más de una generación en las décadas de los años 60 y 70.

Tal como lo demuestran los trabajos aquí presentados y más aún la bibliografía existente sobre el tema, las investigaciones sobre la juventud latinoamericana han experimentado, primero, una variación en el enfoque y luego, una ampliación de posibilidades temáticas, con utilización de metodologías que incluyen la encuesta y el trabajo de campo. En relación con lo primero, ya se ha dicho que varió la óptica que identificaba al joven con el estudiante, no tanto porque la relación entre la edad y la dedicación aparecieran asociadas, sino porque como consecuencia de ello, la visibilidad de la condición juvenil resultaba mejor representada y socialmente reconocida en el movimiento estudiantil.

La utilidad de esta "reducción" ha sido superada al ampliarse los límites conceptuales o definatorios como resultado de los importantes cambios sociales de las dos décadas mencionadas, que constituyen un ciclo de modernización que se va cerrando a comienzos de la década actual. Este aspecto constituye sin duda el aporte más sustantivo de los trabajos que se presentan aquí y a los que habrá que referirse más de una vez en esta presentación.

Las investigaciones sobre el tema que, reiteramos, aún no son muchas ni totalmente satisfactorias, admiten una clasificación según sea el punto de partida que adopten. En una óptica facilitada por el uso de indicadores cuantitativos, a la juventud se le encuentra, como operación de reconocimiento obvio e inevitable, por su edad. A su existencia biológica como categoría etaria se le encuentra luego una significación sociológica que no resulta de ninguna manera difícil de encontrar. Con un énfasis inicial más atento a los resultados del ciclo de transformaciones estructurales de las últimas décadas, a la juventud se le define como categoría sociocultural, de origen histórico y por ello, con una presencia que no siempre es igual ni en el tiempo ni en la misma sociedad ni entre países distintos.

En efecto, los jóvenes en el sentido biológico-estadístico han existido siempre. En la dimensión sociocultural, no. Hay transformaciones estructurales vinculadas al ámbito de la expresividad cultural, de la sociabilidad intergrupala, del consumo que no tiene que ver con la satisfacción de las necesidades básicas, resultado del crecimiento económico, la diferenciación social y de oportunidades. Es lo que se denomina aún más imprecisamente que antes, un ciclo de modernización en América Latina. Es este

movimiento de la sociedad lo que hace más visible a la juventud y lo que a su vez requiere de una conceptualización más precisa. Como puede deducirse de este enfoque, la vinculación entre teoría social y realidad social es inevitable pero enriquecedora.

Veáse por ejemplo, en relación a esta constatación elemental, los diversos y hasta casi opuestos razonamientos que se hacen en los trabajos sobre Honduras y Venezuela aquí presentados. Del conjunto de cinco países que componen el volumen, estos dos países presentan situaciones extremas en el plano del desarrollo social y el crecimiento económico. En el documento de Gabriela Bronfenmajer (*Juventud y sociedad en Venezuela*, p. 25) se reconoce la importancia que adquiere la juventud como categoría social diferente como consecuencia de una fase de transición estructural de largo plazo en la que son importantes la modernización de la vida social venezolana y el papel asistencial del Estado. Se trata -según ese trabajo- de una categoría social de constitución reciente en Venezuela, lo que ha estado determinado por la formas de cristalización del ciclo de modernización de que se viene hablando. Guillermo Molina Chocano (*Juventud y sociedad en Honduras*, p. 145), a su vez, precisa en el inicio de su trabajo que el peso cuantitativo que tiene el segmento joven de la población hondureña no se expresa como una categoría social distinta “que se diferencie significativamente del resto de la población típicamente adulta” (Molina Chocano).

El supuesto en el que descansan estos análisis distintos corresponde a los cambios experimentados por la sociedad, que por lo visto son mayores en Venezuela que en Honduras, supuesto que alude específicamente a la conceptualización teórica común a ambos, es decir, la constitución de un amplio espacio mesocrático, vinculado aunque no sinónimo de la categoría de clases medias, utilizado para otros propósitos.

II. EL ESPACIO HISTORICO DE LA JUVENTUD: SEMEJANZAS Y DIFERENCIAS

Es este espacio histórico comparativo en el que se encuentra esta nueva realidad que informa los estudios sobre la juventud latinoamericana. A todos ellos es común un hecho demográfico que al parecer constituye un rasgo estructural de la sociedad subdesarrollada: la existencia de un sector mayoritario joven en el total de la población nacional. De manera aún más precisa, diríamos que lo que en estos trabajos se entiende básicamente como joven -es decir los seres comprendidos entre los quince y los veinticuatro años de edad- es una clasificación que comprende un segmento estadístico y humano respetable, entre el 18 y el 22 por ciento de la población total. Otro problema ya superado por la reiterada utilización de estos límites de edad, es si es o no arbitrario establecerlos utilizando una variable discreta o continua. En todo caso, la mayoría demográfica contrasta con la que existe en los países más desarrollados, en donde la juventud comprendida en los tramos indicados comprende en los países de la OECD un promedio del 11 por ciento.

Aún más, en cuatro de los cinco trabajos aparece destacado un proceso de rejuvenecimiento poblacional si se atiende al período comprendido entre los censos de 1950 y los que se hicieron alrededor de 1980, así como en las correspondientes proyecciones hasta el año 2000 (CELADE, 1983). Es ésta, como es bien sabido, una tendencia cada vez más débil pero existente y que probablemente tiene límites que están próximos a alcanzarse en los próximos años, pero que contrasta con el “envejecimiento” que ya constituye un rasgo alarmante de las sociedades postindustriales. No es nuestro propósito ensayar un ejercicio comparativo sobre las ventajas y debilidades de un contexto gerontocratizado. Probablemente las sociedades más desarrolladas pueden atender con ventaja el mantenimiento de una población ya inactiva por vieja, que las subdesarrolladas aseguran las condiciones mínimas de sobrevivencia a una población igualmente improductiva por joven.

El espacio histórico comparativo a que aludíamos, tiene entonces por base una población joven numéricamente importante. Son los cambios producidos en el interior de esta población abundante los que interesa reseñar a partir de las investigaciones que se presentan aquí. De nuevo tiene importancia preguntarse quién es joven juntamente con la interrogación de dónde y cuándo lo son. La sociedad cuando se desarrolla -es decir cuando crece y se diferencia hacia adentro- tiende a prolongar el ciclo de transición entre la infancia y la vida adulta. Ello se produce de múltiples formas, sin posibilidad de encontrar modelo alguno, en función de la historia y la cultura particulares de los diversos agrupamientos humanos. En general, sin embargo, se puede decir que las culturas de base campesina, atrasadas en el sentido de Gerschenkron, comprimen la transición porque se preparan desde la temprana edad para enfrentar responsabilidades y tareas. El ciclo es breve y la juventud no aparece salvo que se le mida con manía estadística y con fobia por la historia.

A su vez el capitalismo, a medida que se va desarrollando (aún en condiciones de subdesarrollo y dependencia) amplía esta etapa biológica que necesariamente atraviesan todos los seres humanos; el desarrollo de las fuerzas productivas, extraordinariamente dinámico en el centro, reflejo y débil en la periferia, crea las bases para una activa diferenciación de la estructura social y de la cultura, especialmente hoy día, de una cultura de consumo de masas. Este mercado necesita “crear” su propia demanda, su propia juventud. Con ésto no se afirma que el capitalismo produjo la condición juvenil pero sí que le ha permitido vivir su autonomía transicional a través de formas de existencia en que se valoriza el entrenamiento educativo, en que se amplían los horizontes culturales, en las que se cultiva una sensibilidad de grupo que favorece la autoidentidad, antes desconocida, etc. Todo esto no evita, sin duda, la naturaleza contradictoria que oscila entre la omnipotencia y angustia de la conducta joven, pero con nuevos referentes que las investigaciones aquí presentadas intentan describir.

Para nuestro propósito, la forma histórica en que se procesa el cambio estructural del que venimos hablando, en el que “aparece” la juventud hoy día está vinculado a la generalización relativa de la educación, al creci-

miento de las ciudades y con ello de la *vida urbana*, el aumento constante, todavía sin límites previsibles, de los medios de comunicación e información de masas, a nuevas oportunidades de *empleo* propiamente juvenil, al mejoramiento y ampliación de nuevas formas de participación social que tienen que ver con la consolidación variable de *procesos democráticos*. Este conjunto de rasgos no son nuevos pero aparecen dotados de una dinámica mayor en la postguerra y en especial en las décadas de los años 60 y 70 y están asociados al crecimiento industrial, la modernización de la agricultura, el crecimiento de los servicios y de las funciones del Estado. Todo ello permitió elevar los niveles de vida de la población en general, reforzando aún más aquellos sectores medios que pasaron a ser decisivos en la política, la educación, la conducción empresarial, etc.

Este conjunto de proposiciones generales están desarrolladas más o menos explícitamente en los casos nacionales considerados en los trabajos de los cinco países. Por lo menos en tres de ellos se subraya que los cambios económicos y políticos anteriores al desencadenamiento de la crisis internacional, son los que permiten afirmar, por un lado, que la cuestión juvenil aparece necesariamente vinculada a estos cambios, y que sin la comprensión cabal de los mismos, por el otro, no es posible comprender las modalidades que asumen en cada uno de los países. Roberto Cassá (*Juventud y sociedad en República Dominicana*) es probablemente el más enfático al decir que en la República Dominicana es tardía la aparición del problema juvenil y que su emergencia, de manera no convencional sino como un fenómeno nuevo y real, sólo se explica por el desarrollo del capitalismo urbano-industrial de finales de los sesenta. La misma idea de una sociedad en trance de rápida modernización aparece en el trabajo de Torres-Rivas (*La cuestión juvenil en Costa Rica*), cuando se precisan tres condiciones que permiten visualizar un nuevo problema juvenil: su emergencia es sobre todo, del ambiente urbano, ciudadano; la modernización del estilo de vida acentúa sus efectos sobre todo en los jóvenes de las clases medias y es resultado de un ambiente más participatorio y democrático que "coloca los problemas juveniles en el ámbito público de urgencias" que se deben atender (Torres-Rivas, p. 130). Como se verá de inmediato, la experiencia venezolana es similar.

En relación a Nicaragua, los procesos de modernización y cambio fueron parecidos pero condujeron al desencadenamiento de una crisis política antidictatorial, en la que la participación juvenil fue decisiva. Por su carácter particular, se le menciona en la penúltima parte de esta introducción. Detengámonos un momento en los otros ejemplos.

De los cinco casos bajo análisis, Venezuela es sin duda la sociedad más desarrollada. La utilización de la cuantiosa renta petrolera en aumento hasta 1983-1984, estuvo vinculada a una creciente estabilidad política que se alcanzó después de la caída del dictador Pérez Jiménez y a los inicios de bipartidismo político. La transformación de la estructura agraria comenzó en los años 40 y los procesos democráticos a finales de los 50. La generación que nació después de 1960 -es decir, la juventud actual (el 21.2% del total de la población)- constituye una generación particular porque ha vivido en

el seno de una sociedad que experimentó su ciclo de modernización de una manera rápida y acentuada; son generaciones urbanas que respiraron además los aires de la democratización de sus estructuras políticas.* En el transcurso de este ciclo, el 80% de la población se hizo urbana y se concentró en ciudades industriales o comercial-administrativas. La expansión de la educación ha sido paralela a este dinámico crecimiento demográfico y económico. En 1950 las tasas brutas de escolarización eran del 51% en la educación primaria, el 3% en la media y el 1.3% en la educación superior. En 1981, el salto indica que hay un 93% para la primera, un 45% para la educación media y un 20% en los estudios superiores, por lo que Venezuela supera ya a dos países de evolución temprana en la cobertura educativa como Uruguay y Chile.

Y tal como sucede en experiencias de desarrollos económicos recientes, la institución educativa se “adelanta” en relación a las oportunidades de trabajo productivo o aquellas que se manifiestan en nuevos canales de participación política integradora, por lo que como señala el trabajo de Bronfenmajer la educación ha podido “compensar” aquellas limitaciones de los órdenes económico y político, funcionando sobre todo como un sistema eficaz de integración de masas y, en general, como un modo de contención de tendencias a la movilización populista y a las opciones insurreccionales que se intentaron, como breves estallidos de violencia, a comienzos de los 60s. Tanto la urbanización habida como el aumento de las oportunidades educativas corresponden a un evidente mejoramiento en los niveles de vida de la población. Y con ello, a la ampliación de los estratos medios de la sociedad. Tanto el consumismo como la difusión de ciertos valores cosmopolitas vinculados a experiencias de sociedades más desarrolladas, han creado eso que llamamos una amplia capa intermedia donde la condición juvenil florece vigorosa.

No es casual tampoco que en la experiencia de República Dominicana, no sólo se hable de la *tardía* aparición de la cuestión juvenil, sino que ésta se vincule directamente con un sector social: las clases medias. No hay juventud nacional genérica -afirma el trabajo de Cassá- sino una categoría etaria encarnada históricamente en un sector social en un contexto de posibilidades y realizaciones. Ese contexto, al igual que en Venezuela está signado por las luchas democráticas que se iniciaron con la muerte del dictador Trujillo en 1961, y que alcanzaron su apogeo con la llamada “Revolución de Abril” de 1965, que trajo consigo la intervención norteamericana. En todos estos hechos y con el advenimiento de una mayor estabilidad democrática, la juventud fue decisiva.

*. En todos los casos aquí presentados, no sólo ha habido crecimiento urbano sino que el porcentaje de jóvenes que vive en ciudades o centros urbanos ha ido en aumento y constituye hoy día una proporción mayor. De ahí que es posible decir que la juventud tiende a ser cada vez más urbana en relación a los otros grupos de edad. Por ejemplo, los niños en Nicaragua, Honduras y República Dominicana viven en el campo en su mayoría. Las ciudades tienden a ser sitios de gente joven. La migración, que no es posible analizar aquí, es la causa mayor de este resultado; las tasas de natalidad, además, son mayores en el campo.

Aunque el ciclo de crecimiento económico no se apoyó en bases tan sólidas como la de un país petrolero, la economía de República Dominicana también atravesó un período de auge en su producción industrial interna y en su comercio internacional. Fue intenso en los años setenta con la ampliación de las exportaciones agrícolas y aún un poco antes y “fue tan acentuado que permitió (entre otras cosas) una absorción del empleo” disponible (Cassá, p. 236). También se modificó en términos relativos la vida urbana, el sistema educativo, la competencia política, etc. En 1981, la mayoría de la población (el 52% del total) era urbana reciente, como resultado de intensas migraciones desde el campo hacia los polos urbanos de modernización y crecimiento. El carácter agrario de la sociedad dominicana se ha mantenido a pesar de los cambios habidos y ello explica que el campo retenga aún importantes masas de población.

No obstante lo anterior y paralelo a tales cambios, también aquí la educación conoció un auge importante. Para 1983 ya sólo el 25% de la población mayor de 10 años era analfabeta, y la población menor de 29 años asistía a la escuela en un porcentaje superior al 54%. El período postrujillista fue importante, a pesar de las notorias dificultades heredadas de una fuerte tradición autoritaria, que se resistía a la renovación social y política del país. La juventud fue el sector social más sensible a estos cambios y sin duda, la que vivía en zonas urbanas. Entre 1960 y 1981, la población en el nivel intermedio o secundario de la educación creció de 6.5% a 20.5%; y en el nivel superior, pasó de 0.5% al 3.4%. Sin embargo, en pocos países como en éste la segmentación educativa es tan profunda, por las diferencias y desigualdades que separan cada vez más la ciudad y el campo o las que se originan en una estratificación que todavía se apoya en diferencias de color.

Un fenómeno que no se menciona en estos trabajos, y que ya ha sido objeto de numerosas investigaciones, es el de la migración laboral internacional, especialmente hacia los Estados Unidos. En República Dominicana ha sido un fenómeno de masas, analizado desde diversos ángulos. Una reciente investigación sobre el tema, hecha por Wilfredo Lozano y colaboradores, comprueba que son personas entre los 20 y los 30 años los que constituyen el grueso de la población que sale en busca de nuevas oportunidades de progreso personal. Se trata de jóvenes trabajadores en su mayoría con alguna calificación profesional, que normalmente no regresan al país. Este retorno está compensado con las llamadas “remisiones” de dólares al país.

Finalmente, queremos mencionar el ejemplo de Costa Rica, que reúne algunas especificidades notables, aún si no se le compara con el resto de países de Centroamérica. En primer lugar, resalta su larga tradición de vida democrática. Tanto en Venezuela como en República Dominicana -que no pueden, además, compararse entre sí- pareciera que la consolidación de los procesos democratizadores movilizaron como actores políticos a los jóvenes, especialmente los estudiantes. En Costa Rica no fue así ni aún en el período de la llamada “Revolución del 48”, que contribuyó sustantivamente a consolidar el clima democrático. Pero no hay duda que la estabilidad

de las instituciones gubernamentales, la ausencia de conflictos polarizados, la naturaleza del Estado, son decisivos en la comprensión y en la constitución de la problemática juvenil. Por ello debe señalarse de manera particular, la aplicación de políticas gubernamentales de manera permanente desde los años 50s, para atenuar o disimular las diferencias sociales o para resolver algunos de los problemas más graves de malestar que produce el crecimiento. En este cuadro de políticas sociales aparece la juventud como destinatario privilegiado. (7)

De las muchas que podrían mencionarse, reiteremos la importancia de la educación, cuya expansión no ocurre como resultado de un "boom" económico y por lo tanto no puede adscribirse a fenómenos del crecimiento *strictu sensu*. Se trata de una política de tradición muy larga, aunque no hay duda que junto al crecimiento urbano y demográfico, después de 1970, ocurre una expansión en los recursos del Estado aplicados a la educación. En 1950 la tasa bruta de escolaridad del país sólo era inferior a Argentina, Chile y Uruguay; hoy día supera a estos dos últimos en la educación superior y cuenta con un 11% de analfabetos solamente.

Por la pequeña dimensión del país y seguramente por efecto de las políticas sociales apuntadas líneas arriba, la caracterización de una región como rural, en comparación con el medio urbano, ha perdido relativamente su sentido. En los últimos años casi toda la población de Costa Rica disfruta del mínimo de servicios públicos y de oferta de bienes antes privativos de la ciudad (por ejemplo, luz eléctrica, teléfono, radio, televisión, transporte, hospitales, servicios bancarios, etc.) No hay duda que existe aún una distancia socio-cultural entre lo estrictamente rural y la ciudad de San José, pero ella ha venido disminuyendo en los últimos veinte años porque las vías de comunicación física y los medios masivos de información han terminado con el tradicional aislamiento rural y han cooperado en la formación de un mercado nacional más integrado. Por ello, el dato estadístico tiene que entenderse a la luz de estas consideraciones, pues sólo el 44.5% aparece como población urbana. Aquí también encontramos un proceso de "recuperación demográfica" porque a partir de cambios en los sistemas de salud y de prevención, la población joven empezó a crecer en términos relativos. Es previsible, de ser ciertas las proyecciones intentadas, que esta tendencia se altere y a finales de la centuria habrá un envejecimiento relativo, aunque el mismo tenga poco que ver con las realidades que hoy día exhiben las sociedades avanzadas. Finalmente, tanto como las sociedades argentina, chilena o uruguaya, Costa Rica ha sido un país de urbanización temprana, de alta esperanza de vida y de un extendido sector social mesocrático. (*)

En resumen, el período de expansión económica después de 1950 asociado al crecimiento urbano, y a la multiplicación de oportunidades de empleo industrial, de estudio, etc., es conocido hoy día como ciclo de modernización social relevante en toda América Latina. Se le considera como el momento más importante del cambio económico y social habido en la postguerra, con diferencias notables entre países y aunque tales transformaciones estructurales se movieran entre tensiones que crearon o reprodujeron desigualdades sociales junto a esfuerzos por establecer las

bases de una democracia política. La estratificación social alteró su perfil en los países analizados, por lo menos, en tres aspectos: disminuyó la importancia del campesinado, aún en Honduras y Nicaragua o República Dominicana, que mantienen aún estructuras agrarias en transición y aumentó el número de obreros agrícolas o personal laboral asalariado; creció la población urbana y con ello la población económicamente activa manual y no manual, reforzándose en consecuencia el proletariado industrial y una población urbana semi-ocupada, que va creando el sector informal de la economía, aún antes de la crisis; finalmente, crecieron los sectores medios, especialmente en Venezuela y Costa Rica, calificados así si se utilizan referentes tales como el tipo de vivienda y barrio, la educación por el sitio donde se recibe y su naturaleza, las actividades no manuales y el ingreso, el uso de símbolos culturales o valores asociados al consumo suntuario propios de un mercado internacionalizado.

Se creó así un espacio mesocrático complejo, numeroso, múltiple y abigarrado en sus orígenes económicos *strictu sensu*, y por lo que se ha venido observando, lleno de posibilidades de integración, movilidad y reconocimiento sociales desconocido antes, y con una importancia decisiva en la vida cultural y política de estas sociedades. Por su movilidad y fuerza participativa, estos sectores constituyen el llamado "público" de la vida social y política, los consumidores del mercado de la cultura. En este espacio, los jóvenes transformaron su mera existencia personal en una presencia colectiva decisiva.

III. EDUCACIÓN, POLÍTICA Y FAMILIA: ASPECTOS CRÍTICOS

La pretensión generalizante de algunas proposiciones anteriores pueden complementarse con algunas precisiones particulares, que intentamos a continuación. Dijimos que la educación se expandió en todos los niveles de su estructura institucional y en todos los ámbitos sociales de la sociedad, aunque con diferencias persistentes. El Estado puso énfasis en algunos casos en reforzar la educación primaria, en tanto el sector privado apareció con esfuerzos destacados por ampliar su presencia en la educación superior. La escolarización se ha extendido y se ha impuesto

"no sólo como el régimen de introducción a la disciplina del trabajo sino también como introducción al universo de los conocimientos socialmente valorados". (Brunner, 1987: 8).

Las políticas liberales no lograron igualar el llamado a una "educación mínima, igual para todos" y la masificación de la enseñanza no ha hecho sino subrayar su carácter esencialmente calificador de la estratificación social en proceso de cambio.

Al expandirse el sistema educativo en estos países, polarizó el entrenamiento aún cuando efectivamente se avanzó en la democratización de la enseñanza, en el sentido que más jóvenes accedieron a las aulas. Pero las diferencias a que aludimos no son aquellas que se producen en el interior de los que alcanzaron diversos niveles educativos, hecho que ya por sí mismo es importante; ni tampoco las obvias distancias con los que no

alcanzaron ningún nivel y se quedaron en el nivel espúrco de la alfabetización inicial, en el mejor de los casos. El déficit a que aludimos se refiere a la distribución desigual de oportunidades educativas que se originan en la estructura de clases y que termina por reforzar las tendencias existentes a la segmentación del sistema.

Las diferencias de calidad ya existentes en el pasado -entre la escuela rural y urbana, por ejemplo- se reforzaron cuando se produjo la división entre escuela pública o privada. Las diferencias de entrenamiento, la calidad de las exigencias y oportunidades son cada vez más distantes y tienden a subrayar las diferencias ya existentes. Al reforzarlas, el sistema simplemente reproduce en un nivel superior las formas de estratificación previas, o crea nuevas. Esto explica que la masificación mesocrática de la enseñanza superior, como lo señala Brunner, se haya iniciado en el momento en que todavía la mitad de la población mayor de quince años era analfabeta. O que más recientemente se esté ya desarrollando con intensidad el nivel de la educación de postgrado, en tanto la enseñanza primaria es todavía en algunos países incapaz de asegurar un mínimo de escolaridad a todos los jóvenes en edad de recibirla. (Brunner, 1987: 11).

Tal como lo señala uno de los trabajos de esta publicación, está en camino la posibilidad de que aparezcan nuevas desigualdades sociales con el advenimiento de la sociedad de la información. En esta época, que prácticamente ya llegó, la división no se da en el nivel elemental de los que tienen un conocimiento técnico capaz de ser utilizado o aplicado con el uso de los ordenadores y los que no lo tienen. Una nueva división se está originando entre los que son capaces de manejar una información útil, selectiva y apropiada sobre diversas esferas de la vida científica y los que carecen de ella y se satisfacen con el uso trivial de la computadora, para jugar con ella o volverla una máquina de escribir sofisticada.

Estas referencias no son ni mucho menos intentos de juzgar el sistema educativo, asunto ajeno a esta presentación. Se trata solamente de señalar los efectos de la expansión educativa en la estratificación juvenil, que es la directamente afectada por estos procesos.

Los aspectos críticos que pudieran derivarse de las constataciones anteriores no son presentados explícitamente en los "papers" que se resumen aquí, sino como realidades inherentes a la expansión educativa en el interior de un sistema que se apoya y requiere desigualdades sociales. Las quejas y reproches van en otra dirección, tienen el sentido de examinar la utilidad política del activismo juvenil en general y de la militancia política estudiantil, en particular. De hecho, en sociedades de tradición autoritaria y todavía retenidas parcialmente en las redes de una cultura tradicional opresiva, son pocas las ocasiones, los sitios o las fuerzas donde pueden articularse las protestas o ejercerse el juego democrático. La universidad y los estudiantes han desempeñado en América Latina un papel protagónico que no es el caso de examinar en detalle. Esta referencia tiene sentido porque el joven estudiante encontró en la militancia política una extraordinaria oportunidad de integración sin perder su condición juvenil. Hacer política le permitió definir pautas y valores colectivos que perfilaron su

conducta social, la que proyectó hacia afuera del recinto universitario. Hacia la sociedad, donde se encuentran también los adultos. Así, operó como lo dice Cassá en su trabajo, como una categoría ordenadora del surgimiento de la juventud en la escena política nacional.

Estas posibilidades aparecieron en diversos momentos de la historia de los países analizados. Pero en las luchas contra las dictaduras en Venezuela, República Dominicana y Nicaragua fueron los estudiantes las vanguardias cívicas que jugaron con su vida y su carrera profesional los papeles más importantes. La politización estudiantil es una forma de existencia juvenil pero sólo en situaciones coyunturales que por ello pueden ser más o menos breves. Constituyen verdaderas excepciones las situaciones mal llamadas de "crisis permanente" en el sentido que la resolución de los conflictos se posponen o no pueden alcanzarse indefinidamente. En esos casos, el activismo juvenil es permanente y expresa, a juzgar por experiencias históricas de América Latina, una situación de bloqueo político que sólo el movimiento estudiantil puede sortear.

Cuando las estructuras políticas se democratizan, vale decir, se inicia de diversas formas el juego de partidos, las elecciones periódicas, el debate parlamentario, la crítica en los medios de comunicación, etc., el descontento y la protesta se canalizan por esas vías y las energías del rechazo encuentran una expresión pública y legal. En tales condiciones la política se hace simplemente, en relación al poder del Estado, desde instancias previstas de la sociedad. De hecho la politización estudiantil, que casi siempre es acompañada por la de otros sectores juveniles, no se genera en el seno de la universidad ni se produce como algunos creen, por la voluntad de un pequeño grupo más activo. Es el resultado de una crisis extramuros, de problemas que afectan a la sociedad y que se reflejan en sectores sensibles y en estado de disponibilidad. Existió en Venezuela, Santo Domingo y Honduras -fue distinta en Nicaragua y no se ha desarrollado así en Costa Rica- una propensión al "substitucionismo de clase", en virtud del cual la dinámica del movimiento estudiantil y juvenil aumenta, levanta banderas y reivindicaciones que no le son propias.

En todos los casos bajo análisis, salvo en Nicaragua, asistimos a una despolitización estudiantil y juvenil que por lo demás es de similar pelaje a la que ocurre en los movimientos estudiantiles de otras partes de América latina y, *ceteris paribus*, del resto del mundo. Las quejas que pueden formularse y de hecho aparecen en los trabajos aquí consignados varían en la escala total. Así, por ejemplo, son menores en la experiencia costarricense, donde en 1968-69 se produjo una intensa pero breve agitación juvenil -los llamados "acontecimientos de ALCOA"- de carácter nacionalista y popular sobre una concesión internacional. Estas fechas permitieron un activismo estudiantil que marcó la vida política de una importante generación de jóvenes costarricenses. Desde entonces la curva ha venido descendiendo lentamente y desde hace varios años adoptó una posición horizontal: un apoliticismo ramplón, ni siquiera sustituido por una activa participación en la defensa de los estrechos intereses gremiales.

En Honduras, el movimiento estudiantil no experimentó un instante glorioso, como la "generación de ALCOA" en Costa Rica, sino un largo período de activa presencia en la escena nacional acompañando las protestas campesinas de la década de los setentas, o las luchas por la democracia y la soberanía nacional. Luego, en 1983 un lento declinar resultado, entre otras cosas, de peleas y divisiones internas y un sectarismo que creció junto a su debilidad. La juventud hondureña (Molina Chocano) ha tenido más posibilidades de reestructurar sus lealtades políticas con el proceso de democratización electoral de los últimos años. Ha enfrentado nuevas y diferentes opciones partidarias, lo cual de todas maneras no explica un inevitable "proceso de derechización" que además es común en el interior de otras organizaciones populares. La juventud aparece hoy día exhibiendo una ciudadanía pasiva, con melancolía por el pasado.

Las razones del retraimiento y pérdida de protagonismo político de la juventud estudiantil venezolana parecieran ser otras, todas ellas vinculadas con los profundos cambios internos experimentados por la institución educativa (diferenciación interna, masificación, sistema de cupos limitativos, etc.) y en parte por la crisis teórica y cultural de los paradigmas revolucionarios. Las causas también tienen que ver, como lo establece el trabajo sobre Venezuela, con la desagregación de la actual "cultura estudiantil", antes más homogénea y por el hecho de que están expuestos a socializaciones diversas, sometidos a esperanzas subjetivas de movilidad educacional/ocupacional también diferentes (Bronfenmajer). Los jóvenes están presentes, hoy día, pero en el interior de sus partidos políticos.

Pero donde estos rasgos alcanzan el mayor tono de queja es en la República Dominicana, al decir de Cassá. Probablemente el síndrome de domesticación obedezca a las mismas causas de otras latitudes, pero en todo caso el contraste con el pasado -talvez más reciente- es más notorio y golpea más la conciencia o las expectativas del analista adulto: "...la educación universitaria ha dejado de representar un factor positivo en el orden político, intelectual y moral de la población joven, para pasar a encontrarse en una encrucijada...". Las actitudes contestatarias de la juventud han dejado lugar a un "agotamiento del movimiento renovador que democratizó al país...tras la Revolución de Abril de 1965, pasando a perfilarse un joven caracterizado por la rutina, el conformismo y el bajo nivel cultural". Se reconoce, no obstante la dureza de la crítica, que la capacidad mediadora del orden democrático en los conflictos sociales coloca a los jóvenes en otros lugares para su socialización y participación.

De manera igualmente similar se producen en estos diversos países procesos de cambio o transición en el grupo familiar y que afecta directa y profundamente el comportamiento juvenil. La más común de estas modificaciones es la que explica el paso de la familia extensa, patriarcal, autoritariamente integrada, estable y en el seno de una tradición de raíces rurales, a otra, la familia nuclear, con un patrón de relaciones íntimas más laxo y democrático y compartiendo la socialización del niño o adolescente con la escuela, el barrio, los grupos de pares comunes en el medio urbano, etc. El mayor reto viene a ser realmente el poder acomodarse por parte de

adultos y jóvenes al desempeño de papeles productivos y culturales inéditos, en el marco de una poderosa tradición contradictoria (matricentrismo/patriarcalismo masculino) resultado de formas de modernización incompletas o débiles.

Justamente el ciclo de modernización de la postguerra, del que hemos hablado ya, por los componentes que lo conforman, tiene influencias que modifican la vida familiar. En los sectores medios y urbanos se generalizó el patrón de familia nuclear moderna, con un debilitamiento de los antiguos factores de cohesión interior. El trabajo femenino en aumento así como la crisis del vínculo conyugal, el debilitamiento de las influencias interiores frente a los efectos de demostración del exterior a la familia, el desorden impuesto por el consumismo, los efectos de los medios de comunicación de masas, etc., han alterado los mecanismos de transmisión de valores tradicionales como la obediencia cerrada, normas de urbanidad y civismo, el sexo, la religión, etc. Y en el seno de los grupos populares de bajos ingresos, además, se reforzaron las tendencias existentes a la inestabilidad del nexo conyugal, a la frustración del rol del padre de familia como proveedor de sostén económico, al papel femenino como jefe de familia y de las uniones libres pero poco duraderas, al aumento de la violencia interpersonal, etc. En cualquiera de las situaciones descritas, tales fenómenos repercuten de manera bien conocida en la conducta juvenil.

Los trabajos de esta publicación, como muchos otros sobre estos temas, demuestran por un lado una coincidencia en las consideraciones anteriores, pero además, una evidente ausencia de apoyatura empírica en el sentido de falta de datos e informaciones resultado del trabajo de campo, o de investigaciones centradas en la búsqueda de mayor precisión de cuanto sucede -diferencialmente- en la transición modernizante en el seno de la familia tradicional, los problemas de su adaptación a un nuevo clima de exigencias que le permitan asegurar la reproducción física, culturalmente social de un grupo; compartir los mecanismos de socialización del niño y del adolescente y continuar siendo base de apoyo emocional y psíquico para todos sus integrantes, pero especialmente los que más necesitan de tales "insumos": los jóvenes.

En República Dominicana, en 1985, por cada dos matrimonios realizados ese año se produjo un divorcio. En 1978, el 20% (de un total de 2.3 millones de hogares entrevistados) de las familias venezolanas son estrictamente matrifocales, en tanto en Nicaragua, en 1980, la proporción era de dos jefes de hogar mujeres, solteras y con más de tres hijos, por uno de mujer casada, dirigida y apoyada por el hombre. No tuvimos datos confiables sobre Costa Rica pero las cifras deben ser similares en el medio urbano sobre todo. En Honduras, el 23.1% de los jefes de familia eran mujeres (en los barrios marginales) en 1984 y el 40% de los niños nacidos en ese año fueron "ilegítimos" o "naturales", en el absurdo lenguaje que aún califica así en muchos países a los niños registrados sin nombre del padre. En Venezuela ese porcentaje era del 28.0% en 1978, pero se eliminó ya el criterio de afiliación discriminatoria.

La constitución de un núcleo familiar más o menos inestable con una persistencia de rasgos culturales, cuyo vigor es la consecuencia de componentes socio-económicos que tienden a perpetuarse y/o agravarse con la crisis económica, es pues común, a numerosos países en América Latina. Las dificultades que experimenta la institución familiar son generales a los diversos estratos sociales, pero sus consecuencias son distintas, múltiples y dignas de análisis particularizados. Nos interesa resumir solamente las que se refieren a los grupos menos favorecidos económicamente, tal vez porque aquí el síndrome de la socialización incompleta es más frecuente y está favorecido por un ambiente exterior que refuerza negativamente los efectos de aquella ausencia.

La situación de los jóvenes de los barrios marginales (para usar una denominación al uso, pero cada vez más imprecisa), es considerada en algunos análisis como una situación de abandono y peligro precoz; aparece en otros trabajos considerado su lugar de habitación como zonas socialmente criminógenas. En la perspectiva de la constitución familiar, se le considera a la misma como "familia de alto riesgo" porque no garantiza ni el desarrollo integral de sus miembros, ni por lo tanto, la incorporación de los jóvenes a la vida social de una manera prevista. La desorganización familiar se traduce en un comportamiento irregular de los hijos, según las normas y leyes de la sociedad. Los trabajos de Costa Rica y Venezuela aportan alguna información factual.

Se trata según se ve, de un fenómeno bien conocido y estudiado y que se conoce como el apareamiento de una "cultura de la transgresión" como lo sugiere el trabajo de Bronfenmajer, porque la conducta juvenil se realiza por momentos más o menos reiterados en el ámbito de lo ilegal, expresión de un comportamiento juvenil *individual* desadaptado, que lo lleva fácilmente al terreno de la delincuencia (menor, en el inicio), al uso de drogas y estupefacientes, la prostitución y en algunas ocasiones hasta el suicidio. Debe aclararse que estos componentes de la "cultura de la transgresión" no se presentan sólo en los jóvenes de los barrios marginales, o en familias afectadas por la pobreza extrema. Tampoco se presentan aislados. Por ejemplo, la delincuencia juvenil, el pequeño delito callejero, la violencia inter-barrial a veces están acompañados con el consumo de alcohol o drogas, de las que la más usada es la marihuana, por su precio y su oferta nacional.

Los aspectos relativos a la delincuencia y a la prostitución juveniles son mejor conocidos y han merecido no sólo investigaciones especializadas, sino la atención del Estado, o de grupos humanitarios que buscan la prevención y la cura. A partir de informaciones oficiales, ha quedado demostrado que ninguno de los fenómenos de conducta desviada mencionados aquí son estrictamente juveniles. El problema radica en que un porcentaje importante de los castigados por la sociedad, son jóvenes, lo cual revela la existencia de factores criminógenos, deterioro en el control social y en la socialización familiar. Aún más grave por su potencialidad y efectos, es el problema del consumo de drogas, aunque sólo sea por dos razones que se deben mencionar. Uno, por el incremento exponencial en el tráfico, en

la oferta y consumo de los últimos diez años. Otro, porque el destinatario de este mercado trágico, de una demanda que crece, son los jóvenes, como lo revelan las experiencias de sociedades próximas a nosotros, donde el público asediado es un público esencialmente joven.

IV. NICARAGUA: LA JUVENTUD COMO FUERZA SOCIAL E IDEOLÓGICA

La experiencia de Nicaragua merece una referencia aparte, porque la condición juvenil en situaciones de crisis total, destaca aquí de una manera desconocida y probablemente única. La base social de la insurrección popular -entre 1978/1979- estuvo compuesta por una muchedumbre heterogénea de jóvenes estudiantes y trabajadores, jóvenes semiproletarios urbanos y otros, salidos de los rincones más oscuros de la estructura social, donde la pobreza era mayor. La condición casi adolescente de los participantes en el asalto final a la dictadura, en los meses próximos a julio de 1979 fue abrumadora. El dato que se registra en el trabajo sobre este país (Vilas 1984: 170), con todas las limitaciones de una muestra obligadamente única, revela que más del 70% de los caídos en esa etapa, eran jóvenes entre los 15 y los 24 años de edad, proporción que es casi tres veces más alta que el peso que ese mismo grupo de edad tiene en el total de la población nicaragüense.

Es conocido el papel protagónico de la juventud, antes y después del triunfo sandinista. Se produjo un evidente y veloz cambio de identidad de las clases populares, especialmente las urbanas y más aún, de los jóvenes. Los factores de radicalización y violencia están presentes y son los grupos de menor edad los llamados a recibir y reaccionar frente a ese "appeal". La juventud -los "compas"- ha estado movilizándose de diversas maneras desde las luchas contra Somoza, como estudiantes, hasta la defensa nacional en las milicias sandinistas, en la campaña de alfabetización, en las masivas campañas de educación y salud, desarrollando en cada momento una enorme capacidad de sacrificio.

Lo específico de esta experiencia reside entonces en que la juventud se alimenta de una cultura contestataria que atraviesa verticalmente la estructura social, por lo que el origen de clase no importa como factor objetivo frente a las experiencias de clase, en el seno de factores más subjetivos. Como lo afirma reiteradamente el trabajo sobre Nicaragua, las fuerzas populares -expresión de la Nación concentrada, enfrentando al Estado- tuvieron un origen multiclasista, abigarrado, extendido socialmente. Estas fuerzas clasistas heterogéneas están aún hoy día "cortadas" por la condición juvenil. En otras palabras, la presencia activa de la juventud "corta" toda la estructura social, que redefine en los diversos frentes de lucha su origen, *strictu sensu*, de clase.

La juventud constituye en Nicaragua no sólo una fuerza social sino también una fuerza ideológica, por su conciencia política tan reiteradamente puesta a prueba en situaciones límite. El trabajo de las comunidades de base, de la religión popular y de la teología de la liberación tiene que ver

con estos resultados. O. Núñez califica esta presencia como una "tercera fuerza" en los procesos de cambio de sociedades como Nicaragua, pues su número va de la mano con su fuerza moral y material, que viene a representar exactamente lo opuesto de una conducta mercenaria. En este país, la ciudadanía política fue otorgada a los jóvenes mayores de dieciséis años. Los problemas comunes a esta edad, analizados para los otros países, no están sin duda ausentes (educación, trabajo, tiempo libre o las llamadas formas de transgresión, etc.), pero no se tiene ni la información suficiente ni constituyen un elemento definitorio del llamado problema juvenil.

Para terminar esta breve referencia a Nicaragua, habría que decir que la coyuntura actual, marcada por el incremento de una guerra civil alentada por poderes exteriores, ha creado una situación de grave retroceso en las condiciones de vida de la población, surgiendo problemas insuperables para el estudio y el trabajo juvenil, y aún para la elemental sobrevivencia personal. El clima de deterioro económico y social afecta gravemente a la población más pobre; los jóvenes de clase media, en alguna medida, se resistieron al llamado para el servicio militar. No obstante, la participación juvenil se mantiene. Se sabe bien que sólo la paz, la democratización en camino y nuevos esfuerzos en el ordenamiento interno económico, podrán deparar un futuro menos incierto para la nueva generación que ya crece en este país.

V. LA INTERNACIONALIZACIÓN DE LA CULTURA JUVENIL

Finalmente, hagamos algunas consideraciones breves sobre un tema que alienta cuatro de los cinco trabajos y que tiene particular importancia a medida que el crecimiento económico estuvo acompañado de desarrollo social y cultural. Son los aspectos relativos al uso del tiempo libre y a formas novedosas de relacionamiento social resultado de la difusión internacional de una cultura de masas, cosmopolita y que se apoya en el uso de símbolos, valores y bienes que se adquieren en el mercado, y que conforman una contra-cultura frente al mundo adulto. Probablemente esto está relacionado con la complejización de las esferas privadas y la normalización compulsiva del ocio en una búsqueda a veces desafortunada del placer, en la indagación de lo nuevo como valor en sí mismo. La sensibilidad de los jóvenes, especialmente en los sectores medios y en sus alrededores, es estimulada por una cultura importada, que como la música ha terminado por convertirse en un factor de movilización colectiva, de socialización en nuevos lenguajes y estilos de relación social.

No se trata, obviamente, de la polémica de la postmodernidad, sino justamente de los efectos de corrientes modernizadoras en ámbitos culturales receptivos tradicionales, que tienen que ver con cambios en las formas de expresividad y valoración de la vida estética, de las conductas éticas, de la militancia política y sobre todo, del uso del tiempo libre, tan importante en el joven. Ya no sólo es el aspecto del deporte, sino de la utilización del tiempo en otras formas de organización colectiva en las que operan formas que cambian vertiginosamente como en el vestir y bailar, el uso de nuevos

espacios para el desarrollo de esa subcultura que incluye nuevas maneras de asumir el papel sexual, las estrategias del "flirt", del amor, del matrimonio. En esta subcultura, es importante el apareamiento de la mujer que en el ambiente machista tradicional no "existía".

Esta internacionalización de la cultura juvenil cosmopolita y su socialización en los nuevos códigos culturales obliga -o permite- una reclasificación social que ya no corresponde a los meros determinantes estructurales. Quiere afirmarse con esto que la difusión de los "media" facilita una homogenización en esta contracultura de jóvenes portadores o pertenecientes a otros *status* sociales, extendiendo el ámbito de su existencia. Lo que es novedoso y con ello, sobredeterminante, es que la difusión de estos valores sociales, el uso de tales símbolos, forman parte de una cultura de consumo y uso públicos, al que cualquiera que pueda accede fácilmente. La participación colectiva en el uso de esta oferta cultural define hoy día en buena porción la condición juvenil, produciéndose así un aparente ensanchamiento de la franja social donde ser joven es parte de la posición que se ocupa sin que tal posición tenga que ver con el origen mismo. Lo que se viene afirmando no es que el joven actual, en Venezuela o Costa Rica, Honduras o Santo Domingo tengan un comportamiento diferencial profundo con sus adultos (diferencias que siempre existieron), sino que tales distancias son comparativamente importantes con los jóvenes de la misma edad de las generaciones anteriores. En breve, la modernización experimentada en décadas pasadas, creó una nueva condición juvenil.

Parte de esta condición alimenta, como quedó dicho, una profunda despolitización, que no es desinterés en las cosas de la vida sino interés en otras. Sin embargo, hay aquí un trecho de realidad que no ha sido suficientemente analizado. Hay un repliegue que para unos es confinamiento al narcisismo, para otros una condición de exasperación, agravada por la crisis económica. Las diversas razones que tienen que ver con la nueva sensibilidad cultural, la problematización de los espacios privados de la vida, etc., "ha conducido a los jóvenes al escepticismo y al cinismo..." (Bronfenmajer, p.88). "A su vez, las redefiniciones del cambio y la modernización, no han dejado de estar caracterizadas por actitudes de conformismo o hasta cinismo que han coadyuvado a que las actitudes de los jóvenes sean mucho más desarticuladas..." (Cassá, 251).

¿Se podrá hablar efectivamente de una ausencia de perspectivas éticas y políticas en la nueva generación? No habría que olvidar que la crisis económica está acompañada con fenómenos generalizados de desconfianza, escepticismo y desesperanza. La naturaleza de esa crisis, desconocida por ésta y las anteriores generaciones latinoamericanas es sin duda mayor en los países de Centroamérica y el Caribe. El conocimiento de sus efectos sociales y culturales, la dimensión personal de la vida, no pueden estar ajenas en la cabal comprensión del problema juvenil hoy día.

BIBLIOGRAFIA

- Bronfenmajer, Gabriela (1986). *Juventud y Sociedad en Venezuela*, División de Desarrollo Social de la CEPAL, LC/R.504/Rev.1.
- Brunner, José Joaquín (1987). *¿Existe realmente la postmodernidad?*. Documento de trabajo presentado en la Reunión del XX Aniversario de CLACSO, Buenos Aires, Argentina.
- Cassá Roberto (1986). *Juventud y sociedad en República Dominicana*, División de Desarrollo Social de la CEPAL, LC/R.512.
- CELADE. *Estimaciones y proyecciones de población*. Diversos documentos publicados en Costa Rica y Santiago de Chile, 1983-1984.
- CEPAL (1985). "La juventud en América Latina y el Caribe", *Estudios e Informes*. Santiago de Chile, No. 47.
- Gurrieri, Adolfo y Torres-Rivas Edelberto (1971). *Estudios sobre la juventud marginal latinoamericana*. México: Siglo XXI.
- Molina Chocano Guillermo (1986). *Juventud y sociedad en Honduras*, División de Desarrollo Social de la CEPAL, LC/R.511.
- Torres-Rivas Edelberto (1986). *Informe de la situación de la juventud en Nicaragua*, División de Desarrollo Social de la CEPAL, LC/R.548.
- Torres-Rivas Edelberto (1986). *Elementos para caracterizar la cuestión "juvenil" en Costa Rica*, División de Desarrollo Social de la CEPAL, LC/R.502.
- Vilas, Carlos (1984). *Perfiles de la revolución sandinista*. La Habana, Cuba: Casa de las Américas.
1. De los cuales "La juventud de los países del Caribe de habla inglesa: El alto costo del desarrollo dependiente", de Meryl James-Bryan, se recoge en esta publicación.



JUVENTUD Y SOCIEDAD EN VENEZUELA

Gabriela Bronfenmajer*

INTRODUCCION**

1. Una Acotación sobre el Concepto de Juventud

El tema de la posición de la juventud en la estructura social contemporánea de Venezuela, ha tenido interés y ha sido abordado por el campo intelectual nacional, básicamente a partir de la importancia de los jóvenes como sujeto social articulado a las prácticas asistenciales del Estado.

El modo predominante del tratamiento teórico y del análisis empírico de la problemática de los jóvenes de hoy, así como la imagen social que de ellos se tiene, han estado muy condicionados, entonces, por una aproximación donde lo que tiende a sobresalir es el conocimiento de aquellas necesidades materiales que los diferencian como un "grupo de edad", reconocido y acotado estadísticamente en cuanto parte de aquellos segmentos demográficos de la sociedad nacional, donde los mecanismos del desarrollo resultan deficitarios para procurar condiciones materiales y formas de participación, cónsonas con la calidad de la vida que introducen los procesos de modernización urbano-industriales. Por el contrario, los círculos institucionales de las ciencias académicas no han mostrado gran preocupación por el análisis de la condición y el tipo específico de conflictos que acarrea su modo específico de constitución; a no ser por el estudio de algunas consecuencias que los fenómenos de politización de los jóvenes universitarios han tenido para el funcionamiento del poder, parti-

*La autora contó con la colaboración de los señores Ramón Casanova y Elías Manuel Zalcmán, investigadores del Centro de Estudios del Desarrollo (CENDES) de la Universidad Central de Venezuela (UCV). Para su elaboración fue tomado en cuenta un informe previo redactado por Nelson Prato, investigador de la misma Institución.

**Para la elaboración de este ensayo fueron tomadas en cuenta ideas e informaciones recogidas en un informe preliminar previo realizado por Nelson Prato, investigador de CIPAL. Para él nuestro agradecimiento.

cularmente de la radicalización militante del movimiento estudiantil de los años 60. Y aún así, en ésta y en otras áreas la investigación ha sido relativamente escasa.

El hecho de que la indagación del fenómeno de la explosión de los jóvenes en la sociedad nacional, sea preferentemente una demanda de las agencias públicas, guarda mucha relación con el enorme peso del Estado venezolano como agente centralizador y organizador de condiciones políticas y económicas del modelo de desarrollo. Pero una tal situación en la investigación sobre el tema, presenta cuando menos un inconveniente. Al reducir teóricamente la calidad del fenómeno juvenil a la de un grupo de edad, y el análisis a la problemática a la articulación de sus demandas con la acción del Estado, la aproximación corre el riesgo de perder de vista que si bien se puede hablar de juventud para caracterizar cierto tipo de necesidades comunes a los sujetos sociales en una etapa biológica de sus vidas, la problematización y el modo como se viven éstas, no pueden ser discernibles como distancias mayores o menores de un apriori modelo universal de ser joven, ya que las mismas se estructuran empíricamente según y se originen históricamente, se organicen y operen, en cada sociedad concreta, los mecanismos nucleares de adaptación (familia), los mediadores sociales de diferenciación (educación, trabajo, cultura) y los dispositivos de poder (política).

Evidentemente que la acotación demográfica no es suficiente para conferirle una condición social universalmente válida a aquel grupo de población. Sobre todo porque su constitución como categoría social significativa ha dependido del modo histórico de evolución heterogénea de las condiciones de producción y reproducción social que hacen posible tal categoría en las sociedades modernas¹. Téngase presente, por ejemplo, que en Venezuela tales condiciones se dan más tardíamente que en otras sociedades latinoamericanas, y ocurren en el marco de estilos de modernización con expansión industrial del capitalismo con democratización del Estado.

Siendo así, la condición actual de los jóvenes venezolanos debe ser evaluada tomando en cuenta la manera en que influye este marco en la materialización de la problemática que llevan implícitos los acontecimientos propios de esa etapa de la vida, aquella

“...comprendida entre la pubertad, y el momento en que, además de haber alcanzado la edad legal que les confiere la plenitud de sus derechos, han culminado las etapas meramente preparatorias de la vida, accediendo a la posibilidad de constituir su propia familia y asumir roles ocupacionales de adultos” (CEPAL, s.f.: 6).

Esta segunda línea de análisis sociológicos, resulta decisiva para abordar los dilemas de los jóvenes de la generación actual. Y ello en la medida en que permite recuperar el valor explicativo de las diferencias

1. Abordajes del concepto de juventud en esta dirección pueden verse en Adolfo Gurrieri y otros (1971), Henry Kirsch (1982), CEPAL (s.f.), Germán Rama (1985), G. Milanesi (1985).

históricas y socio-estructurales de los factores políticos, económicos, culturales, permitiendo controlar de qué manera confluyen en la conformación de las instituciones de adaptación, integración y participación, así como en los conflictos que éstas abren y, en consecuencia, en los tipos de jóvenes que producen.

Si la categoría de juventud tiende a singularizar una condición de existencia transicional propia de las sociedades modernas, centrada en la extensión del tiempo disponible para la preparación de los roles de adulto, en un contexto determinado por la complejización y especialización de las actividades y los espacios sociales: familia, educación, trabajo, etc., la posibilidad de considerar tal categoría en la sociedad venezolana, corresponde a una fase relativamente reciente, que además tiene de particular una dinámica de cambios bruscos de una generación a otra.

Esta fase abarca un amplio espectro de reordenaciones modernizadoras de la estructura social, las cuales se suceden de manera desigual durante el tiempo que cubre la fase. No cristalizadas aún, se inicia con el impacto de la producción petrolera sobre el crecimiento poblacional, la estratificación social, el asentamiento de los grupos, la diversificación de la economía y la reorganización del poder político, cuyos desarrollos conducen a la implantación de un tipo periférico de sociedad urbano-industrial. Cronológicamente no cubre más allá del último siglo, y es más, en la medida en que buena parte de los mecanismos modernizadores no se concretan, sino tardíamente, entrados los años 60, no abarca sino las dos últimas décadas.

En este contexto de evolución de la sociedad venezolana, una categoría de juventud como la que hemos definido anteriormente, es imposible aplicarla antes, en el mundo rural de la organización agro-exportadora, a no ser como un atributo de la reducida élite. Pero aún más, tampoco hasta los fenómenos de extensión de la cobertura educativa, expansión de las oportunidades de empleo, desarrollo de la cultura de masas y mayores disponibilidades de ocio, los cuales se materializan realmente con la concentración urbana y la industrialización sustitutiva de los años 60, y cuyas formas, muy permeadas por el impacto democratizador del Estado, dan lugar a la estructuración de un enorme espacio mesocrático, que de alguna manera influye en la difusión, homogenización y problematización de la condición juvenil en Venezuela.

En resumen, si se considera que esta condición es variable de una sociedad a otra (y de un grupo social a otro), mas bien debería hablarse, como hemos intentado hacerlo de la calidad de la condición juvenil (H. Kirsch, 1982). Tratarla de esta manera, permitiría contextualizar la problemática dentro de límites socio-históricos concretos, ampliando las posibilidades interpretativas del análisis.

Es de acuerdo a esta perspectiva con la que intentaremos caracterizar los problemas y los dilemas de los jóvenes venezolanos que hoy tienen entre 15 y 24 años, o lo que es lo mismo, que nacieron entre 1950 y 1971; presentando algunas hipótesis interpretativas sobre su situación y la perspectiva que ésta abre hacia el futuro. En aquellos casos donde la

información disponible permitió delimitar tendencias precisas, procedimos a apuntalar cuantitativamente el análisis. En aquellos donde fue difícil, se procuraron aproximadamente más cualitativas.

2. Juventud y Sociedad en Venezuela

Según lo que hemos venido diciendo, hay que tener en cuenta, entonces, que la constitución de esta categoría en Venezuela, es consecuencia de una fase de transición estructural de largo plazo; pero también que los jóvenes de hoy lo son de una época donde lo más característico es la aceleración de los mecanismos democratizadores de modernización social, los cuales comienzan a agotarse ahora en razón de una crisis del modelo de desarrollo que en términos de futuro puede afectar su posición.

Durante esta transición estructural, la sociedad nacional transforma inicialmente su dinámica poblacional y da lugar a una urbanización acelerada, apoyada en la producción petrolera y en el papel del Estado en la distribución social de la renta, logrando más recientemente procesos de industrialización y de democratización de la sociedad.

Este conjunto de procesos no sólo afectan la estructura social, en cuanto a complejización y especialización de las actividades, sino todo el andamiaje en el que se asentaba la sociedad agraria tradicional.

Cuando Venezuela arriba a los años 60 definitivamente no es la misma de los años 40, que es cuando se inicia la transformación de la estructura agraria tradicional. Y en los años 80 el modo de vida de la mayoría de los venezolanos está lejos de aquel que comenzó a desarrollarse bajo el impacto de la economía petrolera y el Estado rentista.

Las actividades no sólo son más urbanas e industriales, sino que se apoyan en la variable tecnológica y en el predominio de un sector moderno transnacionalizado, en una alta concentración de la población en ciudades de más de 100,000 habitantes, en la extensa estructura de servicios terciarios de un Estado con grandes recursos, y en la estabilización de los ciclos de crisis política que acompañan la modernización del juego político y del Estado. El comportamiento demográfico y el funcionamiento del mercado ocupacional son distintos, y la educación ha facilitado junto con la cultura de masas procesos homogenizadores de gran alcance.

En esta dirección, los jóvenes venezolanos que en la actualidad tienen entre 15 y 24 años, constituyen una generación particular. Y ello por varias razones.

Se trata de una generación integrada por adolescentes y jóvenes adultos que, habiendo nacido entre 1960 y 1971, no han conocido otra experiencia política diferente a la del ya prolongado ciclo democrático, tal y como se organizó luego del proceso autoritario que ocupó la escena entre 1949 y 1958.

Como hemos dicho, durante estas décadas el casi 80% de la población se ha hecho urbana y se ha concentrado en las grandes ciudades industriales

y comercial-administrativas, por lo que los jóvenes de la generación actual han nacido y vivido en una sociedad más urbana que las anteriores, y son, entonces, más urbanos.

De la misma manera, han accedido a un mundo determinado por la complejización de la industrialización, que ha abierto mayores oportunidades de empleo, nuevos tipos de ocupación y más estratificación en las posiciones sociales.

Igualmente, han vivido en el ciclo más próspero de la oleada de crecimiento económico, disfrutando de una *standard* de vida mejor, ya que alcanzaron la edad en el momento más intenso del aumento del volumen de los excedentes derivados del petróleo.

Por ello, han sido los más beneficiados por la extensión de los servicios del Estado, particularmente de la educación pública. Insertándose en la coyuntura de mayor expansión de la cobertura, han accedido por lo tanto en un mayor volumen a las universidades y los centros superiores de enseñanza, habiendo podido al mismo tiempo elegir nuevas profesiones y saberes.

Presentan un modo de vida donde la cultura de masas los ha expuesto a medios de expresividad y valores “internacionalizados”, y la complejización de las instituciones de la sociedad civil y el Estado les han hecho reformular sus formas de participación política.

Por todo ello, los jóvenes venezolanos de hoy son muy diferentes a los de las generaciones anteriores, variando las formas en las que se socializan, se integran y participan, sólo que hacen su entrada al mundo adulto en la encrucijada de una crisis, la de la sociedad venezolana de los años 80, la cual -aún pudiendo ser corta- amenaza con desbaratar la calidad lograda en el modo de vida, acentuando fenómenos hasta ahora relativamente “congelados” como el desempleo, la estratificación educativa, la segregación cultural y la marginación política. Téngase presente que la renta petrolera, el mecanismo central del modelo de desarrollo, disminuye rápidamente y su recuperación es cuando menos remota.

3. Una Hipótesis sobre la Juventud Venezolana Actual

En este cambiante mundo de la transición urbano-industrial, que ha supuesto modificaciones intensas de una a otra generación de jóvenes, y más entre la actual y la inmediatamente anterior; los jóvenes de hoy han tenido que enfrentar un tipo de conflictos donde los que parecen más resaltantes para interpretar sus contradicciones y las formas como las asumen y resuelven son:

- i. La institución familiar, afectada por verdaderas rupturas en el modelo de organización (abandono del padre, incorporación de la mujer al trabajo y problematización de su lugar, crisis valorativa del sentido de la unión y de la pareja, etc.), ha visto disminuidas sus funciones y recursos de socialización en relación a los jóvenes, al mismo tiempo que

conmocionado el método tradicional de autoridad. Estos nuevos factores han supuesto un cambio en las formas de relacionamiento entre los padres y los hijos y una descomposición mayor que en otras épocas de la identidad del grupo nuclear, con una creciente diferenciación de los valores y de las culturas de referencia. La célula familiar ha venido perdiendo capacidad para ofrecer respuestas eficaces en la socialización a las demandas de los jóvenes, que además han venido estando expuestos a la influencia alternativa de circuitos culturales específicamente juveniles, han pasado mayor tiempo en la escuela y han estado sometidos a otra estructura de necesidades.

Esta situación ha venido dando lugar a *conflictos de adaptación*, muy centrados en la confrontación entre el *ethos* del modelo autoritario tradicional, en las prácticas de relación entre adultos y jóvenes, y en las valorizaciones específicas de los jóvenes, más próximas a una ética neohedonista y contractual.

La progresiva ampliación de los conflictos de adaptación, al hacerse más intensa la fisura entre el modelo cultural propio de la organización familiar y las expectativas y el *hábitus* que socializan en los otros ámbitos, viene incidiendo en el hecho de que los jóvenes de ahora recurren menos al núcleo familiar como medio para construir respuestas eficaces de incorporación a la sociedad.

- ii. La educación y el trabajo, si bien han supuesto para la actual generación de jóvenes espacios eficaces de distribución de capitales intelectuales y posiciones ocupacionales socialmente relevantes, operando en este sentido como instrumentos de democratización de la condición juvenil; también han venido implicando más recientemente, al efectuar diferenciaciones en los accesos y estratificaciones en las posiciones, mecanismos de heterogenización, dando lugar a *conflictos de integración*, tanto para los jóvenes estudiantes como para los jóvenes trabajadores, sometidos ahora a procesos perversos de devaluación de los estudios, desempleo. En razón de ello, han recreado sus prácticas sociales con valorizaciones culturales y políticas distintas a las de las generaciones anteriores, sobre todo al venirse congelando progresivamente el espacio de las posiciones mesocráticas.
- iii. Sobre la ruptura de la organización familiar y la estratificación de las posiciones educativas y ocupacionales, han venido funcionando más exitosamente otras estructuras, desde el punto de vista de la integración de los jóvenes. La crisis de la organización familiar y la diferenciación de las oportunidades educativas y de trabajo, han estado correspondidas con la ampliación del mercado y los circuitos de la cultura de masas. Los jóvenes de hoy, en la medida en que disponen, unos de mayor ocio y otros de un modo de vida ocioso, han desplazado los lugares de socialización hacia otros espacios de la organización cultural, desarrollando circuitos específicamente juveniles y pautas de integración muy marcadas por estilos de rechazo a la sociedad dominante propios de las contraculturas internacionalizadas de la última década.

En este escenario, los jóvenes han ampliado sus espacios de contradicción con la sociedad dominante y ésta los ha interpretado de una cierta manera. Así, el Estado ha construido un discurso de la problemática de la juventud muy marcada por la codificación de las prácticas transgresoras y por las tácticas asistenciales, concediéndole mucha importancia al desarrollo de instituciones especializadas y programas que suponen una enorme presencia del Estado en el ámbito de los jóvenes.

- iv. El desarrollo de nuevas formas de contradicción, producidas por la complejización de la esfera de intereses de la sociedad civil, las dificultades del Estado para satisfacer ciertas demandas y para proponer una gestión más descentralizada, han recreado *conflictos de participación* dentro de las formas políticas establecidas. Los jóvenes de hoy los viven, bien a través de un distanciamiento del modo de hacer política y de la privatización de sus conductas colectivas, bien incorporándose a movimientos que reivindican una mayor autogestión social frente al Estado. El peso de las valorizaciones contraculturales y la crisis del modelo de gestión estatal: servicios, consumo, derechos ciudadanos, organización de la vida cotidiana, han abierto zonas de tensión adicionales aquellas derivadas de los espacios políticos "clásicos", ensanchando los problemas de "governabilidad" y legitimidad del Estado. Las respuestas a estas zonas de tensión vienen siendo múltiples, y en realidad más que de los jóvenes corresponden a toda la sociedad.

I. LA EVOLUCION DEMOGRAFICA Y LA DIMENSION DE LA JUVENTUD

El análisis de la posición de la juventud en la sociedad venezolana actual, requiere precisar la dimensión cuantitativa de los jóvenes que hoy tienen entre 15 y 24 años en el conjunto de la población, tomando en cuenta el modo de evolución demográfica que acompaña a los procesos de modernización estructural.

Un acercamiento a los datos demográficos disponibles, permite destacar tres rasgos de interés en relación al peso actual de este segmento dentro del volumen total de la población:

- a) que la distribución de la estructura de edades revela el carácter primordialmente joven de la misma tomada en su conjunto, y en este contexto, el espacio relativamente grande que cubre el grupo de 15 a 24 años;
- b) que ella es mayoritariamente urbana, en un marco donde el grado de urbanización del grupo en cuestión está por encima del promedio nacional; y
- c) que al considerarse los indicadores de la evolución demográfica reciente, éstos sugieren hacia adelante una tendencia al envejecimiento de la estructura de población, lo cual supone, por ejemplo, un descenso

relativo del porcentaje de este segmento en el total; el cual, según las proyecciones estimadas, de un 20.5% para 1985 se pasaría a un 19.2% en 1995 (CORDIPLAN-OCEI, 1981: 19).

1. La Población Venezolana Actual

Según fuentes oficiales (CORDIPLAN-OCEI, 1981: 19), la población venezolana oscila alrededor de los 14,313,000 millones de habitantes. Un análisis de la distribución por edades de la misma, evidencia que se trata de una población joven. Así, un 77.3% de ella se ubica en los tramos de 0 y 34 años, un 62.6% en aquellos de 0 y 24 (CEPAL, 1984: 182).

Dentro de este cuadro, el grupo etario que nos interesa analizar constituye un 21.2% de la población total, cifra que supera el porcentaje del mismo para el total latinoamericano: 20% siendo mayor que en países de transición estructural temprana como Argentina y Uruguay. En términos absolutos, este porcentaje significa que cuando nos referimos al segmento que tiene entre 15 y 24 años, estamos hablando de 3,470,000 millones de jóvenes venezolanos (CEPAL, 1984: 182).

Esta característica demográfica de la sociedad venezolana, es el resultado de un modo de evolución poblacional que para los años 70 coloca a nuestro país entre los 20 de mayor crecimiento en el mundo, al lado de México, República Dominicana y Costa Rica. Y se percibe mejor si se tiene en cuenta que la tasa de natalidad entre 1975 y 1980 se ubicó en promedio en un 3.6%, siendo no sólo el más alto de la América Latina sino bastante más elevado que el promedio de la región, el cual para ese mismo lapso es de un 2.3%. Tendencias que se refuerzan si se tiene presente que en la misma época la tasa de mortalidad es una de las más bajas (6.2%) en relación al promedio latinoamericano (8.6%) y por su tasa de fertilidad (4.7%), Venezuela se ubica en el grupo de los países del área con porcentajes más altos (CEPAL, 1984: 57).

En un plano más diacrónico se puede decir que la conformación de Venezuela como una sociedad joven, es la consecuencia de procesos que se han venido desencadenando en el contexto de las cuatro últimas décadas, los cuales se han acentuado desde fines de los años 50 con las políticas sociales implementadas por los sucesivos gobiernos democráticos. Esto ha venido significando una baja en la tasa de mortalidad que, por ejemplo, pasa de un 10.9% en 1950 a un 5.5% en 1981, y de manera más particular, en la tasa de mortalidad infantil que disminuye del 79.9 por mil de 1950 al 32.2 por mil en 1981. Estas transformaciones ayudan a entender el tipo de crecimiento poblacional acelerado que le es propio a la sociedad nacional en el ciclo de transición estructural. Hecho por lo demás evidente si se considera que en el período de 1920 a 1961 la población se triplica en términos absolutos, pasando de un total de 2,479,529 a 7,523,999. Y que

entre 1961 y 1985 mas que se duplica llegando para este último año a una población estimada de 17.316.741 millones de habitantes².

Un factor que conviene comentar a propósito de la dinámica del crecimiento poblacional, es el de la influencia de la inmigración extranjera. Al respecto habría que decir que, a diferencia de países como Uruguay y Argentina, a los cuales afluyeron desde principios de siglo importantes contingentes inmigratorios europeos, en Venezuela este fenómeno -en verdad poco estudiado-, ha tenido un impacto de menor alcance en el comportamiento demográfico y en la estructura social. Si bien es cierto que su condición privilegiada de *hinterland* petrolero y la implantación posterior de la industrialización, han venido operando como polo de atracción convirtiéndola en una sociedad receptora de masas nada desestimables de migrantes. Unos, atraídos hacia los años 50 por las perspectivas de mejores condiciones de vida que las de sus países europeos de origen (España, Italia, Portugal), enfrentados al atraso industrial y a la difícil reconstrucción nacional de la postguerra. Y otros, movilizados posteriormente desde Colombia y otros países latinoamericanos, aprovechando sobre todo la necesidad de cubrir los déficits de mano de obra abiertos por el crecimiento industrial (CORDIPLAN-OCEI, 1981: 21).

2. La Transformación Urbana y los Jóvenes

Un segundo fenómeno demográfico que interesa anotar, se refiere a los cambios en la distribución de la población.

En este sentido, lo más importante a señalar tiene que ver con el hecho de que la rápida urbanización que acompaña y expande los polos de modernización, se acentúa mucho más en las dos últimas décadas, modificando radicalmente el patrón de asentamiento rural-urbano. La “desruralización” compulsiva y la concentración poblacional en las ciudades, que centralizan la acumulación de capital y el poder, transforman durante este período a la sociedad venezolana, convirtiéndola por sobre todo en una sociedad urbana.

Este cambio, que supone que los jóvenes de la presente generación sean mayoritariamente urbanos, implica paralelamente, dadas sus características, consecuencias directas en las prácticas y en los modos de relacionamiento del segmento juvenil con los distintos ámbitos de la vida social: familia, educación, cultura y trabajo.

2. En el Censo de 1961 la inmigración extranjera (principalmente de origen europeo) representa el 7% de la población de Venezuela.

En la década de los 60 se frenan significativamente los flujos migratorios de países del sur de Europa y comienzan a cobrar importancia creciente aquellos provenientes de América Latina y el Caribe. La condición de país petrolero de Venezuela, y el boom petrolero de mediados de los 70, así como los escasos controles migratorios que ejerce el Estado, convierten al país en un foco de atracción de migraciones regionales, en especial colombianos, ecuatorianos, dominicanos, trinitarios, etc. y centroamericanos. A esto se suman a partir de los 70 por motivos de represión política, flujos de países del Cono Sur. En una alta proporción estos migrantes ingresan al país en condiciones de ilegalidad, por lo que no existen datos que permitan cuantificar la magnitud de este fenómeno.

Véase IPB y Asociados (1980).

La dimensión de esta transformación se puede percibir considerando algunos indicadores. Entre la década de los 40 y la de los 60 la relación rural-urbana se había invertido pasando de un 60% rural en los 40 a igual porcentaje pero urbano a comienzos de los 60. Y ya para 1981, Venezuela no sólo tiene el 76.4% de población urbana, sino que un 43% vive en ciudades de 250,000 habitantes o más (CORDIPLAN-OCEI, 1981: 21).

En este marco, el grado de urbanización del segmento de 15 a 24 años se sitúa por encima del promedio nacional, en condiciones donde por otra parte el sector de 20 a 40 años presenta una mayor proporción con un 0.82% frente al 0.79% del agrupado entre 15 y 19 años (CORDIPLAN-OCEI, 1981: 23). Ligera variación que podría estar indicando, además de lo anotado, que ocurren igualmente movimientos de jóvenes hacia zonas urbanas a partir de los 20 años, precisamente cuando la edad coincide con la entrada a la actividad laboral o a la educación superior, reforzándose así el fenómeno general de la concentración urbana.

3. Una Tendencia Reciente

Si se toman en cuenta las proyecciones del crecimiento poblacional (Bronfenmajer y otros, 1984: 53), las estimaciones revelan que, manteniéndose la actual tendencia, hacia el año 2000 la población aumentará fuertemente, especialmente en el contingente con edades de 18 a 24 años.

Ello dentro de una modificación ya visible en la dinámica poblacional. En efecto, los datos censales indican que desde 1968 viene ocurriendo un envejecimiento progresivo de la población que acerca el comportamiento demográfico de Venezuela al de los países de desarrollo industrial originario. Una serie de indicadores sugieren una evolución en este sentido. La tasa de natalidad ha venido disminuyendo en las tres últimas décadas, pasando de 47.3 por mil (1950-55) a 35.2 por mil (1980-85), cifras que evidencian una disminución relativa algo mayor que la de América Latina en su conjunto, la cual pasa en el mismo período de 42.6 a un 31.9 por mil. Igualmente, la tasa de fecundidad -en el mismo lapso- ha bajado de 6.6% a 4.3%, lo cual aproxima a Venezuela al promedio de 4.2 específico de la región, por debajo del cual sólo se coloca la mitad de los países. La velocidad de este proceso queda evidenciada si se toma en cuenta la disminución experimentada por la tasa de fecundidad durante la década de los 70 (1971-1981) en el grupo de mujeres que concentran el mayor promedio: las de 20 a 24 años. En este agregado, la tasa pasó de 5.1 a 4.4 hijos por mujer (CEPAL, 1984: 66, 69).

En términos del tipo de distribución de la estructura de edades, la tendencia al envejecimiento se detecta al comparar las cifras correspondientes a los grupos comprendidos entre 0 y 14, 15 y 59 y mayores de 60 años. Para 1971 los porcentajes eran de 45%, 50% y 4.8%, en tanto que para 1981 habían evolucionado a 40%, 54% y 5.1% (CORDIPLAN-OCEI, 1981: 25).

Por supuesto, que esta tendencia tiene mucho que ver con los cambios

que la urbanización induce en las pautas culturales, sobre todo en un contexto de modernización donde los crecientes ingresos petroleros determinan en general una elevación de los niveles de vida y una amplia cobertura del Estado.

II. LA FAMILIA Y LOS JÓVENES

La familia venezolana actual ofrece al análisis aspectos singulares que pueden reconocerse como resultado de tres procesos; uno caracterizado por la persistencia de elementos internos que le confieren rasgos de "*estructura familiar atípica*" (Vethencourt, 1974: 67-69) susceptibles de una interpretación socio-cultural; un segundo proceso derivado del acelerado movimiento modernizador que transformó al país en una sociedad predominantemente urbana, y que implicó la aparición de nuevos espacios socializadores para los miembros del grupo familiar y, por último, el que se expresa en la identificación de la familia como sujeto de la acción estatal; evidenciada la debilidad de la estructura de aquella para cumplir con las expectativas y demandas de una sociedad en tránsito hacia la modernidad.

Los tres procesos impactaron la casi exclusividad que sobre la socialización de los jóvenes ejercía el ámbito familiar, situándolo en este plano junto a otros circuitos alternativos y, en ciertos casos, sustitutivos de esa función dados por la universalización de la escolaridad, la extensión de las posibilidades recreativo/deportivas como parte de una estrategia atencional del Estado y la emergencia de una cultura urbana con su multiplicada oferta de inserciones para la población juvenil.

Las características integradoras/excluyentes del sistema político determinaron paralelamente que estos cambios en la naturaleza y funciones de la familia se diesen en medio de tensiones y conflictos que, por un lado, exigieron al Estado una creciente intervención reguladora y, por otro, indicaban que el recorrido de la familia tradicional hacia nuevas formas de organización tenía un ritmo diferente al de las transformaciones que se producían en el entorno.

1. De la Familia Tradicional a la Moderna

Uno de los rasgos atribuidos a la familia venezolana de hoy, su vulnerabilidad como continente socializador, representa sin embargo en la opinión de estudiosos del problema, una constante histórica que acompaña todo el camino de su institucionalización, emergiendo como fenómeno crítico en el período de transición de la sociedad agraria a la industrial, el cual resiente formas que aunque inestables, constituían una entidad referencial cierta dada por los nexos de consanguinidad.

La transición plantea la necesidad de acomodarse a roles productivos y sociales inéditos, lo que tiende a debilitar los antiguos vínculos y solidaridades del grupo, diversificándolo en distintos proyectos individuales acordes con los también diferentes requerimientos de una dinámica económica y cultural que afectan su funcionamiento y estructura.

En este marco que centrifuga hacia el exterior la satisfacción de las necesidades de sus miembros, la familia mantiene no obstante rasgos reveladores de la subsistencia de formas organizativas y culturales que denotan la aún no cristalizada síntesis de su proceso de transformación, y que se reactivan críticamente en medio del "vacío cultura" que aparejó el mismo.

El fenómeno del *matricentrismo* y el que en la literatura sobre el problema se describe como *machismo*, constituyen dos manifestaciones de esta particularidad cultural. El primero destaca al rol protagónico de la mujer en la socialización de los hijos; que si bien en la familia tradicional se apoyaba en una división objetiva del trabajo asociada a las exigencias de una producción que no demandaba la externación de las labores femeninas, en la actualidad sería la expresión -especialmente en los sectores populares de la población- de síntomas de desintegración familiar originada por la frecuente ruptura del vínculo conyugal y la regular alternancia de las figuras parentales (Vethencourt, 1974: 67-69).

De esta manera, la continuidad del grupo familiar y su eje de auto-identificación están dados por la madre, que asume no sólo este papel referencial, sino también, habitualmente, el de proveedora única de las necesidades materiales y afectivas de la familia (para 1978, el 20.2% de un total de 2,370,622 hogares declarados, son conducidos por una mujer como jefe de hogar).

El "machismo", por su parte, refiere más enfáticamente a un comportamiento cultural que alude al mantenimiento del predominio histórico del rol masculino -productor y figura de autoridad- y que en la crisis que conlleva la transición exagera sus efectos disociadores del núcleo familiar. En efecto, si los términos de interacción que propone la sociedad industrial pasan por el reconocimiento de la importancia económica de la mujer y la aceptación de una práctica social igualadora entre los sexos, el "machismo" podría estar representado, por carencia de mecanismos de acomodación flexibles, un anclaje en los antiguos pero seguros indicadores de dominio.

La persistencia de estos rasgos culturales confluyen complementariamente en la constitución de un núcleo familiar inestable que dificulta la socialización normal de los hijos, no aporta referencias claras en torno a los atributos que conforman los diferentes roles de los miembros del grupo y priva a los jóvenes de un modelo de identidad familiar consistente.

2. Un Agrupamiento Inédito: La "Familia de Alto Riesgo"

Los componentes socio-culturales descritos aunados al desigual acceso y disfrute de los "beneficios" del proceso modernizador determinan que una amplia franja de la juventud venezolana se socialice primariamente en condiciones que la misma legalidad que la protege configura como "Situación de Abandono y/o de Peligro"³ y que refiere taxativamente a la ausencia

3. Art. 84: Podrán ser considerados menores en situación de abandono: 1) quienes carezcan de medios de subsistencia; quienes se vean privados frecuentemente de alimentos o de las

de contextos materiales y morales que posibiliten su desarrollo normal.

Tipificación jurídica que traduce efectos no previstos de la modernización en el plano de la familia la cual, y no sólo en las áreas de marginalidad, pasa a ser concebida ahora como de "alto riesgo":

"...aquella que no garantiza el desarrollo integral de sus miembros y que, por lo tanto, no posibilita la incorporación de los mismos a la vida social de acuerdo a los requerimientos de la sociedad".⁴

Esta familia, surgida del impacto de su estructura tradicional con un nuevo modelo de desarrollo basado en las posibilidades rentísticas de la explotación petrolera, es el resultado del proceso permanente de reestructuración de sus valores, cultura y formas organizativas al que es sometida por una dinámica que vista su movilidad y desequilibrio, no puede asegurar las condiciones para que el pasaje al medio y cultura urbanos -nuevo contexto ambiental del grupo- se realice en términos de adaptaciones progresivas.

La incorporación a la ciudad desestabilizó sus vínculos internos, agredidos adicionalmente por las dificultades de vivienda, la obtención de empleo y la cobertura de necesidades sanitarias y nutricionales. Factores que operan promoviendo frecuentemente la disolución del núcleo familiar original, la formación de nuevas uniones y la consiguiente rotación de la figura paterna.⁵

Este conjunto de condicionantes internos y externos configuran el espacio familiar de "alto riesgo" el cual, entre otros efectos, genera lo que el Instituto Nacional del Menor verifica como "alto índice de niños con filiación ilegítima (28.06% de los nacimientos vivos en 1978)" (Ministerio de la Juventud, 1973). Situación corregida en la actualidad, desde el punto de vista de sus consecuencias jurídicas, con la reforma del Código Civil que elimina la filiación diferenciada.

atenciones que requiera su salud; 3) quienes no dispongan de habitación cierta; 4) quienes habitualmente se vean privados del afecto o del cuidado de sus padres; 6) quienes sean objeto de malos tratos físicos o mentales, graves o habituales; 7) quienes sean objeto de explotación sexual; 8) quienes se encuentran en otras circunstancias de desamparo que lleven a la convicción de que el menor se halla en situación de abandono. Art. 85: Podrán ser considerados menores en situación de peligro: 1) quienes consuman sustancias psicotrópicas no prescritas facultativamente o ingieran habitualmente bebidas alcohólicas; 2) quienes frecuenten la compañía de malvivientes o vivan con ellos; 3) quienes se empleen en ocupaciones que puedan considerarse perjudiciales a la moral y a las buenas costumbres o que se realicen en ambientes nocivos a su formación, a su salud o a su vida; 4) quienes se fuguen del hogar o se dediquen a la mendicidad o deambulen frecuentemente por las calles; 5) y en general a quienes se encuentren en cualquier otra situación que pueda constituir riesgo inminente para su salud, su vida o su moralidad. *Ley Tutelar de menores* (1981: 28-29).

4. Ministerio de la Juventud. Instituto Nacional del Menor (s.f.). Véase también Consejo Venezolano del Niño (1973).

5. OCEI (1980). Para 1980 se reportan 3,200,000 grupos familiares. Entre 1977 y 1979 un 30% de ellos están constituidos por un solo miembro de la pareja, de los cuales un 66% de los casos el jefe de familia es una mujer. Es decir, entre los hogares donde sólo existe un miembro de la pareja, dos tercios de esos jefes son mujeres. Véase también Ministerio de la Juventud (1980).

Un modelo familiar pues, debilitado en su función, que contribuye tanto a la internalización de patrones conductuales no adecuados en los jóvenes, como a la búsqueda de marcos compensatorios externos para sus demandas materiales y afectivas.⁶

Salvando la paradoja que significa la sustitución del atributo de seguridad que históricamente se le ha asignado a la familia por el de eventual continente de riesgo, nos encontramos ante una institución profundamente afectada por los desequilibrios y desprovista de instrumentos para preservar intacta su capacidad socializadora.

3. De la Familia Extendida a la Nuclear

Factores externos refuerzan y agravan la complejidad del cuadro. La estructura del *ingreso* familiar sufre importantes variaciones a partir de los años 60 como consecuencia del incremento de la renta petrolera y la expansión de las oportunidades de empleo. Pero este movimiento que se tradujo en una relativa desconcentración del ingreso nacional; para 1982 vuelve a situarse en los niveles de la década de los 70, indicando una clara tendencia regresiva que encuentra su causa en la crisis económica actual.

La calidad de la *vivienda* como factor coadyuvante en la socialización no amerita mayores comentarios. En el año 1978 existían en el país 2,378,673 viviendas ocupadas, de las cuales el 31% correspondían a unidades ubicadas en zonas tipificadas como "barrios" (equivalente de zona marginal) según la Fundación para el Desarrollo de la Comunidad (Fundacomún).

Para ese momento se inventariaron 1842 barrios con una población global de 4,252,284 habitantes y un promedio de ocupantes por vivienda de 5.7%. Según el mismo organismo, sólo el 53% de las mismas reunían condiciones de habitabilidad, mientras que el resto (47%) eran inadecuadas, sea por la calidad de los materiales utilizados en su construcción, la carencia de servicios básicos o por lo exiguo de los espacios cubiertos que se revierten en problemas de hacinamiento (Fundacomún 1978, 1978b) (téngase presente que para 1981, la población total del país llega a los 14,313,000 habitantes).

De igual manera, la *salud* ya no puede definirse en términos de "ausencia de enfermedad" según la O.M.S., sino como un "estado de completo bienestar físico, mental y social...". Por ello, si bien un descenso en las tasas de mortalidad es un buen indicador de la situación sanitaria, no es suficiente en la actualidad para diagnosticar *calidad de la vida*. Venezuela redujo su mortalidad en casi un 50% en el acelerado período en el que se produce su entrada en la modernidad, logro importante sin duda, pero que

6. Ministerio de la Juventud (1980). "La magnitud de esta problemática queda reflejada en las siguientes cifras: para 1978, de 6,543,240 menores (49.86% de la población total) de 0 a 17 años, se calcula que 2,685,240 constituyen la población que se encontraba en Situación Irregular; de los cuales 1,381,735 están en situación de abandono, 401.693 en situación de peligro y 76.834 potenciales infractores.

se desdibuja en el contexto de las limitaciones ambientales, de empleo, de seguridad social, etc., que operan como factores iatrogénicos y generan una demanda de asistencia médica creciente, frente a servicios que no pueden satisfacerla de manera adecuada.⁷

Así, el contexto material en que se desenvuelve una extensa capa de jóvenes promueve modalidades de participación características en la estructura económico-social a las cuales no son ajenas las alteraciones en el núcleo familiar. Las dos dimensiones confluyen en la creación de un hábitat hostil a una socialización normal.

Contribuyen asimismo para que, a pesar de la tendencia a disminuir del número de hogares con más de cinco personas (de un 58% a un 54% entre 1978 y 1982), y a aumentar los que oscilan entre 2 y 4 personas (de 36% a 38%), la estructura de composición media de los mismos se haya mantenido estable en ese mismo período: 5.5% mientras que el incremento del número de hogares entre 1978 y 1982 ha sido del orden del 12%, pasando de 2,368 miles a 2,704 miles (OCEI, 1981).

Los datos parecen confirmar lo dicho al referirnos a la coexistencia de formas culturales duales o superpuestas en el grupo familiar: la presencia todavía importante de singularidades de agrupamiento que responden al concepto de familia tradicional y que indican que el proceso de modernización, así como cambió drásticamente la estructura demográfica de la población, no impactó con igual intensidad el proceso de transformación de ciertos hábitos socio-culturales de la familia.

4. El Joven Socializado en la Transición

El contexto familiar en el que fuera socializada una gran parte de la juventud actual proporcionó pautas, algunos de cuyos contenidos resultaron disfuncionales en relación con la normatividad y exigencias de una sociedad industrial-urbana. En ésta, lo jurídico actúa como regulador de la función sexual de la familia, planteando la responsabilidad expresa de la pareja en la crianza de los hijos. Y la estabilidad que requiere, además de su significación económica, garantiza que el control social general que se ejerce a través de la Ley, se complementa en la esfera privada con el que desarrolla sobre sus miembros el grupo familiar.

La presencia, por el contrario, de factores que tienden a desestabilizar los vínculos estimulan la instalación de conductas que, en su desorgani-

7. "El sistema de seguridad social venezolano no cubre eficazmente los riesgos que afronta la familia de escasos recursos. De los 2,370,622 hogares (integrados por 5,700,000 personas) sólo recibían atención en el año 1978 por el Instituto Venezolano de los Seguros Sociales (I.V.S.A.) 2,164,585 personas. De tal manera que el 62.86% de la población comprendida en el número de grupos familiares descritos, quedan fuera del Sistema de Seguridad Social del I.V.S.S., cubriendo sus necesidades sanitarias la Beneficiencia Pública y el Ministerio de Sanidad y Asistencia Social, afectados así por una sobresaturación de los servicios y el consiguiente desmejoramiento de su calidad. Situación que se agrava, pues los no asegurados carecen de protección en caso de incapacidades parciales, invalidez, pensión por vejez, de sobrevivientes, asignación por maternidad y nupcias, etc. (Ministerio de la Juventud, s.f.).

zación, reflejan la carencia de patrones coherentes de comportamiento en una etapa en la cual el joven se halla en la búsqueda de la identidad adulta y por tanto, fuertemente influenciado por los modelos y valoraciones proyectados por el grupo familiar.

La fisura de este marco es potenciada paralelamente por la complejidad que la sociedad moderna introduce en el mismo, al proponer otros ámbitos posibles de realización. De ellos se hablará con amplitud más adelante, pero aquí interesa destacar uno que se articula directamente con la perturbación de la capacidad socializadora de la familia y que conduce, más allá del territorio cuestionador de la "contra-cultura" a una verdadera "cultura de la transgresión".

Pues si bien la contracultura como espacio socializador alternativo reviste para el joven la legitimidad que le otorga su condición de ser objeto de libre elección o, relativizando, no impuesto; en el caso de la transgresión, las peculiaridades de la dinámica familiar funcionan como predisponentes en el aprendizaje de la conducta asocial. La "libertad" que supone el primero, se convierte en este caso, en condicionamiento.

Esta incidencia de la desorganización familiar y de la ambigüedad de sus relaciones internas en la conducta transgresora juvenil puede verificarse en algunos estudios realizados sobre el tema. Magally Huggins (1986), en una investigación que tomó como sujetos a jóvenes transgresores de sexo femenino, de entre 0 y 18 años, internadas en instituciones reeducativas, encuentra en sus historias individuales nexos sugerentes entre la conducta irregular y la situación familiar. (Véanse cuadros 1-4).

Si bien los sujetos estudiados pertenecen a sectores altamente carenciados de la población, no parece arriesgado hipotetizar que en los comportamientos desadaptados de jóvenes de otros estratos sociales podría reconocerse igualmente la influencia de variables familiares desestabilizadoras que, por su carácter histórico-cultural, están presentes en la sociedad total. Variarán en tal caso las formas de expresión de los desajustes, pero el contexto básico seguirá siendo el mismo; una estructura familiar móvil debilitada en su función central.

Así la familia, disminuida en su potencialidad modeladora, ya no es "el" sino uno más "entre" los referentes de socialización: el grupo de pares, el medio estudiantil, la industria cultural, el voluntarismo político, el ejercicio de una sexualidad que escapa a su control, etc.

Ámbitos naturales que rodean el desarrollo evolutivo del joven, pero que al irrumpir como fractura y no como proceso de síntesis, conllevan el intento de negación de los vínculos y valores familiares y el corte de una continuidad que, aún conflictiva, es uno de los soportes de una identidad adulta firme. Intento porque, contradictoriamente, la "ruptura generacional" protagonizada por el joven no lo ampara de la internalización profunda de los modelos familiares. De esta manera se desarrolla en medio de una situación pendular, entre determinaciones polares que no lo ayudan a construir un proyecto de vida superador y autónomo.

Cuadro 1
Número de Personas por Hogar

	F	%	% acumulado
Menos de tres personas	17	11.33	11.33
4 a 6 personas	75	50.00	61.33
7 o más	31	20.67	82.00
No informa	27	18.00	100.00

n = 150

Fuente: M. Huggins (1986: 58).

Cuadro 2
Tipo de Vínculo Familiar (Disuelto-Estable)

	F	%	% acumulado
Disuelto	122	81.33	81.33
Estable	28	18.67	100.00

n = 150

Fuente: M. Huggins (1986: 54).

Cuadro 3
Presencia o Ausencia de las Figuras Parentales

	F	%	% acumulado
Ambos padres presentes	31	20.67	20.67
Madre ausente	24	16.00	36.67
Padre ausente	65	43.33	80.00
Ambos padres ausentes	25	16.67	96.67
No informó	5	3.33	100.00

n = 150

Fuente: M. Huggins (1986: 55).

Cuadro 4
Edad de la Primera Relación Sexual

	F	%	% acumulado
Menor de 11 años	4	4.26	4.26
11 años	12	12.77	17.02
12 años	16	17.02	34.04
13 años	13	13.83	47.87
14 años	17	18.09	65.96
15 años	11	11.70	77.66
16 años	12	12.77	90.43
No informó	9	9.57	100.00

n = 150

Fuente: M. Huggins (1986: 36).

Entonces, el modelo familiar cuenta con grandes posibilidades de ser reproducido en sus líneas esenciales y con él, sus rasgos de inestabilidad, relativización, figura paterna itinerante, desprotección afectiva, en fin, de un modelo cuyas propuestas de aprendizaje fueron frágiles, ambigüas e inseguras, y que tornan también inestables las futuras uniones conyugales.

5. La Familia del Joven Actual

Tal como se ha visto con anterioridad, la estructura de composición media de los hogares se ha mantenido estable entre 1978 y 1982. El promedio de sus miembros es de 5.5 y se constata una tendencia hacia la disminución de este número. En el último período intercensal también se observa un descenso en la tasa de natalidad que pasa de 52.3% al 49.0%, lo que estaría reflejando, entre otras cosas, la incidencia de la política de planificación familiar desarrollada por el Estado desde 1962 a través del Ministerio de Sanidad y Asistencia Social (MSAS). En efecto, si bien es cierto que el número de establecimientos que prestan servicios de planificación familiar se ha mantenido estable en unos 700, así como la población atendida que, para 1981, se situó en unos tres millones de mujeres, sin embargo, las usuarias activas se han venido incrementado, pasando de 200,000 en 1978 a 300,000 en 1981.

Tendencia hacia la nuclearidad que se confirma al observar la disminución del porcentaje de otros miembros del hogar distintos al cónyuge e hijos del jefe del hogar (sólo 3.4% de las personas que viven en hogares familiares, en comparación con el 10.0% en 1950) (OCEI, 1981).

Sin embargo, es necesario señalar que, dentro de la población de 15 años y más, el número de hijos del jefe del hogar sigue siendo elevado: casi la mitad de la estructura del hogar la forman los hijos.

a. Nupcialidad

La tasa de nupcialidad se ha venido incrementando en un 6.2% como consecuencia del aumento del número de jóvenes en edad de casarse. También se han modificado las edades promedio; si en la década anterior a los 70, los indicadores señalaban que la edad promedio en que los hombres tendían a casarse era de 27 años y la de la mujer era de 18 años -algunas diferencias según se tratase de áreas urbanas o rurales- (OCEI, 1977); en la actualidad, de acuerdo al Censo Nacional de 1981, los promedios se sitúan así: para los hombres 25 años y 21 para las mujeres.

Datos que si bien expresan, en el caso del hombre, una tendencia a formalizar la unión conyugal más tempranamente; en el de la mujer señalan la tendencia contraria. Fenómeno que puede asociarse a las posibilidades que la modernización abrió para estas últimas (acceso a la educación superior, al empleo, etc.).

Podría decirse que el matrimonio sigue siendo un acontecimiento altamente definitorio para la mujer, por las proyecciones que implica: responsabilidad directa en el nuevo hogar, figura central en el cuidado de

los hijos, obstáculos en la prosecución de estudios y aún proveedora o co-proveedora de los medios de subsistencia. Mientras que para el hombre, el matrimonio -dentro de los límites etéreos con los cuales se trabaja en este estudio, 15 a 24 años- se presentan como problema de la población adulta.

En el grupo etéreo de entre 15 y 19 años, la proporción de matrimonios o uniones alcanza al 19%, de los cuales un 11% se realizan entre los 15 y 17 años. Para el sector de entre 20 y 24 años, el porcentaje de nupcialidad y/o unión aumenta a un 48% (OCEI, 1977). La unión, a su vez, aparece con mayor frecuencia que el *matrimonio*.

Sin embargo, y a pesar que la distribución de la población total de acuerdo a su situación conyugal se ha mantenido estable entre 1950 y 1981 y también que, de acuerdo a los indicadores censales, el porcentaje de solteros disminuye entre 1971 y 1981; el mismo sigue siendo alto, al representar en 1981 el 37% de la población de 15 años y más, mientras que la población casada o unida representa el 53.2% (OCEI, 1981).

b. Fecundidad

Se percibe un descenso en la tasa de natalidad, reflejada en la disminución relativa del número de hijos en el hogar. Así, entre 1971 y 1981, pasan de representar el 52% al 49% del total de la composición del grupo familiar. Pero aún así constituyen casi la mitad del mismo.

Situación que se acompaña con el leve incremento de la *precocidad* de la joven venezolana en lo referido a fecundidad, a partir de 1973. En efecto, si la joven madre menor de 15 años estaba representada en 1973 con el 0.3% de los nacimientos, en 1980 este porcentaje se eleva a un 0.7%, mientras que las madres entre los 15 y 19 años han venido aumentando de 102.2 a 105.9 en 1982. Al tiempo que para el grupo etéreo de entre 20 y 24 años, la fecundidad disminuye de un 32.0% en 1973 a un 31.5% en 1982 (OCEI, 1977; véase también OCEI, 1981).

Es decir, que si bien el matrimonio en el caso de las jóvenes, tiende a retrasarse en su concreción, la fecundidad por el contrario, se adelanta; advirtiéndose incluso la instalación de una tendencia a la maternidad precoz (menores de 15 años). Fenómeno que debiera considerarse en el contexto de debilitamiento de la capacidad socializadora de la familia, del cuestionamiento de sus regulaciones normativas, así como de la recuperación de la sexualidad como espacio privado de realización juvenil, en el marco de una cultura masiva exaltadora de formas hedonísticas de vida.

c. Estabilidad del grupo familiar

Las tasas de divorcio han aumentado a un 36.5% por mil en 1982, mientras que el promedio de dos o más uniones o matrimonios se sitúa por encima de los grupos de edades de más de 30 años.

El número de personas que se declaran como divorciadas en 1981 es del 4.3% del total de la población de 15 años y más. La categoría "separado/a" representa el 3.2% correspondiendo a las mujeres el mayor porcentaje (72.3%). Asimismo, más del 50% de la población femenina divorciada o

separada forma hogares independientes. Porcentaje que para los hombres es del 29.4% (OCEI, 1981).

Es interesante señalar, de acuerdo a la Encuesta de Fecundidad citada, que el 70% de la población femenina se encontraba en esa fecha (1977) en estado de unión o matrimonio, y que de esos grupos más del 80% tenía al menos 4 años de matrimonio.

Una primera lectura de estos datos pareciera estar indicando que se está ante un proceso de mayor estabilidad en la familia del joven actual, y que la separación o ruptura del vínculo conyugal compromete fundamentalmente a los grupos etáreos considerados como adultos.

d. El hogar que forma el joven de hoy

Respecto a la proporción de jefes de hogar en relación a su situación conyugal, en 1981 el 31.1% de la población de 15 años y más se declaró como jefes de hogar, de los cuales el 78% son hombres, contra un 18% de la población femenina (en 1978, de cada 100 hogares, 21 tenían como "cabeza de hogar" a una mujer).

Asimismo, el porcentaje de jefes de hogar en cada categoría de situación conyugal (casado-unido) muestra que el 84.1 de los hombres casados o unidos son jefes de hogar, frente sólo al 5.7% de las mujeres en esa situación (OCEI, 1981).

e. La tendencia dominante

Los indicadores analizados señalan, pues, un afianzamiento de las características que se adscriben a la conformación de una familia tipo nuclear y al establecimiento progresivo de los hábitos y valores que le son inherentes. Proceso no exento de contradicciones que se expresan en la presencia de rasgos correspondientes a la organización familiar de la antigua sociedad agraria y la incidencia de contextos materiales que operan como obstaculizadores a su pleno despliegue.

Etapa transicional cuya realización tardía en el caso venezolano, coincide con el fuerte cuestionamiento a que es sometida la validez de la institución en la cultura moderna, que interfiere adicionalmente en la cristalización de un nuevo modo de relacionamiento.

III. LA EDUCACIÓN DE LOS JOVENES

El proceso más significativo en lo que respecta a la educación de los jóvenes, ha sido la acelerada constitución de este segmento, en una época reciente y relativamente corta, en un sector educado, siendo esta condición un atributo específico de cada vez mayores contingentes de población.

La expansión acelerada de las matrículas en todos los niveles de la educación formal, que es el fenómeno más característico de la escolarización en los años 60 y 70, indican que un volumen cada vez más elevado adquirió la condición estudiantil y, más aún, que una buena parte logró

ingresar a las universidades y centros de educación superior, que rápidamente se abrieron a partir de esta época.

Si se quiere pensar en el futuro, no hay que perder de vista el enorme papel jugado por la educación en la transición estructural. Particularmente en la cristalización de factores sin los cuales las dificultades del proceso de modernización capitalista de la economía y la política fuesen mayores, y que a la vez que favorecieron y aceleraron la crisis de la dominación oligárquica, han estimulado las condiciones para la implementación de una moderna sociedad urbano-industrial.

En el largo período que abarca aproximadamente los últimos 50 años, pero muy especialmente en los 20 inmediatos, la educación de los jóvenes se la puede vincular positivamente a la canalización de presiones de participación que acompaña la reestructuración democrática del Estado, al control de las expectativas surgidas de la urbanización violenta y de la concentración de la población en las grandes ciudades, y a la satisfacción de las demandas de trabajo relacionadas con una industrialización tardía, centrada en un sector moderno transnacionalizado y de utilización intensiva de tecnología.

En este proceso de modernización, la educación a la vez que uno de los más importantes mecanismos de cambio, ha sido también una de las instituciones más cambiadas.

Así, ha estimulado procesos de apertura social, que han producido una modificación de la educación tradicional de élites y de sus pautas de segregación cultural, sustituyéndola por un sistema público de masas, el cual hasta hace poco vino homogenizando culturalmente a grupos con orígenes sociales y antecedentes educativos muy diferentes.

De la misma manera, ha funcionado como un mediador político de las relaciones entre la sociedad civil y el Estado; operando en la institucionalización de formas modernas de movilización y disenso social.

Por último, ha socializado a una población numerosa en los hábitos y conocimientos propios de un ejército moderno de trabajo, proveyéndolos de habilidades para el desempeño de ocupaciones industriales. Y ha conformado medios antielitistas de selección y reclutamiento de las cúpulas de dirección de la sociedad y el Estado.

Pero también ha tendido a desenvolverse como un mecanismo heterogenizador de las condiciones de los jóvenes. Las discontinuidades en el modo en que ocurre la transición estructural, vienen incidiendo en la dinámica del cambio educativo, introduciendo significados sociales precisos a los problemas de la calidad de los aprendizajes y de la distribución escolar de conocimientos.

La expansión educativa ha tendido a desenvolverse, en la medida en que ciertamente se ha hecho mayor la intensidad de la demanda social, por estratificaciones en los tipos de enseñanza; generándose con ello a partir de la variable escolar, nuevas formas de polarización entre los estratos jóvenes, las cuales pasan a corresponderse mucho con las de las clases

sociales. De tal forma que los jóvenes que hoy tienen entre 7 y 24 años están siendo educados de manera muy diferente a la de la generación precedente.

Y es que aquella presión de la demanda social por alfabetización y educaciones largas, se ha venido resolviendo por medio de circuitos de escolarización (Bronfenmajer-Casanova, 1986), con respuestas muy distintas en las situaciones de aprendizaje y en el valor de mercado de los conocimientos que suministran.

La progresiva diferenciación de la calidad de los factores pedagógicos de igualación escolar del modelo de educación liberal que predominó hasta ahora, tiende a repercutir en un nuevo procedimiento de promoción y éxitos escolares. Este descansa ahora en la relación estrecha entre las ventajas culturales acumuladas dentro del mundo familiar, por las generaciones jóvenes de los que ya fueron previamente educados, y el acceso a los mejores establecimientos, generándose de esta manera un tipo de estructura escolar que funciona principalmente para la reproducción meritocrática y mesocrática de las posiciones que otorga el control desigual del capital escolar (Casanova, 1985).

Se podría hablar entonces de que la educación de hoy viene suponiendo para los jóvenes de esta generación una forma de selección social a partir de esta variable: aquella basada en la polarización entre los peor y los mejor educados.

Los primeros, relegados a los circuitos masificados y deteriorados, que sólo conducen a formas espúreas de alfabetización y educaciones postprimarias deficitarias, encuentran cada vez más difícil la incorporación al mundo del trabajo, la participación y la cultura.

Los segundos, que también son los más educados, en razón de que controlan las redes de calificación de excelencia y se desplazan preferentemente hacia las nuevas profesiones científicotécnicas y a las universidades de prestigio, constituyen la base de reclutamiento de la emergente inteligencia técnica.

Estos son algunos de los procesos que vienen condicionando la educación de los jóvenes. Por sobre todo y a pesar de los problemas anotados, no cabe duda de que ella ha sido uno de los medios más eficaces para la constitución empírica de los atributos a través de los cuales se ha venido materializando sociológicamente la condición juvenil en Venezuela.

1. El Ciclo de Expansión: Modernización y Estilo Educativo

La evolución de la cobertura del sistema escolar indica que la educación se ha convertido en el más importante canal de socialización, participación y movilidad, siendo el modo de vida de un sector amplio de la población comprendida entre los 7 y los 24 años.

Para tener una idea de las dimensiones de la expansión, la cual ha hecho posible el despliegue de tales funciones, se puede considerar que el violento crecimiento de los años 60s y 70s presenta actualmente una trayectoria

cuyos indicadores generales al ser comparados permiten ubicar a Venezuela en el umbral alto, evidenciando por otra parte una reducción de las distancias con respecto a países latinoamericanos de desarrollo educativo y modernización social más tempranos. Tal es el caso de los datos de distribución del crecimiento de la matrícula y de elevación de los niveles de educación formal de la población.

Tomando en cuenta algunas cifras, se tiene, por ejemplo, que durante los años 60s y 70s ocurren crecimientos que permiten reducir el porcentaje de analfabetismo de la población de 14 años y más. Estando en 1950 en un 51% pasa a un 37.3% en 1961, descendiendo a un 23.5% en 1971 hasta colocarse en un 11.9% en 1981. Estos datos ubican a Venezuela con un porcentaje de alfabetos por encima de países como Colombia, México y Brasil (Nassif y otros, 1985: 136).

Por otro lado, que la evolución de los niveles de educación formal presenta una tendencia similar. Si para 1950 las tasas brutas de escolarización presentan una distribución con un 51% en la educación primaria, un 3% en la enseñanza media y un 1.3% en la educación superior para 1981 los datos son diferentes con un 93.3%, un 45% y un 19.8% respectivamente. Estas cifras colocan ahora a Venezuela en una posición comparable con la de aquellos países con indicadores de desarrollo parecidos, expresando, igualmente, un acortamiento de las distancias con los de evolución más temprana de la cobertura educativa: Argentina, Uruguay y Chile (véase cuadro 5). Desde otro ángulo, si se revisan los porcentajes de matriculados en las edades de población que nos ocupan: 15 a 24 años, Venezuela está muy cerca de los porcentajes de Colombia, México y Uruguay, aunque presenta cifras menores que Argentina en todos los tramos, y que Brasil en el tramo de la población de 18 a 23 años (Rama, 1980). Por otra parte, en todos los tramos entre 6 y 23 años (discriminados en las categorías entre 6 y 11, entre 12 y 17 y entre 18 y 23) y tomando a América Latina en su conjunto, Venezuela presenta porcentajes de matriculados por encima del promedio; menos en el 12 y 17 donde la distancia no obstante es pequeña. Estos porcentajes de 81.3%, 64.1% y 22% para América Latina y de 83.2%, 60.9% y 24% para Venezuela, en los tramos de edades respectivos, tomando como base el año 1980 (CEPAL, 1983).

Por último, el financiamiento también sirve de indicador de las proporciones de aquel ciclo de expansión y de sus repercusiones en la definición moderna de los atributos del segmento juvenil. En esta perspectiva, el presupuesto pasa de 126,811 Bolívares en 1950, a 2,355,222 en 1970 y a 17,018,635 en 1981, cifras que en porcentaje del PNB representan el 4.7%, 5.1% y 5.6% respectivamente, y que en términos del gasto total del gobierno, suponen un 22.9%, 14.7% y 15%. Considerados los porcentajes correspondientes al año 1981, Venezuela gasta en educación una proporción mayor del PNB que Colombia, México, Argentina y Uruguay (Ministerio de Educación, s.f.).

Retomando la hipótesis planteada anteriormente sobre el papel de la educación, se puede decir que en Venezuela las formas de exclusión-inclusión de los grupos en la producción y el trabajo que lleva aparejadas

Cuadro 5
Tasas Brutas de Escolaridad en América Latina

	Primaria			Media			Universitaria		
	1950	1960	1975	1950	1960	1975	1950	1960	1975
Argentina	94.1	98.3	98.1	10.4	27.0	50.5	5.2	11.3	28.0
Brasil	39.9	59.7	85.5	5.7	9.5	19.6	0.9	1.5	9.4
Colombia	36.0	54.8	88.5	3.9	10.2	20.1	0.9	1.7	8.4
Costa Rica	61.4	81.9	91.7	5.9	16.2	39.5	1.8	4.8	18.5
Chile	74.0	88.7	93.7	10.7	21.5	47.2	1.6	4.0	16.2
Ecuador	56.7	72.6	90.0	4.4	10.6	27.5	1.3	2.6	8.3
México	53.0	70.1	98.5	2.7	10.0	30.2	1.6	2.6	9.6
Panamá	76.0	80.5	106.9	9.2	25.0	48.4	1.9	4.6	18.3
Perú	66.8	72.5	95.2	6.4	13.5	33.9	2.1	3.6	22.8
Uruguay	89.8	93.8	90.6	17.0	32.5	62.4	5.7	7.7	15.0
Venezuela	51.1	83.5	84.5	3.0	17.2	31.9	1.3	4.3	19.8

Fuente: Nassif, *et. al.* (1984: 36).

el modelo de industrialización, y la limitada capacidad del proceso político para institucionalizar un orden hegemónico; y de ambos para generar canales de integración y principios de racionalidad capitalista -cuya forma clásica ha sido descrita por Weber (1979); han contraído históricamente los espacios de incorporación de las poblaciones a los comportamientos y al tipo de relaciones sociales que supone la modernización urbano-industrial. En estas condiciones, se podría considerar que la expansión de la cobertura ha significado estructuralmente el que la educación ha podido "compensar", en buena medida, aquellas limitaciones de los órdenes económico y político, favoreciendo procesos de socialización y operando como un sistema de integración masivo (Bronfenmajer-Casanova, 1986).

Este rol organizador, y su importancia como factor de integración de una buena porción de la joven generación venezolana, estará fuertemente asociado: a) al fortalecimiento institucional de un sistema de enseñanza público socialmente abierto y culturalmente homogéneo, hecho que se concreta en la segunda mitad de los años 30; b) a la violenta expansión de la matrícula, proceso que en Venezuela como señalan los datos, ocurre a partir de la década de los 60 para la educación primaria, y de los 70 para la enseñanza media y superior; c) a la ampliación de la intervención del Estado que al mismo tiempo que asume funciones de productor, potencia al máximo su papel redistributivo y asistencialista; d) a la creación de una infraestructura industrial, y sobre todo del mercado burocrático del Estado y de ocupaciones terciarias; e) a la respuesta estatal a la importancia política de los sectores medios y a sus demandas educativas, asociadas sobre todo a su expansión como grupos terciarios. De ello resultará un estilo educativo estructurado ante todo como democratización de los accesos a la universidades.

Este estilo ha supuesto en los procesos de modernización de la estructura social, modos de contención y resolución de las tendencias a la "movilización populista" y a las "salidas insurreccionales", propiciándose situa-

ciones de movilidad para estos sectores, afectados por aquella contracción de los espacios de incorporación.

Resumiendo, se puede decir que la evolución de la educación, muy particularmente el ciclo de expansión acelerado de las dos últimas décadas, ha implicado que la condición estudiantil pase a ser el atributo de cada vez más jóvenes, suponiendo para ellos un mecanismo social homogenizador de sus condiciones económicas, culturales y de participación, mucho mayor que en cualquier otra época histórica.

No obstante, este proceso se viene revirtiendo para la generación actual que tiene edades comprendidas entre los 7 y los 24 años, pues unido al hecho de que todavía se mantiene un volumen significativo de excluidos, se ha venido heterogenizando la posición educativa de los jóvenes educados, y con ello las condiciones ocupacional, salarial, etc., polarizándose entre los menos educados y los mejor educados.

El análisis de ciertos indicadores educativos generales y los resultados de investigaciones recientes sobre la expansión, permiten precisar algunas dinámicas de este proceso de heterogenización de la condición educativa de la juventud actual, particularmente de las formas sociales de distribución de los niveles formales de educación que el mismo lleva aparejado.

a. La polarización entre los no educados y los educados

La evaluación de la información estadística disponible sobre la situación educativa de la población venezolana, pone de manifiesto que a pesar del aumento en los niveles formales de instrucción, se está lejos de haber alcanzado las metas, y que ello es más cierto para el segmento que nos ocupa.

Los datos indican que si bien la educación primaria había logrado una cobertura del 110.3% de la población con edades entre los 7 y los 12 años, para 1982; en la educación secundaria que recluta jóvenes con edades entre los 13 y los 18 años, realmente ha podido cubrir sólo un 43.0% cifra bastante más baja que las de Argentina y Uruguay que para 1982 habían alcanzado porcentajes del 59% y el 61% respectivamente. En contraste, un 22.7% de la población en el tramo de edad de los 19 y 24 años se ha incorporado a la educación superior (CEPAL, 1985: 126-129), con una proporción menor de la cuarta parte distribuida en establecimientos distintos a las universidades. No hay que perder de vista para explicar esta tendencia, el hecho anotado de la influencia de las demandas y el proyecto educativo de los sectores medios en las políticas del Estado, lo cual ha condicionado el privilegiamiento de la educación superior, aún en detrimento de políticas más populares de universalización de la primaria y la enseñanza media.

Otro indicador es aquel relativo a los niveles alcanzados según se considere aquella parte de los que no alcanzaron ningún nivel y que constituyen la porción más drásticamente afectada. Al respecto, si bien es cierto que en Venezuela se ha logrado bajar el porcentaje hasta un 11.9% en el sector de los que tienen 14 años y más (1981) (CORDIPLAN-OCEI,

1983: cuadro 04-01-01), cifra que, por ejemplo, nos acerca a Argentina que tiene un 8.3% y nos coloca por debajo de Colombia con un 11% (CEPAL, 1983: cuadro 13); es importante anotar que el porcentaje alude a un total de 1,666,914 personas. Aunque también es cierto que no todos son jóvenes, en la medida en que la mayor concentración de los sin nivel recae en los grupos de mayor edad. La población de 30 años y más concentra el 22% de los analfabetos, en tanto que aquella situada respectivamente en los tramos de edad de 10 a 14 años, 15 a 19 y 20 a 24 tan sólo presentan 4%, 4% y 5.2% (CORDIPLAN-OCEI, 1983: 04-01-01).

En este mismo sentido, al considerar la distribución rural-urbana y por sexo de los analfabetas, se tiene que la exclusión tiende a ser drástica en la población rural y sin grandes diferencias entre la población masculina y femenina. En el primer caso, las desventajas de los sectores rurales, consecuencia de la carencia de establecimientos y de la atención diferencial del Estado, son las responsables del abultamiento del analfabetismo. De una cifra global de 13.7% de analfabetismo para 1981, la población rural respondía por un 32.7% y la urbana por un 8.5% (CORDIPLAN-OCEI, 1983: 04-02-03). En el segundo caso, la población femenina es levemente mayor en el número de analfabetas, manteniendo las mismas tendencias de la población en general: 13.4% frente al 10.4% de los hombres, encontrando al igual que éstos su mayor porcentaje en los mayores de 30 años, con lo cual se puede decir que afecta menos a la población joven. Así, por ejemplo, el fenómeno reciente del cambio educativo en las mujeres. Las cifras de analfabetismo femenino en las edades menores al tramo de 24, son más bajas que las de los hombres. Mientras que en el caso de la población masculina, los tramos de edades entre 10-24, 15-19 y 20-24 presentan porcentajes del 4.7%, 5% y 5.8%, las mujeres tienen en esos mismos tramos 3.4%, 3.1% y 4.6%. Esta misma tendencia aparece al comparar el porcentaje de mujeres y hombres que en el tramo de 15 a 19 años han alcanzado niveles de educación similares. Tomando como base el año 81, los porcentajes respectivos son 59.3% y 49.3% (CORDIPLAN-OCEI, 1983: 04-01-01).

b. La educación deficitaria y exclusión

Un último indicador del fenómeno de la exclusión educativa de los jóvenes está relacionado con la permanencia de éstos en el sistema escolar. Al respecto se puede considerar que si bien la educación primaria está cerca de alcanzar la cobertura total 93.3%, la media tiene una tasa bruta de escolarización de 45.7% y una neta de 38.4% (CORDIPLAN-OCEI, 1983: 04-03-01), lo cual indica que una considerable proporción de los que ingresan al sistema abandonan tempranamente la escuela, sin llegar a culminar la educación mínima obligatoria que actualmente está fijada en el 9º grado de básica.⁸ Con ello, por lo demás, se generan desigualdades en

8. La implantación de la escuela básica es un fenómeno reciente (1980). Ello explica el que hagamos el análisis manteniendo la distinción tradicional entre escuela primaria, educación media y enseñanza superior.

las probabilidades de acceso y participación de los jóvenes, donde los no educados tienen que hacer frente a la sobre oferta educativa y a la certificación del trabajo en una buena parte del espectro ocupacional.

Si se toman en cuenta las tasas de deserción en primaria y media correspondientes a 1980 y las tasas de prosecución (1976), se puede inferir que a los porcentajes de jóvenes que no acceden, se le suma otra categoría de excluidos: los contingentes de jóvenes estudiantes que son eliminados tempranamente. En Venezuela este fenómeno afecta de manera importante el efecto real de la estructura de oportunidades educativas de los jóvenes.

La tasa de deserción para primaria es de 5.7% con 139,640 estudiantes, y para la media de 15.8% con 1,929,631 estudiantes (CORDIPLAN-OCEI, 1983: 04-04-01, 04-01-02, 04-04-03). Y entre 1972 y 1980 habían desertado 1,221,552 en primaria y 848,337 en media, lo cual da una idea de la magnitud de este fenómeno.

Si a esto unimos las tasas de prosecución de primaria y media, se completa un panorama que sugiere que la educación deficitaria es un problema que afecta significativamente a la población joven. Para 1976 de los 509,492 infantes que ingresaron al primer grado, sólo un 61% lograron alcanzar el sexto grado, y de los 231,480 jóvenes que ingresaron al primer año de la educación media, apenas un 39% logró llegar al quinto año (CORDIPLAN-OCEI, 1983: 04-04-01, 04-04-02 y 04-04-03).

Y es indudable que este fenómeno afecta básicamente a los jóvenes de los estratos sociales bajos. Si bien no se cuenta al respecto con información pormenorizada acerca del origen social, parece innecesario reiterar que la exclusión educativa de los jóvenes aparece en la sociedad moderna condicionada por la sobre-representación de los estratos rurales y urbanos marginales y de los trabajadores manuales. Algunos de los indicadores de que disponemos verifican esta apreciación. Para 1981, mientras que un 37.9% de la población urbana había alcanzado la educación media sólo un 13% de la rural lo había hecho. De la misma manera, la tendencia de la distribución de los niveles educativos en los estratos ocupacionales, sugiere una concentración de los menores niveles entre los estratos bajos de la escala ocupacional (CORDIPLAN-OCEI, 1983: 02-02-03 y 02-02-04).

c. La polarización entre los peor y los mejor educados: los circuitos de escolarización

Al tratar el fenómeno de la exclusión introducimos el problema de la deserción, planteando la forma inicial en que se manifiesta la estratificación. No cabe duda que ésta es la consecuencia más importante de la expansión de las dos décadas anteriores, en la medida en que viene afectando las posiciones y la participación de los jóvenes, al introducir y complejizar la polarización entre los peor y mejor educados, haciendo que determine la probabilidad de éxito y el valor social de los estudios, en un sistema con calidades en los aprendizajes cada vez más heterogéneos.

Un primer nivel para abordar este fenómeno tiene que ver con la distribución espacial de los beneficios de la expansión. En este proceso los jóvenes no han estado expuestos a las mismas condiciones de aprendizaje, ni han dispuesto de los mismos recursos, instalaciones y dotaciones pedagógicas. Los procesos de concentración de la producción y el capital y de centralización del poder en determinadas ciudades y zonas, correlativos a la urbanización y al proceso de acumulación, tienden a reproducirse suponiendo una igual concentración de los servicios y de la calidad de la educación, favoreciendo determinadas regiones, ciudades y grupos sociales.

En relación a ello, una investigación realizada en 1980 sobre las condiciones físicas (instalaciones) y tecno-pedagógicas (laboratorios, talleres, proporción de docentes) en que ocurre el proceso de expansión (Grupo Educación, 1980), concluye que la región capital, y dentro de ella Caracas (la ciudad capital), constituyen en términos de aquellos indicadores la red educativa nacional de mayor excelencia. En una sociedad de alta centralización económica y política del poder, esta región y esta ciudad, concentran el 25% de la población, la administración gubernamental y los grupos de mayor representatividad, correlativamente han sido las más favorecidas por una mayor oferta de servicios educativos y mejor calidad, en todos los niveles. Entre las diferencias más marcadas de esta región con las restantes, está la localización de un mayor número de universidades y centros de educación superior y de una gama considerablemente mayor de oportunidades de estudio y carreras profesionales. Y ello a pesar de la importancia de las políticas de desconcentración, que más bien han intervenido manteniendo esta centralización y favoreciendo sólo polos igualmente concentrados, éstos en las regiones más privilegiadas.

Caracas concentra 6 universidades y la región capital 24 institutos de educación superior, de un total nacional de 14 y 42 respectivamente. En ellos se ofrecen 120 oportunidades de estudio profesional, en tanto que en la región zuliana -que concentra la industria petrolera y cuya capital es la segunda ciudad del país- por ejemplo, sólo se ofrecen 47. Las regiones menos favorecidas son, por supuesto, aquellas que poseen dentro de su ámbito, zonas rurales; tal es el caso de la región de los Llanos y de los Andes.

En cuanto a las diferencias percibidas en los ámbitos específicamente urbanos, se deben destacar las condiciones más ventajosas en las ciudades jerárquicamente más importantes, las cuales coinciden en la mayoría de los casos con las capitales de Estado. Los resultados de una investigación adelantada por el Ministerio de Educación en 1979, aproximan los mejores resultados en matemática y lenguaje a los establecimientos de aquellas ciudades y a la localización residencial y el tipo de dependencia. Así, el mayor porcentaje de respuestas correctas se obtuvo en las escuelas privadas, siguiéndole las escuelas públicas de Caracas y localizadas en las grandes ciudades. Los valores más bajos los alcanzaron las escuelas públicas pequeñas y las de dos turnos del interior. Otra investigación (Bronfenmajer y otros, 1984) indica, igualmente, que las escuelas de menor deterioro están localizadas en Caracas y las grandes ciudades, y particu-

larmente en los establecimientos privados. Mirando este último hecho desde el punto de vista de su distribución espacial, refuerza la tendencia predominante. A nivel de primaria, la región capital concentra casi la mitad de la matrícula incorporada a la red educativa privada: 47.3%, le siguen con 13% la central y la zuliana, regiones que poseen una proporción significativa de actividades económicas y de población urbana. El mismo patrón se presenta para el caso de la educación media privada, donde las cifras correspondientes a las tres regiones aludidas son 40.8%, 13.4% y 13.3%. En cuanto a la educación superior -mayoritariamente pública- además de la clara concentración de establecimientos en la región central, habría que anotar que del total de universidades ya anotado -16- se encuentran localizadas en ocho ciudades, con 10 en Caracas.

Los datos sobre la distribución regional y espacial de la educación que hemos venido analizando, sugieren un tipo de diferenciaciones escolares según que los establecimientos, las condiciones pedagógicas y los resultados de aprendizaje tienden a corresponderse, en las regiones y en los espacios urbanos, con aquellos residenciales y sociales que suponen una concentración polarizada de la calidad. Así en la investigación citada anteriormente, los planteles mejor dotados y los estudiantes que respondieron mayor cantidad de preguntas del cuestionario de conocimientos, pertenecen a la red privada y a las zonas residenciales de grupos altos y medios-altos, siguiéndole en orden decreciente los de la red pública localizada en el casco urbano histórico y, por último, aquellos ubicados en las barriadas populares. Sin duda que esta jerarquización indica que la expansión de la cobertura ha estado acompañada de estratificaciones en el acceso y los conocimientos, afectando el tipo de organización escolar homogénea de las décadas anteriores, y sustituyéndola por circuitos de escolarización, muy condicionados por la variable clase social. No está demás repetir que una consecuencia de esta dinámica es la creciente heterogenización de la condición educativa de los jóvenes.

Los factores histórico-sociológicos y educativos sobre los cuales se asienta esta estratificación, han sido expuestos en forma detallada en un informe de investigación recientemente publicado (Bronfenmajer-Casanova, 1986), por lo que simplemente vamos a resumir sus conclusiones más generales.

Desde la perspectiva que nos interesa, conviene resaltar que si durante las dos décadas anteriores la expansión de la educación pública, permitió que ésta se fortaleciera como un canal de movilidad hacia las posiciones mesocráticas, en un contexto cultural donde los antecedentes sociales y educativos no eran determinantes de la probabilidad de éxito de los que ingresaban, estando más bien asociada al tiempo de permanencia en el sistema; hoy día en una coyuntura marcada por la sobreoferta de educados y la masificación, la estratificación hace que tal probabilidad varíe en función de las calidades de las enseñanzas y de la segmentación de las instituciones, donde las posibilidades de completar recorridos largos y de calidad dependen cada vez más de los antecedentes y de los éxitos acumulados, de tal forma que las posiciones educativas inicialmente

adquiridas por el grupo familiar comienzan a valer y a fijar umbrales de movilidad; los hijos de profesionales universitarios tienen, por ejemplo, mayores ventajas acumuladas y, en consecuencia, mayores probabilidades de éxito que los de un pequeño comerciante sin antecedentes educativos (Casanova, 1985: 21).

De esta manera, la educación viene perdiendo su condición homogenizadora de las oportunidades de los jóvenes y cambiando su comportamiento democratizador, tendiendo a constituirse en un mecanismo reproductor de posiciones de clase. Pero además, al deteriorarse la calidad de una buena parte del sistema público, una porción de los jóvenes que entran ni siquiera logran alcanzar conocimientos mínimamente relevantes desde el punto de vista del mercado laboral, la cultura y la participación.

Así, pues, la estratificación que viene implicando la consolidación de los circuitos de escolarización de hecho reduce la democratización y plantea una reelitización de la educación. Observada desde el punto de vista de la escuela primaria, el deterioro de la gestión docente, la predominancia de métodos magistrocéntricos y el peso de un currículum insuficiente cubierto en la red pública y la privatización de la excelencia, diferencian las formas de entrada a una organización escolar donde los *records* cognocitivos comienzan a tener valor para los accesos formales y efectivos a los niveles educativos postprimarios. Estos fenómenos modifican, entonces, el significado democrático de la expansión: si bien hoy día pasan más jóvenes por el sistema de enseñanza, las promociones hacia posiciones relevantes de estatus, conocimiento y acreditación tienden a cerrarse para una buena porción de éstos.

Aunque no suponen por sí mismos una contracción de la cobertura, implican una reformulación de la educación en relación con los jóvenes, la cual de una manera más ajustada a la pauta clásica descrita en numerosas investigaciones (Bourdieu y Passeron, 1975), para ser un factor de polarización de las condiciones sociales de los mismos; proceso que se puede agravar hacia el futuro inmediato, si se considera que la crisis económica y el ascenso de una ideología neoliberal si puede afectar el financiamiento de la expansión de la cobertura, generando adicionalmente barreras extra-escolares para el acceso de los sectores populares.

2. Los más Educados: La Emergencia de una Élite Moderna

La combinación de una ideología desarrollista, de presiones de los segmentos medios y de políticas industriales que valoraban el papel de los trabajadores de alta calificación, condujeron a que el énfasis del crecimiento educativo fuera puesto en la década del 70 en el nivel superior. De esta manera lo que Steger llama la "universidad de los abogados" (Steger, 1977) se transformó en un extenso sistema de masas, con una organización institucional y académica mucho más diversificada y con funciones más complejas en relación con la actividad científica y el mercado laboral.

El volumen de los matriculados, la diversificación de las instituciones

y la incorporación de innovaciones académicas, indican que dejó de ser un circuito exclusivo y reproductor de élites tradicionales, con un tipo de institución centrado en el papel que la profesión del abogado jugaba en la constitución del *ethos* distintivo de las clases dominantes y en la profesionalización de la burocracia, convirtiéndose en un diferenciado sistema moderno de saber, asociado a la creciente importancia del conocimiento científico-técnico en la conformación de nuevos roles sociales, actividades ocupacionales y formas de autoridad.

Para 1936 había un total de 1,536 estudiantes, con dos universidades funcionando y el 67.2% de la matrícula concentrada en las facultades de derecho y medicina. En 1944 la cifra es de 2,908 con un 71.2% de cursantes ubicados en esas mismas carreras (Bronfenmajer-Casanova, 1983). Ya para 1960 la matrícula experimenta un crecimiento intenso colocándose en 22,696 estudiantes, distribuidos mayoritariamente en 6 centros universitarios y manteniéndose las tendencias hacia las carreras tradicionales. En 1970 se avanza en la diversificación, creándose otros centros de educación superior, además de las universidades y llegándose a 66,218 estudiantes. Para 1980 hay 248,321 cursantes, 67 instituciones de educación superior, que incluyen universidades, colegios tecnológicos, politécnicos, pedagógicos e institutos universitarios, y el espectro de carreras se ha ido desplazando de las tradicionales a las modernas, aumentando el peso de las disciplinas científico-tecnológicas (Klubitschko, 1984 y R. Casanova, 1985).

Juzgando por los datos, se puede decir que los más educados constituyen hoy un sector no sólo en crecimiento sino también en transformación, en cuanto a la composición de sus características educativas y de su inserción social. En relación a lo primero, al ampliarse el complejo de la ciencia y la diversidad de las culturas disciplinarias. En cuanto a lo segundo, siendo la base de reproducción de nuevos sectores de la élite intelectual, que tienen por eje el mercado de las carreras y las profesiones científico-técnicas. Téngase en cuenta, por ejemplo, que de los 248,321 estudiantes de educación superior, un 60.40% corresponde a las universidades, aumentando significativamente las matrículas en biología, física y matemática, ingenierías, economía, administración, sociología, con crecimientos interanuales para el lapso 63-79 que oscilan entre un 7.8% y un 11% (Bronfenmajer-Casanova, 1986). Y que además para 1980 había 6,200 alumnos recibiendo entrenamientos de postgrado, sin contar aquellos que lo hacían en los centros extranjeros (Morles, 1981: 196, 197).

El efecto de estos cambios cuantitativos y cualitativos en la composición de los más educados, ha sido el de permitir extender el peso ideológico y social de una élite moderna, asociada estructuralmente por algunos investigadores con el ascenso de una tecnocracia (de la Cruz, 1984), y cuya influencia en la PEA -como veremos en el capítulo IV- ha venido aumentando; condicionada más por el control relativamente abierto ejercido sobre el capital cultural que por el origen social (Rama-Faletto, 1985: 135), si se tiene en cuenta que la democratización del acceso a la educación superior

y a la enseñanza de postgrado ha hecho que un volumen alto de éstos proceda de los grupos medios y medios-bajos (R. Casanova, 1985).

Los jóvenes más educados constituyen en la actual generación, la base de un sector cada vez más numeroso integrado por profesores universitarios, científicos, intelectuales y gerentes, con acreditaciones formales en aumento y valores y esquemas de participación que reivindican un nuevo proyecto social modernizante con base en la racionalidad técnica, y en la autoridad que introduce el control de aquellos conocimientos socialmente relevantes desde el punto de vista de las nuevas estructuras de las fuerzas productivas.

Si las posibilidades de los más educados de las generaciones pasadas estuvieron fuertemente asociadas con el ingreso a las profesiones tradicionales, hoy día éstas se han ampliado pero igualmente complicado. El reclutamiento y la promoción en el mercado de ocupaciones terciarias modernas: la gerencia económica, la administración cultural, el espacio académico, la comunidad científica, hacen que los más educados no sólo sean aquellos que alcanzan los mayores niveles de educación formal, sino por sobre todo los que ingresan a las instituciones de excelencia y a las carreras de mayor prestigio.

3. Los Estudiantes y la Política

Hasta ahora, en la medida en que los jóvenes estudiantes de enseñanza media y superior se incorporaron a la educación en una época de fuertes confrontaciones entre proyectos de modernización antagónicos (que incluían a este segmento como un factor movilizado y a aquella institución como un factor de cambio), encontraron en la política una fuente de socialización y participación. Y con ello, al igual que el resto de las sociedades latinoamericanas, influidos por la tradición crítica abierta por el movimiento universitario de Córdoba -popularización de la educación, secularización del saber, democratización de la sociedad-, lograron un papel protagónico en los procesos de reestructuración del Estado.

Desde la relevante "generación del 28", que fue el núcleo intelectual inicial de los partidos modernos en Venezuela (Acedo-Nones, 1967) el peso de la política en la vida de los estudiantes y la influencia de sus movimientos en la escena pública fueron tales, que hicieron de los centros de enseñanza verdaderos "partidos ideológicos" (Bronfenmajer-Casanova, 1983) ligados a la construcción social de la hegemonía.

En una tradición de este tipo, el joven estudiante venezolano encontró en el mundo de la política pautas y valores individuales y colectivos que definieron la mayoría de sus comportamientos hacia la sociedad. El tiempo de la vida estudiantil destinado a este mundo fue tal, que marcó un "currículum oculto" que socializó al joven (Tedesco, 1985) ideologizando y condicionando todo el complejo de su existencia y experiencia ciudadana.

Indudablemente que la presencia mayoritaria en la educación de capas medias aún escasamente diferenciadas y la predominancia de una organi-

zación escolar que giraba en torno al eje liceo-universidad, permitieron la creación de una cultura estudiantil homogénea a través de la cual se hizo posible una identidad de grupo que facilitó este tipo de socialización.

Ahora bien, estos factores han venido cambiando y con ello la participación de los jóvenes en la política. Por una parte, la diferenciación de las instituciones, la incorporación de otros tipos de estudiantes (trabajadores, de postgrado) y de carreras (cortas, técnicas), la feminización de la matrícula, la utilización de técnicas personalizadas de relación pedagógica, la burocratización de los organizaciones estudiantiles, y sobre todo las políticas de *numerus clausus* que ha desplazado la movilización hacia la defensa corporativa del cupo y, por la otra, la crisis teórica y cultural de los paradigmas revolucionarios y los límites estructurales de un movimiento que, centrado en la condición estudiantil, no puede condensar ahora importantes demandas de un modo de vida que se ha hecho muy complejo hacia afuera; son factores que han supuesto un retraimiento y una pérdida del protagonismo político de los estudiantes.

Como efectos de la expansión de la educación de los jóvenes, éstos han cambiado la calidad de la relación de los estudiantes con la política, al clausurar una premisa que la hacía de aquella manera; la poderosa identidad que permitía una cultura estudiantil homogénea (Brunner, 1986), los jóvenes estudiantes de hoy están expuestos a instituciones y socializaciones diferentes, y sometidos a esperanzas subjetivas de movilidad educativa y ocupacional también diferentes. Esto sumado al hecho de que sus intereses y demandas exceden la condición estudiantil, ha reducido la importancia de la política condicionando que sea sustituida por otras esferas de socialización y participación.

IV. LA JUVENTUD Y EL TRABAJO

En forma notoria a partir de los años 60s, cuando se acelera la industrialización, el desarrollo económico favoreció un crecimiento progresivo de la demanda de trabajo. Este proceso que se acentúa con el boom petrolero ocurrido en 1974 permitió hasta hace poco una incorporación masiva de nuevos trabajadores al mercado de trabajo, llegando a descender la tasa de desocupación al 5%. Es así que la problemática del empleo en Venezuela, al igual que otras economías latinoamericanas que experimentaron un proceso de expansión económica en las últimas dos décadas, se expresó más agudamente en el sub-empleo o sub-utilización de los trabajadores que en el desempleo abierto.

Pero la situación anteriormente anotada ha sido alterada por la crisis económica que afecta al país desde comienzos de los años 80, de forma tal que la tasa de desocupación global se eleva violentamente para alcanzar según cifras oficiales el 13.4%, afectando como se verá posteriormente con mayor fuerza a los jóvenes, incluso a aquellos con mayores niveles de instrucción.

Debido a las mismas circunstancias, la situación del sub-empleo de la

fuerza de trabajo, y en especial la asociada a niveles de ingreso de subsistencia se ha extendido ampliamente, y aún cuando no existen estimaciones técnicamente confiables del sub-empleo en Venezuela, los especialistas señalan que para 1981 aproximadamente el 40% de los trabajadores se ubican en esta categoría. Así mismo, destacan que su proporción es más alta en los trabajadores del campo, mientras que en las zonas urbanas afecta más fuertemente a los trabajadores del sector público, así como a aquellos que trabajan por cuenta propia y en las actividades de comercio y servicios (véase Valecillos, 1984: 53).

Por otra parte, la política económica instrumentada en las dos últimas décadas por el Estado venezolano ha venido induciendo una heterogeneidad de la estructura productiva, que se manifiesta en la presencia de mercados laborales segmentados cuyas condiciones de contratación y desempleo difieren de acuerdo a su ubicación en el sector tradicional o moderno de la economía y en función de la organización técnica y social al interior de este último sector.

La coexistencia de estos sectores se ha traducido en la presencia de un mercado laboral moderno más ventajoso en relación a las condiciones de contratación y trabajo, pero más restrictivo en su dinámica de generación de empleo, y de un mercado tradicional competitivo que si bien incorpora el grueso de la demanda laboral, configura las condiciones más desventajosas para ésta, en términos de remuneración, estabilidad y empleo, etc. (Valecillos, 1984).

1. La Ocupación de los Jóvenes

Para el caso de los jóvenes, la situación del empleo sigue las mismas tendencias identificadas para la PEA en general, es decir, que las tasas de desocupación juvenil descienden significativamente entre el año 1961 y 1981. Es importante destacar, sin embargo, que dichas tasas han sido históricamente más altas que las del resto de la población activa tal como se aprecia en el cuadro 6. Situación que pueda explicarse en cierta medida por la incorporación masiva y continua de los jóvenes a la educación media y superior durante ese período.

Podemos observar también cómo las tasas de desocupación juvenil aumentan violentamente entre 1981 y 1984 duplicándose casi la proporción de jóvenes desempleados, lo que refleja la fuerte contracción del mercado laboral derivada del proceso recesivo que experimenta la economía del país a partir de ese período.

a. Educación y ocupación

La ampliación de las oportunidades de acceso a los diferentes niveles del sistema educativo ha elevado sensiblemente al perfil educativo de la fuerza de trabajo venezolana. Esta tendencia puede apreciarse si se toma en cuenta que los trabajadores con educación primaria, media y superior completa pasaron de 54.5%, 18.0% y 3.5% respectivamente en el año 1971, a 47%, 33% y 8.3% en 1984 (véase cuadro 7).

Cuadro 6
Venezuela: Tasa de Desocupación por Sexo y Grupos de Edad
(1961, 1971, 1981 y 1984)

	PEA 15 más años				PEA 15-24 años			
	1961	1971	1981	1984	1961	1971	1981	1984
Global	13.3	5.9	6.0	13.4	16.4	11.2	12.1	23.2
Masculina	14.4	6.4	6.6	13.9	17.9	12.6	13.0	23.5
Femenina	8.2	4.1	4.5	11.9	11.3	7.7	9.9	22.3

Fuente: OCEI (1961, 1971, 1981a y 1984).

Cuadro 7
Venezuela: Distribución Porcentual de la Fuerza de Trabajo por Nivel
Educativo, Sexo y Situación Ocupacional (1971, 1981 y 1984)

	Total			Masculina			Femenina		
	Total	Ocupados	Desocupados	Total	Ocupados	Desocupados	Total	Ocupados	Desocupados
Sin niveles/									
1971	24.0	24.4	17.9	23.8	24.2	17.8	24.9	25.2	18.1
1981	14.3	14.7	7.7	15.1	15.7	7.7	12.0	13.6	7.6
1984	16.1	16.5	6.7	12.6	15.5	7.2	9.1	9.7	5.1
Primaria									
1971	54.5	54.4	57.2	56.6	56.3	60.3	47.1	47.4	40.6
1981	48.4	48.2	50.5	51.4	51.1	55.2	40.0	40.4	31.9
1984	47.0	46.9	48.1	50.3	49.8	53.2	38.5	39.3	32.3
Secundaria									
1971	18.0	17.6	23.2	16.0	15.7	20.5	24.9	24.3	38.4
1981	30.6	30.1	37.4	27.5	27.0	34.2	39.1	38.6	50.1
1984	33.0	32.2	38.6	29.8	29.0	34.3	41.5	40.1	51.6
Superior									
1971	3.5	3.6	1.7	3.6	3.7	1.5	3.0	3.1	2.9
1981	6.8	6.9	4.4	6.0	6.2	2.9	8.8	8.7	10.3
1984	8.3	8.6	6.6	7.3	7.6	5.1	10.9	10.9	11.0

a/ Incluye analfabetos.

Fuente: OCEI (1971, 1981a y 1984) y Ministerio de Fomento (1961).

Esta modificación del perfil educativo de la población activa estuvo asociada con un ritmo de crecimiento más rápido de los trabajadores que poseen educación media completa (entre 1961 y 1971) y posteriormente aquellos que han completado la educación superior (entre 1971 y 1980).

Ahora bien, si el mayor nivel educativo parece haber sido por algún tiempo un elemento importante para acceder a las mejores posiciones del mercado ocupacional, el rápido incremento de la oferta de trabajadores con mayores niveles de calificación formal se confrontó con la incapacidad de

los sectores productivos para responder en forma dinámica a ese proceso, situación que se ha visto reforzada por la coyuntura de recesión económica a la que ya hemos hecho referencia. Es así que con cierto retardo en relación a otros países de la región hoy parece presentarse en Venezuela, de manera evidente, un proceso de devaluación de las certificaciones educativas que afecta de dos maneras a los jóvenes: en primer lugar, limitando su acceso al mercado ocupacional y, en segundo lugar, empujándolos a conformarse con una incorporación a mercados laborales o a segmentos ocupacionales en condiciones de trabajo menos favorables en relación a las calificaciones obtenidas.

A esta situación se añade el hecho de que para acceder al sector productivo moderno, privan otros criterios no directamente vinculados con el nivel educativo adquirido pero tanto o más importantes que el mismo, como lo son la experiencia previa obtenida y otras condiciones que guardan relación con las características socio-institucionales de la división del trabajo en el sector moderno de la economía (Gamus-Hung, s.f.: 20-24).

Si bien no se cuenta con información sobre las tasas de desocupación por edades y niveles educativos, lo que permitiría conocer con más precisión en qué medida afecta a los jóvenes ese proceso de devaluación de las credenciales educativas, podemos constatar en base a los datos ofrecidos por el cuadro 8, una tendencia a aumentar sensiblemente el desempleo de los jóvenes con más alto nivel educativo. Es así que entre los años 1971 y 1984, las tasas de desocupación de los jóvenes con educación primaria pasan de 6.1% a 13.6% y en la educación media de 7.5% a 15.6%, es decir que se duplican, mientras que en la educación superior pasan de 2.7% a 10.6%, es decir que se triplican.

Tal constatación sugiere que una buena proporción de la PEA con educación superior que se halla desocupada, está constituida por los jóvenes. Ya en la década de los ochenta comienzan a hacerse más frecuentes las denuncias ante la opinión pública del grave problema de desempleo que afecta de manera dramática incluso a profesionales de las ramas de las ingenierías y la arquitectura, que hasta el momento habían sido consideradas carreras estratégicas para el desarrollo del país (véase Tovar-Negretti, 1985).

Cuadro 8
**Venezuela: Tasa de Desocupación de la Población Económicamente Activa
 según Nivel Educativo
 (1971, 1981 y 1984)**

	1971	1981	1984
Sin nivel	7.71	6.28	11.84
Primaria	6.10	6.31	12.52
Media	7.51	7.39	15.09
Superior	2.79	3.91	9.94
Total	5.81	6.04	12.40

Fuente: Tovar-Negretti (1985) y OCEI (1984a).

Al respecto el Colegio de Ingenieros y Arquitectos de Venezuela determinó que a comienzos de los ochenta un 25% de sus miembros se encontraban desempleados. Tomando en cuenta las diversas especialidades, la mayor proporción de desocupación se encuentra en los ingenieros civiles y arquitectos (35%), en segundo lugar los ingenieros petroleros, mecánicos y eléctricos (16%, 15% y 8% respectivamente). Las cifras más bajas corresponden a los ingenieros agrónomos (6.8%) y de computación (2%).

b. Sexo y ocupación

En las dos últimas décadas las estadísticas revelan una sistemática y rápida incorporación de la mujer al sistema educativo y al mundo del trabajo. (Véase cuadro 9).

En este sentido, se aprecian cambios relevantes en la composición por sexo de la fuerza de trabajo venezolana que se derivan de la creciente participación de la mujer en las actividades económicas. El mismo cuadro muestra claramente el sostenido incremento de la tasa de participación económica femenina, y consecuentemente la disminución en los valores de la tasa masculina correspondiente.

Esta tendencia general en cuanto a la participación de la mujer en las actividades económicas se evidencia también al considerar la población juvenil, proceso atenuado, sin embargo, por la creciente incorporación de las mujeres a la educación formal.

El proceso de incorporación de las mujeres al sistema educativo a partir de los años sesenta fue muy rápido, lo que puede apreciarse si comparamos la elevación del perfil educativo de la fuerza de trabajo femenina entre 1971 y 1984 con el de la población masculina.

Así vemos que la proporción de hombres ocupados con educación media y superior pasan entre los años 1971 y 1984 de 16 a 29.8 % y de 3.6% a 7.3% respectivamente. En el caso de las mujeres esas proporciones pasan en la educación media de 24.9% en 1971 a 41.4% en 1984, y en la educación superior de 3% en 1971 a 11% en 1984 (Véase cuadro 7).

Cuadro 9
Tasas de Actividad Económica de la PEA Total y PEA Juvenil por Sexo

	1961	1971	1981	1984
15 y más años	55.36	55.46	54.80	55.86
Hombres	89.45	85.67	80.40	79.80
Mujeres	20.21	24.31	29.60	29.30
15-24 años	49.20	48.28	43.10	42.33
Hombres	76.48	69.52	61.99	58.70
Mujeres	21.65	26.72	23.90	22.10

Fuente: Tovar-Negretti (1985) y OCEI (1984a).

A pesar de esta elevación considerable en términos globales de perfil educativo de la fuerza de trabajo femenina, aún actualmente el grueso de la población femenina ocupada está concentrada en un reducido grupo de actividades y categorías ocupacionales que se caracterizan por condiciones de trabajo más desventajosas en relación con el trabajo masculino.

Es así que, como veremos más adelante, la proporción más importante de las mujeres ocupadas lo están en actividades de menor rango dentro del sector terciario, y en actividades subordinadas de los sectores productivos. La discriminación de la mujer también se hace evidente si consideramos por otro lado que a pesar del porcentaje relativamente alto de mujeres que desempeñan cargos profesionales y técnicos (19.7% en 1981) es baja la proporción de las que desempeñan cargos de categoría directiva (13.8%). Esta situación discriminatoria se observa también en los niveles de ingresos por sexo para similares niveles educativos: en muchos casos las mujeres devengan salarios inferiores a los hombres en el sector privado de la producción, situación que es diferente en el sector gubernamental donde se cumple más estrictamente lo dispuesto en el manual de cargos que establece un salario igual para igual trabajo.

c. Empleo juvenil y ramas de actividad

Los rasgos más significativos que caracterizan la evolución del empleo por ramas de actividad económica en las últimas tres décadas, como se observa en el cuadro 10 son los siguientes:

- un deterioro sostenido de la agricultura como actividad generadora de empleo.
- Un crecimiento continuo del empleo en el sector terciario de la economía y en particular en los servicios.
- Un incremento sistemático de la ocupación en el sector industrial, que a partir de la segunda mitad de los 70 comienza a mostrar señales de agotamiento en su capacidad de absorción de mano de obra. Cabe destacar el escaso dinamismo del sector manufacturero en este sentido, no obstante ser este sector el eje de la estrategia económica emprendida por el Estado a partir de 1960.
- El relevante papel del sector gubernamental como generador de empleo a través de la ampliación y modernización de la administración pública y más especialmente en la última década debido al crecimiento notorio de la administración descentralizada y de las empresas del Estado.
- El sector petróleo y minas que ha constituido el eje del crecimiento económico puesto que genera la mayor parte del ingreso nacional, no sólo ha absorbido históricamente un insignificante volumen de empleo sino que incluso ha reducido su capacidad empleadora desde 1961 a 1984, de 2.3% a 1.9%.⁹

9. Estas tendencias aparecen como las más relevantes en dos trabajos realizados por el CENDES y el Instituto de Investigaciones Económicas de la U.C.V.: A. Tovar y D. Negretti (1985) L. Hung y N. Toledo (1982).

Como podemos apreciar en el cuadro 10, para 1961, una tercera parte de la fuerza de trabajo venezolana estaba ocupada en actividades agropecuarias, mientras que veinte años después sólo una sexta parte de la misma se ubica en el mismo sector de actividad. Estas magnitudes reflejan la progresiva pérdida de importancia de la agricultura en la economía venezolana, y dan cuenta del acelerado proceso de urbanización experimentado por el país.

El empleo juvenil en el sector agrícola ha seguido la tendencia antes apuntada, aunque merece destacarse que entre el año 1981 y 1984 parece haber un repunte de la ocupación de los jóvenes en este sector (de 15.4% pasa a 19.3%).

Aunque es muy corto el período de tiempo considerado, esto puede estar sugiriendo que la estrategia dirigida a reactivar la actividad agrícola mediante cuantiosas erogaciones del gasto público y una política crediticia orientada específicamente a este sector parece estar dando sus frutos, así como también a una reactivación de la actividad agrícola derivada de la disminución de la capacidad importadora del país como efecto de la crisis actual. Por otra parte esa ligera reversión de las tendencias del empleo agrícola juvenil puede estar asociada, con el agotamiento de las actividades urbanas productivas y más recientemente de los servicios, como actividades generadoras de empleo, tal como lo han sido en las últimas tres décadas.

Es importante anotar las marcadas diferencias en la participación por sexo en las actividades agrícolas. Así vemos que aún cuando la participación de las mujeres ha sido siempre más baja en las actividades agrícolas en los últimos años ella es casi insignificante en relación con los hombres (pasando de 6% en 1961 a 2% en 1984). Esta tendencia es aún más acentuada en las mujeres jóvenes (apenas un 1% en 1984) si consideramos que todavía una cuarta parte de la población juvenil masculina trabaja en la agricultura.

Estas diferencias tan marcadas no parecen explicarse sólo por razones socio-culturales sino que se explican también porque la mujer joven ha emigrado más tempranamente y en mayor proporción que los hombres a las ciudades en busca de oportunidades de empleo.

El empleo no agrícola

La importancia que ha tenido el sector terciario o de servicios en la generación de empleo (que llega al 59% en 1984) si bien responde en parte a una demanda real de la economía, se explica también por el papel compensador que estas actividades asumen frente a la disminución del empleo agrícola y a la restringida capacidad de absorción de mano de obra del sector industrial, especialmente el manufacturero. En este sentido se entiende también el acentuado crecimiento que ha caracterizado el empleo gubernamental hasta muy recientemente, comparándolo con el sector privado de la economía (cuadro 11).

Cuadro 10a
Venezuela: Población Ocupada Total y Juvenil
por Actividad Económica y Sexo (1961)
 -Porcentajes-

	Total		Varones		Mujeres	
	15 y más	15-24	15 y más	15-24	15 y más	15-24
Total	1,960,071	533,587	1,587,018	409,552	373,053	124,035
	(100.00)	(100.00)	(100.00)	(100.00)	(100.00)	(100.00)
Agricultura	33.80	34.50	40.25	43.83	6.39	3.68
Minería	2.32	1.03	2.70	1.14	0.71	0.70
Industrias	17.67	15.93	17.33	16.49	19.05	14.11
Manufactura	12.44	12.24	11.03	11.93	18.46	13.28
Energía	1.08	0.76	1.26	0.85	0.30	0.49
Construcción	4.15	2.93	5.04	3.71	0.29	0.34
Servicios	46.17	48.51	39.68	38.51	73.81	81.46
Comercio	13.38	11.58	14.39	12.12	9.08	9.79
Transporte y Comunicación	4.90	3.33	5.77	3.94	1.20	
Servicios comunales sociales y personales	15.07	29.71	16.76	18.73	60.44	65.96
No especificada	2.82	3.89	2.76	3.72	3.09	4.42

Fuente: Ministerio de Fomento (1961).

Cuadro 10b
Venezuela: Población Ocupada Total y Juvenil
por Actividad Económica y Sexo (1971)
 -Porcentajes-

	Total		Varones		Mujeres	
	15 y más	15-24	15 y más	15-24	15 y más	15-24
Total	2,987,338	881,136	2,330,859	629,624	656,843	251,512
	(100.00)	(100.00)	(100.00)	(100.00)	(100.00)	(100.00)
Agricultura	19.85	18.96	24.24	25.81	4.25	1.85
Minería	1.69	0.86	2.03	0.90	0.48	0.75
Industrias	26.41	28.46	28.82	32.68	17.93	17.95
Manufactura	18.83	22.17	22.17	24.68	16.71	15.93
Energía	1.48	1.41	1.41	1.30	0.94	1.68
Construcción	6.10	4.88	4.88	6.70	0.28	0.34
Servicios	52.03	51.68	51.68	40.60	77.33	79.44
Comercio	18.99	18.94	18.94	19.70	18.40	17.03
Transporte y Comunicación	4.40	4.40	8.42	5.43	1.76	1.84
Servicios comunales sociales y personales	28.25	28.25	17.32	15.41	57.11	60.41
No especificada	0.09	0.09	0.01	0.06	0.06	0.16

Fuente: OCEI (1971).

Cuadro 10c
Venezuela: Población Ocupada Total y Juvenil
por Actividad Económica y Sexo (1981)
 -Porcentajes-

	Total		Varones		Mujeres	
	15 y más	15-24	15 y más	15-24	15 y más	15-24
Total	4,328,682	1,151,938	3,157,854	826,911	1,170,828	325,027
	(100.00)	(100.00)	(100.00)	(100.00)	(100.00)	(100.00)
Agricultura	14.53	15.34	18.96	20.66	2.50	1.80
Minería	1.42	0.84	1.78	1.00	0.46	0.41
Industrias	26.26	29.23	29.64	33.49	17.12	18.44
Manufactura	15.78	18.60	15.96	19.50	15.30	16.31
Energía	1.19	0.94	1.39	1.14	0.60	0.47
Construcción	9.29	9.69	12.29	12.85	1.22	1.66
Servicios	57.78	54.58	49.60	44.84	79.90	79.33
Comercio	19.14	19.97	18.36	19.57	21.29	21.00
Finanzas	4.55	5.77	3.80	6.19	6.56	9.50
Transporte y Comunicación	7.28	5.27	9.10	4.29	2.40	2.92
Servicios comunales sociales y personales	26.65	23.30	18.22	14.61	49.40	45.41
No especificada	0.16	0.27	0.12	0.18	0.25	0.50

Fuente: OCEI (1981a).

Cuadro 10d
Venezuela: Población Ocupada Total y Juvenil
por Actividad Económica y Sexo (1984)
 -Porcentajes-

	Total		Varones		Mujeres	
	15 y más	15-24	15 y más	15-24	15 y más	15-24
Total	4,952,712	1,137,319	3,564,450	813,933	1,388,262	323,386
	(100.00)	(100.00)	(100.00)	(100.00)	(100.00)	(100.00)
Agricultura	15.94	19.29	21.38	26.46	1.98	1.23
Minería	1.55	0.71	1.95	0.90	0.53	0.25
Industrias	23.43	27.02	26.22	30.19	16.24	18.99
Manufactura	15.36	19.15	15.56	19.83	14.81	17.41
Energía	1.34	1.09	1.60	1.26	0.69	0.64
Construcción	6.73	6.78	9.05	9.10	0.74	0.94
Servicios	59.07	52.97	50.44	42.43	81.24	79.52
Comercio	19.38	20.35	18.48	19.55	21.72	22.35
Finanzas	4.90	5.35	4.36	4.07	6.28	8.59
Transporte y Comunicación	6.80	3.81	8.65	4.54	2.04	1.97
Servicios comunales sociales y personales	27.95	23.41	18.92	14.22	51.13	46.56
No especificada	0.04	0.05	0.03	0.05	0.07	0.05

Fuente: OCEI (1984).

Cuadro 11
Evolución del Empleo de Trabajadores Asalariados (1950-1982)

	Total	Asalariados no agrícolas		Asalariados
		Sector gobierno/a/	Sector privado	Agrícolasb/
1950	673,426	161,447	511,979	248,011
1961	1,162,542	285,685	876,857	250,952
1974	1,804,179	514,973	1,289,206	292,358
1978	2,501,957	814,843	1,687,114	237,846
1979	2,577,645	871,197	1,706,448	236,059
1980	2,664,174	904,799	1,759,375	231,378
1981	2,763,261	926,048	1,837,213	221,452
1982	2,750,375	940,910	1,809,465	243,741

a/ Incluye 25,601 miembros de las Fuerzas Armadas. b/ Incluye en 1974, 11323 trabajadores del sector gubernamental; en 1978, 1,511; en 1979, 3,232; en 1980, 1,252; en 1981, 1,674; y en 1982 1,870. En 1950 y 1961 no se registran asalariados agrícolas gubernamentales.

Fuente: OCEI. *Censos de población* de 1950 y 1961 y *Encuestas de hogares por muestra* para los otros años.

Si consideramos la distribución sectorial del empleo juvenil en las actividades propiamente urbanas vemos que el 53% de los jóvenes trabajadores se ubican en el sector terciario, especialmente en las actividades de comercio y de servicios, siendo la participación de las mujeres jóvenes en este sector mucho más significativa en términos relativos (79.5%).

A su vez las mujeres jóvenes se concentran fundamentalmente en los servicios comunales, personales y sociales (47%) y en menor grado en el comercio (22%).

Este hecho parece confirmar las condiciones más discriminatorias en que la mujer se incorpora al trabajo, si se toma en cuenta que la mayoría de estas actividades se asocian con menores niveles de ingreso y productividad y con menores exigencias de calificación técnica.

Los hombres jóvenes tienen una participación significativamente menor, aunque siempre alta en el sector terciario (42%), dedicándose más a las actividades comerciales que a las de prestación de servicios (20% frente a 14%).

La magnitud de la incorporación de los jóvenes en este sector de actividad tan heterogéneo desde las perspectivas de las condiciones de trabajo explica en gran medida las significativas diferencias en los niveles de ingreso de los jóvenes empleados en actividades no agrícolas en comparación con los de la población ocupada total. De acuerdo a cifras oficiales la proporción de jóvenes con ingresos menores al del salario mínimo nacional para 1984, duplica al de la población total ocupada (30% vs. 16%). Estas diferencias son más dramáticas aún si se contrastan los valores correspondientes a la población juvenil masculina y femenina (24% y 42% respectivamente), magnitudes que demuestran una vez más las

condiciones discriminatorias a que está sometida la mujer en el mundo del trabajo.

Con relación al empleo industrial podemos observar (cuadro 10), como en este sector se incorpora una proporción importante de la fuerza de trabajo ocupada, aún cuando ésta representa cerca de la mitad de la empleada en el sector servicios como un todo (23% frente a 59% en 1984) con tendencias muy similares en cuanto a la población de 15 a 24 años (27 % frente a 53%).

En cuanto a la participación por sexos en este sector, vemos que hay muchas menos mujeres que hombres en el sector industrial, situación que se explica por la mayor participación masculina en la construcción. En cambio en el sector manufacturero la situación es más equilibrada con un 20% de hombres y un 17% de mujeres. En este caso aumenta la presencia de las mujeres muy probablemente debido a que su participación ha sido siempre muy significativa en las industrias tradicionales (alimentos, bebidas, textiles, etc.).

2. Educación y Empleo por Ramas de Actividad

Nos ha parecido importante pasar a considerar el perfil educativo de la fuerza de trabajo ocupada en los diversos sectores de la economía puesto que la elevación de los niveles educativos de la población ha constituido un elemento prioritario de la política estatal en Venezuela, como en la mayoría de los países de la región, vinculando este proceso al logro de más altos niveles de desarrollo económico.

A fines de los años sesenta, deja de enfatizarse a la educación como instrumento dirigido esencialmente a la integración cultural, la movilización social y como mecanismo de socialización para apoyar sobre bases más firmes las endeble experiencias democráticas que estaban implantándose. A partir de ese momento se adjudica a la educación una mayor relevancia como dinamizadora del crecimiento económico, ello claramente interrelacionado con el desarrollo de los sectores productivos. De ahí que comience a privilegiarse en la estrategia del Estado el desarrollo de carreras técnico-profesionales y se inicie una diversificación del sistema educativo para ajustarlo al proceso de industrialización y a la modernización de la economía en general.

Ya hemos visto anteriormente cómo ha habido una elevación general del perfil educativo de la mano de obra. Sin embargo, si analizamos el cuadro 12, en el cual se considera la fuerza de trabajo por sectores de actividad y niveles educativos, parece claro que a pesar de constituir el sector industrial el eje de la estrategia económica como apuntamos anteriormente, es en el sector servicios donde se concentra la mayor proporción de empleados con educación superior. Dentro de éste la más alta proporción de jóvenes calificados está en el sector finanzas y en segundo lugar en los servicios personales, comunales y sociales, actividades donde van a ubicarse propiamente los empleados de la administración pública que, como ya señalamos, ha servido de refugio a los sectores más educados.

Esta heterogeneidad educativa que muestran los trabajadores del sector terciario sugiere que el crecimiento del mismo es atribuible sólo parcialmente a un proceso de "terciarización" de la economía y de modernización del Estado, por cuanto las actividades estrechamente vinculadas con exigencias del desarrollo industrial público y privado coexisten con actividades tradicionales o de subsistencia. Es necesario reiterar también que el sector servicios cobija la franja más importante del sub-empleo, mecanismo que evita así la emergencia de situaciones sociales más conflictivas.

Por otro lado, el hecho de que en el sector industrial se concentra una menor proporción de trabajadores con educación superior, al igual que una menor proporción de trabajadores con ningún nivel educativo formal, nos sugiere que no sólo este sector demuestra un menor dinamismo que el sector terciario para absorber empleo, sino que la elevación progresiva del nivel educativo de la fuerza de trabajo no garantiza automáticamente su inserción en las actividades más productivas y rentables de la economía. Es decir, que si por un lado es cada vez más necesario poseer al menos la instrucción primaria para acceder al sector industrial, los patrones tecnológicos y de organización del trabajo en este sector, conllevan una limitada capacidad de absorción de los sectores más educados de la población en las categorías ocupacionales que ofrecen mayores ventajas laborales.

Si partimos de la base de que es la población joven la que presenta los más altos niveles de escolaridad, podría sostenerse que es ella la más afectada en sus condiciones de inserción a este sector. Es así que la creciente competencia por acceder a estas actividades incide en que la educación tienda a perder importancia para el acceso y promoción dentro del mercado

Cuadro 12
Venezuela: Población Ocupada de 15 y más Años por Ramas de Actividad y Nivel Educativo (1984)
-Porcentajes-

	Total	Analfabeta sin nivel	Primaria	Media	Superior
Total	5,716,207	11.16	47.05	33.47	8.28
Ocupadas	4,952,712	11.96	46.89	32.58	8.55
Actividades Agrícolas	789,832	38.55	52.45	8.35	0.61
Actividades no Agrícolas	4,162,880	6.91	45.83	37.18	10.05
Petróleo y minas	76,891	2.47	33.08	45.40	19.04
Construcción	333,343	10.88	59.10	25.28	4.58
Industria manufacturera	760,093	6.00	52.17	35.53	6.22
Electricidad, gas y agua	66,646	3.70	44.45	43.04	9.07
Comercio	959,429	10.21	50.70	34.93	4.11
Transporte	336,930	3.51	19.76	34.44	4.33
Finanzas	242,887	1.46	21.40	48.44	28.76
Servicios comunales, sociales y personales	1,384,540	5.96	38.22	40.43	15.26
No especificada	2,131	4.22	36.98	50.16	86.34

Fuente: OCEI(1984).

industrial, en relación a la experiencia y otros criterios no propiamente vinculados con el nivel de calificación recibido.

La perspectiva de una crisis prolongada agudizada por la incertidumbre en el desenvolvimiento de los precios y el comportamiento del mercado petrolero, va a crear aún mayores distorsiones en las formas de articulación de las calificaciones formales con el mercado ocupacional, por lo que las restricciones que ya han comenzado a operar en ciertos sectores del mercado para el empleo de los jóvenes más educados, comienzan a extenderse a sectores tradicionalmente más abiertos, como lo son los ofrecidos por los servicios públicos y algunos servicios privados.

Frente a esta situación comienzan a percibirse signos de transformaciones en las características del empleo de los jóvenes, especialmente de los egresados de la educación superior. Es probable que ello se refleje en un estancamiento en las tendencias del empleo asalariado en este sector de la población y en un incremento del trabajo por cuenta propia, o a través de pequeñas empresas de bienes o servicios o de carácter artesanal, es decir, un crecimiento del sector informal como alternativa al desempleo abierto. Direcciones que se confirman al analizar el contenido de las políticas que para la juventud plantea el Estado en este plano, y que hacen énfasis en la constitución de empresas juveniles de carácter artesanal, auto-gestionadas.

V. EL IMPACTO CULTURAL DE LA MODERNIDAD EN EL MODO DE VIDA DE LOS JÓVENES

Uno de los aspectos de mayor dinamismo y recomposición estructural de la sociedad venezolana, tiene que ver con los cambios culturales acelerados y su impacto sobre las prácticas sociales individuales y colectivas, particularmente con aquellas de la generación actual de jóvenes.

1. El Desplazamiento de los Centros de Socialización de los Jóvenes

El proceso de implantación de una cultura de la modernidad¹⁰, ha conllevado, por un lado, la incorporación de los jóvenes a espacios y modos de creatividad, realización e intercambio, por medio de los cuales han canalizado y codificado su estructura de necesidades de una manera diferente a la de las generaciones que la precedieron; y, por otro lado y en igual sentido, la emergencia de nuevas formas de expresividad y sensibilidad, específicamente juveniles. Tanto los espacios y modos de producción y circulación culturales, como las formas de valorización estéticas y éticas de los jóvenes de hoy, han estado muy condicionados por la enorme difusión de los productos y las tecnologías comunicacionales de la cultura de masas, los cuales evolucionan paralela y competitivamente con la alfabetización y la educación, haciendo las veces de medios socializadores sustitutos y operando como nuevos "maestros colectivos".

10. Sobre el concepto de modernidad que se emplea en este trabajo, pueden consultarse, entre otros a Jurgen Habermas (1981a) y Daniel Bell (1977).

En cuarenta años el modo de vida de los venezolanos se ha desplazado de un mundo predominantemente disperso y rural, organizado en torno a las aldeas y las pequeñas ciudades de provincia, a uno concentrado y urbano con predominancia de grandes metrópolis en expansión. Se podría decir que en este tiempo relativamente corto, todo un pueblo se ha mudado del campo para ir a construir sus propias ciudades, inexistentes como tales hasta los años 60. Tal y como se ha señalado: los gobiernos vienen detrás de la gente para poner los servicios públicos. Este traslado colectivo y acelerado de grandes contingentes humanos, va a significar una ruptura del modo de vida rural y la creación de un nuevo ámbito de lo urbano distinto en hábitos, ocupaciones, costumbres, alimentación y ritmo de vida. De la vida cotidiana concentrada en el universo de la familia nuclear extendida y dinamizada por la actividad comunitaria desenvuelta en torno a la relación interpersonal, la comunicación oral directa y las festividades religiosas, se pasa a la invasión pública y privada de los poderosos circuitos internacionalizados de consumo cultural, y a los tipos de socializaciones que permiten los códigos audiovisuales de los mass-media, que ocupan el tiempo libre y determinan utilidades empobrecidas de los bienes culturales.

En este proceso, la familia y las instituciones tradicionales de transmisión de valores -tal es el caso de la iglesia- son desplazadas como centros dinamizadores de la socialización de los jóvenes, de la misma manera -aunque en menor proporción- la educación, en la medida en que la cultura de masas ofrecerá alternativas de valorización e intercambio, distintas a las predominantemente autoritarias de las primeras, y a las fuertemente estatificadoras de la segunda. Y ello, en medio de una sociedad civil que evoluciona sobre todo a partir del impacto igualitario de un mercado cultural y de la conformación de un público que tiende a participar básicamente en términos de audiencias y consumidores.¹¹

En razón de este desplazamiento de los aparatos tradicionales de construcción social de hegemonía y de la influencia de la cultura de masas en la difusión de ideologías modernistas, la generación de los jóvenes de hoy es muy propensa a la recepción de contenidos autiautoritarios y a la socialización de "necesidades radicales" (véase Heller, 1981), centradas en la revisión de las formas clásicas de convivencia, vida privada y ocio.

2. Jóvenes y Contracultura

Por supuesto que en ello ha tenido mucho que ver el papel intermediario y el protagonismo cultural de los jóvenes de las capas medias, quienes han sido un polo social importante en la recepción y difusión de valores y hábitos característicos de las revueltas juveniles del mundo desarrollado. Afectados igualmente por los fenómenos que acompañan universalmente la reconstrucción de la familia pequeño burguesa clásica y por las problemáticas de la participación ciudadana, han venido incorporando a sus

11. Sobre esta problemática se sigue el análisis de Habermas. Véase al respecto Habermas (1981). Una aproximación más detallada en relación a Venezuela se encuentra en Bronfenmajer y Casanova (1983) capítulo III.

movilizaciones y demandas dimensiones no estrictamente política, ligadas a la complejización de las esferas privadas y a la normalización compulsiva del ocio. Con ello han proliferado verdaderas subculturas juveniles y se han extendido buena parte de los valores neohedonistas que acompañan lo que Bell (1977) ha llamado la crisis cultural del capitalismo.

En razón de esta dinámica, los jóvenes se han venido distanciando del modelo cultural de sus padres y han incorporado modos de vida donde se tiende a valorar altamente el replanteamiento de la función de las instituciones clásicas.

Así en la medida en que han tenido más acceso a la educación y al trabajo, se han encontrado con una sociedad civil más compleja y han participado de un consumo cultural más internacionalizado, han colocado sus sensibilidades y demandas como el punto de partida de verdaderas subculturas generacionales. Sólo que en la misma medida en que éstas han chocado con las de sus padres, han adquirido las formas de amplias contraculturas.¹²

La importancia difusora de los medios ha permitido la extensión homogenizadora de estas contraculturas, bloqueando y neutralizando las barreras de estatus, educación, trabajo y residencia, y ello de tal forma que ha hecho más fácil el intercambio y la comunicación entre los jóvenes, así como el cruce y la aceptación de experiencias con orígenes sociales diferentes. Aunque con significados políticos muy discutidos, en cuanto a los resultados radicales o conservadores que introducen los valores que difunden (véase Habermas, 1981 y Milanessi, 1985), estas contraculturas, caracterizadas por un fuerte repliegue hacia sí mismas -que ha hecho hablar a algunos del confinamiento narcisista de las mismas (de Miguel, 1979, 1980)-, han originado circuitos culturales alternos, aún no suficientemente estudiados, alrededor de los cuales se han organizado verdaderas sociedades paralelas. Como en el caso, por ejemplo, de la música en torno a la cual los jóvenes socializan conductas colectivas, lenguajes, estilos de participación y pautas de relacionamiento.

En términos generales, el Estado ha alentado estos procesos, quizás en la medida en que han venido neutralizando el interés de los jóvenes por la participación en movimientos políticos de tipo revolucionario. Junto con organizaciones civiles privadas ha ampliado y diversificado el espectro de instituciones y programas, al mismo tiempo que transformado la ideología de la cultura oficial, haciéndola más abierta a las expresiones vanguardistas autogeneradas por los sectores juveniles. De la misma manera, los movimientos sociales emergentes, que han encontrado en muchas de las demandas juveniles las claves de construcción y ruptura de su identidad ideológica y política.

12. El término se usa en el sentido que le confiere Theodore Roszak (1973).

3. El Significado del Cambio Cultural

El impacto innovador para con los sistemas de creación y valorización de la modernidad cultural, constituye uno de los principales canales de definición de las pautas de cristalización de la actual estructura social venezolana, acelerando un tipo de transformaciones en el modo de vida caracterizadas mas que todo por patrones de ruptura y asimilación rápida.

En realidad esta dinámica ha afectado a la sociedad en su conjunto y no sólo a la población joven. Y en ella ha tenido mucho que ver el cumplimiento de las expectativas de acceso a los mecanismos de consumo cultural que ha favorecido el Estado. Una escasa investigación sobre los efectos de estos cambios no ha permitido poner a prueba lo que pensamos es el papel más destacado que la cultura de masas ha venido cumpliendo en la materialización de un orden hegemónico: la de ser la más exitosa de las estructuras de integración social.

En una perspectiva similar a la que abre esta hipótesis, uno puede concluir planteando, que a diferencia de otras épocas donde esta función fue cubierta por la política, las instituciones culturales y los circuitos alternos específicamente juveniles, han funcionado como los espacios más eficaces de superación y reelaboración de los modos de conflicto propios de los jóvenes.

VI. EL ESTADO Y LAS POLÍTICAS PARA LA JUVENTUD

1. Del Asistencialismo a la Promoción

La sola enumeración de las disposiciones jurídicas, organismos públicos e instituciones privadas vinculados con el desarrollo de acciones dirigidas a la población juvenil, así como la formulación explícita de una política social del Estado, en cuyo marco se integra un área específica de *Familia, Infancia y Juventud*, bastaría para indicar una particular preocupación de la sociedad venezolana por este grupo etéreo que constituye en la actualidad el 21.5% de su población total. Diversidad de programas y sectores intervinientes que proponen una imagen de proyecto social colectivo y compartido por el conjunto de la Nación.

Una aproximación a este universo admite distintas lecturas, pero más allá de la posibilidad de verificar la funcionalidad o disonancia entre el discurso y la dinámica real, resulta válido en principio postular la existencia de una tradición histórica referida a la formulación de políticas específicas para el sector, que se inicia y sistematiza en el período de emergencia y consolidación del Estado democrático, a partir de 1936.

Ya a mediados de la década del 30 se inicia el delineamiento de una política de Bienestar Social que va acompañando los cambios que se suceden en la sociedad civil y en la estructura del Estado, el cual comienza

a plasmar una concepción “intervencionista”¹³ que se expresa en casi todos los campos de la actividad nacional.

En una *primera etapa* (1936-1957) se asiste a la creación del aparato educativo, de salud y de servicios públicos (Kornblith y Maingón, 1985); contexto en el que aparecen las primeras formas, institucionales de protección a un sector que ya se define como de Infancia y Familia y que traduce el reconocimiento de los desajustes que conlleva el tránsito de una sociedad eminentemente rural a formas de organización urbana y el consiguiente impacto en las estructuras familiares, los espacios de socialización, los valores culturales y los nuevos modos de inserción del individuo en el ámbito productivo.

En esta etapa las políticas para el sector tienen un fuerte contenido asistencialista y enfatizan la cobertura jurídica del núcleo familiar, el aseguramiento de las posibilidades educativas de la infancia y su atención médico-sanitaria, impulsadas por la necesidad de construir una unidad familiar estable capaz de incorporarse funcionalmente a las demandas de una sociedad urbana de creciente complejidad.

Una *segunda etapa* que cubriría desde 1958 hasta la actualidad, se corresponde con la consolidación del Estado, el afianzamiento de sus instituciones y la instalación definitiva de un proyecto social moderno y de corte industrializador, el cual, apoyado en una economía de enormes posibilidades rentísticas, viabiliza la aceleración de todos los procesos transformadores internos, con su secuela de desajustes y nuevas tensiones.

En efecto, superados los nudos críticos de salubridad y educación general en términos cuantitativamente explosivos, toman cuerpo otros conflictos, los que en esa amplia capa conformada por una juventud ya urbanizada, se expresan -entre otros- por comportamientos sociales inéditos; conductas no suficientemente adaptativas, cuestionamiento y transgresión de la legalidad así como en la incorporación acrítica de pautas transculturalizantes con ejes en una proporción vital hedonística y de compulsión al consumo, en una versión modesta del estilo de vida de los grandes países del desarrollo. Cultura disruptiva cuya propuesta de acceso y disfrute “masivo” salvaría barreras sociales unificando a la juventud en un universo generacional indiferenciado, pero que en las condiciones locales, al extremar la separación entre los bienes y la posibilidad de alcanzarlos, establece un nexo vinculante entre la conducta asocial y el paradigma cultural que se le presenta a la juventud.

Tal conjunto de factores plantean al Estado la necesidad de redefinir los modos tradicionales de orientar y satisfacer las expectativas creadas por el modelo societal asumido.

Esta etapa exige, por tanto, un abordaje diferente de lo que se caracteriza ya como “problema juvenil”; una estrategia nacional de intervención en el sector a través de organismos *ad hoc* y el reemplazo de las concepciones

13. Un desarrollo en extensión del concepto puede verse en Kornblith y Maingón (1985).

asistencialistas cuestionadas (“paternalismo”, “populismo”) por las de promoción y participación, que se adscriben al discurso ideológico del capitalismo moderno y que en la organización del Estado se manifiestan con la creación de instancias participativas para canalizar en términos integradores y adaptativos las demandas del sector juvenil de la población, reconociéndole una presencia (¿más simbólica que real?) que se corresponda con la importancia de su significación demográfica.

2. La Juridicidad como Discurso Relevante

En la primera etapa de su estructuración moderna, la acción del Estado se concentra en la atención de la madre y el niño, y lo hace en dos planos: el jurídico, mediante la promulgación del Código de Menores (1939), y el ejecutor, a través del organismo tutelar de la infancia y la familia; el Consejo Venezolano del Niño (1936).

Dicho Código conforma una jurisdicción especial para el “menor”,¹⁴ formula el principio de responsabilidad del Estado para con el mismo e incluye una serie de disposiciones de carácter civil relacionadas con su protección moral y material, así como la del grupo familiar. En el aspecto correccional el fuero tutelar evolucionará en una dirección que apunta a sustraer al menor de la esfera represiva del Derecho Penal, lo cual se logra en 1948 con el Estatuto de Menores que establece la *inimputabilidad total* hasta los 18 años, elimina la calificación de “delincuente juvenil” (sustituyéndola por “situación irregular”) e institucionaliza el criterio de *reeducabilidad* frente a la transgresión infantil y juvenil (Estatuto de menores, 1948).

Al consignar de manera explícita que ella se origina en una pluralidad de causas sociales, económicas y culturales que deben ser removidas -y no simplemente puniendo sus consecuencias- propone una legislación de carácter progresista y avanzada en cuanto a sus fundamentos doctrinarios precursora en América Latina. Cobertura jurídica que se complementa y amplía con otras leyes y disposiciones que también refieren a la protección de la infancia, la juventud y la familia (Derechos Alimenticios del Menor; Protección Familiar; Adopción; Trabajo de Menores, etc.).

Un análisis de las relaciones de necesidad que esta legalidad guarda con el movimiento de transformación que experimenta el país, permitiría detectar dos propósitos en esta vinculación: el primero, manifiesto, y derivado del discurso oficial sobre el desarrollo; busca proporcionar una asistencia que garantice la constitución de un núcleo familiar estable en un proceso de cambio social acelerado. El segundo, yacente, traduce la conciencia acerca de los desequilibrios de dicha dinámica, la cual requiere crear formas de control que puedan absorber el excedente de transgresión

14. Definido a partir de una figura jurídica que cubre el segmento de población comprendido entre los 0 y 18 años. Alcanza hasta los 21 años en situaciones requirentes de atención. Véase *Código de menores* (1939); *Estatuto de Menores* (1948); *Ley tutelar del menor* (1980). También Pablo Herrera Campins (1983).

que los ámbitos socializadores primarios (familia, escuela) no pueden contener, impactados como están y desbordados por una modernidad que se acompaña de una nueva conflictualidad.

Así pues, el énfasis en la juricidad, inherente a la organización del Estado democrático, que por definición ofrece un marco en el cual todas las demandas pueden ser cubiertas y resueltas a través de procedimientos consensuales, no excluye la creación de mecanismos de control social, exigidos por las limitaciones estructurales del modelo. Objetivos que, en definitiva, se impondrán por sobre los de asistencia.

a. Las instituciones de atención en el sector público

El Consejo Venezolano del Niño (luego Instituto Nacional del Menor), creado en 1936 como organismo administrativo encargado de la protección, asistencia y tratamiento del menor (especialmente del “abandonado” o en “situación de peligro”) y de la familia,¹⁵ evoluciona desde el carácter eminentemente médico-sanitario de sus inicios hasta el actual cuya oferta se integra con acciones de orden preventivo, educativo, resocializadores, de orientación, apoyo económico y asistencia económica al grupo familiar, etc. Espectro de actividades que se encuadran en dos grandes programas:

- i. Protección al Menor en Situación Irregular (abandonados, en peligro e infractores); que en su nivel preventivo cuenta con Parques de Recreación Dirigida, Colonias Vacacionales, Campamentos y Cuerpos de Ayuda Juvenil, y en su nivel asistencial: Centros de Recepción y Diagnóstico, Institutos Reeducativos y de Desarrollo y Pueblos Hogares. Además de modalidades abiertas como Colocaciones Familiares, Adopciones, Libertad Vigilada y Centros de Orientación y Profesionalización.
- ii. Desarrollo Social del Menor y la Familia. También con modalidades que se desenvuelven en los planos preventivo y asistencial; Casas Cuna, Jardines de Infancia y Unidades de Promoción Familiar entre los primeros y Centros de Orientación y Asistencia a la Familia, en la atención inmediata (Ministerio de la Juventud, 1980a).

3. Modernidad y Racionalidad Planificadora

Si el discurso jurídico-asistencialista contextúa las políticas oficiales dirigidas a la infancia, la juventud y la familia durante la primera etapa; en el período de afirmación institucional y de diversificación de las estructuras funcionales del Estado, a la identificación de la juventud como “problema”, sucede su inclusión en el marco del Sistema Nacional de Planificación, a partir del cual se despliegan las estrategias interventoras en el sector.

La juventud es reconocida ahora como variable incidente de particular importancia en el desarrollo y obtiene un estatus propio dentro de los Planes

15. Para precisar las situaciones que legalmente se señalan como de “abandono” y “peligro” véase la nota 3 en la página 36.

Nacionales y en la política presupuestaria del Estado, el que acrecienta sus asignaciones para Gastos Sociales en magnitudes que si para el lapso 1936-1957 representaban el 11.9%, promedio del gasto pagado del gobierno central, en el período político 1958-1973 salta al 28.1% para estabilizarse en el siguiente, 1974-1979, en 25.7%.¹⁶

El diagnóstico que sobre la situación de la juventud se realiza en el V Plan (1976-1980) describe ampliamente no sólo la composición y el peso del sector, sino también la manera en que se ve afectado por las condiciones socio-económicas y culturales, particularmente educación, salud, vivienda, empleo e ingresos, concurrentes todas, por las limitaciones que presentan, en la configuración de un segmento poblacional que amerita atención prioritaria (V Plan de la Nación).

Sin embargo, y pese a las previsiones tomadas en el V Plan, el VI (1981-85) nos informa, por ejemplo, que:

“Del total de niños entre 0 y 6 años (miembros más vulnerables del grupo familiar), 3,317,744 en 1980, sólo un 12% (423,259), recibió atención del Estado. De ese total, sólo el 1.6% era atendido en forma integral, es decir, con acciones conjuntas en lo educativo, nutrición, salud y recreativo.”

“En los sectores étareos definidos como requirentes de *atención especial*, 7 a 17 años, constituidos por menores en Situación Irregular (abandono, peligro e infracción) la atención del Estado es altamente deficitaria: se calcula en un 20% la capacidad instalada en relación a las necesidades (se refiere a menores que aún integrados al sistema escolar están comprendidos en la tipificación jurídica de abandono parcial o total).

“El grupo de *jóvenes de entre 15 y 24 años*, que representan para 1979, el 29.3% de la población económicamente activa del país y el 58.21% del total de la población ocupada, registra una tasa de desempleo del 11.14%.” (VI Plan de la Nación).

La evaluación concluye afirmando que *a pesar* de las disposiciones legales de protección al menor de 21 años por parte del Estado y de las acciones desarrolladas por algunos organismos oficiales, los aspectos señalados reflejan la ausencia de políticas preventivas. Aunque las estrategias que a su vez formula el VI Plan para superar dichos déficits siguen privilegiando la asistencia secundaria, diluyendo así el ataque a los condicionantes estructurales.

No obstante, la intervención planificada permite establecer la necesidad de coordinar y orientar a través de ejecuciones confluyentes, la numerosa cantidad de programas desarrollados por organismos e instituciones diversas, tanto públicos como privados, a fin de minimizar la dispersión y elevar la eficacia de las acciones. Formulación que se plasma en la creación del Ministerio de Juventud.

16. “Al iniciarse la década de los 60 la Función Social concentra el 26.1% del gasto total superando con ello las erogaciones de los niveles Administración General y Defensa agregados, y se coloca en el segundo lugar después de la función económica...La función social incluye: Educación, Sanidad, Previsión y Protección Social, Suministro de agua y otros servicios sanitarios, Vivienda y Urbanismo, Recreación y Esparcimiento, Relaciones Obrero-Patronales”. Kornblithy Maingón (1985).

a. Ministerio de la Juventud

Si la institución tutelar (Ley Tutelar de Menores) y el organismo ejecutor de sus disposiciones (Consejo Venezolano del Niño, Instituto Nacional del Menor) reconoce entre las causales de su surgimiento las que se derivan de la necesidad de establecer una relación de adecuación funcional entre unidades familiares y requerimientos de un Estado moderno dentro de un proceso de transformación del estilo de desarrollo; es posible también identificar en el contexto en el cual se crea el Ministerio de la Juventud (1977), no sólo una intención racionalizadora y asistencial, sino además una *estrategia política* del Estado.

Y ello porque si los años 60 representan un espacio histórico particularmente propicio para el protagonismo y la participación política de la juventud, el agotamiento de esta coyuntura movilizadora que se verifica para comienzos de la década siguiente genera la posibilidad de recuperar, en función de un modelo social que requiere el mayor grado de consenso, la adhesión de un sector que dada su magnitud resulta vital para su materialización.

Estas razones, aunadas al incremento súbito de los ingresos fiscales del Estado, permiten el planteo de una política específica para los jóvenes, la cual puede leerse en dos planos: uno que se refiere a objetivos legitimadores de un Estado "asistencial" (Kornblith y Maingón, 1985) y satisfactor de las demandas de *todos* los grupos; y otro en el cual, dada la composición demográfica del país, resulta imprescindible la formulación de una estrategia global para la juventud que cubra -junto con la apertura y expansión de sus posibilidades educativas- los aspectos socio-culturales que operan en términos integradores para un paradigma de organización social que se postula como incluyente.

Y así se reflejará en la estructura del Estado con la creación del Ministerio del área y con la apertura de un rubro específico en el gasto del gobierno central. Dicha cuenta recibirá en 1977 una asignación de 521 millones de Bolívares (1% del total de gastos), 842 millones en 1978 (1.7%), 855 millones en 1979 (1.8%), y en 1980, 852 millones (1.5%) (Portantiero, 1981).

Racionalidad, asistencia y política son, pues, estrategias complementarias. Las dos primeras intentan paliar los efectos de un crecimiento desequilibrado, en la conciencia de que su resolución excede lo puramente normativo, y la política. abrir caminos de incorporación al sistema.

La racionalidad planificadora permite hacer más coherente -administrativamente hablando- un área caracterizada por la dispersión institucional, la superposición de programas y la multiplicación de objetivos, factores que inciden en el muy bajo nivel de cobertura en relación con la población potencialmente afectada y una deficiente calidad de las acciones asistenciales.¹⁷

17. En el sector sobre el cual el Ministerio de Juventud extenderá sus acciones intervienen 17 instituciones públicas, las "que dada su adscripción implica la ingerencia de 6 sectores

No obstante, los obstáculos de una intervención de tal naturaleza estaban ya presentes en 1973 cuando al anticipar los elementos que deberían formar parte, tanto del diagnóstico como de una política para el área, se admite la limitación de un enfoque sectorial, ya que

“...la ‘problemática juvenil’ en el caso venezolano, no puede ser resuelta sólo y mediante una política sectorial...” y además que la misma “es una proyección...de la problemática de la sociedad global...”; por lo tanto “no hay problemas de juventud que no puedan y que no deban ser enmarcados en una política de contexto general o nacional...” (Ministerio de la Juventud, 1973: 11-12).

Un examen de la programación actual del Ministerio de la Juventud confirma este reconocimiento. En el área encontramos programas de apoyo a la familia y al niño integrados por sub-programas de Bienestar Social (planificación de la familia y preparación para una maternidad y paternidad responsables); de Ayuda Económica a la familia (organización de pequeñas empresas autogestionarias familiares para mejorar los ingresos y condiciones de vida de las áreas marginales en planos de pobreza crítica. Ferias de consumo familiar para el abaratamiento de la situación alimentaria; así como la Oficina Nacional de la Mujer, dedicada a la defensa jurídica contra el maltrato familiar y la explotación laboral de la población femenina.

En el área programática Apoyo a la Juventud se ubican proyectos como Centros de Ayuda Integral (para jóvenes urbanos de 12 a 20 años, especialmente delincuentes, drogadictos, desempleados y desertores escolares). Programas de voluntariado (para impulsar la participación juvenil en actividades socialmente beneficiosas. Planteados como primer paso para la implementación de un *Servicio Civil Obligatorio*, para las personas cuyas edades están comprendidas entre los 18 y 30 años y que no han cumplido con el Servicio Militar Obligatorio). Programas de prevención de la drogadicción y atención al fármaco-dependiente (campañas orientadoras, creación de redes y servicios de asistencia). Proyectos de ayuda económica al joven (bolsas de trabajo y empresas juveniles, presentados como nueva opción para incorporar al joven al mercado de trabajo). Capacitación y educación no formal para el empleo y la producción; agencias laborales para jóvenes de entre 14 y 24 años (especialmente los desempleados y los que se incorporan por primera vez al trabajo). (Ministerio de la Juventud, s.f.a).

Este espectro de programas se operacionaliza en el marco de las acciones que desarrollan los institutos adscritos al Ministerio de la Juventud; *Instituto Nacional del Menor*, que como ya se ha visto constituye el precursor histórico de una política de atención a la juventud en Venezue-

administrativos distintos: trabajo, justicia, educación, desarrollo agropecuario, salud, desarrollo urbano y vivienda, además de las numerosas instituciones del sector privado...” (Comisión Presidencial para el Estudio de la Reorganización del Consejo Venezolano del Niño, 1976y 1976a).

la; la *Fundación Gran Mariscal de Ayacucho*, creada en la década anterior -al calor de los fuertes ingresos fiscales- para financiar la formación de recursos humanos, fundamentalmente en universidades y centros científicos del exterior, y el *Instituto Nacional del Deporte*, organismo creado en 1949 con la finalidad de estimular y fomentar las actividades deportivas.

La simple lectura de la programación está indicando que más allá de las posibilidades de una coordinación intersectorial, nos encontramos frente a un "problema" del que participa el 80% de la población venezolana. Además, que al proponer una política para juventud como *complementaria* o *supletoria* de las políticas generales de educación, familia, sanitarias, laborales, recreativas, etc., se está proponiendo también advertir los límites e insuficiencias de un proyecto modernizador y democratizante que resultó en segregador y excluyente.

b. La acción privada en relación con la juventud

Para el año 1979 se aprecia en el sector una gran actividad de instituciones privadas que, de manera sistemática o a través de programas temporales, dirigen su atención hacia la cobertura de necesidades de la población infante-juvenil, así como las de la familia. En ese año se registran 109 instituciones de diversas modalidades y objetivos que cubren áreas de asistencia y bienestar social, cultural, desarrollo de la comunidad, educación y recreativas (Instituto Nacional del Menor, 1979).

Aunque varias de entre ellas tienen alcance nacional, con distintos grados de cobertura y un accionar que enfatiza las actividades de tipo educacional-formativo así como la atención de la población definida jurídicamente como "minoridad en situación irregular"; el rasgo que las caracteriza está dado por su carácter unitario (clubes, asilos, escuelas, etc.) y orientadas al trabajo con la población de sectores sociales carenciados.

Su articulación con las políticas del Estado en la materia se reduce generalmente a la demanda de financiamiento. Así, el 60% de las instituciones privadas del sector tienen una fuente de financiamiento mixta que llega al 35% de los respectivos presupuestos.

Es interesante mencionar que a pesar del predominio de instituciones locales, el sector privado se integra con un porcentaje (aproximadamente el 20%) de instituciones filiales o vinculadas a organismos internacionales: fundaciones, organismos económico-empresariales y religiosos (FIPAN, 1983).

Más que respuestas generadas en nuevas ideologías comunitarias o auto-gestionarias, la acción privada en el ámbito de juventud, está fuertemente impregnada por consideraciones de carácter ético-religioso, en una suerte de actualización de las concepciones caritativistas tradicionales.

Pareciera asimismo obrar como efecto demostración -frente a un Estado cuya práctica intencionista es permanentemente cuestionada- de las posibilidades de un modelo social de libre iniciativa, en el cual la empresa

presentada como máximo nivel de racionalidad y eficiencia es capaz de superar objetivos económicos particularistas y proyectarse hacia los intereses sociales generales.

4. Estado, Juventud, Delito y Drogas: Una Cultura de la Transgresión

a. Juventud y drogas

El consumo de drogas por parte de la juventud venezolana aparece vinculado fundamentalmente a los fenómenos de orden urbano que acompañan los procesos sociales de los años 70. Su magnitud no resulta fácil de precisar por el hecho de que su presencia se verifica habitualmente en el plano de la infracción o el delito, momento en que recién se convierte en indicador estadístico.

No obstante, estudios realizados por la Comisión Contra el Uso Indebido de Drogas (CCUID), organismo creado en la década anterior para atender el problema, ofrecen una visión aproximativa que denota su instalación progresiva como patología social.

De acuerdo a ellos, el fenómeno de la drogadicción aparece asociado a sectores *mayores de 20 años* (un 75% de la población registrada como consumidora por los organismos de previsión y control); los que jurídicamente son definidos como adultos. El grupo etéreo de entre *15 y 19 años* ocupa el segundo lugar (un 23%), mientras que el de *menores de 14 años* no pareciera tener relevancia. Aunque debe señalarse que estos dos últimos grupos pueden estar afectados en su presencia estadística por el hecho de que durante esos períodos se asiste al proceso de iniciación y, por tanto, de difíciles posibilidades de detección por medio de los procedimientos preventivos y represivos ordinarios.

Entre las características de esta población se destaca que en un 97% está constituida por sujetos masculinos, aunque se observa un aumento progresivo del consumo de la población femenina (6% de incremento en 1981, en relación con los años anteriores).

La mayor parte de la población afectada reside en barrios (zonas marginales) y cascos centrales de las ciudades (un 77%) mientras que un 22% habita en sectores populares medios, y sólo un 2% en áreas consideradas como de sectores altos (Donis, 1982).

Datos que demandan una consideración cuidadosa en términos explicativos ya que se soportan mayoritariamente en grupos más expuestos a la acción de los organismos represivos, los que no cubren con igual intensidad la emergencia de conductas infractoras y delictivas en los sectores medio y alto, en los cuales es presumible un consumo similar favorecido por variables como mayor posibilidad económica de acceso a la droga así como por pautas culturales permisivas que no refieren a la privación social y económica.

Otros estudios de la CCUID indican que el 64% de la población consumidora corresponde a trabajadores y un 5% a estudiantes, mientras

que el 28% no trabaja ni estudia, grupo éste que aparece como el más crítico (CCUID, 1985).

En lo que se refiere al *patrón de consumo*, los estudios señalan que el 72% de la población vinculada a la droga es politoxicómana (aunque con privilegio de la marihuana, 76%), y que el *inicio en la adicción* en un 66% de la población registrada se verifica entre los 14 y los 19 años, mientras que sólo un 14% lo hace antes de ese período. En lo que se refiere a la *duración de los consumos*, la misma fluctúa entre los 6 meses y dos años y medio, dando un promedio de 30 meses en un 79% de los casos. Se constata asimismo que mientras más tarde se inicia el consumo, más rápidamente es desincorporado como hábito. Así, por ejemplo, en el caso de iniciados después de los 16 años, la razón que aparece como manifiesta es la necesidad de "experimentar", por lo que, tomando en cuenta que la marihuana representa la droga habitual, siendo al mismo la más fácil de abandonar en lapsos menores de un año, resalta este rasgo de experimentación en los iniciados tardíos (Donis, 1982).

Resulta importante destacar, siempre de acuerdo a los estudios citados, que una gran parte de los consumidores habituales han intentado encontrar ayuda recurriendo a instituciones orientadoras o de tratamiento, lo que podría estar sugiriendo cierto grado de efectividad de la prevención secundaria en el marco de las campañas estatales dirigidas al problema.

Ahora bien, visto que las edades de inicio se corresponden con las del segmento poblacional en situación escolar, y que según las investigaciones mencionadas la drogadicción estaría afectando en menor grado a los grupos sociales incluidos en aquella, resulta evidente que una ruptura en la prosecución opera como factor predisponente del consumo.

La incidencia de toxicomanías en los escolarizados alcanza su mayor expresión entre quienes cursan la educación media, destacándose el hecho que más de las tres cuartas partes de los iniciados dejan el hábito de la droga en menos de un año. El sistema escolar aparece así como un ámbito protector siendo que su población representa sólo un 2% del total de los consumidores, comparada con grupos no estudiantiles (Grusón, 1978).

Cabe agregar que aún en los casos de los jóvenes de hasta 18 años incurso en infracciones legales, grupo generalmente desvinculado de la educación sistemática, el consumo de drogas ocupa el sexto lugar como causal de ingreso a las instituciones resocializadoras, de acuerdo a los registros de los organismos de control (véase cuadro 13).

Las consideraciones apuntadas contrastan con algunos de los resultados de una encuesta reciente efectuada por el Ministerio de la Juventud dirigida a establecer el perfil de consumo de drogas entre estudiantes de la escuela media, es decir, comprendidos entre los 11 y los 20 años (*El Universal*, 1986; Patiño, 1983).

Una de las conclusiones a que se arriba destaca la existencia de una relación directa entre el consumo de drogas y la deserción escolar, la que alcanza su máximo nivel en el segmento de jóvenes adolescentes de 15 y

Cuadro 13
Caracas, Area Metropolitana: Menores Intervenido por la Policía Técnica Judicial (1983-1984)

Causa de Ingreso	Total	%	% acumulado
Hurto	1,296	31.56	31.56
Arrebatón	965	23.50	55.05
Robo	639	15.56	70.61
Lesiones	296	7.21	77.82
Hurto de vehículos	274	6.67	84.49
Drogas	222	5.41	89.90
Homicidio	95	2.31	92.21
Violación	82	2.00	94.21
Hurto de motos	60	1.46	95.67
Porte ilícito de armas	52	1.27	96.93
Acto carnal	49	1.19	98.13
Acto lascivo	23	0.56	98.69
Rapto	21	0.51	99.20
Estafa	8	0.19	99.39
Contra intereses públicos / privados	7	0.17	0.17
Otros	18	0.44	0.61
Total	4,107		100.00

Fuente: M. Huggins (1986).

16 años, edades en las que paralelamente se aprecia la mayor incidencia de drogas. Aquí el hábito es el que estaría operando como factor desertógeno, agravado por un cambio en el patrón de consumo que se manifiesta ahora por un inicio en la adicción con sustancias más duras respecto a la marihuana que constituía el punto de partida en el proceso de aprendizaje.

La aparente contradicción podría deberse a problemas de orden metodológico que resultan en el sobredimensionamiento de la variable drogas como causal de deserción. En todo caso, tiene un indudable valor, interviniente, pero que no relega en modo alguno el carácter dependiente de la deserción respecto a condicionantes externos a la situación escolar cuya lectura necesariamente totalizadora conforma un cuadro más acorde con la proposición de multicausalidad de los fenómenos sociales.

Pero esta última encuesta introduce un elemento que devela otra dimensión generalmente no atendida del problema articulándolo con rasgos histórico-culturales y conflictos de la sociedad global. En efecto, al diferenciar las categorías de *drogas lícitas* y *drogas ilícitas* remite el análisis a un plano en el cual aparecen con nitidez los mensajes contradictorios y duales que recibe la juventud; pues entre todas las drogas lícitas e ilícitas consumidas por este sector, el alcohol (que instalado como hábito es considerado adicción) aparece en primer lugar con un 70.2%, muy lejos de otros consumos también lícitos como el cigarrillo (13.5%), tranquilizantes con prescripción médica (10.5%), estimulantes recetados (4.3%) y los barbitúricos (1.4%), y muy lejos, asimismo, de la ingestión de drogas

ilícitas, particularmente las duras (cocaína, LSD, Mandrax, heroína, alucinógenos) cuyos porcentajes no exceden del 5% en el cuadro de consumo.

Las políticas liberales del Estado en materia de producción, comercialización y consumo de alcohol, basadas en la férrea lógica de la acumulación, junto con el aval social que respalda su consumo, estimulado incluso en términos de prestigio, permite visualizarlo como una de las causas generadoras de muerte violenta en los jóvenes, especialmente del sexo masculino. Esta situación adquiere una proyección dramática cuando se analiza la composición del cuadro de morbilidad y mortalidad juvenil. La primera causal de mortalidad de la población entre 15 a 24 años corresponde a accidentes de tránsito, los que habiéndose mantenido en una proporción casi invariable desde 1960 en el ya alto porcentaje promedio del 60% del total de accidentes ocurridos en el país protagonizados por la población de entre 15 y 24 años; para 1981 llegaron a representar el 93%.

En lo que se refiere a morbilidad, para 1980 uno de cada cinco hospitalizaciones correspondió a jóvenes de entre 15 y 24 años, siendo la principal causa la de traumatismos, que se coloca en el 37% del total de ingresos del sexo masculino. Según datos del Ministerio de Salubridad y Asistencia Social (MSAS) cada día mueren en Venezuela 4 jóvenes en accidentes de tránsito, frente a 2 que mueren por homicidio y 1 que se suicida diariamente. Así como cada 3 días fallece un joven por armas de fuego.

Aún cuando no se dispone de estadísticas que permitan establecer una relación de dependencia directa entre la mortalidad juvenil por accidente e ingesta de alcohol es legítimo inferir una fuerte vinculación entre ambas a partir de los datos proporcionados por la Dirección General de Tránsito y otros organismos oficiales. Salvando la exigencia de rigor, la importancia de las posiciones que ocupan dichas variables entre las causas de mortalidad y morbilidad de los jóvenes aluden a formas transgresionales no sólo exentas de punición legal, sino a una cultura generadora de violencia que puede con propiedad, en este aspecto, ser caracterizada como filicida.

b. Juventud y delito

Al igual que en la problemática de drogas, los datos estadísticos sobre delito juvenil no ofrecen una claridad óptima. Sin embargo, los disponibles parecen configurar una situación distante de lo que la percepción cotidiana y la opinión pública identifica como problema crítico de la juventud.

El hecho de que en Venezuela se considere a los sujetos de entre 0 y 18 años incurso en conductas tipificadoras legalmente como delitos como "menores infractores", así como que el grupo etéreo de entre 18 y 24 años al infringir la ley es ubicado en el marco de la delincuencia adulta, obstaculiza precisar el impacto real del comportamiento criminoso en el segmento juvenil.

No obstante, arrojan luz en cuanto a la inconsistencia de esas percepciones datos parciales referidos a la población menor de 18 años en

“situación irregular” extraídos de recientes estudios de esa población.¹⁸ El referente demográfico en el cual se desarrollan tales conductas puede constatarse en el cuadro 14.

La desagregación de estas cifras para Caracas y su Area Metropolitana indica que, sobre una población global de casi 4,000,000 de habitantes que aquí residen, el 50% es menor de 18 años. Ahora bien, durante los años 1983 y 1984 la División de menores de la Policía Técnica Judicial (PTJ) registra 4,107 sujetos intervenidos por infractores, cuyas conductas de entrada se clasifican de acuerdo a los datos del cuadro 13.

La ausencia de significación estadística entre los valores polarizados que ofrecen ambos cuadros, aún descontextuados de una serie histórica, se destaca como evidente y deriva del análisis a un plano en el cual la explicación debe integrarse con el estudio de las condiciones en que surge el concepto de “delincuencia juvenil” como estereotipo social.

Se desprende también de la lectura de las cinco primeras causales de ingreso a los organismos policiales (un 85% del total de infracciones) que su etiología se sitúa en un campo delimitado por coordenadas básicamente socio-económicas y que se caracterizan por encuadrarse dentro de la figura de delitos contra la propiedad. Los delitos contra las personas, los cuales se corresponden con formas de organización pre-industrial, tienen escasa presencia dentro de las modalidades transgresionales de ese sector juvenil.

Pareciera claro entonces que tales conductas están expresando disfuncionalidades de la estructura societal en su conjunto; particularmente déficits en los mecanismos de satisfacción de necesidades básicas del grupo familiar, así como en las instituciones que intervienen en la socialización primaria. Lectura que, por otra parte, da cuenta de la debilidad de la argumentación que hace de este tipo de comportamiento “anómico” una manifestación de patología que integra constitutivamente la personalidad básica de determinados sectores sociales.

Cuadro 14
Venezuela: Población Menor de 18 Años (1983-1984)

	Total	Femenina	%	Masculina	%
1983	16,393,726	3,949,894	49	4,107,649	51
1984	16,851,198	4,013,475	49	4,173,446	51

Fuente: M. Huggins (1986).

18. Por ejemplo Magaly Huggins (1986). Para una mayor información puede consultarse también: Ministerio de la Juventud (1982).

Se trataría en verdad, siguiendo una línea de reflexión desarrollada por M. Foucault (1980), de un fenómeno de reapropiación de los bienes colectivos, la expresión final de una historia de desposesiones que comienza con el debilitamiento de la capacidad socializadora de la familia, se continúa con la expulsión del menor de los circuitos educativos formales y prosigue con la inserción precoz y descalificada del joven en un mercado de trabajo que sólo puede ofrecerle ocupaciones informales y desempleo. Cruce en el que la desviación de la norma emerge como único medio de satisfacer el acceso a los objetos y estilos de vida que los modelos culturales presentan como valorativamente estimables.

El delito juvenil desde este punto de vista, ocupa un espacio de relevancia menor, tanto cuantitativa como cualitativamente, en el conjunto de problemas estructurales de la sociedad venezolana, y aún relativo comparado con otras expresiones delictivas no sancionadas por la legislación penal, pero cuya magnitud y efectos obran como verdaderos desintegradores del cuerpo social (pensamos en la extensa variedad de delitos de "cuello blanco" y en la corrupción administrativa, que raramente forman parte de la estadística criminal).

No debe entenderse este desarrollo como un intento de simplificar o negar la existencia del problema. Sin proponer que la juventud esté al margen del riesgo de acrecentar su participación en esta patología social, la dirección del análisis se orienta a rechazar la indentificación de droga y delito como propios de la condición de juventud.

Es posible entonces, pensarlos como comportamientos juveniles de tipo compensatorio, originados en la ruptura de las expectativas integradoras que el discurso político generó en un país en el cual el concepto de juventud, por sus atributos demográficos, se confunde con el de Nación.

Si bien las políticas sociales del Estado venezolano han recortado al sector juvenil como sujeto importante de su acción asistencial, la posibilidad de una práctica verdaderamente eficaz en el ámbito está condicionada por la voluntad política de promover cambios reales en las áreas estructurales de la economía y la organización política del Estado.

En esta óptica la garantía que permitirá cubrir más satisfactoriamente las demandas específicas del sector en el contexto del Estado democrático, se encuentra en la resolución efectiva de tres aspectos prioritarios; una más equitativa distribución del ingreso, una política nacional de empleo y una reorientación del gasto público.

Un cambio en esta dirección constituye la base material de una estrategia que se proponga superar las condiciones de alta carencialidad en que se desenvuelven los procesos de socialización de parte de la juventud. Se trataría entonces, más que de una política para la juventud, de la construcción de un sistema de bienestar social.

VII. LA POLÍTICA Y LA PARTICIPACIÓN DE LOS JÓVENES

Los jóvenes de las generaciones anteriores al igual que todos los sectores de la sociedad, hicieron su ingreso a la escena política en un contexto caracterizado por grandes movilizaciones y polarizaciones, que a su vez condicionaron los tipos de participación. La precaria legitimidad de las instituciones del Estado y la alta conflictualidad del proceso político, que derivaban del hecho de que la transición urbano-industrial, siendo también una redistribución del poder, implicaba modos de exclusión o integración conflictivos de fuerzas sociales viejas y nuevas, dió lugar a una escena sin actores hegemónicos claros, altamente movilizadora y de bajo consenso entre los proyectos de cambio, donde las opciones autoritarias, revolucionarias y reformistas eran igualmente factibles en razón de que reproducían políticamente los polos de exclusión e integración.

Mas por esta dinámica que por el hecho de serlo, los jóvenes - particularmente los estudiantes- constituyeron un actor político de primer orden, en una sociedad que por lo demás era mayoritariamente menor de 30 años, y estaba sometida a procesos de migración interna y recomposición estructural de grupos y sectores, que implicaban una baja cristalización de la estructura de clases.

Ellos registraron en sus movilizaciones y valoraciones las mismas polarizaciones ideológicas en las que el proceso político se radicalizó, a propósito de los contenidos nacionales y populares del Estado, las formas de concentración del poder supuestas en la reestructuración de las alianzas y los alcances democráticos de las instituciones, llegando a integrar significativamente las vanguardias organizadas que participaron protagónicamente tanto en las movilizaciones que aceleraron la sustitución del orden oligárquico, como en aquellas que resistieron los proyectos de recomposición autoritaria, tal y como ocurrió en el período de la dictadura militar de los años 50. Con una fuerte valoración de las tradiciones nacionalistas y antimperialistas, aproximaron sus prácticas a los tipos de participación revolucionaria en la ola de movimientos anticapitalistas de los 60 que, estimulados por las ideologías tercermundistas y las estrategias insurreccionales abiertas por la victoria cubana, intentaron romper los proyectos desarrollistas de capitalismo asociado.

Superados aquellos tipos de movilización con la creciente estabilización de los "pactos constitutivos" y el consecuente afianzamiento del "Estado de compromiso",¹⁹ la escena política ha tendido a reorganizarse en términos de un sistema cerrado y especializado, incorporando al proceso político factores de profesionalización de la actividad, reducción del intercambio competitivo entre los actores y burocratización de la participación.

19. Un análisis del origen y la evolución de los pactos constitutivos de la democracia en Venezuela se encuentra en: Luis Gómez y Margarita López (1985). En términos generales la hipótesis que seguimos corresponde a Juan Carlos Portantiero (1984).

Si bien estos fenómenos de institucionalización han tenido la virtud de congelar las posibilidades de prácticas violentas y patrocinar otros métodos de disenso, en la medida en que han descansado fuertemente en el papel de los partidos y sindicatos como esferas de representatividad y movilización -haciéndolos verdaderos monopolios de intermediarios entre las demandas de la sociedad y el Estado-, han hecho que el avance de la democracia no haya estado acompañado de formas de participación que operan como fuentes eficaces de socialización y movilización. Con una estructura de este tipo, además, se han venido generando una serie de nuevos "impasses" específicamente políticos puesto que la sociedad ha venido complejizando cualitativamente sus demandas y el Estado ha venido viendo limitada su capacidad de respuesta por la crisis económica.

En esta situación la actual generación, que ha vivido en una sociedad más compleja, sólo ha conocido la democracia y ha socializado otras conductas y valores, han encontrado una estructura política reacia a percibir sus demandas y con estilos de participación cerrada que no se corresponden con sus valores.

Frente a ello los jóvenes han reaccionado bien mediante el rechazo a la política y la privatización de sus conductas, reforzando el carácter autoexcluyente de los circuitos contraculturales, bien reestructurando su participación al incorporarse a formas emergentes de movilización.

1. Sociedad, Crisis de Gobernabilidad y Participación

Las consecuencias de aquellos fenómenos perversos que acompañan la institucionalización de la democracia en la forma de Estado de compromiso, sin lugar a dudas que en Venezuela explican buena parte de los procesos que han sido analizados bajo el término de "Crisis de gobernabilidad" (véase Portantiero, 1984).

Para los efectos de nuestra hipótesis, conviene señalar algunas repercusiones sobre la participación de la sociedad en la política:

- i. La evolución de la escena política hacia un mercado "controlado" de posiciones y prebendas, con un congelamiento de las posibilidades competitivas y auto-organizativas de los grupos a favor de los partidos, donde las opciones participativas se reducen en buena parte a los intercambios comunicativos generados a través de los medios de comunicación de masas, y las organizaciones se estructuran como núcleos de expertos que conquistan audiencias y masas de electores, ha redundado en asociar la participación con la movilización electoral.
- ii. Esta concentración de la actividad y de la regulación de las demandas en favor de los aparatos y de los esquemas corporativos clásicos, han hecho entrar en crisis el modelo de relación Estado-sociedad, en la medida en que, por un lado, estos aparatos y esquemas dejan afuera nuevas demandas cualitativas vinculadas con la complejización de la sociedad (como la auto-organización), pues exceden la naturaleza de los intereses económicos y políticos que articulan; y que, por otro lado, los

recursos del Estado resultan cada vez más ineficientes e insuficientes para dar cobertura a las demandas básicas: ineficiencia administrativa, incapacidad en la prestación de los servicios de luz, agua, vivienda, etc. (véase de la Cruz, 1985).

- iii. La correlativa perversión de la legitimidad con el desgaste del bipartidismo, el vaciamiento ideológico de las organizaciones, el clientelismo, la corrupción de funcionarios y el delito de Estado, ha abierto cuellos de botella en la credibilidad y comportamiento, donde sobresalen el escepticismo y la apatía, la autoexclusión ética, la incertidumbre frente a la disolución de la dimensión ideológico-utópica de la política.

Estas dinámicas de las crisis de gobernabilidad de alguna manera quedan expresadas en la indiferencia con que los jóvenes evalúan el significado histórico de la democracia,²⁰ la disposición negativa hacia los partidos políticos y el grado de insatisfacción hacia la labor de gobierno (Torres, 1985).

La centralidad del Estado, la debilidad del ciudadano, el monopolio de los partidos y la crisis de los servicios, son codificados, por ejemplo, como deformaciones constitutivas del mundo político, y respondidas en términos de un incremento de los déficits de legitimidad y de participación.

2. Los Jóvenes y la Crisis de Gobernabilidad

Este proceso afecta de manera especial a los jóvenes. Y ello en la medida en que -con más fuerza- sus demandas radicales y sus valorizaciones contractuales a la vez que no han sido respondidas y canalizadas por los mecanismos descritos, los ha venido alejando de la política. Las características de su sensibilidad cultural y las necesidades radicales articuladas en torno a la problematización de los espacios privados de la vida, evadidos o asumidos paternalistamente en los discursos de las organizaciones políticas, ha conducido a los jóvenes al escepticismo y al cinismo, y la pérdida progresiva de referencias de socialización y participación política, tal y como no ocurrió en las generaciones anteriores. Al carecer de estas referencias, la juventud ha reaccionado incrementado conductas de autoexclusión. Las más características de éstas han sido la tendencia al abstencionismo electoral, que aunque no tan grande como en otras sociedades ha venido aumentando,²¹ la renuencia a la militancia en las organizaciones juveniles de los partidos políticos y sindicatos,²² y la escasa predisposición a la movilización.²³

20. Los datos sobre la evaluación que hacen los jóvenes de la democracia, provienen de: Aristides Torres (1985).

21. Aunque no disponemos de análisis completos de la abstención política de los jóvenes pueden consultarse por ejemplo, para el caso de las elecciones nacionales Silva Michelena y Sonntag (1980) y para las elecciones universitarias, *El Nacional*, ediciones correspondientes a los 10 últimos años.

22. No existe una información confiable al respecto, pero llama la atención en este sentido las constantes campañas de captación.

23. El análisis de las movilizaciones que desencadenó el anuncio oficial de la posible supresión

No obstante, en forma aún incipiente -sobre todo la élite de los grupos medios- han recurrido a otras formas de participación. Ejemplo de ello lo constituyen el liderazgo que han tenido en la organización de movimientos vecinales, ecológicos y culturales. Pero, ello mismo indica que, en términos genéricos, han venido recurriendo menos a la política para canalizar sus rebeldías para socializar sus conductas públicas.

Como se quiera, los jóvenes de hoy han enfrentado el tipo de política de las generaciones anteriores y han resistido la incorporación a una escena que los tiende a asumir como masa de electores y como mano de obra de las maquinarias, evadiendo la afiliación a las estructuras tradicionales y potenciando y articulando sus intereses los circuitos contractuales. En relación a ello, la sociedad tiene enormes desafíos si se consideran la evaluación negativa de las formas de hacer política, la opinión indiferente hacia la democracia y la actitud hacia las elecciones.

CONCLUSIONES

1. El Difícil Escenario de los Años 80

Muchas cosas han pasado en la sociedad venezolana en los tiempos recientes. Ellas han hecho que el escenario en el que los jóvenes de hoy han nacido y viven sea diferente a los de las generaciones anteriores. Y por ello su modo de vida, sus gestos y sus respuestas distan mucho de aquellas que hasta hace nada constituyeron el rasgo distintivo de la condición juvenil. Algo de esto se percibe al mirar, por ejemplo, el debilitamiento del protagonismo político que acompañó a los jóvenes de la generación inmediatamente anterior, la crisis del movimiento estudiantil, la privatización de los circuitos de realización y valorización de sus experiencias, la asunción de gestos culturales y familiares radicalmente enfrentados con los de su mayores y, en un cierto sentido, el escepticismo del lenguaje con que encaran sus revueltas personales y colectivas. No es posible escapar al hecho de que la sociedad ha respondido a la complejización del mundo juvenil perdiendo sus certezas, y aproximándose a sus disconformidades y protestas sólo mediante el expediente de la incertidumbre y la desconfianza o de las tácticas del paternalismo populista.

Pero no hay que perder de vista que si los jóvenes de ahora son así, es porque las pautas de la sociedad venezolana han cambiado profundamente en este tiempo relativamente corto. Y es que en el espacio de no más de veinte años ha visto transformarse todas y cada una de sus instituciones, entrando de lleno en la ola modernizadora y cambiando sus métodos de poder, las formas de reproducción, los estilos de vida y de trabajo, los mecanismos de participación, la distribución de la riqueza y los sistemas de estratificación. Si los jóvenes de hoy han modificado la calidad de sus necesidades y respuestas es porque han enfrentado y vivido entre el ascenso

de la gratuidad de la educación superior, deja entrever una disminución de la predisposición a ella por parte de los jóvenes educados, que han sido históricamente los más activos y mejor organizados.

y el declive de una sociedad muy distinta a aquella de sus padres. Y la sensación de incertidumbre que rodea sus comportamientos no es ni más ni menos que aquella que cubre a toda la sociedad, tal vez con un poco más de desencanto, puesto que la encrucijada a la que parece conducimos el final del ciclo de prosperidad hace difícil el futuro por igual y para todos.

Y es que el ocaso de la sociedad petrolera es el dato más importante para intentar construir una hipótesis sobre los jóvenes venezolanos y el futuro. La crisis con la que se inicia la sociedad venezolana de los años 80, obliga a replantear el escenario que hemos descrito a lo largo del informe. A la certidumbre de las ideologías desarrollistas del crecimiento ininterrumpido, que acompañaron el boom petrolero y el avance industrial, le parece suceder, roto el encanto de la renta petrolera, la certeza de los límites del crecimiento, y más aún, del modelo de desarrollo.

Por ello, si se mira el futuro a partir de este dato, se podría considerar que el difícil escenario en el que los jóvenes sortearán sus conflictos estará muy condicionado en lo inmediato por los fenómenos que acompañan esta crisis.

2. La Reducción del Rol del Estado

Las décadas anteriores fueron parte de una época en que el Estado invadió progresivamente todos los órdenes de la vida social, permitiendo entre otras cosas "compensar" el equilibrio social y político entre las fuerzas sociales y la precariedad de una sociedad civil poco estructurada. Así facilitó mecanismos de comunicación entre los grupos, formas de resolución de demandas y la superación de cuellos de botella e *impasses* estructurales, figurando como una importante variable en la superación de la crisis del modelo de dominación oligárquica. Su enorme extensión asistencial fortaleció el acceso y la satisfacción de necesidades de sectores excluidos, a la vez que formas de participación, movilidad e integración que se basaron en el fortalecimiento de un espacio mesocrático. A través de él se generaron servicios, tal vez como en pocas sociedades de América Latina, por medio de instituciones que penetraron los campos de la familia, la salud, la educación, el trabajo y la política.

Ahora bien, por un lado, la creciente fisura que ha abierto la complejización de los intereses de la sociedad civil, la cual explica en buena parte la crisis de ingobernabilidad de la democracia, y por otro, el impacto de la crisis económica sobre la capacidad del Estado para seguir respondiendo a las demandas, que de alguna manera han permitido el ascenso de ideologías neoliberales, plantean dilemas en todos los espacios de vida de los jóvenes.

3. La Democratización de la Educación

Así, en lo que respecta a la función de la educación, los inicios de la década de los 80 tienen una diferencia con las dos anteriores. Si en aquellas un volumen cada vez más elevado de jóvenes adquirió la condición estudiantil y, más aún, una buena parte logró ingresar a los centros de

educación superior; el comienzo de ésta aparece bajo el dominio de un signo contrario.

La expansión acelerada de las matrículas a todos los niveles parece estar llegando a su fin, al menos en la forma estatal de masas en que ocurrió en esa época, acosada por los impactos negativos que sobre el mecanismo de financiamiento público, viene dejando la crisis del modelo de acumulación basado en el crecimiento de la renta petrolera.

Y con ello, el debate político acerca del papel de la educación en el desarrollo nacional vuelve a copar el escenario, luego de las primeras escaramuzas gubernamentales dirigidas a revisar las orientaciones democratizantes de las políticas de acceso a la educación superior; intentando compensar ahora, mediante la restricción del rol del Estado en la extensión social de la oferta de cupos,²⁴ la reducción fiscal ocasionada por la caída internacional de los precios del petróleo.

La asunción progresiva del neoliberalismo postkeynesiano como ideología dominante del Estado, a través de la cual se procura solventar la cuestión -anterior a la crisis de los precios- de los límites actuales del Estado asistencial, indudablemente puede traer aparejada drásticas consecuencias, las cuales envuelven y afectan no sólo el tipo de dinamismo que le ha venido siendo propio a la educación desde finales de los 30, sino también algunas de sus contribuciones al cambio y a la modernización social.

El posible desplazamiento de buena parte de la cuota de responsabilidad del Estado en materia de educación, hacia un mercado privado (regulado por las posibilidades económicas de grupos sociales, que tendrían que asumir, a través del ingreso familiar -en deterioro constante- los costos del acceso a los bienes escolares), supone que los años por venir serán parte de un período difícil. Sobre todo cuando ello puede estar marcado por la regresión de la cobertura social de la enseñanza y por el incremento de las barreras extraescolares de los jóvenes de sectores populares para alcanzar los niveles postprimarios de la educación formal; en fin, tal y como ha venido ocurriendo en el pasado inmediato de algunas sociedades de América Latina, por una probable reelitización hierática de la educación.²⁵

Sólo que la probabilidad de que tal proceso ocurra tendrá mucho que ver con las reacciones y resistencias de los actores sociales -particularmente de los sectores medios urbanos-, con una importante inserción política en el manejo del Estado, y con la manera como estos sectores valoren los efectos de la disminución de la atención a sus demandas educativas sobre sus condiciones de vida y de trabajo.

24. Un primer paso en este sentido lo constituye el intento de revisión del artículo constitucional sobre la gratuidad de la enseñanza y las declaraciones de dirigentes del partido de gobierno a favor de la privatización de la educación superior. Ver al respecto, las entrevistas a Luis Manuel Peñalver, *El Nacional*, ediciones del 12-12-85, 15-12-85 y 21-1-86.

25. Para el caso chileno puede verse, José Joaquín Brunner (1985).

Sea como sea, pocas cosas parecen indicar que el Estado mantendrá el tipo de expectativas abiertas por el dinamismo propio del populismo educativo de las pasadas décadas. Y por ello debe tenerse presente, cuando menos, que el optimismo de las utopías de progreso de aquella época comienza a perder terreno, en estos tiempos de contracción de los excedentes petroleros; no siendo sustituido hasta los momentos por otra parte mejor que la incertidumbre de un cambio posible de escenario, que apunta en la dirección de aquel proceso de reelitización. Incertidumbre que se hace mayor, en la medida en que la crisis del mecanismo rentista ocurre cuando aún el dinamismo de la expansión no ha logrado superar importantes déficits de cobertura de la educación básica de los jóvenes, y el crecimiento educativo acelerado ha traído consigo problemas nuevos que afectan a la educación misma y a sus relaciones con el desarrollo.

Pues al lado de la inmensa ola democratizadora del acceso a los establecimientos escolares, la cual ha venido implicando la incorporación de los jóvenes de sectores y grupos anteriormente excluidos a los medios del saber elaborado transmitido por la escuela, esta expansión ha estado acompañada, igualmente, de problemas específicos del estilo educativo resultante. Por un lado, del deterioro de la calidad de los aprendizajes escolares, lo cual ha repercutido acentuando la acción selectiva de los factores educativos en la distribución social de conocimientos más relevantes. Por otro lado, de una lógica perversa de relación con el desarrollo, la cual viene produciendo fenómenos de alfabetización precaria, sobreoferta educativa, devaluación de la escolaridad y las certificaciones, desempleo y proletarización de jóvenes educados con altas calificaciones formales.

4. La Tensión del Empleo

Este escenario se complica, si se piensa que a pesar del crecimiento económico y su impacto sobre la ampliación del empleo, la estructura ocupacional ha tenido problemas para facilitar la incorporación de los sectores juveniles, creando tensiones incluso en aquellas franjas que han resultado privilegiadas por la expansión educativa. Si bien es necesario tener en cuenta que pareciera estar abriéndose nuevos campos para la inserción de los jóvenes, tal y como son el surgimiento de pequeñas empresas de bienes y servicios, y la recuperación de la actividad agrícola.

Si se considera el dato de la crisis de la sociedad venezolana de los años 80 y la ofensiva de un proyecto neoliberal centrado en la reducción del rol del Estado, es previsible, por ejemplo, una tendencia al desempleo crónico de los jóvenes, un desplazamiento masivo hacia los mercados informales tradicionales y mayores dificultades para ingresar y mantenerse en el mercado moderno. Con ello se debilitarán mucho los efectos integradores, agravándose el impacto heterogenizador de los mecanismos de polarización y exclusión.

5. El Comportamiento Político

En breve, estos hechos pueden repercutir en el comportamiento político de los jóvenes, sobre todo en lo que respecta a la evolución de las prácticas de disenso. Viéndolos en relación con algunos procesos estructurales que acompañan la crisis, es posible pensar que en la medida en que se articulen con estos últimos, las prácticas tendrán rasgos más conflictivos que los actuales.

Si se supone que, por una parte, el cierre de las expectativas y una restricción a las demandas de los jóvenes ya viene ocasionando una reproblematicación de la condición juvenil, y que, por otra parte, esta última ocurre en el interior de fuertes *impasses* en los mecanismos de hegemonía política, acosados por los desgastes en los recursos de legitimidad del Estado y de la "governabilidad" de las instituciones; se puede llegar a considerar que aquella reproblematicación de la condición estará en el centro de los conflictos implicados en la reestructuración del modelo de desarrollo.

¿Hasta dónde llegará? es la pregunta lo que resulta difícil responder. Sin embargo, si se toma en cuenta que los jóvenes han buscado expresar sus protestas dentro de la creciente politización de las relaciones entre la sociedad civil y el Estado, así como el aumento de la presión y de la auto-organización de esta última, puede indicarse que las tensiones de éstos encontrarán canales de asociación y participación en los movimientos ciudadanos, aportándoles a éstos algunos de sus signos culturales, pero manteniendo una cierta autonomía y recuperando formas corporativas ligadas a la defensa de las condiciones materiales de existencia.

En todo caso, el tipo de dilemas planteados alrededor de la crisis y de la revalorización crítica del desarrollo y del Estado, afectan a la sociedad en su conjunto. Ello nos obliga a decir que los conflictos de los jóvenes no serán muy distintos a los de ésta. Más allá de la corporativización de las demandas específicamente juveniles, es posible asumir que forman parte de las encrucijadas abiertas por las crisis, las cuales no son otras que aquellas que tienen que ver con la *necesidad de reestructurar el modelo de desarrollo, modificando las pautas de producción y vida que introdujo la estructura rentista, pero no solamente manteniendo sino revolucionando la calidad de la democracia*. Y en este ámbito, queda cuando menos claro que el modo de vida de los jóvenes venezolanos tiene importantes lugares de desencuentro con las tentaciones autoritarias y tecnocráticas.

6. La Sociedad Dominante y los Jóvenes

A juzgar por las cosas que hemos venido analizando, las reacciones de los jóvenes no serán ni mejores ni peores que las de la sociedad. Mucho dependerán de la manera en que las instituciones resuelvan los *impasses* y respondan a las "necesidades radicales" que forman parte de la cultura de los jóvenes, permitiendo efectuar cambios en los fenómenos perversos de concentración del poder y burocratización de la sociedad.

Frente a ello y a la indiferencia con que la sociedad dominante lo ha encarado, los jóvenes han venido replegando su protagonismo social y privatizando sus conductas. No debe ser descartado *a priori* que si se mantienen los antagonismos entre la sociedad dominante y la sociedad de los jóvenes, aquellas tendencias se refuercen, al mismo tiempo que el desencanto y la sensación de un futuro más incierto.

De manera general, es posible afirmar que la crisis replantea la condición juvenil que acompañó el ascenso del desarrollismo de las décadas anteriores. Sólo que la hace más compleja. A la contradicción del empleo se articulan los problemas de la calidad del trabajo, al cierre del ciclo de expansión de la educación se incorporan los fenómenos de la calidad del trabajo escolar, ya no sólo en términos de la circulación de un saber relevante sino del ejercicio de prácticas menos magistrocéntricas y directivistas; a la supervivencia del lugar de la organización familiar se impone el ajuste de formas y valores menos patriarcales en la unión y en la convivencia de la pareja. Respuestas autoritarias de la sociedad dominante a este tipo de demandas, sin duda pueden revertir en la hegemonía de ideologías escépticas y hasta cínicas y colocar el futuro en el riesgo de la abulia.

BIBLIOGRAFIA

- Acedo, María y Carmen Nones (1967). *La generación venezolana del 28*. Caracas: Ediciones Añel.
- Bell, Daniel (1977). *Las contradicciones culturales del capitalismo*. Madrid: Editorial Alianza.
- Bourdieu y Passeron. *La reproducción escolar*. Barcelona: Editorial Laia.
- Bronfenmajer, Gabriela y otros (1984). "Problemas y alternativas de la educación superior", *Revista Cuadernos del CENDES*. Caracas: Editorial Ateneo, N° 2/3.
- Bronfenmajer, Gabriela y R. Casanova (1983). "Democracia burguesa, universidad liberal y crisis política". En: *Universidad, clases sociales y poder*. Caracas: Editorial Ateneo.
- Bronfenmajer, Gabriela y R. Casanova (1986). *La diferencia escolar*. Caracas: Editorial Kapeluz.
- Brunner, José Joaquín (1985). *Universidad y desarrollo. La sociología de una ilusión moderna*. Ponencia presentada en el seminario sobre la Juventud Universitaria en América Latina y el Caribe, CRESALC-ILDIS, Caracas.
- Brunner, José Joaquín (1986). "El movimiento estudiantil ha muerto. Nacen los movimientos estudiantiles". En: *La juventud universitaria en América Latina*. Caracas: CRESALC-ILDIS.
- Casanova, R. (1985). *Los postgrados en América Latina: Informe sobre el caso Venezuela*. Caracas: CRESALC-CENDES.
- CEPAL (s.f.). *Situación y perspectivas de la juventud en América Latina*.
- CEPAL (1983). *Anuario estadístico de América Latina*. Santiago de Chile: CEPAL.
- CEPAL (1984). *Anuario estadístico de América Latina*. Santiago de Chile: CEPAL.
- CEPAL (1985). *Anuario estadístico de América Latina*. Santiago de Chile: CEPAL.
- Código de menores* (1939).
- Comisión Contra el Uso Indebido de Drogas -CCUID- (1985). *La influencia de la fármaco-dependencia en el ambiente de trabajo. Repercusiones en cuanto al ausentismo laboral, baja productividad y accidentes de trabajo*. Caracas.
- Comisión Presidencial para el Estudio de la Reorganización del Consejo Venezolano del Niño (1976). *Consideraciones acerca de la situación social y la política social actuales*. Caracas.
- Comisión Presidencial para el Estudio de la Reorganización del Consejo Venezolano del Niño (1976a). *Fundamentación de la política y organización administrativa del área infancia y juventud*. Caracas.
- Consejo Venezolano del Niño (1973). *Familia y abandono de menores*. Caracas.
- CORDIPLAN-OCEI (1981). *Informe social*. Caracas: Cordiplan. Tomo I.

- CORDIPLAN-OCEI (1983). *Informe social*. Caracas: Diasper. Tomo II.
- de la Cruz, Rafael (1984). "Origen y auge de los especialistas. La Venezuela semiperiférica". En: *Ciencia académica en la Venezuela*. Caracas: Fondo Editorial Acta Científica Venezolana.
- de la Cruz, Rafael (1985). "Encuentros y desencuentros con la democracia", *Revista Nueva Sociedad*. Caracas: N° 77.
- Donis, Vianney Rada de (1982). *Informe de los resultados del proyecto Ficha-Registro*. Caracas: Comisión Contra el Uso Indebido de Drogas (CCUID).
- El Universal* (1986). "Entre 14 y 15 años se registra el mayor consumo de drogas". *El Universal*. Caracas: 5-3-86, Cuerpo I, p. 28.
- Estatuto de menores* (1948).
- FIPAN (1983). *La acción de la Federación de Instituciones Privadas de Asistencia al Niño*. Ponencia presentada en el Primer Congreso sobre la Juventud Venezolana. Area: Juventud y tiempo libre. Caracas: mimeo.
- Foucault, Michel (1980). *Vigilar y castigar, nacimiento de la prisión*. México: Siglo XXI Editores, 4a. Ed.
- Fundacomún (1978). *Encuesta socio-económica*. Caracas.
- Fundacomún (1978a). *Estudio de 1,842 barrios*. Caracas.
- Gamus, Esther y Lilian Hung (s.f.). *Estrategias sociopolíticas de la educación superior en Venezuela: Un estudio de casos en el sector industrial*. Caracas: CENDES, mimeo.
- Gómez, Luis y Margarita López. (1985). *Hegemonía y crisis: 1958-1982*. Caracas: CENDES, mimeo.
- Grupo Educación (1980). *Alternativas para Caracas 2000*. Caracas: CENDES-CORDIPLAN.
- Grusón, Alberto (1978). *El consumo de drogas entre los estudiantes de la educación media de Venezuela*. Caracas: Comisión Contra el Uso Indebido de Drogas (CCUID).
- Gurrieri, Adolfo y otros (1971). *Estudios sobre la juventud marginal latinoamericana*. México: Siglo XXI Editores.
- Habermas, Jurgen (1981). *Historia y crítica de la opinión pública*. Barcelona: Editorial Gustavo Gilli.
- Habermas, Jurgen (1981a). "La modernidad inconclusa", *Revista Vuelta* México: N° 54, mayo.
- Heller, Agnes (1981). *Para cambiar la vida*. Barcelona: Editorial Grijalbo.
- Herrera Campins, Pablo (1983). *La legislación venezolana de promoción y protección a la infancia, la juventud y la familia*. Ponencia presentada en el Primer Congreso sobre la Juventud Venezolana. Area: Juventud y ordenamiento jurídico. Caracas: mimeo.
- Huggins, Magaly (1986). *La adolescente en situación irregular: una incógnita por develar*. Caracas: Universidad Central de Venezuela, Fac. de Ciencias Penales y Criminológicas, mimeo.

- Hung, L. y N. Toledo (1982). *Cambios en el empleo y en las características educativas de la fuerza de trabajo en las dos últimas décadas*. Caracas: CENDES, mimeo.
- Instituto Nacional del Menor (1979). *Ambito institucional del sector infancia, juventud y familia. Composición estructural*. Caracas: mimeo.
- IPB y Asociados (Ed), (1980). "Situación actual y perspectivas de la problemática inmigratoria". En: *La Venezuela de hoy sus perspectivas sociales*. Caracas.
- Kirsch, Henry (1982). "La participación de la juventud en el desarrollo de América Latina", *Revista de la CEPAL*, Santiago de Chile: CEPAL, N° 18, diciembre.
- Klubitschko, Doris (1984). "El origen social de los estudiantes venezolanos". En: Graciarena y otros, *Universidad y desarrollo*. Caracas: CRESALC.
- Kornblith y Maingón (1985). *Estado y gasto fiscal en Venezuela. 1936-2980*. Caracas: Edic. de la Universidad Central de Venezuela.
- Ley tutelar de menores* (1981). Caracas: Edic. INAM.
- Ley tutelar del menor* (1980).
- Michelena, Silva y Sonntag (1980). *El proceso político*. Caracas: Ed. Ateneo.
- Miguel, Amando de (1979). *Los narcisos*. Barcelona: Ed. Kaidos.
- Miguel, Amando de (1980). *Prometeos y Narcisos*, Jornadas de la Juventud y Nuevos Modelos Culturales. Madrid: Ministerio de la Cultura.
- Milanessi, G. (1985). *Los jóvenes entre la marginación y la lucha por la identidad*. Ponencia presentada en la XV Asamblea General de la FIUC, Santo Domingo, agosto de 1985.
- Ministerio de Educación (s.f.). *Memorias*. Caracas.
- Ministerio de Fomento (1961). *Censo general de población 1961*. Caracas.
- Ministerio de la Juventud. (s.f.). Instituto Nacional del Menor. *La familia de alto riesgo en Venezuela*. Caracas: mimeo.
- Ministerio de la Juventud. (s.f.a). *Programas del Ministerio de la Juventud (versión resumida)*. Caracas: Centro de Información y Documentación del Ministerio de la Juventud, mimeo.
- Ministerio de la Juventud. (1973). *Bases preliminares para una política juvenil*. Caracas.
- Ministerio de la Juventud (1980). *Seminario de evaluación de la situación de la niñez. Análisis de las políticas de atención a la infancia en Venezuela, Documento Base*. Caracas.
- Ministerio de la Juventud. Instituto Nacional del Menor (1980a). *Sistema de acciones interrelacionadas para la atención del menor y la familia (SAI)*. Caracas.
- Ministerio de la Juventud. Departamento de Estadísticas (1982). *Estudios de los menores registrados en Institutos Reeducativos 1980-1981*. Caracas: mimeo.

- Morles, Victor (1981). *La educación de postgrado en el mundo*. Caracas: Ediciones de la Facultad de Humanidades y Educación, Universidad Central de Venezuela.
- Nassif, R. y otros (1985). *El sistema educativo en América Latina. Apéndice estadístico*. Buenos Aires: Editorial Kapelusz.
- OCEI (1971). *Encuesta de hogares por muestreo*. Caracas: julio.
- OCEI (1977). *Encuesta de fecundidad*. Caracas.
- OCEI (1980). *Encuesta de hogares por muestreo*. Caracas.
- OCEI (1981). *Censo nacional de población*. Caracas.
- OCEI (1981a). *Encuesta de hogares por muestreo*. Caracas.
- OCEI (1984). *Indicadores de fuerza de trabajo*. Caracas: 2º semestre.
- OCEI (1984a). *Indicadores de fuerza de trabajo total nacional, primer trimestre 1984*. Caracas.
- Patiño, Magaly (1983). La prevención de la drogadicción y el alcoholismo juveniles. Ponencia presentada en el Primer Congreso sobre la Juventud Venezolana. Area: Juventud salud y profilaxia social. Caracas: mimeo.
- Portantiero, Juan Carlos (1981). *Sociedad civil, Estado, sistema político*. México: FLACSO, mimeo.
- Portantiero, Juan Carlos (1984). "La democratización del Estado", *Revista Pensamiento Iberoamericano*. Madrid: Nº 5-A.
- Rama, Germán, comp. (1980). *Educación y sociedad en América Latina y el Caribe*. Santiago de Chile: UNICEF.
- Rama, Germán (1985). La juventud latinoamericana: Entre la transición estructural y la incertidumbre del futuro. Ponencia presentada en el seminario sobre Juventud Universitaria en América Latina, CRESALC-ILDIS, Caracas, mayo de 1985.
- Rama, Germán y Enzo Faletto (1985). "Sociedades dependientes y crisis en América Latina", *Revista de la CEPAL*. Santiago de Chile: CEPAL, Nº 25.
- Roszak, Theodore (1973). *El nacimiento de una contracultura*. Barcelona: Editorial Kaidos.
- Steger, Hanns-Albert (1977). "Sobre la sociología de los sistemas universitarios del occidente de Europa y de Latinoamérica en los siglos XIX y XX". En: Solari, Aldo (comp), *Poder y desarrollo, América Latina*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Tedesco, Juan Carlos (1985). *Calidad y democracia en la enseñanza superior. Un objetivo posible y necesario*. Ponencia presentada en el seminario "Democracia y educación: Educación, política y democratización del conocimiento en América Latina", FLACSO, Buenos Aires, Argentina.
- Torres, Arístides (1985). "Fe y desencanto democrático en Venezuela", *Revista Nueva Sociedad*. Caracas: Nº 77.
- Tovar, A. y D. Negretti (1985). *Educación superior y empleo en Venezuela*. Ponencia presentada en el seminario "Juventud Universitaria en América Latina", CRESALC-ILDIS, Caracas.

- Valecillos, H. (1984). "La dinámica de la población y el empleo en la Venezuela del siglo XX". En: Piñango, R. y M. Naim (comp.), *El caso Venezuela: una ilusión de armonía*. Caracas: Ediciones IESA.
- V Plan de la Nación, 12976-1980.
- VI Plan de la Nación, 1981-1985.
- Vethencourt, José Luis (1974). "Estructura familiar atípica y el fracaso histórico en Venezuela", *Revista SIC*. Año 37, Nº 362, febrero.
- Weber, Max (1979). *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. México: Premio Editores.



LA CUESTION JUVENIL EN COSTA RICA

Edelberto Torres-Rivas

INTRODUCCION

Como existe poca información cuantitativa sobre la juventud porque los 'cortes' estadísticos realizados no consideran estos tramos de edad, se tiende a realizar generalizaciones en base a una información aproximada. En otros casos, se tienen vivencias de sentido común sobre la condición juvenil y entonces resulta fácil cualquier intento de teorización sobre la misma. En el presente trabajo hemos querido hacer un esfuerzo distinto. Por un lado, buscar la información estadística más desagregada y, por el otro, descansar menos en el saber popular sobre el tema. No obstante, todo resulta más difícil por la casi total ausencia de investigaciones sobre este tema, o sobre algunos aspectos en particular.

Hay un reduccionismo en esta temática: se estudia la juventud estudiantil y aún más, la universitaria porque es más fácil encontrarla. Está en la escuela o en el aula. No sólo esto explica la casi natural inclinación de los estudios sobre este tramo temporal de la vida. Hay que pensar que los estudiantes se convierten pronto en políticos jóvenes y no siempre están dispuestos a recorrer el camino previsto del escalafón burocrático que va del activismo estudiantil a la curul parlamentaria. En otras ocasiones, con jóvenes se alimenta la rebelión popular.

Sin embargo, algunos trabajos se han realizado y el tema de la juventud pareciera ser recurrente, en vista de que, sociológicamente, el llamado "problema juvenil" también lo es. Los problemas empiezan con la definición de lo que es ser joven, sin preguntarse muchas veces cómo y dónde se puede ser. No basta la condición que naturalmente impone la edad. Son también necesarias algunas condiciones históricas y coyunturas particulares que se presentan en la sociedad y que permiten ver mejor de qué juventud se está hablando.¹

1. A finales de los años sesenta, el ILPES con ayuda de UNICEF financió varias investigaciones sobre la incorporación del joven al mercado de trabajo. Se puede consultar sobre este particular el libro de A. Gurrieri y E. Torres-Rivas, *Estudios sobre la juventud marginal latinoamericana*, México: Siglo XXI, 1971.

Resuelto el problema de la definición, como adelante se intenta, queda aún pendiente saber utilizar el conocimiento sobre los problemas demográficos. La cuestión juvenil sólo aparece cuando se redefinen ciertas formas de relación y de solidaridad social. La cohesión familiar siempre compitió con la integración que facilitan la vida en la escuela o el largo tiempo dedicado al grupo barrial, o la pequeña comunidad, o los pares de edad en el momento del largo tiempo libre.

Lo interesante en el caso de Costa Rica es que el problema juvenil sólo cobra relevancia cuando se crea el Ministerio de Cultura, Juventud y Deportes. Es decir, cuando junto a la institucionalización de su problemática, crece su interés por conocerla y estudiarla. Pero sobre todo, cuando se intentan políticas sociales destinadas a favorecerla. No es éste el dilema, como se ve, de que es primero: si el drama juvenil que reclama soluciones o las políticas sociales que constituyen sociológicamente el problema juvenil en Costa Rica.

El desarrollo, desde diferentes ángulos como más adelante se hace, prueba que éste no es un asunto exclusivamente demográfico. Sucede que algunos nudos críticos del crecimiento económica tienen que ver con la juventud, como por ejemplo, cuando llegado a cierta edad, el joven tiene que trabajar (simplemente a veces, dejar de estudiar). Con el advenimiento de la crisis económica, hay síntomas de exasperación o desesperanza en la juventud de este país. La afectan particularmente por su condición etaria en la estructura de oportunidades, por su extrema sensibilidad en el cambiante complejo de influencias culturales. En un trabajo muchas veces recordado el maestro José Medina Echavarría escribió que la juventud latinoamericana podría ser calificada de "perpleja" (J. Medina Echavarría, 1964: 45), aludiendo con ello a los elementos de incertidumbre, vacilación y duda, o a los aspectos de ansiedad resultado de un rechazo juvenil del modelo de vida existente, y de su propia inseguridad por el que se puede construir.

La crisis actual, multiforme, posiblemente ha agregado factores para la incertidumbre juvenil y ha hecho que aumenten y cambien los lugares donde la perplejidad se produce. El colapso de la economía no sólo es un fenómeno costarricense sino latinoamericano. Las agudas expresiones de lucha política violenta no son costarricenses pero si centroamericanas. Este conjunto de factores constituyen referencias inevitables en el análisis del problema juvenil. Ya hemos reconocido la carencia casi total de estudios, relativos a la juventud costarricense. En consecuencia, lo que sigue, son consideraciones generales que permiten iniciar la discusión de algunos elementos básicos útiles para caracterizar en el momento actual a la juventud costarricense. La información aquí proporcionada y las interpretaciones propuestas no agotan, ni mucho menos, el examen de una problemática tan compleja. Este trabajo tiene que ser tomado como una aproximación inicial, como el punto de partida para futuras investigaciones, comprensivas, profundas, sobre este importante aspecto de la vida social.

La posibilidad de diversos enfoques sobre la juventud vuelve difícil su definición como objeto de estudio. Una, inevitable, es de naturaleza demográfico-técnica. Por razones del material seleccionado y de que este

trabajo formó parte de un conjunto de estudios similares hechos en otros países de América Latina, salvo indicación en contrario, joven es aquella persona comprendida entre los 15 y los 24 años de edad. Hay también una definición culturalista, que entiende a la juventud como un fenómeno estructural que afecta a unos grupos de edad de la estructura social inmersos en procesos de formación psico-biológicos y culturales, que se suceden en el período que está entre el fin del período de socialización en el seno de la familia y en el inicio del que corresponde al ingreso en el mundo del trabajo o mundo adulto.

Estos procesos tienen mayor o menor duración en diferentes tipos de sociedad y en su interior, en diferentes clases o estratos sociales, en el medio rural o el urbano, etc. El período vital llamado *juventud* independientemente de sus determinantes psicobiológicos comunes, formas y contenidos socioculturales específicos y diferenciadores según la ubicación en la estructura social. No es lo mismo ser joven campesino que estudiante. De hecho, los períodos tienden a acortarse en el ambiente rural o entre grupos de bajos ingresos, donde los factores de expulsión familiar y de demanda de trabajo inciden en la adaptación/reacción a las esferas del mundo adulto.

El punto de partida ha sido señalar que la sociedad costarricense ha experimentado en los últimos veinte años, pero más aceleradamente en los que van de la presente década, una serie de transformaciones que en mayor o menor medida, afectan a su población joven. Es posible constatar, entre ellos, una amplia expansión del sistema educativo. El número de establecimientos y la cobertura estudiantil han aumentando. Pero también ha aumentado preocupantemente la tasa de deserción escolar.

También es verificable el aumento, absoluto y relativo, de la población urbana del país, y dentro de ella, la presencia cada vez más importante (cuantitativa y cualitativa) del sector joven. Paralelo a ello, hay una restricción de las oportunidades de empleo y un deterioro de los factores de lo que se ha dado en llamar "la calidad de la vida" (vivienda, algunos servicios públicos, medio ambiente, etc.).

Por último, es conveniente señalar que el medio social, cultural y político ha experimentado transformaciones tales, que la sociedad costarricense se ha convertido, *ceteris paribus*, en una sociedad masificada, de consumo orientado por la manipulación de los medios de comunicación y no por los criterios más tradicionales del buen gusto individual y selectivo, en una cultura política cada vez más despolitizada y al mismo tiempo, intolerante y sesgada. Tal vez habría que decir, que el conflicto político que se desarrolla en Centroamérica y la guerra civil en Nicaragua, ya son una realidad presente y está próxima a extenderse, e influyen en la opinión pública de una manera que refuerza los contenidos chauvinistas, racistas y conservadores latentes en la población.

La nueva generación de costarricenses está siendo formada además en el clima de incertidumbre que provoca la crisis, en las dificultades derivadas del estancamiento económico y sus efectos en el plano social y cultural.

La exposición de la temática ha sido preparada siguiendo un orden convencional. *Primero* se esboza un marco general acerca de la sociedad costarricense; *segundo*, se señalan algunos aspectos demográficos de relevancia, intentando precisar cuestiones relativas a la población joven; *tercero*, se tocan algunas cuestiones relativas a la juventud y el mundo del trabajo. *cuarto*, se apuntan algunos aspectos acerca de la problemática educativa para, *quinto*, señalar con brevedad algunos elementos de "lo político", tal como hemos insinuado párrafos arriba.

La intención ha sido siempre más descriptiva que analítica, lo que obliga a trabajar de inmediato y a profundidad los elementos aquí destacados, y muchos más, del universo joven costarricense.

I. EL ESCENARIO SOCIAL DEL JOVEN

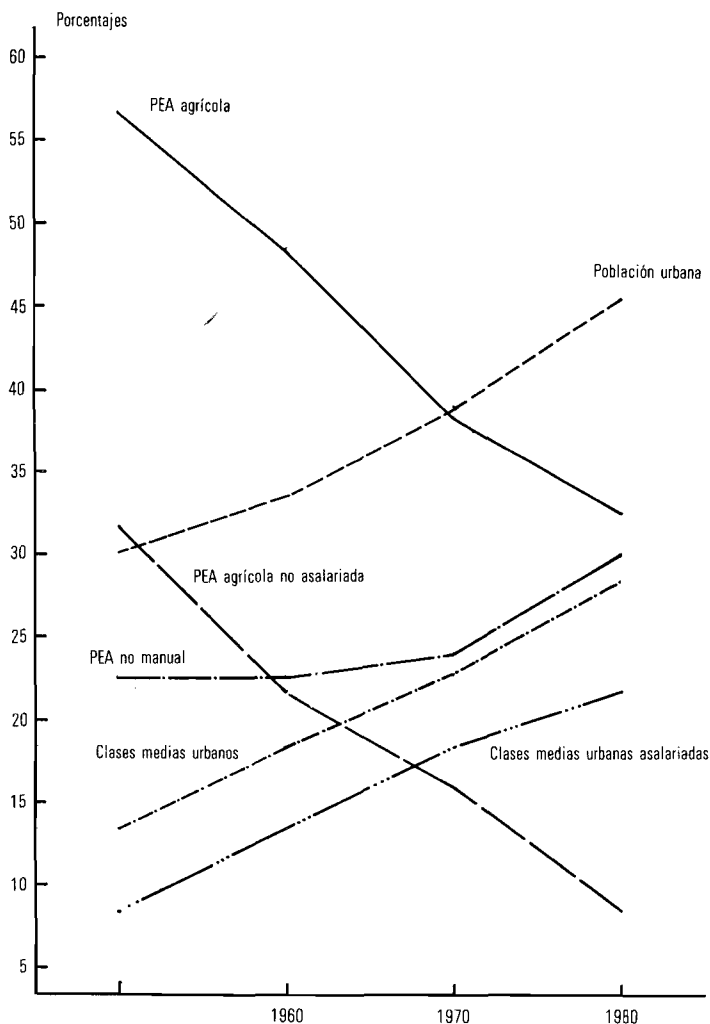
Las respuestas básicas frente al futuro del país y en relación al horizonte próximo en que habrán de moverse las nuevas generaciones de costarricenses, tienen como punto de partida el tipo de sociedad actual y las modificaciones que está experimentando. Es importante señalar, en relación a este tema, que Costa Rica es en muchos aspectos una sociedad distinta a las del resto de Centroamérica, no tanto por el paisaje físico sino en la diversa tradición cultural, política y social. Tiene como muchos países de la región una economía subdesarrollada, agrícola, abierta, con gran dependencia externa pero, en cambio, existe una larga tradición de gobiernos civiles electos, con una notable preocupación por vigilar los efectos sociales del crecimiento económico. Quizá lo que más debería subrayarse en esta oportunidad es la naturaleza de las políticas estatales aplicadas para atenuar o disimular las diferencias sociales. Esto es más evidente, por su persistencia y calidad, desde la década de los cincuenta de este siglo.

La sociedad costarricense es más homogénea desde el punto de vista racial y cultural y por lo tanto las estratificaciones que en otros contextos dividen a la población en base a tales diferencias, aquí están relativamente disminuidas. Establecidas las diferencias de clase, inherentes al tipo de sociedad con una economía de mercado, habría que señalar que en Costa Rica los signos sociales externos que van de la mano con la concentración de la riqueza no aparecen de manera tan visible y golpeante, así como también llama la atención la manera como esta sociedad ha logrado ocultar o disimular los estados graves de pobreza. En todo caso, por comparación con sociedades vecinas, ésta es una sociedad en la que las distancias sociales entre clases y grupos, parece ser menor, ser menos visible o haber sido menos importante.

Una primera observación en torno a la estructura social -con apoyo empírico y especialmente en base a la gráfica 1- es que *la imagen de una sociedad campesina no corresponde ya a la realidad* del país. Ahora es sólo un recuerdo la referencia a la existencia generalizada de campesinos minifundistas. La tendencia en las dos últimas generaciones evidencia la disminución creciente de la población que vive en el campo y, en su interior, tanto del campesino que cultiva directamente su parcela y vive de ella (que

sería, en tal caso un campesino típico), como también el que trabaja la tierra pero percibe un salario (que sería un trabajador agrícola, estacional o permanente).

Gráfico 1
Tendencias en la Estratificación Social de Costa Rica
1950 - 1980



Fuente: Franco, R y A. León (1984).

Por las dimensiones físicas del espacio ocupado y, sin duda, por las políticas sociales de tan hondo arraigo nacional en el contexto de la sociedad costarricense, las diferencias rural-urbanas son relativamente menores que en otros medios agrarios. En más de un ensayo conceptual, la población se considera urbana porque disfruta del mínimo de servicios públicos y de oferta de bienes propios de una ciudad. Esto es importante como cultura vivida, como entorno social que califica actitudes y conductas y que por lo tanto, diferencia y estratifica. Sin embargo, aunque existe una distancia sociocultural entre lo rural y lo urbano en Costa Rica, ella ha disminuido notablemente en los últimos treinta años porque las vías de comunicación (carreteras y caminos vecinales) y los medios masivos de información (prensa, radio y especialmente televisión) han terminado definitivamente con el aislamiento rural y han convertido, de hecho, el espacio habitado en un mercado unificado, en lo que podría llamarse una sociedad de consumo generalizado. Sin embargo, una tercera razón es fundamental y se refiere a los efectos de la política estatal en su propósito de generalizar los servicios y de hacer llegar el Estado a todos los rincones de la nación.

Como se trata de una tendencia que redefine el ámbito de la existencia social de clases y estratos en la sociedad costarricense, se puede decir sin violentar estas reflexiones, que la juventud costarricense es hoy día más urbana en el sentido que tiene a su disposición una oferta más abundante, más moderna y un mejor conocimiento de las oportunidades y los mecanismos que la vuelven posible. Con esto no se afirma que tiendan a borrarse radicalmente las diferencias entre el campo y la ciudad pero si a volver distintos los criterios que hacen de un joven, un joven rural o un muchacho urbano. La “desruralización” de la población joven no se debe, en consecuencia, al bien conocido movimiento poblacional en virtud del cual los viejos tienden a quedarse en sus lugares de nacimiento o trabajo y los jóvenes a migrar a la ciudad. En este caso, se trata más que de movilidad social individual, lo que Germani llamó en su oportunidad, una movilidad estructural. Es decir, el cambio de estructuras enteras a lo largo de períodos de tiempo menores y que por ello se pueden vivir y experimentar con el paso de una generación.

Pero sin duda es más importante señalar los cambios en la composición de los estratos llamados intermedios, cuyo crecimiento es sostenido desde 1950 y acentuado en algunos períodos. Lentamente aumentó el número de “clases medias” asalariadas y urbanas, pero aún más fuerte fue la tendencia de la Población Económicamente Activa no manual, cuyos niveles de ingreso son múltiples pero que dependen del ejercicio de una actividad profesional. Este “engrosamiento” de los sectores sociales intermedios es notable sobre todo porque está acompañado de tasas altas de urbanización y aún más altas de ingreso a la educación universitaria (ver más adelante), lo cual hace suponer que en Costa Rica se ha operado un resultado similar al que se observa en sociedades relativamente más desarrolladas, como algunas de la América del Sur.

Las observaciones anteriores tienen que ver también con el aumento en

la calificación del trabajo, la expansión y modificaciones en la composición del empleo, mas que un aumento de la burocracia estatal, en la del sector privado. Y obviamente, el incremento en el ingreso *per cápita*, que está asociado al crecimiento económico sostenido que vivió el país durante más de dos décadas. En consecuencia, la imagen de Costa Rica como una sociedad campesina, ya mencionada debe ser sustituida por la de una cuyas clases medias han ido en aumento, sin que sea posible la cuantificación exacta de este fenómeno. Basta, sin embargo, con observar las tendencias del Gráfico 1 para advertir que algo sucede en la dirección señalada.

La diferencia entre clases medias urbanas (término más genérico) y asalariados, reside en que las primeras incluyen a los que practican una profesión liberal y viven, en consecuencia, no de un salario sino de un ingreso (sea ganancia, renta u "honorarios" por venta de servicios, como los médicos, abogados, ingenieros y otros técnicos independientes). En sociedades como la costarricense estos grupos sociales son importantes. No forman la mayoría estadística de la población, pero forman la "opinión pública" del país. No deciden una votación pero llenan las salas de cine, los restaurantes, la universidad. Son los que compran libros, revistas y diarios. Viajan al exterior y llenan con sus automóviles las calles de la ciudad. De allí la importancia de este sector. Y nos hemos detenido en él en estas referencias porque uno de los tantos mitos sobre la democracia de Costa Rica se hace descansar en la existencia de este sector. Afirman algunos analistas que las clases medias desempeñan un papel importante en el mantenimiento de la estabilidad política del país, por sus tendencias al compromiso, a la búsqueda del término medio, a su desinterés por el enfrentamiento radical. La historia de los últimos años desmiente este veredicto. Se trata de un sofisma histórico. Las clases medias radicalizadas a la derecha fueron el mayor apoyo social a Pinochet. También lo fueron en el ascenso de los fascismos europeos. Todo proceso de cambio que rebaje sus expectativas, ya que no sus ingresos, termina con las veleidades democráticas de estos sectores, que tienden por lo demás, a dividirse políticamente en situaciones altamente polarizadas. En todo caso, según nuestra opinión, la base social una democracia como la costarricense es un acuerdo de colaboraciones -de hecho, casi nunca explícito- en el que participan las clases dominadas y especialmente la clase obrera. El grado de organización e independencia del movimiento sindical, por ejemplo, es bajísimo en este país. Esta es una condición olvidada que nutre la paz social y en consecuencia, la naturaleza de esta democracia. Obviamente son decisivas la tradición democrática y una extendida cultura política de tolerancia, la existencia de instituciones políticas sólidas por lo estables, la ausencia de grupos de presión cuyos privilegios sean indiscutidos, etc.

Es en el interior de estos últimos (obreros, subempleados, desocupados urbanos y otros) y del campesinado, donde habita la pobreza. *Ella no llegó con la crisis, pero se ha ampliado significativamente*, tal como lo muestran los cuadros 1 y 2. Los datos de concentración del ingreso en los sectores de la cúspide social no están disponibles. Son, por lo general, manejados confidencialmente. Sin embargo, se puede tentativamente sugerir que la riqueza social tiende a distribuirse desigualmente, y Costa Rica no tiene por

que ser una excepción. Se ha comprobado la indeclinable tendencia a la concentración de la tierra, y por éste y otros indicadores similares, puede deducirse el grado de desigualdad creciente y la amplitud de la brecha social. Los indicadores de empobrecimiento que se incluyen (Véase cuadro 1) son a su vez, altamente significativos de cuanto se dice.

La cuestión básica, entonces, gira en torno a si la dimensión de la pobreza aumentará; si su disminución dependerá de algún tipo de política pública o resulta ser expresión maligna y no prevista de la crisis económica internacional. Gira también sobre sus efectos en el plano político, donde tarde o temprano la pobreza y las injusticias se manifiestan, y gira en torno a la problemática específica de la "cuestión juvenil" que está en el centro de todas éstas y otras tendencias de cambio.

Cuadro 1
Indicadores de Empobrecimiento
(1978=100)

	1979	1982
Importación de bienes de consumo por habitante	100.7	35.2
Salario real promedio		
Sector privado	108.5	68.5
Sector público	105.0	62.7
Tasa de desempleo abierto		
urbano	101.8	187.5
rural	116.7	230.6
Consumo per cápita de		
leche	99.1	89.9
gasolina	91.9	63.2
cemento	107.6	61.3
Canastas básicas adquiribles con el salario promedio	2.4	1.1

Fuente: Céspedes, Victor Hugo *et al* (1983).

Cuadro 2
Distribucion del Ingreso

	1971	1980
Coefficiente de Gini	0.5	0.4 4
Familias en estado de pobreza		
% extremadamente pobre	6.5	13.6
% no satisface necesidades basicas	18.6	11.2
% ingresos bajos (no satisface necesidades de consumo)	42.0	58.0
Concentración de la propiedad de la tierra en fincas grandes		
% fincas	6.5	7.3
% tierra cultivable	62.4	67.0

Fuente: Elaborado con base en Franco, L y A. León (1983) y Vega Carballo, J.L.

En buena medida, la respuesta puede darla el crecimiento económico y sus efectos. El sistema productivo costarricense forma parte de un sistema internacional, que también está en crisis. *Esta es una crisis de alternativas.* ¿Habrá de continuar la especialización agrícola -café, banano- con la que se fundó la nación? ¿O es posible el crecimiento industrial ahora orientado a las exportaciones y no al mercado interno? Durante la vigencia del mercado común esto se realizó en el seno de una gran protección aduanera, en la que el Estado y la sociedad perdieron ingresos en beneficio indirecto de esta última: creció el empleo, se amplió el ingreso, nuevas tecnologías fueron utilizadas y, en general, se modernizó el consumo. Mejoró sustantivamente el nivel de vida. Pero la crisis actual no solo rompió ese "modelo", basado en la dinámica de la demanda externa (la agricultura de exportación que proveía divisas) y en el consumo de los estratos altos, sino que hoy día es virtualmente imposible el restablecimiento de tales condiciones. Hay una necesidad desesperada de encontrar alternativas.

Habría que poner en duda, como buen método de análisis, todo cuanto ha sucedido y las fórmulas de solución que se proponen. La sustitución de importaciones está siendo agudamente criticada, pero también la tesis tradicional de que Costa Rica es un país agrario. Los productos primarios han disminuido su importancia en el total del comercio mundial, y es declinante la importancia relativa del café. Se han aplicado algunas políticas de buscar exportaciones agrícolas no tradicionales, así como productos industriales. Afirmamos que se trata de soluciones coyunturales, de corto plazo y que no corresponden ni a las posibilidades nacionales ni a la dinámica real del nuevo mercado internacional.

El dilema del crecimiento económico de sociedades como Costa Rica -y por lo tanto el destino de la población y de la juventud en particular- es que, por una parte, los productos agrícolas tradicionales han agotado ya los mercados externos. Y la manufactura industrial, por la otra, necesita ser altamente competitiva en los mercados internacionales. Se requiere tecnología, capital y mano de obra especializada. Es difícil imitar el destino de los países del sudeste asiático como Hong Kong, Formosa, Sudcorea, Singapur.

Obviamente, las respuestas no son fáciles, y no podrán encontrar una política exitosa inmediata. Corresponderá tal vez a la nueva generación de costarricenses encontrar la salida acerca de estos dilemas, que es un poco razonar sobre sí mismo y sobre el futuro inmediato. En ese orden de ideas, intentaremos retomar y profundizar algunas de la cuestiones arriba señaladas, a manera de aclarar en mejor forma el contexto general dentro del que se desarrolla la cuestión juvenil.

A principios de la presente década, ya se dijo, Costa Rica comenzó a experimentar una de las crisis económico/sociales más profundas de su historia. Esto ha provocado alteraciones de diferente grado de profundidad y duración en los actores y procesos sociales del país, los jóvenes entre ellos.

Los indicadores más frecuentemente utilizados para caracterizar la crisis, algunos de los cuales se incluyen en estas reflexiones, dan cuenta no

Cuadro 3
Costa Rica: Cambios Significativos en las
Tendencias Económicas y Sociales

	1960-70	1970-81
1. Indicadores básicos y de producción		
Crecimiento PIB	6.5	5.2
Agricultura	5.7	2.2
Industria	9.4	7.4
Servicio	5.7	5.2
Estructura de la producción		
Agricultura % PIB	26.0	23.0
% PEA	51.0	29.0
Industria % PIB	20.0	28.0
% PEA	19.0	23.0
Servicios % PIB	30.0	48.0
Crecimiento del consumo		
Consumo público	8.0	5.9
Consumo privado	6.0	4.2
Crecimiento de la Inversión		
Inversión interna bruta	7.1	6.7
Exportaciones		
Crecimiento	9.5	4.0
Estructura		
Prod. Primarios	95.0	66.0
Manufacturas	5.0	30.0
Destino		
Países industriales	93.0	62.0
Países en desarrollo	7.0	36.0
solo manufacturas	22.0	85.0
Importaciones		
Crecimiento	10.0	2.2
Estructura		
Alimentos	13.0	9.0
Combustibles	6.0	15.0
Manufacturas	49.0	48.0
Inflación	1.9	15.9
Relación de términos de intercambio (1975=100)	125.0	87.0
2. Endeudamiento público		
	1970	1981
Deuda Pública externa		
Monto Deuda Pendiente y Desembolsada (Millones US\$)	134	2,246
Como % del PNB	13.8	92.6
Intereses (Millones US\$)	7	111
Servicio de la deuda		
Como % del PNB	2.9	7.8
Como % de las exportaciones	10.0	15.3
Condiciones de los empréstitos		
Tipo de interes medio %	5.6	14.2
Vencimiento medio años	28	6
Periodo de gracia años	6	2

3. Sector público

Gastos per cápita Gob. Central:

en defensa	5	7
como % del PNB	0.5	0.7
en educación	48	71
en salud	6	15

Sector público en relación al PIB

PIB generado sector público	14.9	23.9
Ingresos tributarios	9.9	11.2
Déficit financiero	0.9	8.9
Gastos totales	13.1	21.5

Fuente: Elaborado con base en Banco Mundial (1983) y Céspedes, Victor Hugo *et al* (1983).

sólo de su magnitud, sino permiten señalar que se han desatado una serie de efectos y procesos que -al menos en el corto plazo- son difíciles de corregir o controlar. Que en el actual momento algunos indicadores económicos parezcan recuperarse lentamente, obedece mas al flujo de préstamos y donaciones del exterior o a momentos pasajeros en los precios de las materias primas agrícolas, que a una real recuperación del aparato productivo nacional e internacional. La crisis sigue. Se produjo por el impacto de desequilibrios externos sobre la economía local, en un momento en que el "estilo de desarrollo" costarricense parecía haberse agotado, sin que cristalizara en las previsiones teóricas o en la práctica social un estilo alternativo como respuesta a los requerimientos del momento. Hay una búsqueda frente a todo esto, pero en sociedades dependientes la última palabra no depende de nosotros.

El desarrollo de Costa Rica, como el del resto de América Latina desde la postguerra, estuvo influido por una política que se basaba en: a) la implantación de un sector industrial que absorbiera parte de la mano de obra rural, redundante o subocupada; b) la modernización y tecnificación de la producción agrícola, para mejorar el ingreso y las condiciones de vida material de la población; c) capital extranjero como complemento del ahorro interno y vehículo de transferencia de tecnología y para mejorar la capacidad de importar; d) el papel del Estado como agente primordial de la gestión económica en su conjunto: para sostener una política proteccionista industrial y complementaria (incluso mediante el desarrollo de empresas públicas), a un sector privado que no reunía el vigor suficiente para hacerse cargo de algunas tareas productivas.

Para el conjunto de América Latina -y por ello, también para Costa Rica- este modelo entró en crisis a comienzos de esta década. Las causas externas fueron las desencadenantes, pero removieron factores internos, que hoy exhiben las mayores debilidades. La crisis, como se ha dicho hasta el cansancio, es también una crisis de ideas sobre la misma. Falló la economía

y fallaron las interpretaciones sobre su funcionamiento. Por ello, la previsibilidad del futuro exige una gran imaginación, bases rigurosas de análisis, ausencia de prejuicios ideológicos. Sólo la juventud puede tener una mente abierta frente al cambio, porque es a ella a quien le tocará dirigir esta sociedad.

II. LA JUVENTUD Y LAS TENDENCIAS DEMOGRÁFICAS

Una primera y necesaria aproximación para el análisis de la posición de la juventud en la sociedad costarricense es el relativo a su dimensión cuantitativa, como fenómeno demográfico en el conjunto de la población. Definido el tramo de edad como aquel comprendido entre los 15 y los 24 años, en la sociedad costarricense se detectan diversos movimientos poblacionales que tienen que ver, por un lado, con los que son propios de sociedades agrarias, marcadas por el peso de la cultura tradicional, la secularización tardía; y por el otro, con las tendencias a la modernización y al cambio inducidos por las políticas del Estado por el llamado "efecto de demostración" en ciertas pautas de comportamiento cultural, especialmente en sectores sociales de mediano y alto ingreso.

Conviene recordar aquí que en la experiencia costarricense, la aplicación de políticas de control y racionalización de la natalidad tuvieron éxito desde finales de la década de los sesenta, a tal punto que el crecimiento demográfico logró disminuir sensiblemente, sobre todo si hacemos la comparación con otras sociedades de similar estructura económica y poblacional. Pero aunque la tasa de crecimiento humano ha mostrado tendencias a disminuir, se ha producido un rejuvenecimiento de la población, si se comparan cifras correspondientes a 1960 y 1980. En efecto, sobre una población total de 1.236 mil habitantes, 213 mil de ellos tenían la edad correspondiente al tramo de 15 a 24 años en la primera de las fechas indicadas. En cambio, en 1980, la población era de 2.278 mil habitantes y 510 mil jóvenes pertenecían al mismo grupo de edad. Es decir en veinte años, el porcentaje juvenil pasó del 17 al 22 por ciento del total de la población. (CEPAL, 1985)

Es discutible en términos no solamente demográficos sino de política social y de crecimiento económico, esta tendencia al aumento de la población joven, que se caracteriza como una "recuperación demográfica" y que constituye por ello un elemento esperanzador. En términos relativos, la sociedad costarricense vio aumentar su población joven en más de un 5% en 2 décadas, lo que puede compararse con la tasa promedio de crecimiento anual de la población joven que es del 4.4 por ciento y con ello es significativamente más alta que la tasa general del crecimiento poblacional, que es de un 2.9 por ciento en ese período. Esta "redistribución" de la estructura de edades es nueva en el país, pues anteriormente las tasas de morbilidad infantil compensaban el alto crecimiento de los nacimientos en relación a la población total.

Cuadro 4
Poblacion Total por Años Calendario según Sexo (1980-2000)

Años	Hombres	Mujeres	Total
1980	1.151.115	1.127.391	2.278.506
1981	1.183.202	1.158.766	2.341.968
1982	1.215.198	1.190.383	2.405.581
1983	1.247.283	1.222.279	2.469.563
1984	1.279.637	1.254.494	2.534.130
1985	1.312.438	1.287.065	2.599.503
1986	1.345.852	1.320.148	2.666.000
1990	1.481.966	1.455.017	2.936.983
1995	1.649.397	1.621.568	3.270.965
2000	1.811.836	1.784.111	3.595.947

Fuente: CELADE (1983).

Cuadro 5
Costa Rica: Presentación Semitabular de Datos Complementarios

a. Población de 15 a 24 años, en miles y porcentajes

Año	Miles	%
1960	213.9	17.3
1980	509.3	23.0
2000	598.9	17.7

b. Porcentaje de población urbana total, y de población urbana de 15 a 24 años

Año	Total	Joven
1970	38.8	42.1
1980	45.7	48.3
2000	59.4	61.2

c. Importancia relativa de la población de 15 a 24 años en la P.E.A. según área urbana o rural

Año	Urbana	Rural
1970	30.1	34.7
1980	31.7	35.4
2000	22.4	24.1

d. P.E.A. de 10 años a 24, según área urbana o rural, Porcentajes

Años	Urbana	Rural
1970	36.2	63.8
1980	44.4	55.6
2000	60.8	39.2

Fuente: Elaborado con base en publicaciones de CELADE, diversas fechas.

Cuadro 6
Tendencias Demográficas y de Condiciones de Salud y Educación

	1960-70	1970-81
Crecimiento de la población	3.4	2.8
de la fuerza de trabajo	3.5	3.9
de la población urbana	4.2	3.6
% población urbana	37.0	44.0
Esperanza de vida al nacer	62	73
Tasa de mortalidad (niños menores de 1 año)	83	27
Número de habitantes por médico	2700	1470
Alumnos matriculados como % del grupo de edades		
Primaria	96.0	108.0
Secundaria	21.0	48.0
Superior	20.0	24.0

Fuente: Banco Mundial (1983).

Dijimos anteriormente que es objeto de discusión esta tendencia al rejuvenecimiento poblacional, porque por las condiciones económicas y laborales que actualmente imperan, el efecto final es agudamente ambivalente. Mientras no exista una situación laboral más segura y confiable, las expectativas de la juventud por acceder a la educación o ingresar efectivamente al mercado de trabajo se verán frustradas o seriamente lastimadas. Los bloqueos actualmente existentes, que no sólo se refieren a la crisis económica prolongada desde 1979-80 sino a tendencias más profundas de la estructura, producen una situación de desesperanza manifestada de diversas maneras y a las que nos referimos más adelante.

De todas maneras, aunque nunca existe un ajuste ideal entre las expectativas sociales que se generan en períodos de expansión económica (y que se originan además en la copia de modelos de países más desarrollados) y las situaciones laborales o educativas del período de crisis, la mayor distancia surgida en los últimos años conforman rápidamente en Costa Rica desconcierto y desorientación. El aumento de jóvenes en la estructura de la población -no obstante lo anterior- puede constituir también un rasgo eventualmente positivo, por las mayores posibilidades de creatividad, innovación, o adaptación a las nuevas condiciones del desarrollo que tienen los jóvenes y que ya no acompañan a la edad adulta. La rapidez del cambio tecnológico, que es el signo de nuestro tiempo, requiere sangre joven y voluntades dispuestas a la renovación constante. Todo esto es posible y deseable en condiciones de crecimiento económico sostenido y de reiteradas experiencias democráticas.

Las proyecciones que ha hecho el Centro Latinoamericano de Demografía para finales de este siglo (Véase cuadro 4), indican que habrá para el año 2000 un total de 598 mil jóvenes (en la hipótesis más plausible) en Costa Rica, lo que significa un 17 por ciento sobre el total de la población del país. Este dato revela, a contrapelo de la tendencia anteriormente

descrita, un movimiento parecido al que aqueja a las sociedades más desarrolladas, en donde el movimiento lento pero inevitable hacia el envejecimiento de la población las califica como *culturas maduras*. De verificarse esta tendencia, que implica una tasa de crecimiento demográfico reducida al 0.8 por ciento (período 1981-2000) la sociedad costarricense enfrentará otro tipo de problemas que ahora no es posible detallar (CELADE, 1983).

Otro rasgo demográfico importante, señalado anteriormente con ocasión del examen de la estructura social del país, es el relativo a la concentración espacial de la juventud y de la población en general. Costa Rica, tanto como Argentina, Chile y Uruguay, ha sido considerada como un país de "urbanización temprana", baja tasa de fecundidad y alta esperanza de vida, al contrario de cuanto sucede en el resto de Centroamérica y otros países de América Latina. En 1980 la población urbana era del 15.7 por ciento del total del país. Tal como es previsible, el aumento del peso relativo de la población urbana constituye un rasgo cada vez más importante. Una investigación realizada en la Universidad de Costa Rica (O. Calvo, 1983), establece comparaciones entre los años 1973 y 1982, es decir una década en la que el crecimiento económico dió base para la expansión educacional y de los servicios y, al mismo tiempo, en que se presentaron los efectos más agudos de la crisis económica. Según este estudio, en 1973 la población urbana era de 47.4 por ciento. Lo interesante a señalar, con base en unas y otras fuentes, es que el aumento de la población urbana obedece al crecimiento de tres ciudades -las más importantes del país- de la llamada Meseta Central, que tradicionalmente ha sido considerada como una red urbana estrechamente conectada entre sí, en una tendencia a la metropolización de San José.

No hay duda, sin embargo, que pese a este movimiento, el campo se mantenga aún hoy día como el destino forzoso de una parte del llamado "ejército industrial de reserva", especialmente de población más adulta, pues es evidente que las transformaciones tecnológicas en general, la modernización de la agricultura y el fuerte atractivo que ejerce la vida social y cultural del Valle Central en Costa Rica, han determinado en esta zona la máxima concentración de la población joven. En 1980, el porcentaje de población urbana comprendida en el tramo etario ya indicado (15 a 24 años) era del 48.3% y de acuerdo a estimaciones o proyecciones realistas, esta cifra aumentará hasta el 61.2 por ciento en el año 2000. Como ese mismo año se considera que la población urbana total del país será del 59.4 por ciento, se confirma la apreciación anterior en el sentido de una inevitable tendencia a la urbanización de los grupos juveniles o dicho de otra manera, al rejuvenecimiento de la población urbana. Conviene señalar, una vez más, la ausencia de investigaciones particulares sobre este tema. Es importante saber lo que significa una tendencia tal en una época caracterizada por la generalización acelerada de modelos culturales y pautas de comportamiento que son decididamente más urbanos y con ello, más universales. Como es sabido, todo proceso de modernización y cambio es contradictorio por sus ritmos y objetivos, pero ello no evita las modificaciones en las formas tradicionales de vida, así como el esfuerzo realizado por el conjunto de la

sociedad costarricense para mejorar el equipamiento y dotación de servicios diversos.

En relación a lo anterior, tampoco existe información confiable sobre las condiciones materiales de vida de la población joven. O acerca del tema hoy día tan decisivo como resulta ser el examen del mejoramiento o deterioro de la calidad de vida de la población en general y de la manera como resulta afectada la población joven.

También es prudente hacer un rápido examen de las condiciones sociales de existencia de la población en general y de los jóvenes en particular. Todo cuanto pueda decirse sobre los grupos jóvenes es necesariamente un ejercicio deductivo, si se recuerda el peso relativo de estos sectores en el conjunto de la población y al mismo tiempo la falta de datos desagregados. Por ejemplo es importante mencionar lo relativo a la salud, área en la que especialmente se han obtenido importantes avances en el país, al punto de haberse alterado radicalmente la patología característica del subdesarrollo.

La aplicación de políticas estatales de salud de carácter integral, permitieron que Costa Rica alcanzara la mayor parte de las metas trazadas por la Organización Panamericana de la Salud para finales del siglo² y que en esencia significan una prolongación en la expectativa de vida de la población promedio. La mortalidad (y sus causas) está relacionada con la población joven en el sentido de que la principal causa de muerte, cuando ésta es la situación etaria, se debe a enfermedades infecciosas. Pero cuando la población comienza a envejecer, las causas de origen infeccioso van siendo desplazadas por las que se originan en el deterioro del organismo físico y otras causas asociadas al fenómeno genérico del aumento de edad. Todo lo anterior debe ser considerado en la óptica de los niveles socioeconómicos que determinan la estratificación social de la población en cuanto a mayor o menor disponibilidad de los recursos para la salud. La morbilidad es mayor, por ello, en los estratos de más bajo ingreso y constituye uno de los rasgos definitorios de la condición de pobreza.

La disponibilidad de alimentos como es sabido no está determinada solamente por la estructura agraria y la división social del trabajo en el campo (las parcelas menores producen los llamados "bienes-salario") que condicionan parcialmente la oferta, sino por la política de importaciones y exportaciones, por el tipo de mercadeo, etc. Lo más importante, sin embargo, en el acceso a la alimentación es la capacidad de compra de la población, en donde el ingreso juega un papel decisivo. En la experiencia de Costa Rica son importantes como complemento del ingreso, los programas estatales que tienen que ver con la apreciable mejoría de la situación alimentaria de la población en los últimos doce años. Aunque estos

2. Esta y otras informaciones que se dan a continuación, aparecen en diversas publicaciones del Ministerio de Salud Pública, pero en especial en OFIPLAN, *La dimensión de la pobreza*. San José, 1981 y Ministerio de Planificación Nacional y Política Económica, *El deterioro de la condición social de los costarricenses*.

programas benefician especialmente a la niñez, y de ella, sólo ciertos segmentos, esto tiene efectos en la salud y bienestar de la población joven.

Según la Canasta Básica elaborada por el Instituto de Investigaciones en Salud, de la Universidad de Costa Rica, a comienzos de la presente década, la disponibilidad de calorías y proteínas, *per cápita*, fue satisfactoria y de hecho, la oferta interna no disminuyó. No obstante, la desnutrición sigue siendo el problema más grave cuando se analizan los patrones de consumo de la población, especialmente la que vive en el campo. La desnutrición constituye parte de una situación estructural de insatisfacción de las necesidades básicas de grupos humanos determinados. Pese a los esfuerzos del Estado por mejorar la situación de la población que vive en niveles de pobreza crítica, ésta última ha venido aumentando paulatinamente, debido al ingreso relativamente menor, al deterioro en el abastecimiento de agua y al nivel de hacinamiento habitacional.

No es posible terminar esta sección del trabajo sin una breve consideración sobre el problema de la vivienda, porque constituye un indicador importante del nivel de vida en el país. Según los datos de la Dirección de Estadísticas y Censos, la magnitud del problema tiende a crecer, pues en 1973 (año base del análisis) el déficit era de 90 mil viviendas, que representaba el 27 por ciento del total de viviendas ocupadas; en 1983, el déficit es mayor de las 100 mil viviendas, suponiendo que no se resolviese el hacinamiento acumulativo de los años precedentes. Según el INVU, la demanda en 1983 fue de 237 mil casas, lo que permite concluir que más del 57 por ciento de la población total necesita vivienda, ya sea porque carece de ella o porque necesita reponer la propia por un radical deterioro o por hacinamiento por crecimiento de la familia.

Desde 1986 se ha iniciado un vigoroso programa de construcción de viviendas, impulsado por el gobierno a través de los diversos organismos estatales, que no siempre coordina el recién creado Ministerio de la Vivienda. Se trata de un esfuerzo que de cumplir sus proyectos habría creado en 4 años cerca de 80.000 viviendas, lo que estadísticamente resolvería el problema de un 25% de las carencias estructurales, calculadas para 1986.

III. EL TRÁNSITO HACIA EL MUNDO ADULTO: EL TRABAJO

La situación anteriormente descrita en forma sumaria sobre la crisis económica que afecta a Costa Rica desde hace más de siete años es del tipo que repercute de manera inmediata, directa y radical en el empleo, el ingreso y el bienestar de la población más pobre. Durante muchos años la expansión económica, aunque con altibajos, fue capaz de absorber la oferta de trabajo y las tasas de desocupación se mantuvieron entre los llamados "límites históricos" del 4-6 por ciento de la Población Económicamente Activa. El desencadenamiento de la crisis vino a alterar abruptamente esta condición de empleo normal, lo cual hace suponer que la contracción del mercado de trabajo afectó sobre todo a quienes se van a incorporar por primera vez a la experiencia del empleo o a los que carecen de calificación/

experiencia, así como a los trabajadores en los tramos mayores de la edad. Esto último fue cierto, por ejemplo, en las plantaciones bananeras del país. Lo primero, probablemente resulta evidente para la población joven urbana.

No es totalmente cierto que la situación del empleo joven sigue las tendencias identificadas tradicionalmente para el conjunto de la PEA nacional. Por el contrario, hay que partir de la existencia de un bloqueo en el mercado de trabajo que obedece a múltiples causas y que afecta de manera particularmente directa a la juventud. Aún si el crecimiento industrial hubiese mantenido sus tasas constantes, los problemas se habrían presentado. El crecimiento del mercado nacional de trabajo nunca alcanzó a exhibir el pleno empleo, su dinámica estuvo regida por la calidad de la inversión foránea y por otros condicionantes internacionales. El aumento de la población en edad de trabajar fue más rápido que la expansión del mercado, con una velocidad que sobrepasó aún las previsiones más optimistas.

Desde el punto de vista cuantitativo, el grupo joven representó en 1970 el 30 por ciento de la población económicamente activa urbana y ascendió ligeramente al 32 por ciento en 1980. La población activa rural, por su parte, fue para los mismos períodos de 34.7 por ciento y 35.4 por ciento, respectivamente. Vale la pena indicar que para finales de la centuria, la proyección de CELADE es que esos porcentajes tienden a disminuir radicalmente, de tal suerte que los jóvenes en edad de trabajar alcanzarán solamente el 22 por ciento en el área urbana y el 24 por ciento en el área rural.

La dimensión cuantitativa más reciente y confiable probablemente sea la del Censo Nacional de Población (1984), en la desocupación general para el conjunto de la fuerza de trabajo fue del 7 por ciento, pero ésta sube al 10 por ciento cuando se trata de jóvenes entre 15-24 años de edad.³ Este guarismo conviene analizarlo en función de dos variables claves, la relativa a la condición rural urbana y a la distinción por sexo. La fuerza juvenil de trabajo *urbana*, era en 1984 equivalente a 101.603 personas, de los que estaban con algún grado de ocupación el 88.5 por ciento de ese total; ahora bien, del total de jóvenes ocupados (89.977), un 62.7 eran hombres y un 37.2 eran mujeres. En el campo, la situación varía manteniendo las tendencias esperadas. Del total de la fuerza de trabajo juvenil *rural* (150.671 personas) estaban en condición activa el 91 por ciento, de los que el 83.8 por ciento eran hombres y el 16.1 por ciento eran mujeres.

El comportamiento de la desocupación juvenil varía ligeramente a favor del medio rural en donde hay porcentualmente mayor número de jóvenes en actividad. Conforme los datos anteriores, la tasa de desocupación fue en el año censal de 1984 de 11.5% en las ciudades y de 8.5 en el campo para los jóvenes de 15 a 24 años. La aparente contradicción de este resultado se basa en la circunstancia ya mencionada que existe una fuerte migración

3. La población de jóvenes ocupados ascendió a 227.112 y la de desocupados a 25.162, Cf. Dirección General de Estadística y Censos (1984).

juvenil a las ciudades, lo cual explica que el mercado de trabajo rural esté en mejores condiciones de demandar -en términos relativos- mayor número de brazos jóvenes.

La situación de la mujer joven es más difícil a pesar de los procesos de modernización y cambio que hubo en las décadas precedentes. Pero no resulta de ninguna manera casual que en el medio urbano haya (casi) dos muchachos trabajando por una muchacha y que en el sector rural esa proporción varíe de cinco a uno.

“Los cambios culturales que se han dado en relación con el papel de cada sexo en la sociedad y la incorporación al trabajo de mujeres jóvenes... no han cambiado sino de manera relativa la situación tradicional; esta incorporación de las mujeres jóvenes de los estratos económicamente deprimidos tiende a ser en el sector terciario tradicional y en los servicios de bajos niveles ocupacionales. En manufacturas como la confección textil y la rama alimentaria (...) las jóvenes son mayoritarias (...) y las jóvenes que provienen de los hogares rurales a menudo proveen la mano de obra que se requiere para desempeñar oficios domésticos” (Ligia Chang, 1985).

La tasa de desocupación también está relacionada con la dinámica de la estructura educacional del país, pero sobre todo está explicada por la naturaleza de la estratificación social en el interior de las clases sociales. No existen datos que comprueben, como es perfectamente lógico suponer, que la desocupación afecte más a los jóvenes de los sectores de bajos ingresos. Esto tiene que ver con el perfil educacional porque la trayectoria escolar tiene diversa longitud. Se acorta entre los grupos de bajo ingreso, como si el paso por la escuela sólo fuera un acto simbólico o una condición de corto plazo, por completa que sea. En cambio, los jóvenes de familias de los sectores medios o altos tienen una longitud mayor en tanto su entrenamiento se completa en la universidad, en donde el promedio de edad para la graduación está entre los 24-25 años. Se deja de ser joven cuando se deja de ser estudiante, de la misma manera que se empieza a ser adulto -en otros sectores- cuando se inicia un trabajo asalariado.

De hecho, la población económicamente activa, según los censos de 1984, es una población mayoritariamente joven, lo cual no debe interpretarse como si siendo ello cierto la desocupación juvenil no fuese mayor. Los datos del cuadro 8 demuestran cómo en Costa Rica, la falta de trabajo afecta por diversos motivos a los jóvenes y a los mayores de cincuenta años y más. Sólo en esta perspectiva relativa podemos afirmar que el problema ocupacional es el mayor problema que enfrenta la juventud en edad de trabajo en la actual coyuntura crítica. Conviene examinar en detalle los datos sobre el empleo. En 1982, agudo año de recesión, más de la mitad de la fuerza de trabajo inferior a los 30 años se encontraba afectada por problemas de empleo, ya que el subempleo visible o el invisible afectaban a la mayoría de esa población (MIDEPLAN).

Si se examina el cuadro 7 se verá el movimiento de las tasas de desempleo abierto y en general la subutilización de la mano de obra, a partir de 1977 y hasta 1982. Nuevos datos del Censo de Población permiten establecer con mayor precisión esta información para el sector juvenil. El

subempleo afecta particularmente a la población trabajadora joven, porque esta actividad no es necesariamente permanente, o el salario es inferior al legal (o al esperado en condiciones de igualdad) o el contrato se realiza solamente por un tiempo menor. Un estudio realizado con ocasión del Año Internacional de la Juventud (en marzo de 1985) encontró que

“unos 135 mil jóvenes (37% de los ocupados) estaban afectados por el subempleo, lo que era más notorio en el campo (43%) que en las ciudades (30%)...” (Comisión de Trabajo y Seguridad Social, 1985).

En algunas regiones del país, el subempleo aumenta debido al carácter estacional del empleo agrícola, alto en épocas de cosecha o zafra y bajo la mayor parte del año. El mismo informe encontró que

“en marzo de 1985 trabajaban como asalariados unos 300.000 jóvenes, de los cuales el 39 por ciento (unos 120.000) ganaban menos de 4.304 colones por mes, que era el salario mínimo de la época, en tanto que el 25 por ciento ganaba menos de 3.200 colones.”

En la época de esa investigación el salario mínimo era equivalente, más o menos a 78.25 dólares; la cifra de 3.200 colones es igual a 58.18 dólares.

Según otro estudio, realizado en 1985, se encontró que sobre una muestra de 172 jóvenes del sector urbano, el 56% trabajaban menos de 48 horas por semana, en tanto que el mismo tipo de subempleo visible era del 46% en el medio rural. Estos estudios no discriminaron por sexo, pero un diagnóstico de MIDEPLAN indica para el total de la población económicamente activa, tasas de subempleo del doble en las mujeres, que en los hombres.

Cuadro 7
Tasas de Empleo de la Población Total del País
Julio 1977 a Julio 1982

Tasas	1977	1978	1979	1980	1981	1982
Tasa bruta de Participación	33.4	34.5	34.9	34.7	35.0	36.1
Tasa de ocupación	47.1	48.1	48	46.8	45.6	46.4
Tasa de desempleo abierto	4.6	4.6	4.9	5.9	8.7	9.4
Tasa de subempleo visible	2.9	3.1	4.7	4.6	5.8	7
Tasa de subempleo invisible	3.7	3.2	2.9	3	2.9	7.4
Tasa de subutilización de mano de obra	11.2	10.9	12.5	13.5	17.4	23.8
Puestos adicionales requeridos	77480	79483	94459	103987	138476	198906

Fuente: Ministerio de Planificación Nacional y Política Económica, en base a datos del M.T.S.S., Encuestas Nacionales de Hogares: empleo y desempleo, San José, 1977, 1978, 1979, 1980, 1981, 1982.

Cuadro 8

Tasa de Desocupación de la PEA según Diversos Grupos de Edad (1984)

EDAD	%
15-19 años	13.8
20-24 años	7.9
25-29 años	5.0
30-34 años	4.6
35-39 años	4.7
40-44 años	4.8
45-50 años	5.0

Fuente: Dirección General de Estadística y Censos (1984).

El Ministerio de Planificación (MIDEPLAN) indica que en las últimas dos décadas, el sector agrícola ha ido perdiendo importancia en lo que se refiere a la generación de empleo: para junio de 1982 el 28.6% de la fuerza de trabajo estaba ocupada en ese sector, lo que contrasta con el dato de principios de la década de 1960, que era aproximadamente del 50%. Esto ha sido explicado en parte por la expansión del área dedicada a pastos y a la mecanización de la producción de arroz. Ambos procesos son factores de desempleo rural y de migración hacia las áreas urbanas, en las cuales, por otro lado, para 1980 comienza a disminuir la demanda de mano de obra, lo que planteó a muchos de los migrantes el problema de "volver a la tierra", en un momento en que el sector agrícola estaba estructuralmente incapacitado para absorberlas, lo que se refleja en la tasa sectorial de subutilización (21.8%), de acuerdo a la misma fuente. Esto se traduce, desde otro ángulo, en que en ese momento hacían falta 57.202 puestos en el sector.

Los productos agrícolas de exportación son los que más mano de obra agrícola ocupan. Para 1980 absorbían el 55.3% de la misma, lo que contrasta con los granos básicos, los cuales ese mismo año absorbían el 6.6%. A esto hay que añadir que el empleo agrícola en los productos de exportación sufre ostensibles variaciones estacionales, a causa del ciclo biológico de los cultivos, lo que revela la incapacidad del sector de generar empleo en forma sostenida durante el año, y está en relación directa con la problemática del subempleo agrícola.

En relación al ingreso, es evidente el deterioro del poder adquisitivo de la moneda, que ha afectado también severamente a la población de escasos recursos. La información disponible apunta a que el costo de la canasta básica de alimentos para una "familia tipo" (en Costa Rica, 6 personas) era de 736 colones en julio de 1977, y ascendió en un 43% para Julio de 1980 (1.062 colones), para continuar subiendo vertiginosamente; para julio de 1982, era de 3.367 colones (US\$ 66 aproximadamente), o sea, un 357% en relación al año base.

Por su parte, la evolución del ingreso salarial ha sido insuficiente para afrontar esa tendencia. Para los mismos años extremos (1977-1982), el salario mensual promedio aumentó únicamente en 122% (de 1.332 colones a 2.957).

Cuadro 9
Horas Semanales Trabajadas por Jóvenes de 15-24 años

Horas Semanales	Medio Urbano %	Medio Rural %
Menos 40 hrs.	20	19
40 a 44 hrs.	22	12
44 a 48 hrs.	14	15
48 horas y +	100 (172)	100 (196)

Fuente: IDESPO (1985: 40) e IDESPO (1985a: 58).

Lo anterior ha provocado que muchos jóvenes estudiantes hayan dejado de serlo, para incorporarse a la fuerza de trabajo, en un afán por ayudar a incrementar el ingreso familiar; pero lo dramático es que esto sucede en el preciso momento en que la recesión obliga a las empresas a emplear menos personas. Indicativa es al respecto una reciente investigación del Ministerio de Educación Pública, que concluye afirmando que la deserción en escuelas y colegios nocturnos ha alcanzado niveles muy altos, entre 1980 a 1985⁴, cuestiones éstas que se tratarán en la siguiente sección.

En resumen, el problema del trabajo y de la desocupación, están afectando cada vez más a la población joven del país y especialmente a las mujeres. El desempleo juvenil está en la raíz de otros numerosos problemas sociales.

IV. EDUCACIÓN, REPRODUCCIÓN SOCIAL Y CAMBIO

La educación produce una gran variedad de efectos y es a su vez condicionada por muchos factores. Como señala agudamente Bronfenmayer (G. Bronfenmayer y R. Casanova, 1986: 37), en el proceso de modernización la educación es hoy día uno de los más importantes mecanismos de cambio, pero también ha sido una de las instituciones más afectadas por el mismo. Tal es el caso de Costa Rica, pese a que la preocupación pública por la educación ha sido una constante cualquiera sea la fuerza política que acceda al gobierno.

El mayor reto en este difícil camino del desarrollo social ha sido poner la función educativa a tono con las necesidades reales de la sociedad. De ahí que tenga razón Francisco Escobar cuando afirma que

“la juventud costarricense está sometida una doble tensión: por una parte la educación tradicional que la induce a mirar hacia el pasado y conformar con él su personalidad, y por otra parte las condiciones socio culturales que lo rodean y la profunda noción del cambio social en que está sumergida, requiriendo la integración de un sistema de su personalidad adaptado a una constante variación social y cultural”. (F. Escobar, 1975: 161)

4. Ver periódico “La Nación”, del 16 de febrero de 1986, pág. 12 “A”.

Como es bien sabido más allá del contexto centroamericano, la sociedad costarricense ha tenido tradicionalmente un alto nivel educativo. Ya en 1950 el analfabetismo para la población mayor de 10 años y más, era sólo del 20.6%, cifra que desciende al 11% para 1973, para quedar oscilando alrededor del 10% en los años actuales. Si contrastamos esa realidad con el dato que arroja la información censal de 1985 en Guatemala, donde sólo el 45% de la población es alfabetada, se apreciará mejor los logros alcanzados en Costa Rica. Ya en 1886 se promulgó “La Ley de Educación Común” que constituyó el primer esfuerzo por avanzar en la llamada educación pública, hasta la “Ley Fundamental de Educación”, de 1957, considerada la reforma más importante alcanzada.

Por tanto, existe una impresionante expansión cuantitativa del sistema educativo costarricense, que en 1970 tenía un total de 2.815 establecimientos y que aumentan a 4.025 para el año 1985. Esto se refleja de manera más importante también en la tendencia de la matrícula escolar inicial, que en 1970 tenía un total de 455.426 registrados, y asciende a 550.759 para 1985. En el decenio 1971-1981 la tasa anual de crecimiento de matrícula para todos los niveles fue de 2.3%. Sin embargo, se verifica que el acceso a la educación no ha sido uniforme, particularmente en lo que se refiere a las diferencias según área urbana y rural. Así, tenemos que la tasa de analfabetismo rural en 1973 casi cuadruplica la urbana (15% y 4%, respectivamente) (UNESCO, PNUD, CSUCA, 1980: 24).

Cuadro 10
Matrícula Inicial por Niveles de Enseñanza y Horario (1970-1985)

Nivel de Enseñanza y Horario	1970	1975	1980	1981	1982	1983	1984	1985
TOTAL	455426	555317	608550	610572	601862	594966	589551	550759
Preescolar	7483	15408	21891	23782	27455	31008	29268	36356
IyIIciclos	356696	370115	354657	353676	346199	347214	353958	365879
Diurno	349378	361303	348674	347974	342533	343800	350604	362877
Nocturno	7318	8812	5983	5702	3666	3414	3354	3002
IIIciclo y educ.diver.	76573	134862	173176	171122	165649	153971	148032	139231
Diurno	61179	11538	135830	134747	130672	122424	117358	111117
Nocturno	15394	23324	37346	36375	34977	31547	30674	28114
Superior	129113	32794	55593	58247	58953	58942		63631
Univer- sitaria	129113	32794	50812	52984	54313	54272	54466	58208
Parauniver- sitaria			4781	5263	4640	4670		5423
Educación especial	1761	2138	3233	3745	3606	3831	3827	3870

Fuente: Departamento de Estadística del Ministerio de Educación Pública, Costa Rica, marzo 1986.

Ya se anticipó que en los últimos años, y básicamente como efecto de la crisis, la deserción escolar ha aumentado preocupantemente. Por ejemplo, en 1980 la deserción escolar en secundaria nocturna era de 24.5%, y ha ascendido al 33.4% para 1985. Lo anterior significa que 20.500 jóvenes han abandonado -¿temporalmente?- sus estudios. Y los otros niveles educativos también sufren procesos similares. En experiencias similares a la costarricense, el problema ya no reside exclusivamente en la expansión de la matrícula escolar sino en la capacidad de retención del sistema educativo y, más aún, en su capacidad para generar acceso a los niveles superiores de la enseñanza, en donde la graduación final es el único objetivo confiable.

Hay que hacer notar, sin embargo, que la cuestión de la deserción escolar no debe ser considerada únicamente como un problema provocado por la crisis, aunque es un factor coyuntural explicativo de primer orden. Habría que ver a fondo si la calidad de la enseñanza (y la diversificación de la oferta educativa) están llenando las expectativas de la gente joven, así como la presencia de factores más estrictamente personales.

Es importante preguntarse si lo que se enseña prepara al joven para el desempeño de las funciones que la sociedad necesita, y si el esfuerzo personal corresponde, además, a las expectativas que el joven desarrolla en la etapa del entrenamiento escolar. La experiencia costarricense de larga tradición educativa, de ampliación constante de los niveles diversos de la enseñanza, han creado una "cultura" específica en la que tiende a valorarse, por sí misma, la educación sin importar su finalidad última. Esta tendencia a valorar más los medios, ha hecho que todo esfuerzo educativo sea asumido como un estadio o nivel en el que se espera continuar subiendo. El llamado conocimiento "puente" hacia la universidad ha creado experiencias de extraordinaria importancia cuyo análisis sólo ha sido parcialmente realizado.

Si relacionamos la matrícula escolar inicial con el total de la población en edad -teórica- para estudiar (o la matrícula, por nivel educativo) en el nivel correspondiente, los resultados son importantes, especialmente en el ejemplo paradigmático de la educación superior. Según datos del Ministerio de Educación (O. Calvo, 1983) la tasa de escolaridad bruta es de 21.9

Cuadro 11
Matrícula según Niveles Educativos (1984)

Nivel educativo	Absoluto	%
Total	589.073	100.0
Preescolar	29.220	5.0
Primaria	354.012	60.1
Secundaria	147.589	25.1
Especial	3.796	0.6
Universitaria	54.456	9.2

Fuente: Ministerio de Educación Pública (1987).

por ciento; es decir, de cada cien jóvenes entre los 17 y los 24 años de edad, que se supone podrían cursar estudios universitarios, hay 22 que acceden realmente a esa oportunidad. Es cierto que considerada la información de manera opuesta, habría que decir que 165.000 muchachos se quedaron fuera de la universidad o de la educación superior en ese año.

La educación superior en Costa Rica ha sido objeto de expansión constante, especialmente en la década de los sesentas, cuando junto a la Universidad de Costa Rica, se crearon sucesivamente la Universidad Nacional (en la ciudad de Heredia), el Instituto Tecnológico (en la ciudad de Cartago), la Universidad Estatal a Distancia y, con recursos de los sectores empresariales, la Universidad Autónoma de Centro América. De ellas la más importante, por número y calidad de la enseñanza, es la Universidad de Costa Rica, la que en 1985 tenía el 44.6% del total de la matrícula en la educación superior. Por otra parte, la Universidad Autónoma de Centro América, es la que ha experimentado la mayor tasa de crecimiento en sus primeros cinco años de existencia, pues pasó de 4.059 estudiantes (1981) a 8.370 (1986).

Todo esto ha dado como resultado un impresionante “boom” universitario que busca distribuir de manera más igualitaria las oportunidades educativas, ya no sólo entre los jóvenes en edad de hacerlo, sino entre el conjunto de la población. Ese es el sentido final de la Universidad Estatal a Distancia, dirigida particularmente a captar interesados en los medios rurales. Un aspecto que no es posible tratar aquí es el relativo a los fenómenos asociados al deterioro cualitativo de la enseñanza, al bajo rendimiento en algunos aspectos de la educación formal, a la baja tasa de graduación y, particularmente, al desempleo calificado, de alto nivel diríase, que ya aqueja a un importante número de profesionales jóvenes.

Cuadro 12
Tasas Brutas de Escolarización por Niveles de Enseñanza 1/(1970-1985)

Nivel de Enseñanza	1970	1975	1983	1985
Preescolar	13.2	27.5	49.9	52.9
I y II ciclo	109.6	106.9	99.5	100.0
III ciclo y educación diversificada	23.7	36.0	36.4	33.9
III ciclo	33.8	51.9	47.9	46.6
Educación diversificada	12.2	18.6	25.1	21.8
Educación superior (universitaria y para-universitaria)	7.9	15.7	21.9	n.d.

1/Tasas calculadas dividiendo la matrícula total del nivel, incluyendo la extraedad, por la población con edad teórica de estar en ese nivel.

Fuente: Departamento de Estadística del Ministerio de Educación Pública, Costa Rica, marzo 1986.

Cuadro 13
Costa Rica: Estadísticas de la Educación Superior

	1975	1977	1980	1983
Población total	1,964,903	2,084,172	2,278,506	2,469,563
Población de 18 a 24 años	278,997	307,559 ^a	350,403	375,020 ^a
Matrícula total	32,794	38,925	50,812	54,257
UCR	25,524	28,378	29,639	28,603
ITCR	279	1,071	2,420	2,544
UNA	6,991	9,180	9,952	10,360
UNED	5,869	7,023		
UACA		296 ^b	2,932	5,727
Relaciones porcentuales				
Matrícula total/población total	1.67	1.87	2.23	2.20
Matrícula total/ población de 18 a 24 años	11.75	12.66	14.50	14.47
Población de 18-24 años/ población total	14.20	14.76	15.38	15.19

a/En estos años los datos de población se interporlaron linealmente
b/Cifra estimada.

Fuente: Universidad de Costa Rica, Oficina de Registro. Instituto Tecnológico de Costa Rica, Oficina de Planificación Institucional. Universidad Nacional, Oficina de Programación. Universidad Estatal a Distancia, Centro de Investigación Estadística. Universidad Autónoma de Centro América, Rectoría. Dirección General de Estadística y Censos. CELADE (1983).

Cuadro 14
Tasa de Escolarización en Educación Superior Pública (1971-1982)

Año	Población 19 a 25 años*	Matrícula Total	Matrícula Población %
1971	206,800	15,196	7.35
1972	209,766	17,645	8.41
1973	212,775	24,145	11.35
1974	215,827	28,335	13.13
1975	218,497	32,794	15.01
1976	237,777	36,350	15.29
1977	258,756	38,629	14.93
1978	281,588	43,217	15.35
1979	306,433	44,915	14.66
1980	326,460	47,713	14.62
1981	335,254	49,331	14.71
1982	357,403	49,547	13.86

* Estimado en IIS, público y privado.

Fuente: Calvo, Otto (1983).

Vale la pena preguntarse si la diversificación educativa y la ampliación de las oportunidades de acceso están de acuerdo no sólo con las necesidades de reproducción material de la sociedad costarricense, sino si ellas guardan la relación necesaria con la capacidad de esa sociedad para sostener una estructura institucional en la que el sector privado participa no sólo marginalmente. Diversas evaluaciones se han intentado sobre el particular, especialmente en relación a las necesidades productivas del sistema económico nacional. Hay un esfuerzo por colocar más recursos en disciplinas que tienen que ver con la ciencia de la naturaleza y con la tecnología. De hecho, a juzgar por impresiones personales diversas, el ingreso al mundo de la informática, de la computación y del procesamiento electrónico de la investigación, se ha logrado ya en los centros de educación superior, en amplia medida también en el sector público y privado del país.

Ello nos hace suponer que estamos en presencia de dos factores decisivos en la formación de las jóvenes generaciones. Por un lado, se produce una tendencia creciente a la segmentación del sistema de educación formal. El carácter masivo que va adquiriendo no hace sino reproducir las diferencias de calidad ya existentes entre la escuela rural y urbana; a ello se suman la distancia substantiva entre la escuela pública y la privada y aún en el interior de ambas sub-esferas, hay diferencias decisivas. La segmentación educativa reproduce y subraya las diferencias de clase. Las re-establece en un nuevo nivel, de tal manera que la democratización (en el número de jóvenes que estudian) de la enseñanza no hace sino reforzar mecanismos de diferenciación que transforman esa dirección modernizadora en el sentido de volverla cualitativamente selectiva.

Por el otro, el acceso diferencial al conocimiento se acentúa de manera particularmente aguda en el último tiempo. Hoy día hay en Costa Rica más jóvenes estudiando y sus niveles de conocimiento son mayores. Al mismo tiempo, las diferencias de entrenamiento y la calidad de la información que manejan tiende a diferenciarlos entre sí aún más. Hoy día se crean instancias de estratificación nuevas, inmediatas y particularmente insalvables. Está ya en camino la posibilidad que aparezcan nuevas desigualdades sociales con el advenimiento de la sociedad de la información.

“No se tratará -dice Schaff- de la trivial división entre los que poseen un adecuado conocimiento tecnológico en las aplicaciones de los ordenadores y los que carecen de tal conocimiento. (Esta...) división puede eliminarse por medio de una ampliación apropiada de los planes de estudio... La división será entre los que posean información pertinente sobre diversas esferas de la vida pública y los que estén privados de ella...” (A. Schaff, 1985: 61)

La población cubierta por la educación superior es ciertamente muy alta en los otros niveles de la enseñanza, por más que el conjunto del sistema tenga una forma de cebolla, inevitablemente. Por ejemplo, la tasa bruta de escolaridad (siempre para 1983) fué la siguiente, en los distintos niveles:

Tasa de escolaridad nivel preescolar	49.9
Tasa de escolaridad I y II Ciclos	99.5
Tasa de escolaridad III Ciclo	47.9
Tasa de escolaridad educación diversificada	25.1 ⁵

Debe señalarse que estos resultados, que hacen de Costa Rica una sociedad con altos índices de educación, corresponde a una honda tradición, que fué reforzada con el triunfo del reformismo liberal en Centroamérica, a finales del siglo XIX. Ha sido el Estado, reflejando intereses coincidentes de diversos grupos sociales, el que ha promovido permanentemente la educación popular. Por ejemplo, en 1971 el 22.5 por ciento del Presupuesto Nacional de Gastos de la nación estuvieron destinados a educación (O. Calvo 1983: 41 ff), mientras que en 1982, el porcentaje aumentó a casi el 30 por ciento. En 1986, el porcentaje continuaba siendo del 30% del Presupuesto Nacional de la República.

Lo anterior es importante porque no se trata, en la experiencia costarricense, de cambios significativos de última hora sino de un movimiento histórico en el que la educación ha resultado ser un mecanismo decisivo de control social, que establece bases ideológicas seguras para la organización y el funcionamiento de la sociedad y, todo ello, con significados profundos

Cuadro 15
Gasto del Gobierno Central en Educación (1971-1981)
 -En millones de colones-

Años	Presupuesto Nacional Ordinario (1)	Presupuesto Educación (2)	PIB Costo Factores (3)	% Relación P.Educación P.Nacional (4)=(2)/(1)	P.Educación PIB (5)=(2)/(3)
1971	1,247.3	280.4	6,322.4	22.5	4.44
1972	1,413.8	327.6	7,186.6	23.2	4.56
1973	1,866.6	482.5	8,684.2	25.8	5.56
1974	2,269.0	612.2	11,405.7	26.9	5.37
1975	2,870.0	850.6	14,687.2	29.6	5.79
1976	3,940.1	1,097.4	18,110.5	27.8	6.06
1977	4,565.5	1,313.2	22,921.1	28.8	5.73
1978	1,718.3	1,718.3	26,194.0	29.9	6.56
1979	2,064.4	2,064.4	30,369.2	28.1	6.80
1980	2,272.3	2,272.3	36,543.3	25.1	6.22
1981	2,609.5	2,609.5	50,455.4	29.6	5.17

Fuente: O. Calvo (1983).

5. El Ciclo I comprende los seis años de la educación primaria; el Ciclo II comprende los primeros tres años de la educación secundaria o media y el III Ciclo los dos últimos años de esta última. Por educación diversificada se comprende diversas especialidades asimilables a la educación secundaria y por lo general, de carácter técnico.

en la constitución de una sociedad democrática. La educación generalizada por sí misma, es un elemento democratizador de la sociedad, por más que constituya también en tanto mecanismo de movilidad social, un factor discriminador y asignador de posiciones sociales. Pero la democracia política se beneficia más, en su constitución y desarrollo, con ciudadanos alfabetos, cuya identidad se apoya en valores de participación, tolerancia y cultura, que con individuos a los que se les impide o dificulta esta posibilidad, constitucionalmente abierta para todos.

La importancia de la educación como mecanismo de integración social, sin embargo, no reside en su dinamismo interno como institución aislada de la sociedad. No se trata solamente de integración al medio sino de mejorar el equipamiento cultural de la población, a tono con el desarrollo y a cuyo servicio debe estar la educación en general. Las jóvenes generaciones de costarricenses tienen derecho a educarse más. Pero ello sólo tiene sentido si la democratización en el número está acompañada por la calidad de los contenidos que se transmiten. Sólo el Estado puede fortalecer el sistema de enseñanza pública que sea socialmente abierta y culturalmente homogéneo.

1. Los impactos de la modernización reciente

Al caracterizar la juventud, es necesario considerar fenómenos culturales cuya dinámica redefine importantes aspectos de su comportamiento, sus valores y su futuro. Por razones que adelante se mencionan la generación actual y particularmente algunos sectores sociales bien identificables son particularmente sensibles al impacto de una cultura de carácter cosmopolita, el predominio de objetivos, metas y valores a los que son particularmente sensibles los jóvenes y que alteran las prácticas sociales tradicionales, personales y colectivas. Ello conduce a preguntarse acerca de las necesidades diferenciales de la nueva generación en relación a los adultos, necesidad que tiene que ver con la afirmación de una nueva sensibilidad, otras formas de expresividad y de valoración de la vida estética, las conductas éticas, la militancia política, etc.

En general, el mundo juvenil siempre ha estado animado por una dinámica diferencial que el crecimiento económico contribuye a acelerar, aunque sólo sea por el hecho del apareamiento de nuevas funciones y papeles, de otras instancias de interés, de novedades a veces artificiosas y artificiales. No obstante lo anterior, ha habido en los últimos veinte años aproximadamente, una variación importante en el estilo de vida de los costarricenses, por un lado y una impresionante penetración cultural del exterior por el otro, a la que debemos referirnos brevemente. Lo primero tiene que ver con el ya mencionado fenómeno de la urbanización de la población. Se trata de algo que es más que eso pues es la ruptura del aislamiento campesino y la expansión súbita de un ámbito concentrado urbano que trae la despersonalización/multiplicación de la vida personal. Lo segundo hace referencia al impacto creciente de los patrones de vida del exterior, particularmente norteamericanos, que se hacen presentes con

fuerza inusitada por intermedio de las revistas, la radio, el cine y sobre todo *la televisión*. No son bien conocidos todavía los efectos de la revolución en las comunicaciones, de los cuales la televisión (los programa-paquete que se compran en el exterior y se transmiten con un pésimo doblaje al castellano) y los fáciles viajes al exterior son ejemplos. Al aproximarse físicamente mundos culturales diversos en su riqueza de recursos, la atracción se convierte en imitación y de ella deriva una pérdida insensible de la propia cultura local y por ello un empobrecimiento que no se advierte fácilmente como tal.

El contacto con otras culturas es enriquecedor. Pero no necesariamente; ello depende de la naturaleza del "encuentro", de los sujetos que la transmiten y reciben. Los procesos de aculturación rápidamente difundidos también tienen que ver con la transmisión de una cultura de la transgresión, disimulada en los mensajes que se reciben. La generación de una patología social se origina en buena medida por la imitación de conductas que visual e intelectivamente no lo parecen.

La rapidez de estos cambios no tiene paralelo en la historia precedente. Sin embargo, tal vez es más decisivo el elemento cualitativo de los mismos, pues constituye una verdadera ruptura en relación a la vida tradicional de la familia, a las relaciones interpersonales, los nuevos papeles a desempeñar, las formas de identidad propias del costarricense. En esto no tiene que ver la urbanización referida, ni los efectos de la educación. Se trata de una masificación de lo nuevo -bueno y malo- canalizado desde el exterior en la forma de una atrayente oferta de "estilo de vida" propio de sociedades muy desarrolladas y de la que resultan clientes privilegiados los jóvenes de los estratos altos e intermedios.

En los hechos, la llamada "cuestión juvenil" alude al complejo problema de los hábitos de vida puestos en crisis por la onda modernizadora, internacionalizante y consumista que irrumpe en todo el ambiente juvenil básicamente. Asumida en tales términos -y obviamente, los problemas de los jóvenes sólo se reflejan parcialmente- esta cuestión se plantea: a) como un problema del ambiente urbano; b) como un proceso de "aggiornamiento" que acentúa sus efectos entre jóvenes de clase media; c) como un resultado de un ambiente más o menos participatorio, democrático, que coloca los problemas juveniles en ámbitos públicos de urgencia, que deben ser tomados en cuenta como parte de nuevas políticas sociales.

Ya ha sido dicho que éste no es un problema demográfico, aunque la condición etaria está en el origen de la conformación de un grupo social que hoy día plantea problemas específicos que trascienden los límites de la estructura de clases. Esta es una referencia crítica a la idea generalizada de que la cuestión juvenil es un problema de jóvenes de clase media, tal vez porque en estos sean más visibles muchos de los símbolos y conductas que acompañan el problema. O con más propiedad, porque es en estos sectores sociales donde más se redefinen -en el sentido de cambio- ciertas formas de relación y solidaridad sociales. La cohesión familiar fue débil en los estratos bajos pero ahora irrumpe de manera amenazante en estos sectores medios. La comunidad -la familia extensa, el barrio, la aldea o la pequeña

concentración humana en el campo- es sobrepasada en su función socializadora y trasmisora de los valores propios, conformando una verdadera "subcultura": nuevas formas de vestir y actuar y hasta de hablar, novedades en la disposición del tiempo libre: música, revistas, discotecas, todo ello vinculado a una nueva manera de asumir el papel sexual y las estrategias del "flirt", del amor, del matrimonio y los hijos.

En esto último cuenta mucho, en una óptica estructural, el aumento de la presencia femenina. ¿No existían antes las mujeres? La puja por la igualdad de oportunidades tanto como los efectos del crecimiento económico y la modernización social han situado a la mujer joven en una posición en que su existencia y sus problemas *son más visibles*. Ese es el sentido de la frase anterior tan controvertible: en la sociedad tradicional, la joven no existía. Hoy día la cuestión juvenil la incluye y esto amplifica notablemente los contenidos problemáticos. Por ejemplo, la liberalización de las relaciones eróticas está acompañada por una cultura más permisiva, y por relaciones interpersonales más directas, con tendencias a ser menos autoritarias. Se crea un ambiente de mayor participación y con ello, menos estratificado en función del sexo. ¿Se moderniza el machismo?

Este conjunto de fenómenos, rápidamente señalados, originan consecuencias que afectan de manera positiva y negativa al conjunto de la sociedad. Entre estos últimos, queremos señalar rápidamente los relativos al problema de las drogas, la delincuencia y prostitución juvenil.⁶ Por su creciente importancia y su peligrosa potencialidad, el más grave de los comportamientos desviados en la juventud tiene que ver con el consumo de drogas, problema que debe examinarse, como en efecto debe hacerse con todo cuanto atañe a la juventud, como un fenómeno relativo a la comunidad, con sus factores culturales, familiares y hasta los de naturaleza psicosocial.

En el ámbito de la sociedad costarricense, como ocurre en el resto de Centroamérica y el Caribe, existe una sanción social positiva para ciertas prácticas (técnicamente) viciosas, como el uso del cigarrillo y el consumo de licor. Convencionalmente se habla por ello de drogas *lícitas e ilícitas*, aun cuando la adicción permanente a las primeras constituye un fenómeno social y terapéutico condenable. Pero el uso del alcohol, en variedad de licores comerciales, se encuentra notablemente generalizado entre la juventud, incluidas aquí las mujeres. Justamente porque se trata de un hábito social, el uso que se vuelve adicción permanente no alcanza a configurar datos estadísticos precisos. Pero afirmamos que el consumo alcohólico constituye en Costa Rica un antecedente directo en la moda en el uso creciente de la marihuana.

Puede afirmarse de manera muy preliminar que el problema de las drogas ilícitas se inició en Costa Rica en la década de los sesentas, con la

6. Esta sección utiliza información presentada y discutida en el *Seminario sobre El Desarrollo de una Política Nacional de Juventud*, realizado en la ciudad de San José, los días 10-13 de febrero de 1987. En especial queremos agradecer a la Srita. Olga Marta Rodríguez, Directora General de Juventud, del Ministerio de Cultura, Juventud y Deportes, su disposición a colaborar con el suscrito.

introducción de la marihuana, cuyo cultivo y venta en forma creciente se identifica en la década mencionada. Luego los registros periodísticos y penales se refieren al uso de inhalantes químicos, de fármacos estimulantes y finalmente la cocaína. Existen diversas modalidades de experiencia drogadicta: desde los ocasionales hasta los individuos multitoxicómanos, pero los datos confiables sobre este fenómeno no están disponibles porque no existen. Así como no es fácil llegar a determinar la cuantía de la producción nacional de marihuana, ni el volumen de cocaína que los narcotraficantes hacen pasar por el país o la que se procesa químicamente aquí. Se tiene la información recortada por mil motivos de que Costa Rica se ha convertido insensiblemente en un importante puente *comercial* hacia o desde el norte y sur. En todo caso, la mayor disponibilidad de droga ciertamente aumenta la oferta local y ello constituye uno de los mayores peligros que efectivamente acechan a la sociedad y a la juventud en particular.

Por ejemplo, entre 1980-85 aumentó el volumen de "picadura", cigarrillos y plántos decomisados por las autoridades, según lo reconoce el Ministerio de Salud.⁷ Una encuesta realizada en 1983 en 102.990 personas, formada por mayores de 15 años demostró que un 6.6 por ciento de los mismos eran consumidores experimentales o adictos a diversos tipos de drogas. Las más usadas son en orden de importancia, la marihuana, inhalantes, pastillas y en proporción considerablemente menor, la cocaína.⁸

No se trata, obviamente de una conducta viciosa generalizada en la juventud costarricense, aunque constituye potencialmente un peligro ya enraizado entre pequeños grupos de jóvenes de clase media y sobre todo entre muchachos de barrios marginales. En un caso es la novedad de la conducta experimental que luego ya no puede controlarse; en otro, es la fuga de la pobreza, que no se puede sino ignorar en el vértigo del abandono personal. Un estudio sobre una muestra de 818 estudiantes de cinco colegios de una región del Valle Central de Costa Rica, "en edades comprendidas de 17 años y menos" demostró que las drogas más comunes, la marihuana y el alcohol prevalecían en la juventud estudiantil del país.⁹ En otra muestra escogida entre 409 jóvenes mayores de 15 años, de barrios de extrema pobreza en San José demostró que un 15% de la población estudiada ha fumado marihuana; que casi la mitad son abstemios (consumo de alcohol) y que sólo un 8% ha tenido experiencias en la inhalación de disolventes industriales. El problema de la drogadicción no se presenta solo. Generalmente está asociado a otras formas de conducta desviada, especialmente la *delincuencia juvenil*. Los factores que empujan a los diversos actos calificados por la ley como delitos son múltiples y a veces difíciles de identificar. En el menor de edad o en el joven, por lo general constituyen

7. Véase el Cuadro 2 del documento *Farmacodependencia y alcoholismo*, presentado al Seminario aludido en la nota anterior.

8. Dato del INSA, 1983, Op.cit. p.3.

9. La información del documento citado anteriormente no indica porcentajes ni otros resultados. Fue hecho en 1985 por los investigadores Hugo Míguez y Denis Bolaños. Desafortunadamente no se tuvo a mano los resultados precisos de esta encuesta.

la suma de causas sociales y familiares que se presentan como una manifestación aguda de desintegración o desajustes sociales. No es el caso examinar tales causas, en las que las frustraciones de origen familiar, la pobreza económica y moral y la influencia del ambiente, cargado de violencia publicitada, tienen que ver en la creación de zonas criminógenas. La delincuencia juvenil no es un fenómeno específico de ciertas clases o sectores sociales, aunque los mencionados factores se presentan por lo general en el seno de la población más pobre, en situación de marginalidad.

De acuerdo con el Censo de Población Penal (1982), el 34% de los detenidos se concentran en el grupo de edad de 18 a 24 años, de los cuales la inmensa mayoría -el 96%- son hombres.

También es importante anotar que, en su mayoría, el delincuente juvenil es juzgado por delitos contra la propiedad; es el robo por lo general sin violencia física, el hurto callejero y otras variedades de apropiación indebida de lo ajeno. El 69.0 % de los jóvenes comprendidos entre 18 y 24 años estaban descontando penas de diversa duración de delitos contra la propiedad. Un porcentaje similar se encuentra en el mismo grupo etario en relación a la multi-reincidencia delictual, como puede verse en el cuadro 16, lo que entre otros aspectos exhibe las dificultades sociales existentes para reformar por un lado al joven que delinque y para integrarlo a la comunidad, de manera adecuada, por el otro.

En una muestra distinta de 166 jóvenes menores de 17 años, se encontró que casi el 40 por ciento son analfabetos. Y en otra investigación aplicada en el Centro de Adaptación para Menores "Luis Felipe González", se encontraron datos adicionales que puede completar la información precedente. Aunque se trata de una observación aplicada a 93 menores de edad, los datos pueden revelar algunos síntomas de fenómenos mayores: el 23% vienen de zonas marginales y el 38% de zonas rurales; el 63.4 % no completó la educación primaria y ninguno de los recluidos contaba con un trabajo permanente antes del ingreso al penal; el número de reincidentes es superior a los dos tercios y, de nuevo, son mayoritarias las infracciones contra la propiedad (64% y 77% respectivamente).¹⁰

No es posible concluir que la juventud costarricense o la sociedad misma están afectadas por altos índices de delincuencia y peligrosidad. Pero es indudable que los que son castigados porque violentan la ley y la sociedad son en su mayoría jóvenes, lo cual debe hacernos pensar en el complejo de factores que deben ser atendidos: la integración familiar, el nivel educativo, la situación económico-laboral, etc., todo lo cual constituye finalmente un síndrome unitario de carácter social.

Algo similar puede decirse en relación al último de los problemas enunciado, relativo éste a la prostitución juvenil. No es posible saber con exactitud ni el número de mujeres que ejercen esta actividad ni el promedio de edad de las mismas. El estudio realizado por IDESPO, de la Universidad

10. Op. cit. p. 24.

Nacional (IDESPO, 1987) no demuestra que la prostitución sea un problema juvenil, pero exhibe un grave síntoma de descomposición social en el hecho que el 24.7% de la muestra de 348 mujeres que practican la prostitución en el Area Metropolitana de la ciudad de San José, son jóvenes menores de 23 años y que el 66.4% de las entrevistadas se hayan iniciado en estas prácticas antes de los 22 años de edad.

Cuadro 16
Población Penal Total de Internos por Grupos de Edad y Sexo

Grupos de Edad	Total		Hombres		Mujeres	
	absoluto	%	absoluto	%	absoluto	%
TOTAL	3.068	100	2.889	94.16	179	5.84
7-12 años	12	0.4	10	0.3	2	1.1
13-17 años	202	6.6	147	5.1	55	30.7
18-24 años	1.068	34.8	1.015	35.1	53	29.6
25-31 años	918	29.9	891	30.8	27	15.1
32-38 años	420	13.7	404	14.0	16	8.9
39-45 años	213	6.9	197	6.8	16	8.9
46-52 años	131	4.3	125	4.3	6	3.4
53-59 años	65	2.1	62	2.1	3	1.7
60 y más	34	1.1	33	1.1	1	0.6
Ignorado	5	0.2	5	0.2	-	

Fuente: Ministerio de Justicia (1982).

Cuadro 17
Frecuencia de Ingresos a Prisión Según Grupos de Edad

Edad	Frecuencia de ingresos a prisión				Reincidencias				
	Total absoluto	Primario		Total absoluto	Una vez		Dos veces		ABS
		%	absoluto		%	absoluto	%	%	
Total	3,068	100	1,141	37.19	1,927	62.81	398	12.97	610
7-12 años	11	0.36	9	0.79	2	0.10	1	0.25	
13-17 años	202	6.58	88	7.71	114	5.92	14	3.52	27
18-24 años	1,060	34.55	418	36.63	642	33.32	146	36.68	213
25-31 años	909	29.63	300	26.29	609	31.60	118	29.65	209
32-38 años	435	14.18	138	12.09	297	15.41	62	15.58	79
39-45 años	215	7.01	87	7.62	128	6.64	33	8.29	39
46-52 años	131	4.27	49	4.29	82	4.26	14	3.52	20
53-59 años	65	2.12	35	3.07	30	1.56	8	2.01	11
60 y más	36	1.17	17	1.49	19	0.99	2	0.50	8
Ignorado	4	0.13	4	0.21	4				

Fuente: Ministerio de Justicia (1982).

Algunos datos adicionales revelan que el 85% de ellas tienen un nivel educativo menor al 6to. año de la educación primaria y que son causas económicas, expresadas de diversa manera y tal vez obedeciendo a experiencias personales diferentes, las que las llevaron al ejercicio de esta vieja práctica del comercio corporal. Ilustran esta última conclusión las razones que las entrevistadas dieron, para eventualmente aceptar o no ser obreras o trabajar en una oficina como recepcionista. En el primer caso, solo el 55.0% de las entrevistadas aceptaron ser trabajadoras con un salario de 350 semanales; en el segundo un 78% acepta el hecho de tener un ingreso de 500 colones semanales (IDESPO, 1987). Los salarios se refieren a colones de 1979, es decir, en la época en que no se había iniciado la crisis económica y en el que la moneda nacional guardaba la tradicional paridad de 8.60 por un dólar.

De lo dicho en estas últimas páginas no cabría extraer la conclusión de que la sociedad costarricense está herida de gravedad por el delito juvenil, la toxicomanía creciente y la prostitución de su juventud femenina. Se ha hecho alusión a estos tres aspectos de la vasta e importante "cultura de la transgresión" porque ellos son síntomas ciertos de problemas reales, que no son problemas personales. Las autoridades gubernamentales han tomado conciencia de esta situación de manera recurrente y las respuestas han sido igualmente erráticas. La existencia de un Ministerio de Cultura, Juventud y Deportes expresa una preocupación oficial sobre algunos de los problemas aquí presentados. La realización del Seminario tanta veces mencionado puede constituir también la manifestación de la necesidad de definir políticas públicas encaminadas a enfrentar el problema juvenil en sus múltiples aspectos. Hace falta que las políticas sociales frente a la juventud sean más coherentes e integradas. Pero que trasciendan la acción asistencial. Para ello, no es un Ministerio o un Departamento los que tienen la respuesta requerida. Es el Estado, la sociedad en su conjunto donde el sector privado cuenta de manera tan decisiva, los que tienen que promover una distribución más justa del ingreso, mayores oportunidades de empleo, una profundización de la vida democrática. Sólo así puede trazarse una estrategia que incluya y beneficie a la juventud.

Cuadro 18
Entrevistas Según Edad Cumplida y Edad de Inicio en la Prostitución

Edad Entrevistadas	Frecuencia		Edad de inicio en la prostitución	Frecuencia	
	Abs.	%		Abs.	%
TOTAL	348	100		348	100
Menos 18 años	10	2.9	Menos 18 años	107	30.8
De 18 a 23 años	76	21.8	De 18 a 22 años	124	35.6
De 23 a 28 años	89	25.6	De 23 a 27 años	73	21
De 28 a 33 años	84	24.1	De 28 a 32 años	28	8
Más de 33 años	89	25.6	Más de 33 años	16	4.6

Fuente: IDESPO (1987).

V. LA ESCENA POLÍTICA: LAS FORMAS JUVENILES DE PARTICIPACIÓN

Probablemente hacer política sea una forma adulta de participación social en sociedades más desarrolladas. La política se "hace" en tales sociedades a través de formas de participación en organismos comunales tales como la protección al ambiente natural, los movimientos ecológicos, o antinucleares, o problemas relativos a impuestos, carreteras o servicios públicos. En Costa Rica el contexto genérico de lo público no se confunde con lo comunal, de allí que hacer política signifique tener opiniones y conductas que tienen que ver con el papel del Estado. La referencia de la política es el poder, o tal vez más operacional, con lo que el gobierno hace o deja de hacer. Pero es siempre, una conducta colectiva y un conjunto de opiniones y actitudes que trascienden lo individual o familiar.

La vida política de Costa Rica cambió en muchos sentidos después de 1948. A partir de tales fechas debería analizarse la relación entre la política y la juventud por cuanto la vida partidaria y el juego electoral, dos formas decisivas del hacer político, pasaron a reforzar las tradiciones democráticas de la sociedad. La escena política nacional se volvió paulatinamente menos violenta, competitiva, racional y extra-tolerante. El ingreso a la política no se realiza como en el resto de Centroamérica, convirtiéndose a la universidad, o la escuela en un foco de resistencia cívica y política, sino a través de la incorporación a los partidos políticos existentes, canales casi naturales de captación de inquietudes y vocaciones políticas en la juventud.

No debe resultar contradictorio por ello que la permanencia de pautas democráticas como la tolerancia para la oposición, la legitimidad del poder ratificada en cada evento electoral, el ejercicio de las libertades fundamentales (prensa, opinión, organización, etc.) y su respeto por parte del Estado, produzcan un efecto desmovilizador en el terreno de la política *strictu sensu*, tal como la definimos líneas arriba. En una sociedad democrática, la participación política se mide por la integración a un partido, la asistencia al juego electoral y otros aspectos de la socialización política. En términos generales, la situación de la juventud costarricense puede ser entendida mejor si el punto de partida es el reconocimiento de que existe una situación de *despolitización* permanente, sólo alterada en momentos o períodos bien identificables.

Los problemas de la vida política se encontraron con el activismo estudiantil en un nivel de desarrollo desconocido a finales de la década de los 60. Se trata de un extraordinario fenómeno multinacional que hoy día, visto en perspectiva, pareciera corresponder a un momento especial de la cultura política internacional. El mayo francés (1968) fue sólo la expresión más multitudinaria y dramática de la emergencia de una generación nueva, inconforme, que rechazando imposiciones o autoritarismos en el seno de la universidad, caminaron rápidamente para adoptar una posición *anti statu quo* de carácter violento y de ámbito societal. Casi toda Europa fue sacudida por movimientos juveniles que encabezaron en el primer momento, estudiantes universitarios.

También en Costa Rica ese fenómeno sin precedentes aconteció con ocasión de la movilización contra ALCOA, que implicó la participación organizada en parte y en buena medida espontánea de decenas de miles de jóvenes, la mayoría sin duda universitarios, pero entre los que se mezclaron otros procedentes de escuelas secundarias y otros orígenes.

Después de los acontecimientos de ALCOA (1969-71), que marcaron la vida política de una importante generación de jóvenes costarricenses, el sentido de la participación política como pertenencia a organizaciones y acciones autónomas no ha dejado de disminuir, para convertirse desde hace más de un lustro en una actitud de desentendimiento que no revela en sí misma una situación de conformidad.¹ La apatía política no siempre es desesperanza sino atención a otros órdenes de la vida social.² Como no existen disponibles estudios previos para apoyar estas afirmaciones, ni fué posible realizar una investigación para este propósito, es preferible dejar tales consideraciones generales para examinar aspectos más concretos de esta realidad.

Tal vez el primer aspecto a considerar es el relativo al movimiento estudiantil y específicamente al universitario. Es sabido el importante papel que juega la universidad, los estudiantes universitarios y el entorno estudiantil en la vida de la sociedad y especialmente en el caso de pequeñas sociedades urbanas, en donde su peso es aún mayor. El movimiento estudiantil ha representado siempre la oposición crítica a la gestión gubernamental -oposición activada en momentos de crisis- y ha sido depositario de una tradición progresista, de pensamiento más avanzado en el plano intelectual y más comprometido con posiciones nacionalistas y populares. Tal ha sido el papel jugado por la Federación de Estudiantes de Costa Rica y desde la fundación de la Universidad Nacional, por la Federación correspondiente (FEUNA). Sin embargo, a medida que la crisis política en Centroamérica se tornaba más grave y especialmente después de la ruptura que significó el triunfo sandinista frente a la dictadura de Somoza, el movimiento estudiantil ha ido reduciendo su ámbito de actividad para quedarse comprometido hacia adentro, en una acción más interesada en problemas específicamente gremiales como el de comedores estudiantiles, cuotas de ingreso o festivales de cultura.

Es sabido, no obstante, que la politización universitaria no se genera en el seno de la universidad, ni se produce por la voluntad de pequeños grupos estudiantiles más activos. No hay "vanguardia" posible sin conflictos sociales que se sitúan tanto en su origen como en su desarrollo en la sociedad global. La naturaleza de los enfrentamientos políticos (o de cualquier naturaleza) se reflejan en la universidad o ésta los recoge sin que necesariamente aparezcan como la imagen de un espejo. Lo cierto es que con cierta propensión a la sustitución de actores, hay circunstancias en que el movimiento estudiantil recoge banderas que no son, literalmente hablando, las suyas. De todas maneras, y en último análisis, el movimiento estudiantil refleja los intereses del sector social al que pertenecen y es en el interior de esta dialéctica que podrían explicarse tanto los breves momentos de tensión y ascenso como los largos períodos de despolitiza-

ción, como el que afecta a la juventud en general y al gremio estudiantil de Costa Rica en particular hoy día.

El segundo aspecto a considerar es el de la participación partidaria y política. Los partidos políticos del país tienen historias distintas que no es dable considerar aquí. Los ubicados a la izquierda y particularmente Vanguardia Popular (comunista) siempre tuvieron una organización juvenil, activa sobre todo en el sector estudiantil. El Partido Liberación Nacional (socialdemócrata) también ha tenido una sección juvenil importante por épocas y particularmente activa en los últimos años, en donde los cuadros juveniles del Partido han protagonizado luchas internas y han obtenido éxitos de representación muy importantes. En los últimos años -es decir, como un fenómeno reciente- la oposición conservadora unificada en el Partido Unidad Social Cristiana, también ha organizado su movimiento juvenil. La elección de su dirigencia exhibió un importante grado de democracia interna, cohesión orgánica y masas. La corta experiencia de los socialcristianos no permite sino señalar este dato nuevo de la política nacional.

La participación electoral es significativamente importante en el país. Podemos citar como ejemplo las elecciones presidenciales de 1982, que ganó el PLN, y en la que concurren 991 mil sufragantes (sobre un total de 1.2 millones de electores inscritos). De este total de votos emitidos, 267.574 fueron hechos por jóvenes entre 18 años (edad con la que se convierte en ciudadano) y 24 años, lo que significa el 27 por ciento del total de votantes (Tribunal Supremo de Elecciones, 1979 y 1985). Debe hacerse notar que en las últimas ocho elecciones presidenciales, el abstencionismo ha oscilado entre el 20 y el 30 por ciento del total de electores inscritos y que en todas esas jornadas, el grupo de edad señalado ha tenido tasas constantes de participación, lo que nos permite sugerir la hipótesis de que el abstencionismo se origina en sectores adultos, probablemente en edades más avanzadas de la vida.

En las elecciones de 1986 la abstención disminuyó a un 25 por ciento y se incorporaron 225 mil personas. Se supone que la inmensa mayoría de ellas fueron jóvenes que votaron por primera vez, en una contienda electoral calificada por la ausencia de polarización ideológica y por una competitividad más bien personalizada entre los candidatos y sus imágenes familiares. No obstante, la juventud de los candidatos Oscar Arias y Rafael Angel Calderón activó significativamente al electorado nacional y especialmente a la juventud.

Finalmente, habría que señalar que la vida política transcurre en el cuadro de una aguda crisis regional, de la cual forma parte Costa Rica aunque ello se perciba de una manera diversa. Los cambios políticos que ocurren en Nicaragua junto a los intentos abiertos de desestabilización provocados por la política norteamericana, han creado un ambiente de profunda tensión, en cuyo límite se encuentra una guerra civil generalizada. Los conflictos violentos que permanentemente han sacudido a Guatemala y El Salvador -pese a sus procesos electorales recientes- forman parte de este síndrome generalizado de crisis. Todo lo anterior ha servido para re-

forzar una imagen nacional del ciudadano costarricense como distinto del resto de centroamericanos. Aunque ello es relativamente cierto, la percepción de la juventud -puesta de manifiesto en múltiples sitios- sobre el carácter democrático, pacífico y neutral del país ha servido para una manipulación ideológica que tiende a polarizar la participación política y la vida social. *

Es ésa la razón por la cual se hace referencia a esta particular situación de la coyuntura: la nueva generación de costarricenses está siendo socializada en la imagen de una sociedad que, amenazada por sus vecinos y por ideologías violentas, sólo puede sobrevivir a condición de un mayor aislamiento, de una revalorización del pensamiento más conservador y de una eventual desnacionalización de los mecanismos de identidad nacional. La crisis económica, confundida en sus efectos con la política, aumenta las dificultades para definir metas y objetivos y para desdibujar un horizonte que debería tener los colores de la aurora tropical.

Hace falta una investigación de largo alcance para establecer responsablemente cual es el estado de ánimo de la actual generación joven de costarricenses. Es decir, de aquellos que verán el fin del milenio corresponder con el ejercicio de responsabilidades familiares de nuevo tipo, pero sobre todo y más allá de sus relaciones interpersonales, con la conducción de la sociedad (el Estado, las empresas privadas, el mundo cooperativo, la vida comunal, el ejercicio de la política, etc.) en un medio que no nos atrevemos a calificar, pero que será sin duda radicalmente distinto del actual. Probablemente un contexto internacional donde la inserción de economías pequeñas, de Estados sin fuerza militar, de culturas locales muy debilitadas, hará más difícil la convivencia pacífica y democrática.

CONCLUSIONES Y PERSPECTIVAS

A tono con las tendencias inherentes hoy día a las sociedades subdesarrolladas, la población joven de Costa Rica aumentará en términos relativos en los próximos años y con ello, volverá más problemática lo que en el trabajo hemos llamado la condición juvenil. Esto último hace referencia a los problemas existenciales, los intereses particulares, los símbolos, comportamientos y valores de una subcultura expansiva, generados en una etapa particular de la vida, todo lo cual varía según sea la pertenencia de clase, la experiencia familiar y grupal y el momento histórico que se considere.

Decimos que el escenario de los jóvenes se volverá aún más problemático en el futuro inmediato por cuanto sus modalidades de existencia social se mueven en el interior de un espacio marcado por la crisis económica internacional y por los múltiples efectos que genera la crisis política regional. Con lo anterior estamos haciendo una referencia directa a las formas de inserción del joven en el mercado de trabajo, en la esfera de la educación, en el ámbito de la utilización de su tiempo libre, etc.

En ese escenario futuro -y diríamos ya existente- juegan un papel decisivo como influencia conformadora y deformante las modas, los estilos

de vida, los hábitos sociales, los prejuicios y las esperanzas de la cultura norteamericana. Numerosos grupos juveniles son susceptibles de percibir elementos básicos de esa cultura, sensibilizarse hasta un punto en que la identidad personal, social y nacional se alteren de manera irreversible. La presencia norteamericana en el ambiente costarricense es decisivo como no lo es, creemos, en ninguna otra sociedad latinoamericana. Lo que es único, en consecuencia, no es la magnitud de las influencias externas sino la extrema receptividad, la *predisposición* para hacerlas propias. La imitación, los préstamos culturales, la referencia constante e inevitable de aspectos particularmente negativos contribuyen a conformar un escenario juvenil cosmopolita, desnacionalizado, "malinchista". El respeto a la cultura extranjera y a la norteamericana en particular es otra cosa. Pero ello supone una capacidad de reflexión, selección y juicio que la juventud no debe perder, para no enajenarse. Para fortalecer las raíces de la nación costarricense.

Una conclusión obligada de la situación de crisis es que las perspectivas de normalización de la economía nacional, pese a los augurios favorables de la coyuntura de 1986-87, influirán en las dificultades para obtener un trabajo permanente para aquellos sectores sociales donde el ingreso familiar se completa con la actividad laboral de los jóvenes. O en el tipo de utilización de la oferta educacional en aquellos otros donde los valores culturales conforman un ámbito propio de la estructura social. Por ello es difícil hablar de "juventud" sin hacer distinciones a partir de su obligada estratificación social.

Sin embargo y dadas las características de la sociedad costarricense, hay elementos comunes en el tipo de posibilidades de desarrollo que para el joven ofrecen tanto la sociedad (adulta) como el Estado, para socializarlos en una cultura democrática, hacerlos participar y convertirlos en ciudadanos aún más plenos de un mundo futuro. Quisiéramos señalar en estas conclusiones, algunos aspectos que tienen que ver con las perspectivas de desarrollo de la juventud.

Uno es el que se refiere al trabajo. La importancia de los jóvenes en la población económicamente activa tiende a disminuir y por lo tanto, es previsible que en la categoría de desocupados aumente significativamente el sector de los que buscan trabajo por primera vez. Si esto se viera eventualmente acompañado por una expansión del sector educativo, a tasas de crecimiento aún mayores, se estaría simplemente retrasando el momento del ingreso al mundo laboral, sin que se hayan resuelto las condiciones de fortalecimiento de la demanda de este último. Probablemente no sucederá así.

Otro son los efectos inmediatos -y probablemente reiterados en el tiempo- que tendrá el debilitamiento de las políticas sociales aplicadas por el Estado en los últimos treinta años. A las limitaciones impuestas en el gasto público por razones estrictamente fiscales, se sumarán las que se originan en convicciones neoliberales que proclaman la primacía total del mercado tanto para asignar factores productivos como para dejar que los efectos perversos de carácter social, cultural y político se resuelvan por sí

solos en el ámbito privado. Existen tendencias en vías de cristalización en la orientación del Estado y en el carácter de su actividad, para limitar su participación como agente normalizador de la vida social. Si el factor "corrector" de las políticas públicas en este terreno no se vigoriza, es previsible que hayan aumentos significativos de la pobreza no sólo en quienes esperan un salario para sobrevivir sino para una franja importante de asalariados, cuyo ingreso disminuye en términos reales.

Lo anterior tiene que ver con un aspecto brevemente mencionado en el trabajo: el aumento de la criminalidad en el país y con ello la participación de los jóvenes. Las zonas criminógenas en Costa Rica son bien conocidas en el ámbito urbano y sub-urbano. La delincuencia juvenil se sitúa justamente en sitios particularmente castigados por la pobreza, a juzgar por sus signos externos más conocidos: deterioro de la vivienda, ausencia de servicios públicos completos, predominio de economías informales, etc. La violencia inter-personal, que primero se despliega en el interior del medio social donde se origina, se traslada hacia afuera a medida que la crisis es más profunda y castiga a otros grupos sociales. Es previsible en los próximos años un incremento de los llamados delitos menores (carterismo, robos sin daños físicos a casas o personas, etc.) perpetrados por jóvenes donde la vagancia está asociada a la delincuencia y a la mendicidad.

Aunque la drogadicción no está estructuralmente ligada a la pobreza, la criminalidad sí lo está. Existen tanto algunas investigaciones así como reportajes periodísticos confiables que permiten afirmar que la producción, el tráfico y el consumo de drogas van en aumento en el país. Y al igual que en otros países, la juventud es una clientela especialmente buscada en esta oferta. El Estado y diversos organismos nacionales e internacionales han intensificado en los últimos tres años -y es de prever que continúe con mayor vigor- la lucha contra los diversos aspectos de la "cultura de la droga", no sólo volviendo difícil su producción local, sino impidiendo también que el país se convierta en sitio de tránsito, así como disminuyendo el mercado consumidor; esto es obligado aún con el uso de la marihuana, que tiene ya una cierta tradición de benevolente aceptación en el país. Esto es cierto, significativamente, en grupos de jóvenes de clase media y alta en donde lo que fue inicialmente una moda, en los sesentas, se convirtió en definitiva en un vicio.

Finalmente, es necesario sacar algunas conclusiones en lo que se refiere a la educación. De nuevo, las tendencias señaladas en el texto, apuntan al desarrollo de situaciones que afectarán tanto la retención en la escuela, la graduación como momento final de una meta buscada, pero especialmente el ingreso y permanencia en el ámbito educativo. Los esfuerzos que el Estado costarricense (y algunos otros sectores) ha realizado hasta el día de hoy explican la dinámica expansiva del sector. La diversificación de la oferta en ámbitos más especializados, la masificación de la matrícula o de las oportunidades de estudio y las diferencias socio-económicas acentuadas con la crisis, han ido conformando diversos perfiles educativos en el interior de un mismo nivel.

Así, lo que hemos llamado segmentación del sistema educativo formal tiende a profundizarse y a convertirse en la nueva manera de funcionar del sistema educativo. Ello es previsible en lo que gráficamente podríamos llamar lo horizontal y lo vertical. Lo primero alude al fraccionamiento de diversas escuelas en el mismo nivel (rural-urbana, pública-privada), que tiende a acentuarse en la educación secundaria y sobre todo en la superior. El establecimiento de la Universidad Estatal a Distancia constituye la más reciente experiencia de diferenciación interna y de fragmentación de la enseñanza universitaria. Lo vertical alude a las dificultades de "ascenso" en el sistema educativo institucional.

Cobra relevancia -y en el futuro lo tendrá aún más- la especialización técnica que no pasa por la educación formal y que hoy día tiene su expresión conspicua en cursos intensivos para la programación en computadora, para los usos más diversos de los microprocesos en el ámbito del sector público y especialmente del privado. En los hechos, la Universidad está retrasada en la preparación de personal calificado para enfrentar una situación que tanto se origina en la oferta internacional como en la demanda impuesta por situaciones en que también privan el snobismo y la moda.

Finalmente, habría que hacer una rápida mención en estas conclusiones del escenario político y económico probable en que le tocará formarse y actuar a las nuevas generaciones de costarricenses. Sin ánimo de hacer predicciones, que sólo ocurren en un mundo ideal donde, *ceteris paribus*, sólo hay constantes y no el curso tumultuoso de la historia, hay que hacer referencia a tendencias visibles hoy día, como el aumento creciente del sector informal de la economía. La funcionalidad de esta forma de trabajo y vida es compatible hasta cierto límite con la participación política, la organización y expresión del pensamiento. Como ya está agotada la frontera agrícola, es imaginable un espacio rural con aumento de las presiones de los precaristas o de la subocupación.

De tener éxito las nuevas formas de economía de exportación que se intentan, en una renovada cooperación intercentroamericana e internacional, la sociedad costarricense soportará mejor el agobio de su deuda externa y de los estrangulamientos económicos originados en su apertura hacia afuera. Las tendencias a crear desigualdades y con ello, oportunidades diferenciales, afectará especialmente a los jóvenes con menores ingresos.

La vida democrática y participatoria en la que han nacido y se han formado las últimas generaciones de costarricenses no parecen seriamente amenazadas ni desde afuera ni desde adentro. No es cierto que la crisis regional constituya una amenaza mayúscula a la democracia tica. De hecho, esta última se fue perfeccionando mientras en Nicaragua, por ejemplo, la dictadura familiar de los Somoza se degeneraba hasta su fracaso total en 1979. La crisis regional afecta a Costa Rica porque ha contribuido a dificultar el funcionamiento del mercado común, por la afluencia de refugiados y porque la persistencia de un conflicto de marcada dimensión internacional, vuelve más sensible su condición geopolítica. Las presiones y los chantajes del exterior aumentan.

La nueva generación de costarricenses, que gobernarán el país cuando llegue el milenio deben estar advertidos que la tradición democrática, la cultura de tolerancia y los hábitos organizativos se pueden perder. Son conquistas percederas. Tal como lo demuestra largamente la reciente historia latinoamericana, a la democracia la amenazan siempre los sectores más conservadores de la sociedad. Hay elementos antidemocráticos en proceso de fortalecimiento. Uno de ellos es la tendencia corporativa que sustituye la representación partidaria por la gremial. Y ésta, se vuelve monopolio en la expresión de intereses otrora múltiples. En la experiencia sudamericana, lo corporativo es patronal. También es nocivo el debilitamiento de la organización sindical y sus sustitución por formas que hacen coincidir intereses del mundo del trabajo con los del capital. La independencia organizativa de tales intereses es condición de la vida democrática. Sin sindicalismo independiente es difícil la democracia. Tampoco es bueno para esta última el monopolio de la información, básica en el mundo actual y en el futuro. La libertad de opinión está vinculada a la libertad de información.

También conspira contra la democracia el apoliticismo que al final de cuentas disimula una toma de posición conservadora. No es posible predecir cómo evolucionarán estas tendencias en el seno de la juventud. La cultura política y la democracia deberán profundizarse. A la juventud le corresponde hacer posible un futuro mejor, con ayuda de su voluntad, de su imaginación creativa y de su civismo.

BIBLIOGRAFIA

- A. Gurrieri y E. Torres-Rivas (1971). *Estudios sobre la juventud marginal latinoamericana*. México: Siglo XXI.
- Banco Mundial (1983). *Informes sobre el desarrollo mundial. 1983*. Washington: BM, julio.
- Bronfenmajer, Gabriela y Ramón Casanova (1986). *Juventud y sociedad en Venezuela*. Venezuela: CENDES, a mimeógrafo.
- Calvo, Otto (1983). *Sistema de Indicadores de pobreza y participación social*. San José: Instituto de Investigaciones Sociales, Universidad de Costa Rica.
- CELADE (1983). *Costa Rica. Estimaciones y proyecciones de población 1950-2005*. Fascículo F/CRI, 1 Octubre.
- CEPAL (1985). "La Juventud en América Latina y el Caribe", *Estudios e Informes de CEPAL*. Chile: CEPAL, No. 47.
- Céspedes, Víctor Hugo, et. al. (1983). *Costa Rica: Crisis y empobrecimiento*. Costa Rica: Studium.
- Chang, Ligia (1985) *Costa Rica, empleo y capacitación de la juventud*. San José: Editorial INA, Sept.
- Comisión de Trabajo y Seguridad Social (1985). *Lineamientos de política y plan de acción para el Año Internacional de la Juventud*.

- Dirección General de Estadística y Censos (1984). *Censo Nacional de Población*.
- Escobar, F (1975). *Juventud y cambio social (Apuntes desde una perspectiva sociológica)*. San José: Ministerio de Cultura, Juventud y Deportes, Depto. de Publicaciones, 2a. edición.
- Franco, L. y A., León (1983). "Estilos de desarrollo, modelo de Estado y estructura social en Costa Rica", *Pensamiento Iberoamericano*. España: ICI-CEPAL, No 6, Jul-Dic.
- IDESPO (1985). *Los jóvenes y el empleo*. Costa Rica.
- IDESPO (1985a). *La población juvenil del Valle Central Urbano*, Heredia, Costa Rica.
- IDESPO (Instituto de Estudios Sociales en Población) y Ministerio de Cultura, Juventud y Deportes (1987). *La prostitución en Costa Rica*. Documento presentado en el Seminario "El Desarrollo de una Política Nacional de Juventud". San José 10-13 febrero.
- INSA (1987). *Farmacodependencia y alcoholismo*. Documento presentado en el Seminario "El Desarrollo de una Política Nacional de Juventud". San José 10-13 febrero.
- Medina Echavarría, José (1964). *Consideraciones sociológicas sobre el desarrollo económico*. Buenos Aires: Solas/Hachette.
- Ministerio de Educación Pública (1987). *Juventud y educación*. Documento presentado en el Seminario "El Desarrollo de una Política Nacional de Juventud". San José 10-13 febrero.
- Ministerio de Planificación Nacional y Política Económica. *Encuestas nacionales de hogares: Empleo y desempleo*. San José. 1977, 1978, 1979, 1980, 1981, 1982.
- Ministerio de Justicia (1982). *Censo de población penal*. Costa Rica, julio.
- OFIPLAN (1981). *La dimensión de la pobreza*. San José. Ministerio de Planificación Nacional y Política Económica. *El deterioro de la condición social de los costarricenses*.
- OFIPLAN (1982). *Evolución socioeconómica de Costa Rica 1950-1980*. Costa Rica: EUNED.
- Schaff, Adam (1985). *¿Qué futuro nos aguarda? Las consecuencias sociales de la segunda revolución industrial*. Barcelona: Ed. Crítica.
- Tribunal Supremo de Elecciones (1979). *Elecciones en cifras. 1953, 1958, 1962, 1966, 1970, 1974, 1978*. Costa Rica.
- Tribunal Supremo de Elecciones (1985). *Estadísticas del sufragio 1982*. Costa Rica.
- UNESCO, PNUD, CSUCA (1980). *La posición de los grupos organizados y entidades colectivas frente al sistema educativo*. Guatemala.
- Vega Carballo, J. L. (1983). "¿Podrá sobrevivir la democracia en Costa Rica?", *Polémica*. Costa Rica: ICADIS, No 12, nov-dic.

JUVENTUD Y SOCIEDAD EN HONDURAS

Guillermo Molina Chocano*

INTRODUCCION

El propósito de este informe es intentar sistematizar un conjunto de indicadores que posibiliten la caracterización de algunos de los rasgos que presenta la población joven de Honduras en el presente.

A los fines de este informe el concepto de juventud que se utilizará, supone un sujeto social con toda la potencialidad de futuro que se le pueda asignar. Por lo mismo, el concepto de juventud examinado no es, simplemente, una categoría biológica-estadística, un segmento de la estructura de edad de la población, sino que, fundamentalmente, lo utilizaremos como una categoría socio-cultural, fuertemente condicionada por la particular configuración de la estructura de clases del contexto en que es estudiada.

Desde este punto de vista no podemos hablar de una juventud hondureña genéricamente concebida, analizada separadamente de las diferencias sociales que la conforman. Se trata de apropiarla estructuralmente, sobre la base de establecer la potencialidad que tiene la juventud hondureña para moldear su propia realidad, pero sobre la condición de constituir un sujeto social cuya situación objetiva condiciona fuertemente el modo de construir su futuro.

Sólo así podremos tener una visión más integral y entender las consecuencias globales y sectoriales que afectan aquella fracción de la población joven excluida de los servicios básicos (como educación, alimentación y salud) o a la juventud dominada socialmente, y que no sólo queda al margen del mercado sino que también excluida de las reglas que rigen el juego político del país.

* El autor contó con la colaboración de Hugo Madariaga, Liliana Rubi y Carlota Carías del Centro de Estudios y Promoción del Desarrollo de Honduras.

De este modo, cualquier diagnóstico debe organizar articuladamente las diferentes dimensiones con que analíticamente se pretende reconstruir una situación histórico-concreta dada. En síntesis, la construcción del objeto de análisis, debe consistir en relacionar los aspectos más relevantes que lo condicionan, con una lógica analítica de tal naturaleza, que posibilite constatar lo que la población estudiada posee como sector social significativo de la estructura del país.

Al recortar esta complejidad de los fenómenos reales, al aislar a la juventud, al observarla y describirla con un marco de razonamiento ya previamente dado, no sólo se deforma la situación histórica de este sector social, sino que tampoco permite la comprensión de su potencial transformador, en un proceso de cambio de las estructuras tradicionales que condicionan aún al país.

Planteado así el objeto del análisis, éste recobra una complejidad creciente; no basta ya la simple descripción estadística de los procesos, como un simple recorte de una realidad social relativa y de difícil comprensión. Por lo mismo, es necesario recomponer tales informaciones, de manera tal, que el diagnóstico articule la situación empírica dentro de una totalidad compleja de los procesos sociales.

Sin embargo, queda abierta la interrogante acerca de cómo podemos entregar esta visión totalizadora de nuestra juventud, cuando la misma es una realidad social relativa y de difícil comprensión. Estas dificultades analíticas resultan casi asombrosas cuando la literatura sobre el tema es cada vez más extensa. Y aún cuando las dificultades analíticas pueden ser eventualmente resueltas, los vacíos de información que uno se encuentra en este campo de estudio, son considerables y paradójicos, que hacen punto menos que imposible un informe sistemático que nos entregue una visión totalizadora de la juventud hondureña, como una situación social objetivada y empíricamente evidente.

Dado que el concepto de juventud no constituye en sí un problema de definición sino que más bien de enfoque de carácter analítico, es necesario explicitar la perspectiva en que se pretende abordarla como una totalidad al interior de la estructura de la sociedad nacional. Desde este punto de vista podríamos preguntarnos si el criterio estadístico de convergencia internacional de considerar como joven al número de individuos que formen parte y queden incluidos dentro del intervalo de edad de 15 a 24 años de edad, se encuentran todos en una misma condición social objetiva, independiente de la conciencia o de los intereses de cualquiera de ellos, de manera tal que constituyen un sector social o estamental diferenciado de los otros sujetos sociales significativos de una estructura social.

Un concepto de juventud construido de manera estadística da margen a toda clase de simplificaciones ficticias y se crean, a veces, imágenes estereotipadas que tienden más a oscurecer que a aclarar la posición estructural del conjunto que nos preocupa. ¿Hasta qué punto son comparables las situaciones del joven trabajador del campo hondureño con aquella minoría que llega a constituir una élite intelectual y de carácter político

dentro del sistema de relaciones sociales imperantes en Honduras? Por lo mismo, al manejar tales criterios estadísticos lo haremos con la reserva explícita de que ellos no reflejan las consecuencias sociales, culturales y políticas que enfrenta la generalidad de la población joven del país, en un período de transición democrática que tiene como reto histórico la lucha contra el atraso, el sub-desarrollo secular, y de poder generar un modelo de desarrollo económico, social y cultural alternativo que de un mayor bienestar material a los grandes sectores populares del país.

Dadas las consideraciones anteriores, se intentará desarrollar los siguientes aspectos referidos a las características y situaciones de la población joven de Honduras:

- I. La Población Joven y el Marco Geográfico
- II. La Población Joven y la Educación
- III. la Población Joven y su Inserción en el Proceso Productivo
- IV. La Juventud Hondureña y su Participación Política

I. LA POBLACIÓN JOVEN Y EL MARCO GEOGRÁFICO EN HONDURAS

Generalmente las características demográficas se cuantifican a partir de los nacimientos, las defunciones y las migraciones; por lo mismo, cada país presenta una dinámica específica tanto en su crecimiento, como en su volumen, en la distribución de los grupos de edad como por su localización urbano-rural. El nivel de desarrollo económico-social alcanzado en Honduras, determina y condiciona muchos de los hechos demográficos que analizaremos a continuación.

La estructura de población de Honduras es joven, predominantemente rural y con muy bajos niveles de vida. Las zonas rurales situadas a lo largo de la llanura costera meridional están densamente pobladas; las zonas urbanas con 2,000 o más habitantes radican en las mesetas entre las tierras altas al sur y la cordillera de América Central.

La población total del país es de 4,029,000 habitantes (Banco Central, 1983). De acuerdo con las tasas de crecimiento intercensal de los períodos 1950, 1961, 1974, se muestra que el ritmo de crecimiento de la población hondureña del último período fue inferior a lo ocurrido en la década de los años 60. La variante media estimada del crecimiento demográfico de 1970-1975 preparada por la División de Población de las Naciones Unidas, es de 3.5% anual.

Durante el período 1950-1974, la población hondureña rejuveneció considerablemente; el peso relativo de los niños y jóvenes (0 a 24 años) en la estructura de la población aumentó del 59.9% en 1950 al 66.8% en 1974. Del mismo modo, la tendencia de los grupos de mayor edad (65 y más), muestra el sentido contrario, pues ha disminuído del 38% en 1950, 24% en 1961, al 28% en 1974.

Tal como lo señala el Cuadro 1, la población joven del país (10 a 24 años) representaba el 31.1% en 1950, el 30.7% en 1961, y 33.3 en 1974, tendencia que demuestra cierta estabilidad porcentual de este segmento de la población, ya que el crecimiento mayor se ha producido considerablemente en los grupos de menores de 15 años cuya participación ha sido el 40.7% en 1950, 47.8% en 1961 y 48.1% en 1974.

Estos datos nos reflejan claramente la importancia numérica que tienen los niños y los jóvenes del país, tendencia que se expresa en la misma forma en los restantes países de América Latina. Por lo mismo, el proceso de rejuvenecimiento de la población de Honduras, no implica un proceso de envejecimiento de la misma, ya que la proporción de población mayor del os 65 años de edad tiende a disminuir paulatinamente.

Si, por el contrario, consideramos operativamente como población joven a toda aquella menor de 20 años de edad, las cifras demuestran que este sector ha aumentado del 50.8% en 1950 al 59% en 1974; es decir, el crecimiento demográfico expresa para el período considerado una variación porcentual de más 8.2%, que es el más alto de los países de América Latina, proceso que es la clara manifestación del fenómeno de la llamada "explosión" demográfica como se le designa tan gráficamente desde un punto de vista específicamente cuantitativo.

Cuadro 1
Honduras: Distribución Porcentual de la Población por Grupos de Edad
(1950, 1961 y 1974)

Grupos de edad	1950	1961	1974
0-4	15.80	19.00	18.30
5-9	13.00	16.30	16.00
10-14	11.90	12.50	13.80
15-19	10.10	9.80	10.90
20-24	9.10	8.40	8.60
25-29	7.40	6.90	6.30
30-34	6.10	5.80	5.20
35-39	5.70	5.10	4.80
40-44	4.70	4.00	3.90
45-49	3.90	3.20	3.30
50-54	3.50	2.70	1.40
55-59	2.60	1.90	1.80
60-64	2.40	1.90	1.70
65-69	1.40	1.00	1.10
70-74	0.90	0.60	0.80
75-79	0.70	0.40	0.40
80 y más	0.80	0.50	0.50
Total	100.00	100.00	100.00

Fuente: Dirección General de Estadística y Censos.
Censos de Población 1950, 1961 y 1974. Tegucigalpa, D.C.

1. Tendencias de Crecimiento de la Población Joven

Los datos más recientes que se pueden señalar sobre los aspectos del crecimiento vegetativo de este sector pueden ser extraídos de la segunda encuesta nacional de Honduras de 1985. De acuerdo con estas cifras, la población menor de 20 años de edad representa el 57.46% del total encuestado (62,487 habitantes).

Si consideramos sólo la población comprendida en el intervalo 10-24 años, ésta representa el 32.5% del total. Como puede observarse, entonces, el peso relativo de la población joven hondureña es singularmente estable desde hace 30 años, lo que indica lo tardío que se dió el proceso de rejuvenecimiento de la población si lo comparamos con otros países de América Latina, que iniciaron una rápida transición demográfica junto con la creciente industrialización urbana.

Según las cifras del cuadro 2, la población hondureña está dividida casi proporcionalmente en tres tercios, según los grandes grupos de edad establecidos.

Cuadro 2
Honduras: Distribución de la Población según Grandes Grupos de Edad (1950-1983)

Grupos de edad	1950	1961	1974	1983
0-9	28.8	35.3	34.3	33.7
10-24	31.1	30.7	33.3	32.5
25 y más	40.1	34.0	32.4	33.8
Total	100.0	100.0	100.0	100.0

Fuente: Dirección General de Estadística y Censos.
Censos de Población 1950, 1961 y 1974. Tegucigalpa, D.C.

2. Distribución Urbana-Rural de la Población Joven

Los dos factores estructurales más significativos del modelo de desarrollo histórico generado en Honduras lo constituyen: a) el carácter de "enclave" de plantación de su economía, y b) la condición de país con una estructura fuertemente rural. De acuerdo con las cifras de la EDENH, de los 4,072,000 habitantes que conforman la población de Honduras en 1985, el 60.2% está radicado en las zonas rurales; y el resto, 39.8%, conforma los núcleos urbanos.

El cambio de la distribución espacial de la población se ve reflejado por el descenso de la población rural: 77% en 1961, 69% en 1974 y el 60.2% en 1983, y por el aumento correlativo de los centros urbanos.

Si analizamos el cuadro 3, la población entre los 10 y 24 años de edad representa el 34.6% del total de la población urbana; en las zonas rurales, en cambio, sólo alcanza a representar el 31% de la población.

Mientras que en el grupo de edad 0 a 9 años tiende a predominar la localización rural de los niños (37.2% en relación con el 28.5% urbano) entre la juventud la tendencia muestra una mayor proporción de jóvenes urbanos por sobre los jóvenes rurales. Sin embargo, en términos cuantitativos la importancia de la "Juventud rural" no deja de ser significativa, ya que el 60% del total de la población es de carácter rural. El censo de 1974 definió como población rural aquella población que reside en lugares sin las características urbanas correspondientes, es decir: población que vive en centros poblados con 2,000 habitantes y más y en los que existiera además: a) Servicio de agua de cañería; b) comunicación terrestre (carretera o ferrocarril); c) Escuela primaria completa (seis grados); d) Correo o telégrafo.

En Honduras la población urbana masculina (45.9%) es inferior a la femenina (54.1%), en cambio, en el sector rural la diferencia es leve, existiendo así un equilibrio entre ambos sexos (50.5% para las mujeres y 49.5% de hombres). Esta característica se encuentra en el sector joven, ya que mientras que en el sector rural existe una leve diferencia en favor de los hombres (31.4%) con respecto al 30.6% de las mujeres, esta diferencia se invierte en sentido contrario, en las zonas urbanas, pues la tendencia es que existe un predominio de las mujeres (35.6%) con respecto a los hombres (33.4%), aún cuando la diferencia porcentual (más 1.2%) es menor que la mostrada a nivel nacional para todos los grupos de edad (más 8.2%).

Aún cuando hasta el momento existe un fuerte predominio de la población rural en el país, se estima que la población urbana crece en no menos de 50,000 personas por año provenientes de las zonas rurales, proceso que tendrá como consecuencia que se equilibre el volumen de la población residente en las zonas urbanas con respecto a la población rural.

Cuadro 3
Honduras: Población Urbana y Rural por Grupos de Edad y Sexo (1983)
-Porcentajes-

Edad	Población Rural			Población Urbana		
	Hombres	Mujeres	Total	Hombres	Mujeres	Total
0-9	37.2	37.2	37.2	31.6	25.9	28.5
10-24	31.4	30.6	31.0	33.4	35.6	34.6
25 y más	31.4	32.2	31.8	35.0	38.5	36.9
Total	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0

Fuente: Encuesta Demográfica Nacional de Honduras (1983)

La tasa de migración neta es uno de los indicadores útiles para medir la migración. Si los emigrantes (individuos que salen) son más numerosos que los inmigrantes (individuos que llegan), la tasa es negativa, si sucede a la inversa la tasa será positiva.

Según el Censo de Población de Honduras (1974), los movimientos migratorios internos han adquirido regular importancia. Es posible distinguir departamentos que expulsan población (mayor número de salidas que entradas), departamentos que atraen población (mayor número de entradas que de salidas) y departamentos de equilibrio (entradas y salidas semejantes).

Como lo señala el Cuadro 4, Honduras cuenta con 18 Departamentos, de los cuales el Departamento Francisco Morazán (donde se encuentra Tegucigalpa, capital de la República) y el Departamento de Cortés (donde se encuentra la zona industrial del país) son importantes focos de atracción poblacional (120.6 y 271.9, respectivamente), junto con los Departamentos de Atlántida (197.2) y Colón (223.9).

En cuanto a la edad de los migrantes; encontramos que el 54% de la población que emigra del campo a la ciudad es menor de 20 años y la tendencia a la emigración disminuye proporcionalmente a medida que aumenta la edad (véase cuadro 5).

Cuadro 4
Honduras: Tasas de Migración por Departamento (1974)
-Por mil-

	Inmigración	Emigración	Migración Neta
Atlántida	399.0	201.8	197.2
Colón	425.0	201.3	223.7
Comayagua	162.6	207.8	(45.2)
Copán	139.2	256.0	(116.8)
Cortés	375.6	103.6	272.0
Choluteca	61.4	176.2	(114.8)
El Paraíso	91.9	164.1	(72.2)
Francisco Morazán	200.8	80.2	120.6
Gracias a Dios	53.3	93.8	(40.5)
Intibucá	38.5	278.9	(240.4)
Islas de la Bahía	199.7	117.5	82.2
La Paz	59.7	352.4	(292.7)
Lempira	37.2	256.4	(219.2)
Ocotepeque	29.2	633.4	(604.2)
Olancho	92.4	209.4	(117.0)
Santa Bárbara	156.3	254.2	(97.9)
Valle	76.7	409.2	(332.5)
Yoro	285.8	191.6	94.2

Fuente: Dirección General de Estadística y Censos.
Censos Nacional de Población y Vivienda 1974 (tabulaciones no publicadas).
Tegucigalpa, D.C.

Cuadro 5
Honduras: Migración Rural Urbana por Grupos de
Edad (1984)

Edad	Porcentaje
Menos de 20 años	54.0
21-30	21.0
31-40	14.0
40 y más	11.0
Total	100.0

Fuente: Estudio de la Región Central.

3. Estructura Familiar

En un estudio hecho en las comunidades marginadas del Distrito Central, existe una alta incidencia de familias con 6.7 y 8 miembros que equivalen a un 41.3% del total; superan el valor medio de Tegucigalpa que es aproximadamente de 5 miembros por familia. Este número alto de miembros de la familia se convierte en una limitación más en el deseo de los mismos de mejorar sus condiciones de vida, por cuanto la distribución de sus escasos recursos se atomiza y disminuye en satisfacer a medias las necesidades básicas de sobrevivencia del grupo, lo que se vuelve más difícil de cumplir a medida que crece el número de sus miembros. Al hacer la estratificación porcentual de la composición interna de la familia según el parentesco, se encontró que el 53% son hijos, un 17% jefes de familia, 16% otros parentescos y 14% esposas y compañeros de hogar, lo que indica un alto grado de parentesco al estar la mayoría vinculada dentro del primer grado de consanguinidad.

Existe una tendencia entre las parejas a establecer relaciones a través del vínculo denominado "Unión Libre", con las excepciones de los grupos de edad considerados bastante jóvenes cuyas edades alcanzan hasta los 24 años y se mantienen en el estado de unión consensual. Este tipo de relación es considerado como indicador de inestabilidad familiar y de pobreza, ya que el hombre casi siempre trata de evadir las responsabilidades legales que impone el matrimonio a los jefes de familia por una parte, y por otra, ninguno de los miembros se siente con la obligación moral de permanecer atados a un hogar si en un determinado momento por conveniencias o inestabilidad emocional consideran que sus anhelos o deseos dejan de ser suficientes para ambos o cualquiera de ellos.

Entre los jóvenes la tendencia es a permanecer solteros en el estrato de 20-24 años; y aún en el estrato de 24-29 años el porcentaje de solteros continúa siendo alto: 29%. La existencia de una numerosa población joven soltera trae consigo problemas sociales generados en el tipo de relaciones denominadas clandestinas, a través de las cuales nacen hijos cuyos padres generalmente no los reconocen como tales. Crecen desamparados y abandonados sin la protección que les pueda dar un hogar establecido a través

de las leyes respectivas, aumentando por ende la paternidad irresponsable y el desamparo.

Cuando la figura paterna falta y no ha sido remplazada por otra, sucede algo común: el rol de los hijos se vuelve más activo dentro del grupo familiar, no sólo económica, sino psicológicamente.

Niñas y niños venden en las calles desde temprana edad, niños que cuidan de sus hermanos más pequeños para que la madre pueda realizar las tareas del hogar o trabajar fuera de él. Esta situación favorece para que se valore más a la figura materna y se desvalore a la paterna. Lo anterior no contribuye a la salud mental y agrava los problemas sociales que trae consigo el aumento de la delincuencia, el consumo de drogas y prostitución muy frecuente en las comunidades marginadas, sobre todo, en la población joven.

Como resultado de patrones culturales tradicionales, existe una estructura de familia que se basa en dos premisas fundamentales: la supremacía del padre y la abnegación y autosacrificio de la madre, que fomenta (según el estudio psicológico realizado en una comunidad marginal), el desarrollo de conductas depresivas en ésta, más que en el hombre.

La mayoría de nuestros jóvenes recibe muchos estímulos negativos por parte de su familia y su mundo externo, lo que los lleva a que las manifestaciones depresivas se vuelvan más frecuentes; de allí la cantidad de problemas sociales que presenta nuestra sociedad en la actualidad sobre todo la apatía para buscar solución a sus propios problemas.

Cuadro 6
Honduras: Número de Matrimonios según Edad del Esposo y de la Esposa (1983)*

Edad del esposo	Edad de la esposa					Total
	menos de 15	15-19	20-24	25-29	30-34	
menos de 15	5	201	342	132	46	760
15-19	8	1,043	2,221	988	349	4,798
20-24	1	224	5,943	1,796	820	9,229
25-29	1	41	409	765	684	2,407
30-34		8	84	186	342	1,224
35-39		1	26	44	63	627
40-44			7	15	25	350
45-49			2	3	8	199
50-54				2		129
55-59					2	63
60-64						41
65 y más						28
Total	15	1,518	9,034	3,931	2,339	19,855

*) Incluye unión libre.

Fuente: Departamento de Censos y Estadísticas (1983).

Como se puede apreciar en los cuadros 7, 8, 9 y 10 durante los últimos 30 años Honduras ha presentado una elevada tasa de crecimiento poblacional, un descenso en la mortalidad infantil y, por ende, un fuerte incremento de los grupos jóvenes de población.

Estas variaciones han modificado también la proporción de la población rural con respecto a la urbana, generándose dos grandes centros urbanos cuya sede son Tegucigalpa y San Pedro Sula.

Todos estos indicadores de población reflejan, sin duda, los profundos cambios estructurales por los que ha atravesado el país durante los últimos decenios, proceso a través del cual se exageran las desigualdades entre las zonas rurales y las urbanas, en las condiciones materiales de vida, como en el sistema de relaciones sociales que imperan tanto en el campo como en la ciudad.

La estructura social hondureña, de raigambre fuertemente tradicional, comienza a reflejar este proceso de disolución de los elementos precapitalistas que la conforman; sin embargo, a diferencia de otras naciones del continente, la persistencia de tales rasgos permiten caracterizarla como una estructura fuertemente dual, donde el proceso de transición va generando formas abigarradas de relaciones sociales dando origen a una diversidad estructural notable.

La intensidad de estas transformaciones ha sido desigual, sobre todo en las modalidades existentes en el agro hondureño. Todos estos factores han condicionado las posibilidades de vida de la población joven del país: sus demandas insatisfechas de educación; la falta de posibilidades objetivas para incorporarse plenamente al mundo del trabajo, y la dramática exclusión de este sector social en su participación en el proceso de toma de decisiones políticas.

Cuadro 7

Honduras: Número de Nacidos Vivos según Edad del Padre y de la Madre (1983)

Edad del padre	Edad de la madre					Total
	menos de 15	15-19	20-24	25-29	sin datos de la madre	
menos de 15	14	22	11		5	52
15-19	229	2,418	978	149	207	3,981
20-24	618	10,068	21,037	4,013	3,584	39,320
25-29	237	4,427	15,261	9,282	3,358	32,565
30-34	76	1,511	6,604	9,219	7,254	24,664
35-39	24	519	2,361	3,780	8,787	15,471
40-44	23	249	1,083	1,635	7,582	10,572
45-49	15	154	534	764	4,257	5,724
50-54	5	78	286	364	2,069	2,802
55-59	4	29	128	169	994	1,324
60 y más	3	49	153	184	804	1,193
sin datos del padre	223	2,683	6,754	2,732	8,355	20,747
Total	1,471	22,207	55,190	32,291	47,256	158,415

Fuente: Departamento de Censos y Estadísticas (1983).

Cuadro 8
Honduras: Número de Nacidos Vivos según Edad de la Madre y Tasa de Fecundidad (1983)

	Nacidos vivos	Población femenina	Tasa de fecundidad
15-19	24,586	219,568	111.9
20-24	58,318	117,188	329.1
25-29	34,117	142,050	240.1
30-34	21,458	112,701	190.3
35-39	13,147	89,744	146.4
40-44	5,209	76,405	68.1
35 y más	1,120	64,736	17.3
15-49	157,955	822,392	179.0
10-49	157,955	1,147,986	137.9

Fuente: Departamento de Censos y Estadísticas (1983).

Cuadro 9
Honduras: Algunos Indicadores Demográficos Proyectados -Porcentajes-

	1985-2000
Tasa bruta de natalidad	38.0
Tasa bruta de mortalidad	6.3
Tasa de crecimiento	32.0
	Año 2000
Población total	6,978,241
Tasa de crecimiento urbano (10 ciudades)	5.6
Tasa de crecimiento urbana total	4.8
Tasa de crecimiento rural	1.6
Tasa de crecimiento en Tegucigalpa	5.6
Tasa de crecimiento en San Pedro Sula	7.0
Urbanización/	51.5
Edad mediana	18.5
Población menor de 15 años	42.0

a/ Población residente en lugares considerados urbanos.

Fuente: CELADE-CONSUPLANE. Proyecciones de población.

Cuadro 10
**Honduras: Proyecciones de la Población Joven* según Grupos de Edad
 (1978-1983)**

Grupos de edad	1978	1979	1980	1982	1983
10-14	44,089	462,566	480,066	514,831	532,526
15-19	360,686	376,119	391,827	424,521	441,541
20-24	290,260	302,001	314,511	341,980	356,706
25-29	230,927	242,371	253,566	274,983	285,946

*. Para 1985 la población joven es de 1,993,000 y para el año 2000 será de aproximadamente 3,200,000 jóvenes.

Fuente: Departamento de Censos y Estadísticas (1983).

II. LA POBLACIÓN JOVEN Y LA EDUCACIÓN

Las características del acelerado crecimiento poblacional del país, principalmente de los grupos jóvenes, crearon una fuerte demanda de servicios educativos, básicamente en los centros de influencias urbanas. Por lo mismo, la extensión y la cobertura de la educación, ha discriminado notablemente a la población rural; de cualquier modo, la alfabetización funcional de la población total del país es del 50% para el año 1974.

En ese año el 90% de la juventud urbana entre (10 y 19 años) sabía "leer y escribir" y sólo el 62% de la población joven rural había tenido acceso a la educación, como lo demuestra el cuadro 11.

Como las cuatro quintas partes de la población masculina rural (de más de diez años) es económicamente activa, disminuye las posibilidades de asistencia a la escuela y, fundamentalmente, para tener acceso a las unidades de alfabetización.

El índice de analfabetismo para 1983 alcanzó alrededor del 50% de la población total del país, siendo el grado de analfabetismo de la PEA aproximadamente del 40% a nivel nacional.

El 70% de la población rural es analfabeta. Al comparar esta cifra con el promedio nacional, que es de 50%, se puede apreciar fácilmente que la gran mayoría de la población rural ha estado totalmente marginada de la política educacional que ha sido dominante en el país, con varias consecuencias para la población rural joven.

Desde el punto de vista cuantitativo, si se analiza el total de establecimientos educacionales a nivel primario, el 40% de ellos están localizados en los sectores rurales y la mayor parte, o sea, el 60% en los sectores urbanos. En este sentido cabe preguntarse, ¿Son los niños y jóvenes campesinos los usuarios privilegiados de la política educacional a nivel primario? ¿Cuál es el nivel de penetración alcanzado por la educación primaria en la población en edad escolar entre 7 y 13 años del sector rural? ¿Estará basado en lo que

los autores de la política social consideran deseable? o ¿en alguna disposición legal?

Para responder a estas interrogantes tendríamos que calcular el porcentaje de niños del sector rural que están siendo escolarizados sobre el total de la población en edad escolar de 7 a 13 años. Con este dato podríamos saber hasta qué punto la política educacional a nivel primario considera el sector rural como prioritario, y nos permitiría tener un buen indicador del nivel de discriminación que sufre la población rural.

Cuadro 11
Niveles de Alfabetización, en porcentajes de la población del mismo grupo de edad y del mismo sexo. 1974

La República	Ambos Sexos	Varones	Mujeres
10 a 14	69	67	72
15 a 19	73	71	75
10 a 19	71	69	73
Urbana			
10 a 14	89	88	90
15 a 19	91	91	91
10 a 19	90	90	90
Rural			
10 a 14	60	58	63
15 a 19	63	61	65

Fuente: Dirección General de Estadísticas y Censos. Anuario, 1975.

Cuadro 12
Población Económicamente Activa, 10 años y más, por sexo, 1974 (en miles de habitantes)

La República	Ambos Sexos	Varones	Mujeres
Económicamente Activa	762.8	643.1	119.7
Funcionalmente analfabeta*	533.4	474.1	59.3
Porcentaje	69.9	73.7	49.5
Población Urbana			
Económicamente Activa	253.0	172.6	80.4
Funcionalmente Analfabeta*	110.1	77.9	32.2
Porcentaje	43.5	45.1	40.0
Población Rural			
Económicamente Activa	509.8	470.4	39.4
Funcionalmente Analfabeta*	423.4	395.2	27.1
Porcentaje	83.1	84.0	68.8

* Los que comunican no haber asistido a la Escuela, de 1 a 3 años de escuela.

Fuente: Dirección General de Estadística y Censos. Anuario 1975.

Aún teniendo la información de la población escolarizada del sector rural nada sabemos del porcentaje de deserción, de repetición que se da en estos sectores. Por lo tanto, resulta fácil suponer que si existe un alto porcentaje de población joven rural no escolarizada, un alto porcentaje de deserción y de repetición escolar, la política educacional a nivel primario implementada hasta ahora no es eficiente ni satisface las necesidades de los sectores jóvenes del país.

Si analizamos el censo de 1974, la población analfabeta de Honduras era de 706,659 personas, que representaban el 20.0% del total de la población mayor de 10 años, de los cuales el 51% pertenecía al área rural. Esto indica, que en casi 10 años el analfabetismo rural ha crecido cerca de un 19%, proporcional al crecimiento de la población, y que el sector agrícola continúa siendo uno de los más desprotegidos de las políticas educativas.

Si relacionamos esta situación educacional a nivel primario del sector rural con las políticas salariales destinadas al mismo sector, y que son notoriamente discriminativas en los salarios que percibe la PEA en las actividades agrícolas, podemos concluir que la parte monetaria entregada directamente al trabajador (salario mínimo vigente desde el 26/06/81, según Decreto Ley No. 68) y otra que transita por el Estado en forma de beneficios sociales (educación, salud, vivienda, etc.), tendientes a asegurar la reproducción social de la fuerza de trabajo campesina, muestra un deterioro permanente de esas condiciones hasta llegar a una situación casi exclusivamente de subsistencia del sector campesino del país.

1. La Política Educacional en Honduras

De acuerdo con la racionalidad formal del plan de educación nacional el sistema educativo se define por:

- La democratización de la educación y,
- La vinculación de la educación con los procesos de desarrollo.

Los supuestos ideológicos que subyacen en la idea de la democratización invocan los derechos de la población y la obligación del Estado de brindar igualdad de oportunidades que favorezcan el desarrollo integral de la población joven del país.

La vinculación de la educación con los procesos de desarrollo posibilita la interacción permanente del sector educativo con el contexto socio-económico en el que está inmerso; en este caso, supone una orientación de sus acciones hacia el ámbito del desarrollo productivo nacional, y de ahí su importancia como inversión, como preparación de recursos humanos.

Desde el punto de vista de la coherencia interna y externa de la política educacional, no hay una adecuación entre los recursos y fines para alcanzarla, a pesar de que se destine el 19.09% del presupuesto fiscal de 1984 para la educación pública, y que ocupa la primera prioridad en la clasificación institucional del gasto público de ese año, después del pago

de la deuda pública y casi al mismo nivel de los gastos de defensa militar (liquidación presupuestaria, Gobierno Central, 1984).

A pesar de que en el período 1980-1984 los gastos en educación pública ocupan un lugar prioritario del gasto fiscal, son insuficientes para la solución del problema educacional hondureño, ya que es una expresión estructural del tipo de desarrollo económico y social que se han impuesto en el país durante esas últimas décadas de dominación política de carácter oligárquico. Es evidente entonces que, desde el punto de vista del costo-beneficio que significa la planificación del sistema educativo, muestra una tendencia a superar la inadecuación existente entre los recursos (medios) y las finalidades del plan educacional, ya que la imperiosa necesidad de capacitar la fuerza de trabajo, desarrollar habilidades técnicas y mejorar el sistema educacional a todos los niveles es funcional con las exigencias de modernización, tanto del sistema productivo nacional, como con los objetivos de generar un proceso de desarrollo económico y social cuyos beneficios lleguen a abarcar a los sectores sociales populares tradicionalmente marginados del país. Si se analizara el Plan de Desarrollo Nacional, tal vez podría señalarse con más precisión qué sectores sociales populares pueden ser los más beneficiados en este proceso de modernización, (y a pesar de la estructura agraria predominante en Honduras), la hipótesis de que sean los sectores populares urbanos, en vez de los campesinos y sectores étnicos tradicionales, es altamente plausible.

La cobertura con que llegan los servicios (en este caso educación) a las poblaciones teóricamente definidas como beneficiarias depende no sólo de los costos, sino también de la diferenciación social. En abstracto, los destinatarios más importantes de las políticas sociales son siempre los grupos más favorecidos; en la realidad esos beneficios o no llegan a esos grupos o lo hacen en una proporción muy inferior a la prevista. Todas las políticas sociales se generan sobre la necesidad de extender una serie de servicios y desde este punto de vista, en toda política social pueden distinguirse dos funciones: 1) La que tiene como fuente de empleo (burocracia estatal), y, 2) La creadora de servicios recibidos por los beneficiarios (ILPES, 1973); esto significa preguntarse ¿Cuál es la parte de los costos de una política social y qué parte de los costos llega a los beneficiarios?

En la política educacional de Honduras podríamos suponer que la creación de empleo a nivel de la administración de la educación estatal (docentes, administradores y empleados en general) puede ser uno de los incentivos de la política más que privilegiar a los sectores sociales populares a la cual supuestamente está dirigida. Otros problemas interesantes de destacar está ligado a la poca relación que pueda existir entre la *planificación* de la política educacional y la *ejecución* de la misma. Por lo tanto, el tema de la democratización de la enseñanza en Honduras no sólo tiene que ver con expresiones líricas de un deber ser social sino que también está mediatizada por una serie de presiones, demandas, intereses y conflictos que los diferentes grupos sociales (que interactúan en el sistema político y social) le originan al sector estatal.

Cuando se consideran estos factores en un análisis de estas situaciones, es legítimo preguntarse. ¿Qué es una política social? y ¿Qué es desarrollo social? La política social entonces, depende no sólo de consideraciones teóricas, sino de lo que opinan los diferentes grupos sociales que afectan directamente sus niveles de vida.

El sistema educativo en Honduras

Formalmente, la estructura funcional del sistema educativo se operativiza en dos subsistemas: 1) El escolarizado, y, 2) El no escolarizado.

La rigidez y formalidad del primero, caracterizado por un proceso de formación integral por niveles y ciclos educativos (educación pre-primaria, primaria, media y educación superior: no universitaria y universitaria) y por estar referidas sus acciones al ámbito estrictamente institucional, caracteriza la respuesta que el Estado hondureño ha instituido frente a la sociedad civil como sistema tradicional y formalista que legisla y reglamenta la educación a la que supuestamente tienen derechos todos los hondureños.

En el Cuadro 13 se presentan los datos estadísticos para cada uno de los niveles.

Cuadro 13
Población Escolar según Niveles Educativos (1981-1983)

	1981	1982	1983
Preprimaria	385,393	398,569	411,682
Primaria	749.405	755.907	802.915
Medio	409.975	519.961	540.406

Nivel pre-primario

Del total de niños en edad escolar (4 a 6 años) para 1983 sólo se matricularon 45,945 niños, o sea, el 11.16%, generando un ausentismo escolar a nivel pre-primario de un 88.8%.

De la población matriculada 38,772 están incorporados al sistema educativo oficial que representa un 84.38% y 7,173 al sistema escolar privado.

El total de jardines de niños para educación pre-primaria es de 634 establecimientos, siendo éstos 511 oficiales y 123 privados. El total de maestros para el sector es de 1,217, de los cuales 937 corresponden al sector oficial y 280 al sector privado. Por las cifras señaladas vemos la tremenda importancia que tiene el sector oficial en el sistema de educación pre-primario y el que sólo cubre el 11.2% del total de la población a este nivel.

Estos datos revelan la baja cobertura que tiene la educación pre-primaria en el sistema educacional hondureño, el que seguramente cubre gran parte de la población primaria urbana y por lo mismo, la población

infantil pre-primaria del sector rural no tiene ningún tipo de servicio educacional a este nivel (Banco Central de Honduras, 1983).

Nivel primario

En el año 1983 el total de matriculados fue de 704,612, o sea, el 87.75% de la población escolar (7 a 13 años). El 12.25% no tuvo acceso al sistema educativo primario. Del total de alumnos matriculados en el período hubo un nivel de deserción de 5.2%.

Para cubrir el sistema de educación primaria existe un total de 6,422 escuelas y 19,300 maestros correspondiendo un número de alumnos por maestro de 37.

En relación al nivel anterior se ve que todo el esfuerzo de la política educacional está dirigida al sector primario, ya que por lo menos si no alcanza el 100% de la población total en educación escolar, su cobertura cubre el 87.8% de esa población.

Sin embargo, este indicador puede inducir a engaño si además de la deserción y la repitencia, no se considera a los alumnos que no consiguen terminar sus cursos en el período y a la doble matrícula; todos estos factores tienden a distorsionar y a ampliar la cobertura del sistema educativo a un nivel primario.

Nivel medio

Del total de la población en edad escolar (14 y 19 años) para 1983 se matricularon en el nivel básico 121,246, o sea, el 22.43% de ella. En el sector de educación técnica, se matricularon para el mismo año 46,277 que representa el 10.41%. Sumados ambos tipos de educación, el porcentaje representa el 32.84%, lo que significa que el 67.16 de la población escolar entre 14 y 19 años queda al margen de la educación media. Mientras en el ciclo primario el sistema escolar cubría el 87.2% de la población, la educación media sólo alcanza a cubrir un poco más del tercio de la población entre 14 y 19 años de edad.

Llama la atención que los establecimientos escolares de la educación media básica (356), sólo el 22.47% corresponde a la enseñanza oficial, mientras que 77.53% corresponde a establecimientos semificiales y privados, lo que indica que la política educacional estatal está más orientada al nivel primario que al secundario básico y que el sector privado aumenta notablemente su importancia a nivel de la educación media de la población.

De una manera hipotética resulta evidente que la enseñanza media tiende a enseñar y reforzar habilidades que son necesarias para actividades mucho más especializadas, ya sea en el campo productivo y de servicios, y que están íntimamente ligadas con el desarrollo de la modernización de las relaciones capitalistas de producción en las zonas urbanas.

La afirmación anterior puede ser corroborada con las cifras referentes a la educación técnica. Del 10.4% que comprende la población de la educación técnica, el 81.50% de ellos corresponden a las llamadas vocacionales técnicas, el 11.20% a la educación industrial, el 61.14% a la educación comercial, el 10.06% en las actividades de secretariado el 17.07% a cursos libres (Ministerio de Educación, del INVA, del CID, etc.) y sólo, el 0.86% a las actividades agrícolas.

En el nivel de la enseñanza media resulta interesante destacar cómo disminuye el papel del Estado en relación a la acción privada (22.47% y 77.53% respectivamente). En este caso, los sectores medios (clientela esencial de este nivel educativo) sin contar con el apoyo del Estado han logrado que la actividad privada entregue esos servicios, ya que aparece claro y notorio que todo el esfuerzo estatal está destinado a la universalización de la enseñanza primaria, y como veremos más adelante, a cubrir la casi totalidad de la enseñanza universitaria.

Nivel de educación superior

Comprende la educación universitaria estatal y privada. El total de la población de la educación superior (incluye la UNAH, Universidad José Cecilio del Valle, Universidad de San Pedro Sula, Escuela Superior del Profesorado, Escuela Agrícola Panamericana, Escuela Nacional de Ciencias Forestales) es de 32,941; de ellos sólo 880, o sea, el 2.67% corresponde a instituciones privadas, y el 97.33% a instituciones públicas. Es decir, el Estado cubre casi la totalidad de la educación superior.

De los 32,941 la UNAH cubre a 29,216 estudiantes, o sea, el 88.69% de la población universitaria estatal.

Del total de 28 carreras que graduaron 998 estudiantes en 1983; 337 o sea, el 37.77% corresponde a carreras universitarias como Economía, Administración de Empresas, Derecho, Administración Pública; 26.25% están relacionadas con Ciencias de la Salud; 4.30 relacionadas con actividades industriales (Ingeniería Civil, Mecánica, Química y Eléctrica); el 14.92 con actividades productivas en el agro (Agronomía e Ingeniería Forestal); el 7.01 a Trabajo Social. El 9.8 restante contempla carreras relacionadas con la Pedagogía, Matemática, Arte y Ciencias Sociales.

La cifra del total de graduados para el año 1983 podría interpretarse erróneamente como el total de provisión de recursos humanos a nivel superior que disponía el país para ese año. Quizás, lo más adecuado sería mencionar el total de egresados (8 por cada 100,000 habitantes, 1970), ya que en muchos casos es apreciable el número de quienes habiendo terminado sus estudios universitarios se incorporaron al mercado de trabajo antes de cumplir los requisitos formales de la graduación. Por lo mismo, un análisis de la educación superior del país implicaría conocer en detalle la estructuración de los egresados, discriminar por profesiones y tipos de formaciones. Esto se refiere a la oferta de profesionales a nivel superior, y para relacionarla con el sistema económico, para establecer su adecuación

o no a los requerimientos de éste, sería necesario conocer la demanda y el tipo de profesionales que la economía del país requiere. Por lo tanto, sería útil preguntarse ¿En qué medida la formación universitaria en Honduras responde a las demandas del sistema económico? ¿En qué medida el sistema económico realiza estas demandas al sistema de educación superior? y finalmente, estos dos sectores generadores de políticas sociales, ¿se adecúan al programa global de desarrollo económico y social del país?

En el quinquenio anterior la matrícula de la UNAH presentó el comportamiento siguiente: 1979-1983: 8.1%; 1972-1982: 11%; 1977-1981: 15% y 1976-1980%. Esto demuestra el bajo incremento de este quinquenio en comparación con los anteriores, y es consecuencia del carácter selectivo de la educación. Aunque el Plan Nacional de Desarrollo proyectó para 1983 un número de 46,000 universitarios la cifra alcanzada fue de 29,185 sin tomar en cuenta las deserciones que ascienden a un 17.5% de los estudiantes.

El número de matriculados años atrás no coincide con los graduados, lo que hace suponer que un alto porcentaje de ellos abandonan las aulas por varias razones. Prueba de ello es que en 1982 (en los registros de la memoria de la UNAH) sólo obtuvieron su título 760 estudiantes.

Dentro de las características vitales de la población universitaria tenemos que los hombres representan en 58.4%; sin embargo la tasa de crecimiento masculino fue negativa -1.6%, en tanto que la femenina creció a un ritmo de 2.5% anual en el quinquenio.

La matrícula universitaria se nutre en un 62% de colegios privados, de los cuales 40% son diurnos y 22% nocturnos. El 38% restante está representado por instituciones estatales de las cuales 22.2% son diurnas y 15.8% nocturnas.

La tendencia de estudiantes a tiempo completo que se mantenía desde 1980 (55%) este año se incrementó al 58%.

La distribución de estudiantes universitarios según el título obtenido en educación media, es la siguiente:

49.3% Bachiller en Ciencias y Letras

37.4% Peritos Mercantiles

9.8% Maestros de Educación Primaria

3.5% Restantes de otras especialidades

El 85% de los matriculados son solteros, 13% casados y el 2% distribuidos entre divorciados, viudas y de unión libre. En comparación con 1983, los casados aumentaron 1%; en igual proporción bajaron los solteros, pero en el quinquenio los solteros se incrementaron en 7% o sea de 80% (19,165); este año es el 85% (25,139).

La variable edad se ha mantenido durante el quinquenio en 24 (mediana), y por debajo de ella con 19 años, las carreras técnicas (Ingeniería

eléctrica, mecánica, química y arquitectura). Por encima de 30, derecho y filosofía. El 60% de los estudiantes proceden de la Zona Norte y el 10% restante del Sur, Oriente y extranjeros. La cobertura de la UNAH es del 48% con respecto a la población de 18-25 años.

El segundo, no escolarizado y que involucra todas aquellas actividades educativas de carácter no formal que son realizadas por diversas instituciones del sector público, tiene su razón de ser en las necesidades educativas inmediatas de amplios sectores de la población hondureña que, por diversas razones, han quedado al margen del proceso educativo en sus opciones escolarizadas; particularmente, el sector agropecuario del país, con preferencia del sector reformado. Este subsistema concebido como una totalidad congruente con los grandes lineamientos de política del Plan Nacional de Desarrollo para el período 1979-1983, dirige su atención prioritariamente a las necesidades urgentes de capacitación y actualización de recursos humanos que plantea el desarrollo de la estructura productiva del país. Esto indica, que otros subsectores sociales de campesinos no organizados que tienen iguales derechos continúan excluidos del sistema de educación.

La educación no formal está dada por programas que son ejecutados por Instituciones de carácter público. Históricamente, durante el año de 1972, con la toma del poder por el General López Arellano, el programa de Reforma Agraria se convierte en el quehacer fundamental de su gobierno; se gesta el Plan Nacional de Desarrollo Económico y Social, y el Estado asume responsabilidades frente a los procesos de industrialización y desarrollo.

La Ley de Reforma Agraria, de connotaciones antioligárquicas y estimulante del desarrollo capitalista, se presenta con un contenido desarrollista y con objetivos precisos de incorporar a los campesinos al circuito mercantil, transformando las relaciones de producción y mejorando los beneficios.

Es así como en ese período se crean el Instituto Nacional de Formación Profesional (INFOP), ligados a la capacitación popular para el mejoramiento de la fuerza de trabajo urbana y rural.

El INFOP "es un programa puesto en marcha para cubrir las necesidades de mano de obra del mercado laboral en el país" (Plan Nacional de Desarrollo 1979-83, Plan Nacional de Educación). Desarrolla programas que promueven la actividad económica, a nivel general, profesional y técnico; atendiendo principalmente, las áreas de formación de empresas para la supervisión y dirección en los tres sectores de empresas para la supervisión y dirección en los tres sectores económicos, formación agropecuaria para la capacitación en oficios del sector agropecuario, formación técnico-docente para instructores y capacitación en oficios de los sectores industriales, comercio y servicios en las zonas rurales a través de "acciones móviles", además de capacitación técnica de los empleados.

Según datos estadísticos del INFOP, del total de la población matriculada por actividades económicas para 1983, 37,981, el 43.40% egresan

de actividades agropecuarias, el 27.20% de las industriales y el 29.38% de las de comercio y servicios. Esto significa que del total de matriculados en el INFOP, el 18.31% no concluye sus estudios, y que la demanda por servicios es mayor en actividades de capacitación agropecuaria donde se ubica casi la mitad de la población (Banco Central, 1983).

Hay que destacar que la población beneficiaria del INFOP, son adolescentes entre 15 y 18 años que han cursado la educación primaria y carecen de recursos económicos; es decir, fueron de alguna manera excluidos del subsistema escolarizado que es principalmente privado.

El Programa de Capacitación Campesina para la Reforma Agraria (PROCCARA) está adscrito al Instituto Nacional Agrario (INA), y beneficia directamente al sector campesino reformado. Operativamente funciona a través de subprogramas dirigidos a la capacitación para la organización y participación social, donde se trata de fortalecer las empresas campesinas en aspectos productivos y organizativos, a la capacitación técnico-productiva en áreas agroindustriales y de producción agrícola pecuaria, y la capacitación en administración rural.

Sin profundizar en otra serie de programas que realizan actividades en el campo de la educación no formal, como el Programa de Formación de Recursos Naturales del Ministerio de Recursos Naturales, el Programa de Educación Cooperativa (DIFOCOOP), el Programa de Formación y Capacitación Campesina de Honduras (COFOCACH), ubicándolos suscintamente dentro del ámbito político en que está inmersa y puede surgir cualquier política social. Se seleccionaron particularmente estos dos programas debido a la trascendencia del primero dentro de las innovaciones pedagógicas no formales y a la importancia relativa del segundo al confluir en él la coordinación de diversos programas que tienen que ver con la capacitación campesina.

Ya hemos planteado la importancia y el papel central del Estado en la gestación de políticas sociales en respuesta a las demandas de los diversos sectores del país. Tal cual como se plasmaron durante el período del régimen político militar del General López Arellano y que fueron continuadas por su sucesor en el poder el Coronel Melgar Castro hasta 1977.

Después de este período se recrudecen las luchas campesinas y la represión alcanza índices elevados como una forma de impedir la ejecución de muchos de los programas elaborados a partir de las políticas sociales, fundamentalmente relacionadas con la cuestión agraria y la estructura de propiedad de la tierra.

Asimismo, el PRONAEH creado en 1977, logró generar resistencias de grupos sociales privilegiados del sistema, de manera tal que el Programa perdió apoyo político y fue suspendido alrededor del tercer año, de su creación.

Esta experiencia innovadora desde el punto de vista del sistema no formal de educación, constituye un ejemplo claro que la estrategia de los diferentes grupos sociales frente a un programa (educacional en este caso)

o política social es variable: a veces, la resistencia de ciertos sectores sociales se centra en la definición de una política determinada; en otras, la oposición es a la ejecución de esa política.

De hecho, gran parte de las políticas sociales (en educación, salud, vivienda, etc.) tienden más a fracasar en su ejecución que en su definición y en muchos casos, cuando se logra establecer ciertos beneficios sociales se le niegan los recursos indispensables para que puedan funcionar tal como fueron definidas. La falta de coherencia externa en este caso, es un buen indicador del poder de ciertos grupos que si bien no pueden impedir la aprobación de ciertas políticas, sí tienen mucha eficacia en obstaculizar o impedir su ejecución.

Lo que los diferentes grupos perciben como políticas sociales, y el significado que le otorgan están muy relacionados con las ideologías que expresan los diferentes sectores sociales del país. Entre la situación objetiva de los diferentes grupos y la movilización ideológica adquiere un sentido sólo dentro de ciertas situaciones objetivas, pero a su vez los actores sociales sólo pueden percibir la situación objetiva a través del prisma de una ideología. Ese inmenso proceso que significa grandes cambios respecto a un pasado, es resistido por los sectores más tradicionales, pero que se está expandiendo cada vez más en el nivel de conciencia social de los sectores sociales menos privilegiados del país.

En 1981 se crea también, la COFOCACH, que coordina a los organismos oficiales dedicados a la capacitación del sector campesino organizado. Este organismo coordinador surge durante el gobierno provisional del General Policarpo Paz García, período de represión política e ideológica, donde la Doctrina de la Seguridad Nacional prevalece. Este es el resultado de presiones de ciertos sectores sociales que aparecen en un determinado momento como irresistibles y que el Estado las satisface en una búsqueda de un mecanismo que genere consenso y legitimación ante los sectores y los intereses que lo presionan. Pero esto, no tiene más significado que eludir un problema que necesariamente el aparato estatal tendrá que resolver.

IV. LA POBLACIÓN JOVEN Y SU INSERCIÓN EN EL PROCESO PRODUCTIVO

Un diagnóstico global de la situación de la población joven del país sería muy incompleto si no se señalaran cuáles son las consecuencias laborales que tiene para la fuerza de trabajo joven, que trata de incorporarse masivamente y a muy temprana edad, al sistema productivo nacional.

El fuerte incremento de esta población, la rigidez del mercado de trabajo formal, y la crisis económica y social por la que atraviesan todos los países de la región, ha generado desequilibrios estructurales cada vez más fuertes y que afectan a la totalidad de la población, particularmente a la juventud campesina y urbana, que sufre altas tasas de desempleo y de sub-empleo.

Por lo mismo, este capítulo intenta reseñar algunas de las características

que tiene la fuerza de trabajo joven y los mecanismos que posea el sistema para integrarla o no al sistema ocupacional imperante.

Desde el punto de vista de las relaciones sociales de producción (ubicación de las personas con respecto a los medios de producción y las relaciones sociales que allí se generan) interesa relacionar a la población con las actividades ya sean productivas o no productivas que desarrollan en el mercado de trabajo. En su forma más simple tal relación permite diferenciar entre los empleados-desempleados y los activos de los inactivos (CEPAL, 1982). Entonces, al relacionar la población con las actividades, la categoría censal de "población económicamente activa" aparece como un indicador válido de la relación que tienen las personas con dichas actividades.

En el cuadro 14 se observa que el 59% de la población económicamente activa se ubica en las ramas de producción y servicios agrícolas, y el 41% restante en las actividades y servicios no agrícolas.

Si analizamos la composición por sexo observamos que la población masculina se ubica preferentemente en las actividades y servicios agrícolas (90.5% entre los 10-14 años, y 69.2% entre los 15 años y más); la población económicamente activa femenina, en cambio, se inserta mayoritariamente en las actividades y servicios no agrícolas (78.5% entre los 10-14 y 93.3% en los 15 años y más). Es decir, existe una segregación de las actividades por sexo.

Como se aprecia en el cuadro 14 el límite inferior de edad para trabajar en el país es de 10 años; el sector de la población activa comprendido entre los 10 y 14 años, se ubica en gran porcentaje en las actividades y servicios agrícolas (85%) y en un porcentaje muy inferior en las actividades no agrícolas (15%), aún cuando se advierte en este grupo de edad una fuerte discriminación por sexo según el tipo de actividades.

Cuadro 14
Honduras: Porcentaje de Población Económicamente Activa
Agrícola y No Agrícola
Por Grupo de Edad y Sexo

	Hombres	Mujeres	Total
De 10 a 14 años			
Agrícola	90.5	21.5	85.0
No Agrícola	9.5	78.5	15.0
15 años y más			
Agrícola	69.2	6.7	59.0
No Agrícola	30.8	93.3	41.0

Fuente: CEPAL 1982.

Dada la condición de país con una estructura fuertemente rural, este bajo límite de edad para trabajar significa que potencialmente toda persona de esa edad puede incorporarse a actividades típicas que exigen un menor nivel de madurez en las destrezas laborales y por lo tanto, esta fuerza de trabajo es relativamente homogénea.

Desde otro punto de vista, conocer el porcentaje de menores en actividades laborales, es importante para señalar las condiciones de vida de los sectores que conforman la fuerza de trabajo (CEPAL, 1982). También la baja edad de los activos para incorporarse al mercado de trabajo puede ser importante para especificar el conjunto de mecanismos, ya sea económicos o extraeconómicos que hacen posible la apropiación de plusvalía y plusvalía en general, y además para determinar cómo operan estos mecanismos y evaluar las consecuencias que generan entre los sectores sociales explotados.

Algunas de estas consecuencias han sido señaladas por diversos autores para el contexto latinoamericano, entre las cuales, sintéticamente, podemos mencionar las siguientes:

Conforme aumenta la edad, tienden a disminuir las probabilidades de asalariarse en todos los países del área centroamericana; o lo que es lo mismo, aumenta el riesgo de ser sustituido como asalariado y ser desplazado hacia el sector no capitalista.

Super-explotación de la mano de obra infantil que carece de fuerza y organización para oponerse a estos mecanismos coactivos.

Tendencia a deprimir los salarios y beneficios sociales de los sectores asalariados de mayor edad, ante la facilidad que encuentra el capital para sustituir la fuerza de trabajo más vieja y menos productiva por otra más joven y apta para el trabajo.

Consecuentemente por las características del débil desarrollo de las fuerzas productivas y el bajo nivel de calificación exigido por el mercado de trabajo, podría llevar a que el sistema tendiera a reducir la explotación de los trabajadores calificados, incrementando en cambio la explotación de los trabajadores no calificados, fundamentalmente, de menor edad y discriminando por sexo de los trabajadores.

Por todas las consideraciones anteriores, la edad del sector económico activo es fundamental, más aún cuando la estructura de la población por edad, muestra una pirámide de amplia base, constituida por el grupo de edad de 0-24 años.

De acuerdo con las características demográficas del país encontramos que el 49.1% del total de la población queda comprendida entre los 0-15 años; y el 67% es menor de 24 años de edad; es decir, Honduras es un país con una estructura poblacional joven y con una esperanza de vida al nacer de 48.9 años en 1973 (ILPES, 1973) y de 53.1 años para 1983 (Banco Central, 1983).

Aún cuando la esperanza de vida al nacer como indicador de salud no

está afectado por la estructura de edades de la población, refleja las condiciones sanitarias de una sociedad. Está influido por otras dimensiones tales como la nutrición y el nivel de educación alcanzado por la población del país. Es considerado como "indicador global" de desarrollo y es adecuado por la sensibilidad con que permite captar "situaciones desiguales" (ILPES, 1973).

Prosiguiendo el análisis de la población activa, es interesante señalar qué porcentaje de ella genera relaciones salariales, como uno de los indicadores básicos que expresa el carácter de las relaciones sociales de producción en el país.

La relación salarial generada por la PEA del país ha aumentado significativamente entre 1950 y 1970 (31.4 y 46% respectivamente); sin embargo, tales cifras son las más bajas entre los seis países de la región centroamericana. En 1970 Costa Rica muestra el más alto porcentaje 73.5% y Honduras el más bajo. Este porcentaje significa que sólo el 46% de la PEA del país se ha insertado en el proceso de trabajo donde predominaban las relaciones salariales típicas de las relaciones sociales capitalistas de producción; en cambio, el 54% de la PEA queda al margen de este tipo de relaciones salariales y conforma, por consiguiente, la fuerza de trabajo no asalariada sujeta a otros mecanismos de explotación.

El Cuadro 15 nos permite examinar la PEA asalariada por estructura de edad y sexo de la población, en relación con la población económicamente activa no asalariada.

El límite máximo de edad para constituir el sector asalariado de la PEA se encuentra entre los intervalos 20-39 años; sin embargo, en el sector asalariado diferenciado por sexo, observamos que entre las mujeres se da entre 20 y 29 años de edad. Entre la PEA asalariada, esta condición disminuye directamente con la edad de las trabajadoras el 76.6 en la población de 20 años y sólo un 33.9 en el grupo de 50 y más. La misma tendencia de quedar fuera del sector asalariado la muestra la PEA masculina a partir de los 30 años de edad.

Si analizamos las tendencias que muestra la PEA no asalariada, según sexo y edad, podemos observar que en la PEA masculina aumenta el porcentaje de exclusión de las relaciones salariales a partir de las siguientes edades: menor de 20 años, mayores de 30, para alcanzar la mayor frecuencia en el grupo de edad de 50 años y más. En cambio, en la PEA femenina no asalariada, la tendencia es directamente lineal a medida que aumenta la edad. El porcentaje más bajo se da en el grupo menor de 20 años (23.4) y el más alto en el grupo de 50 años y más (66.1%).

Los porcentajes de la PEA no asalariada son mayores en la población masculina relacionados con los de la PEA femenina, cualquiera que sea el grupo de edad que se analice (Véanse cuadros 15 y 16).

La relación salarial, entonces, predomina en la PEA femenina (64.4%) en comparación con el porcentaje de PEA masculina (44.3%). En cambio,

la PEA no asalariada está conformada en mayor porcentaje por los hombres (55.7) en relación a las mujeres (35.6%).

Esta somera descripción de la PEA asalariada y no asalariada, según sexo y edad, quedaría incompleta si no lo relacionamos con otra significativa categoría ocupacional como es la del "trabajador por cuenta propia".

Esta categoría ocupacional de "trabajador por cuenta propia" es un dato fácilmente accesible y, de acuerdo con ciertos marcos teóricos para el análisis del capitalismo dependiente en América Latina, este indicador nos permite una primera aproximación del peso que tienen a nivel del sistema productivo, las relaciones no plenamente capitalistas de producción (M. Murmis, 1973).

Del análisis de las cifras del Cuadro 16, podemos hacer los siguientes comentarios: del total de la PEA del país, el 26.4% está constituida por "trabajadores por cuenta propia". Conceptualmente, la "forma de inserción de trabajadores por cuenta propia típicos" son aquellas formas donde se dan alto grado de productividad y estabilidad en la actividad, y donde el carácter de la ocupación le permite la realización de salarios medios.

Cuadro 15
Porcentaje de Asalariados y de No Asalariados de la Población Económicamente Activa, por Sexo y Edad Alrededor de 1970

Edad	Población Maculina		Población Femenina			
	asalariados	no asalariados	asalariados	no asalariados	asalariados	no asalariados
20	46.1	53.9	40.2	59.8	76.6	23.4
20-29	58.1	41.9	53.3	46.7	76.3	23.7
30-39	49.6	50.4	47.2	52.8	60.1	39.9
40-49	42.9	57.1	42.3	57.7	45.8	54.2
50-más	33.3	66.7	33.2	66.8	33.9	66.1
Total	46.0	54.0	44.3	55.7	64.4	35.6

Fuente: Dierckxsens, Win. Campanario, Paulo. (1983).

Cuadro 16
Porcentaje de Trabajadores por Cuenta Propia de la PEA por Sexo y Edad, alrededor de 1970.

Edad	Sexo		Total
	Mujeres	Hombres	
20	8.6	7.2	7.4
20-29	29.2	26.9	18.6
30-39	40.5	39.0	32.1
40-49	44.4	44.2	43.6
50-más	50.7	51.1	54.1
TOTAL	32.0	31.0	26.4

Fuente: W. Dierckxsens, Op.Cit.

Así se genera un sector social que no vinculado directamente al proceso productivo capitalista se inserta en el mercado realizando actividades de baja productividad que generan un ciclo individual de acumulación. En este estrato incluimos a trabajadores por cuenta propia que tienen o utilizan capital dinero, capital medios de producción y capital mercancías, para diferenciarlos de aquellos trabajadores por cuenta propia carentes de todo tipo de propiedad y que definiremos como "trabajadores independientes".

En general, tanto los datos censales como en la mayoría de las investigaciones sociales aplicadas a estos sectores de actividad no establecen la diferenciación que hemos señalado en el párrafo anterior; por lo mismo, se incluyen en esta categoría de trabajadores por cuenta propia a todos aquellos trabajadores productivos, comercio y de servicios no asalariados, excluyendo solamente a la categoría ocupacional de "trabajador familiar no remunerado". Globalmente las cifras del Cuadro 16 señalan que el 31.0% de los hombres constituyen esta categoría ocupacional de la PEA. El 32%, las mujeres.

Tanto entre los hombres como en las mujeres de esta categoría ocupacional, la tendencia a incorporarse a ella aumenta directa y proporcionalmente con la edad; no hay diferencias significativas por sexo y edad, y por lo tanto, el total de la población de esta categoría señala la misma tendencia; no existiendo discriminación por sexo.

Esta tendencia a formar parte del TCP de la PEA, según sexo y edad, está estrechamente correlacionada con el desplazamiento de la fuerza de trabajo asalariado que hemos reseñado anteriormente y que aumenta significativamente a partir de los 30 años de edad, tanto en hombres como en las mujeres trabajadoras.

Sería interesante poder discriminar entre el TCP típico tal cual lo hemos definido nosotros, del "trabajador independiente" que carece de toda forma de propiedad y que origina sectores de trabajadores que tienden a desarrollar actividades menos estables que las que desarrolla el "obrero asalariado típico" o el "TCP típico" y que se caracterizan fundamentalmente, porque vienen dadas por situaciones en que la mano de obra libre no encuentra las condiciones que le permitan establecer una relación estable con el empleo.

El cuadro 17 nos muestra de una manera global la distribución de la PEA, por sexo y edad, de acuerdo a las dos formas básicas de inserción en el sistema productivo del capitalismo dependiente: asalariados típicos y TCP típicos.

Observamos que las relaciones salariales típicas dominantes en los sectores industriales (manufacturero o fabril), la industria minera o las empresas agrindustriales, y productores y arrendatarios capitalistas, es porcentualmente mayor que las relaciones no asalariadas sólo en el grupo de edad menor de 30 años, y es significativamente más alta entre el sector femenino que el masculino, (65.3% y 53.0%, respectivamente). También en este grupo de edad, la mujer se inserta en el mercado de trabajo en un porcentaje mayor que el hombre: 55.1 de la PEA femenina y 50% de la PEA

masculina. Este dato es un indicador de que existe discriminación por sexo en el desempeño de las actividades salariales.

Es así como la PEA masculina en la categoría de TCP es igual y superior en todos los grupos de edad a la PEA femenina, aún cuando las diferencias porcentuales no son muy significativas.

Entre los hombres y en las mujeres, la tendencia a ser desplazados de las relaciones salariales a las esferas de las relaciones no salariales, es la misma a medida que aumenta la edad del o de la trabajadora. La discriminación, entonces, está basada no sólo en el sexo, sino también en la edad del trabajador. Tales mecanismos favorecen la alta rotación de los trabajadores, la depresión de los salarios, la pérdida de los beneficios sociales y la permanente inestabilidad de los sectores asalariados del país.

Analícemos ahora cómo operan estos mecanismos a partir de la diferenciación de la población económicamente activa por sectores rurales y urbanos.

La gran parte de la población de Honduras, es todavía rural, sin embargo, el país ha tenido un acelerado crecimiento urbano en las tres últimas décadas.

Si se analiza el comportamiento y evolución de la población durante las tres últimas décadas, según su lugar de asentamiento rural-urbano, (Cuadro 18) se nota un proceso de disminución del porcentaje de la población rural (70% a 59%), y paralelamente, el crecimiento de la población urbana (30 a 41 %).

Cuadro 17
Distribución de la Población Económicamente Activa por Categoría de Ocupación, Sexo y Edad (1970)

Edad	PEA		P.E.A.		TOTAL	
	Asalariado		T.C.P.		P.E.A	
	H	M	H.	M	H	M
-30	53	65.3	30.0	30.8	50.0	55.1
30-39	21.4	20.0	25.4	26.2	20.2	21.6
-40	25.6	14.7	44.6	43.0	29.8	23.3
TOTAL	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0

Cuadro 18
Evolución de la Población Rural-Urbana

Area	1950	1960	1974	1980
Urbana	30.0	32.3	37.4	41.0
Rural	70.0	66.7	62.6	59.0
TOTAL	100.0	100.0	100.0	100.0

Fuente: Becker, L. (1976).

Los procesos agrarios que han ocurrido durante este período, han traído como consecuencia grandes cambios en los núcleos rurales; sin embargo, a pesar de este decrecimiento del volumen de población en el campo, Honduras sigue siendo un país de población predominantemente rural: el 59% de la población en el año 1980, aún cuando en el presente sólo el 12% del territorio se utilizan para la agricultura.

Los procesos de disolución de estructuras agrarias de carácter precapitalista, han generado cambios no sólo en el volumen de la población, sino que también se han originado nuevas formas de relaciones de producción, concentración de la propiedad, reforma agraria, cambios en la utilización de tecnología, etc., todo un proceso que es necesario estudiar.

De cualquier modo, las modificaciones ocurridas al interior del sector rural, pueden plantearse como hipótesis para explicar las altas tasas de crecimiento urbano, y como consecuencia, la expansión de Tegucigalpa y de San Pedro Sula, los dos grandes centros urbanos del país.

El sector agrario en Honduras tiene una importancia fundamental debido a que sigue marcando de algún modo la característica de la estructura global, ya que el grueso de las supervivencias y de los resabios pre-capitalistas y de pequeña producción se dan en el campo.

El sector primario en el país absorbe al 60% de la fuerza de trabajo; el sector terciario un 24%, el sector industrial y de construcción el 15%; en la agricultura y básicamente en la actividad bananera, la rotación de los trabajadores permanentes con menos de 30 años supera el 62%, pues trabajan menos de seis meses en la misma empresa. En el sector de la construcción, el 70% de los hombres en la edad más productiva (los menores de 30 años) trabajan aproximadamente medio año en una misma empresa.

Cuadro 19
Población Económicamente Activa por Ramas de Actividad. 1979

Rama	%
1. Agricultura	60.0
2. Industrias	12.0
3. Construcción	3.0
Sub-Total	75.0
4. Electricidad	
5. Comercio	8.0
6. Transporte	3.0
7. Bancos, Seguros	1.0
8. Servicios Comunales	12.0
Sub-Total	24.0
Otras Ramas	1.0
Total	100.0

Fuente: O.I.T. Anuario Estadístico. 1981.

En el sector terciario, especialmente en la banca, el comercio y el transporte, la rotación de la fuerza de trabajo es dos veces más baja que en la agricultura o la construcción; el 32% de las mujeres trabajan en la banca y el comercio en relación al 18% de los hombres. El 75% de la fuerza de trabajo masculino se inserta en los sectores productivos mientras que sólo el 61% de las mujeres se vinculan con este sector, lo que significa una distribución diferencial de la PEA por sexo entre las distintas actividades económicas.

En el momento actual, la economía hondureña presenta serios desequilibrios externos; la balanza de pagos y el déficit fiscal han sido las variables más visibles del deterioro del sistema productivo del país. El ingreso per-cápita se ha estancado durante los últimos quince años y el sector agro-pecuario como el forestal y el manufacturero han disminuido su contribución. En 1980 el desempleo alcanzó el 25% y el sub-empleo alrededor del 40%.

El sistema productivo no tiene la capacidad para absorber cada año a las 20.000 personas que se incorporan al mercado de trabajo y, por lo mismo, el problema del empleo y del sub-empleo se ha trasladado del campo a la ciudad generando el llamado "sector informal urbano", donde tiende a vincularse la fuerza de trabajo excedente, fundamentalmente, la población joven del país.

La población económicamente activa creció en 1983 a 1.200.000 personas (26.6 de la población total); 83.5 hombres y 16.5 mujeres, siendo el 52.9% personas menores de 30 años. Por otro lado la población ocupada fue apenas de 23.8%, lo que indica que por cada trabajador existen 3.2 personas inactivas.

El problema del empleo se agudiza por el contingente de personas que ingresan al mercado laboral por alcanzar la edad activa. La tasa de fuerza de trabajo creció a una tasa media anual de 3.4%.

La causa principal del desempleo es el decrecimiento de la demanda de empleados de las empresas, incluso un gran número de empresas han cerrado operaciones. El desempleo pasó de 7.3 en 1972 a 14.4 en 1980 y a 21.2 en 1983 en Tegucigalpa y San Pedro Sula, donde se encuentra la mayor actividad productiva del país. En los últimos años la migración interna hacia estos centros ha causado la saturación del sistema productivo, por lo cual no puede absorber esta población, incrementándose el desempleo en estas ciudades.

En la capital existía un 15.2% de desempleo abierto en 1983; ésto conlleva a una serie de problemas sociales, políticos, económicos y psicológicos.

En lo social hay un incremento de actividades ilícitas lo cual se refleja en el aumento desmedido de la delincuencia en los últimos años.

En lo político esta población es usada como bandera de lucha en las campañas por los distintos partidos participantes, pero tanto engaño ha

vuelto apático y desinteresado al individuo para tratar de solucionar sus problemas.

En lo económico, las personas no participan plenamente en la producción y estando subempleados no son capaces de cubrir sus necesidades básicas de subsistencia.

En el área psicológica la persona se ve sometida a presiones de tipo moral además del económico, que le forman un conflicto que puede ser desastroso y peligroso, llevando al individuo a una pérdida de la auto-estima, ante la imposibilidad de cubrir las necesidades básicas propias familiares.

Cuadro 20
Ingresos y Promedios del Jefe de Familia según Sexo
(Barrios Marginales, Tega., D.C.) 1984

Sexo	Ingresos		Promedio
	% Jefe	Familia %	
Masculino	77.30	82.40	351.39
Femenino	22.70	17.60	256.29
Total	100.00	100.00	100.00

La pérdida de la auto-estima puede llevarlo a una depresión y apatía ante la problemática propia y externa, presentándose así una alta predisposición hacia el suicidio, alcoholismo, drogadicción, como una forma de evadir la realidad.

El joven ante esta dramática situación no es capaz de vislumbrar un futuro por lo cual se siente frustrado en sus deseos de superación.

La mayoría de los jóvenes hondureños tiene que trabajar para financiarse su educación secundaria por la falta de colegios oficiales, debido a ello gran parte no puede asistir o completar sus carreras manteniéndose así, sin expectativas favorables.

Otros jóvenes se ven lanzados al trabajo a edades tempranas por la necesidad de cubrir sus necesidades básicas ante la incapacidad de los padres de mantener un hogar. Estos jóvenes por lo general son subempleados.

En el área rural el 75% de los trabajadores quedan desempleados al terminar los períodos de producción. Los trabajadores que buscan empleo en Tegucigalpa y San Pedro Sula son jóvenes: el 91% de ellos están comprendidos entre las edades de 19 y 29 años.

En el sector agrario el sub-empleo afecta el 89.1% de los ocupados, el 61.4 de estos sub-empleados se localizan en parcelas de tierra de menos de 3 manzanas percibiendo ingresos que apenas les permite subsistir agravándose su situación por la mala cosecha de los últimos años.

En el Sector Industrial el sub-empleo afecta el 44% de los ocupados.

En Honduras la población potencialmente activa en el área urbana comienza a ofrecer sus servicios a los 15 años. El 35.5% del total de la población activa se encuentra entre las edades de 10 y 19 años, los cuales, en su mayoría no están vinculados a actividades productivas.

Las población económicamente activa en 1983 ascendió 1.2 millones que representa el 45% de la población potencialmente activa y el 29.6 de la población total. 59.6% se encuentra en el área rural y 40.4% en el área urbana, siendo el 52.9% menores de 30 años.

En los barrios marginales el 63% están ocupados y 37% desocupados. De los ocupados las edades oscilan entre 15-39 años (66%), lo que nos confirma que la población ocupada es relativamente joven.

El sector profesional no está exento del problema de desempleo. Solo en el área de los profesionales y técnicos agrícolas en 1983 la demanda de profesionales fue de 3.5 y la oferta de un 7%. De persistir la oferta actual se prevee que los futuros profesionales no tendrán oportunidades de trabajo; lo mismo es aplicable a los médicos, ingenieros, psicólogos y otros profesionales, los que ante la falta de empleo se ven en la necesidad de emigrar a los países desarrollados donde hay mayores oportunidades de superación.

El presente y el futuro se muestra incierto para el joven hondureño, las perspectivas de empleo no son buenas y no se vislumbran medidas a corto plazo de parte del gobierno ni del sector privado, por lo cual se puede decir que para el joven el futuro sigue y seguirá siendo incierto.

Cuadro 21
Población Activa por Grupo de Edad
(en Porcentaje; Barrios Marginales, Tega., D.C.) 1984

Población Grupo de Edad	Activa	Población	
		Económicamente Activa	Activa No Económicamente
10-14 años	100.0	6.9	93.1
15-19 años	100.0	63.3	36.7
20-24 años	100.0	81.4	18.6

Cuadro 22
Población Activa por Grupos Ocupacionales según Grupo de Edad
(en porcentaje) Barrios Marginales, Tega., D.C. 1984)

Grupo de Edad	Total	Profesionales y Técnicos	Empleados de Oficina	Vendedores	Motoristas y Mecánicos	Artesanos	Servicios	Miembros FFAA
10-15 años	100.00						100	
15-19 años	100.00	11.1		22.2		33.3	22.2	11.1
20-24 años	100.00	8.7	4.3	26.1	17.4	30.5	13.0	

Cuadro 23
Ingreso Promedio mensual según Categoría de Ocupación
(Barrios Marginales, Tega., D.C. 1984)

Grupos Ocupacionales	Total %	Ingreso Promedio En Lempiras
Profesionales y Técnicos	8.5	497.0
Empleados de Oficina	1.7	349.1
Vendedores	16.1	242.8
Motoristas y Mecánicos	17.0	390.3
Artesanos	22.0	242.0
Servicios	33.0	200.2
Miembros de FF.AA.	1.7	225.0
TOTAL	100.0	325.0

Encuesta Directa. Marzo 1984.

En síntesis, las principales características que presenta el sector población joven del país en el proceso de inserción al mercado de trabajo, son:

1. Ha aumentado fuertemente la participación laboral de los grupos jóvenes, especialmente en las actividades rurales.
2. Analizando esta participación por sexo se observa que el trabajo femenino tiende a caracterizarse preferentemente en las actividades y servicios no agrícolas.
3. Existe una fuerte discriminación por sexo y edad en cuanto a la participación laboral, según el tipo de actividades.
4. La fuerza de trabajo femenina urbana tiende a generar relaciones salariales en mayor proporción que la fuerza de trabajo urbana masculina. El porcentaje de la PEA no asalariada es mayor en la

- población masculina relacionada con el % de la PEA femenina, cualquiera sea el grupo de edad que se analice.
5. La relación salarial, entonces, predomina en la PEA femenina a nivel nacional (64.4%), en comparación con el porcentaje de la PEA masculina (44.3%).
 6. En cambio, la PEA no asalariada está conformada en mayor porcentaje por los hombres (55.7%) en relación a las mujeres (35.5).
 7. Se observa que entre la PEA masculina el mayor % se inserta en las relaciones salariales hasta los 30 años de edad. Antes de los 20 y después de los 30 años, la tendencia es a un desplazamiento de esta población a los nexos no salariales.
 8. Esta misma tendencia se observa en la PEA femenina, aún cuando la participación laboral de la mujer joven en las relaciones salariales es mayor que la de los hombres jóvenes (65.3% y 53%, respectivamente).
 9. Todos estos indicadores demuestran la existencia de serias discriminaciones por sexo y edad en los tipos de actividades del mercado de trabajo. De este modo, la falta de instrucción y de especialización laboral, unido al sexo y edad de los jóvenes trabajadores, posibilita la exclusión del mercado laboral y, como consecuencia, los niveles de desempleo abierto entre la población de 10 a 29 años de edad.

V. LA JUVENTUD HONDUREÑA Y SU PARTICIPACIÓN POLÍTICA

En los capítulos anteriores se han destacado las variaciones en el crecimiento demográfico de la población, la expansión educacional en todos los niveles, y la fuerte demanda que ejerce la fuerza de trabajo joven al mercado ocupacional, aún cuando sigue predominando la población rural sobre la urbana, y las actividades agropecuarias por sobre las actividades industriales y/o de servicios. Sin embargo, estos procesos ocurridos en las últimas décadas, de alguna manera, han traído consigo transformaciones de carácter socio-político en las relaciones de poder vigente.

En lo que respecta a la población joven del país y su participación política-electoral, resulta importante señalar que en las recién pasadas elecciones presidenciales de Honduras, celebradas el 24 de noviembre de 1985, la participación masiva de la población fue el rasgo más sobresaliente.

El electorado al votar preferentemente por los llamados candidatos desidentes o de oposición al interior de los dos grandes partidos políticos tradicionales, liberal y nacional, (juntos el 90% del total de votos), quiso expresar su rechazo, crítica o condena a la gestión del gobierno saliente.

En términos de geografía electoral, se mantuvo la tendencia por la cual el Partido Liberal triunfó en los departamentos de mayor grado de moder-

nización y desarrollo relativo donde se encuentra el mayor número de población organizada y expuesta a los medios de comunicación de masas.

En el caso del área agro-industrial más importante conformada por los departamentos de Atlántida, Colón, Cortés y Yoro que son, a su vez, los de mayor atracción migratoria hacia la Costa Norte del país y en donde se encuentran las principales concentraciones de obreros sindicalizados.

Por su parte, el Partido Nacional mantuvo sus típicos baluartes en la zona Sur y en la zona Occidental especialmente en los Departamentos de Copán, Intibucá y Lempira, con la excepción de La Paz, cuna del expresidente Suazo, que recibió una desproporcionada atención en obras y proyectos durante su mandato, lo que indudablemente influyó en el resultado por primera vez favorable al Partido Liberal.

Sin embargo, a nivel de los centros urbanos más grandes es interesante anotar que el Partido Nacional, o más propiamente el "Callejismo", ganó en el área metropolitana de la capital Tegucigalpa donde centró una masiva campaña de proselitismo y de trabajo intenso en los barrios y colonias más populares de la ciudad, lo que le permitió capturar el gobierno municipal de la misma. Es aquí donde se encuentra el grueso de la burocracia pública y una buena parte del sector terciario de la economía nacional.

Por el contrario, el Partido Liberal resultó mayoritario en las ciudades de mayor dinamismo industrial y comercial vinculados a la actividad agroindustrial, forestal y portuaria de exportación-importación como es el caso de San Pedro Sula, El Progreso, La Ceiba, La Lima, Olanchito, Puerto Cortés, Trujillo, Siguatepeque. Es en estas zonas donde se localiza la mayor proporción de población económicamente activa asalariada y donde tienen sus sedes las principales asociaciones campesinas de alcance nacional que agrupan a las organizaciones, empresas, cooperativas y asentamientos del llamado sector reformado del agro hondureño.

1. Las Fuerzas Políticas Emergentes

Es en estas mismas áreas mencionadas donde se dio en general la mayor votación de las nuevas fuerzas y partidos políticos que se diferencian de las dos grandes agrupaciones tradicionales. Se trata del Movimiento Liberal Democrático Revolucionario (M-LIDER), de la Democracia Cristiana y del Partido Innovación y Unidad (PINU) que en conjunto alcanzaron alrededor de 100.000 votos, que aunque representan sólo un 6% de la votación total indica que empiezan a abrirse paso las nuevas tendencias, a pesar de los obstáculos legales y financieros que tienen que enfrentar, ante una maquinaria tradicional de poder sumamente cerrada pero, que por el desgaste político que experimenta, se agrieta aceleradamente al no poder ofrecer respuestas reales y duraderas a la problemática de los sectores populares del país.

El M-LIDER, Movimiento de origen liberal y orientación social-demócrata, es un ejemplo de las posibilidades que se presentan a cuatro años de plazo de cara a las elecciones de 1989. No obstante, una serie de

dificultades que ha tenido que sobrepasar, se ha constituido en una fuerza política independiente con un caudal e identidad propios.

Además de este fenómeno de crecimiento de las fuerzas políticas emergentes, se pueden constatar como consencuencia importante del proceso electoral ciertos cambios en la actitud ciudadana que han hecho que se desdibujen los agudos enfrentamientos y sobre todo la rígida separación bipartidista causante en el pasado de las sangrientas y crónicas guerras civiles que produjeron tanta inestabilidad y retaso político para el país.

Se observó en esta campaña mayor fluidez y tolerancia, incluso acercamiento, entre los viejos bandos rivales dentro de un clima de coexistencia y mayor madurez política, quizás por la misma modernización y difusión de los mecanismos de comunicación colectiva y por la irrupción de las nuevas generaciones no comprometidas con las prácticas ancestrales de lealtad tradicional. Es más, el intercambio de lealtades y simpatías partidarias, a contrapelo de las costumbres familiares, transcurrió ahora con toda naturalidad, a diferencia de los estereotipos del pasado que estigmatizaban a las personas que cambiaban su preferencia partidaria.

Esto puede tener un decisivo efecto político en el desarrollo de una visión pluralista de la política, que ya recibió su primer respaldo al presentarse por primera vez en el país la posibilidad de escoger entre nueve candidatos a la Presidencia de la República con sus respectivas planillas. El electorado entendió y aplicó bien este nuevo aunque provisional sistema de elección en el marco de una campaña bastante civilizada de debates y discusiones públicas, aunque desgraciadamente más proselitista que mínimamente programática.

El hecho de haber realizado este acto electoral libre significa, por lo menos, poseer un instrumento que mida el peso político de las distintas corrientes ideológica-políticas del país. Aún cuando las lealtades políticas tienden a mantener las opciones tradicionales (el 90% del electorado), la juventud hondureña ha tenido más posibilidades de reestructurar estas lealtades políticas al tener ahora nuevas y diferentes opciones. Sin embargo, el éxito electoral de las viejas estructuras partidistas, ha sido interpretada como "cierto proceso de derechización al interior del mismo pueblo hondureño, particularmente, en la juventud".

Es decir, resulta evidente que las viejas estructuras partidistas, aún bajo las nuevas condiciones sociales provocadas por la aguda crisis económica, han sido capaces de operar con nueva eficacia frente al entusiasmo de los 400 mil nuevos electores que, en cierta medida, hicieron triunfar a Callejas, que representa la nueva derecha de Honduras.

¿Cómo explicar esta continuidad ideológica-partidista en el comportamiento electoral de esta nueva generación masiva de jóvenes electorales? ¿Es que la vieja estructura de los valores más tradicionales se ha expresado en un nuevo discurso político que entrega las respuestas posibles a las nuevas preguntas que surgen en el presente del país? "¿Una nueva energía de la vieja derecha?"

De cualquier modo, la participación de la nueva generación de hondureños, se vuelve problemática si se consideran las consecuencias políticas-ideológicas que tiene para el país esta continuidad partidista en la cúpula de la estructura del poder. Tal vez sea importante destacar que todo este contingente electoral recién empieza a participar como votante en la elección del Presidente Suazo Córdoba, en el año 1981; es decir, este entusiasta sector electoral carece de una experiencia política-partidista, de las posibilidades que potencialmente pueda brindar el proceso electoral. Pero no sólo cuentan en este hecho la poca experiencia de participación electoral de la juventud hondureña, sino que también son problemáticas las condiciones estructurales donde se inserta esta juventud: desocupación, exclusión de formas más directas de participación, analfabetismo, es decir, un fuerte proceso de segmentación social que profundiza las tensiones al interior de la sociedad hondureña.

Con todo, este complejo juego político puede llevar a la consolidación de un sistema civil de sucesión pacífica del poder, que sufra una real y progresiva democratización en cuanto a igualdad creciente de oportunidades para las diferentes fuerzas políticas y la gradual apertura a nuevos mensajes de contenido doctrinario y a planteamientos programáticos, que formulen alternativas serias ante las graves urgencias nacionales, que permitan un perfeccionamiento y fortalecimiento de la democracia en Honduras, no sólo como fórmula jurídica política sino como realidad económica y social tangible para los sectores populares del país.

CONCLUSIONES

Este informe sobre la población joven de Honduras, ha seleccionado una serie de indicadores económicos y sociales que delimitan algunos aspectos del contexto demográfico, educacional, ocupacional y político, donde se desenvuelve estructuralmente este segmento de la población, y que pueden ayudar a comprender la problemática actual de la juventud nacional.

Aunque pretendió ser un diagnóstico sobre esta generación, las limitaciones existentes en cuanto a información y datos detallados sobre este sector han impedido un recorte articulado de la juventud hondureña como hubiese sido deseable en el presente. Por lo mismo, este documento de trabajo ha intentado transformarse en un ejercicio que intenta ilustrar las probables tendencias que muestra este segmento de la población en cuanto a su crecimiento demográfico, sus demandas de servicios educacionales y de especialización para el trabajo; se caracterizan, además, los mecanismos de inserción al proceso productivo para desagregar aquellos que posibilitan la generación de relaciones salariales, como indicadores opuestos a aquellos mecanismos que no permiten este tipo de relaciones y que dan cuenta de alguna manera del carácter del desarrollo capitalista en el país.

Del mismo modo, se ha intentado especificar algunos rasgos relevantes de la actual coyuntura política nacional; se infieren aspectos relacionados con el comportamiento electoral de los jóvenes votantes, especialmente, sus tendencias aperturistas e innovadoras con respecto a las tendencias

políticas conservadoras que prevalecen en el conjunto de la población que participa activamente en el proceso electoral.

No ha sido posible, por tanto, desarrollar una mayor segregación de datos que entregara con cierta precisión la problemática global de la juventud hondureña en el presente. Creemos, sin embargo, que el ejercicio propuesto permitirá que en el futuro los nuevos estudios sobre esta generación puedan especificar las variables estructurales que determinan y condicionan su situación objetiva, y se alcancen las diferenciaciones sociales, geográficas y de oportunidades a que está sometido este estrato poblacional.

Por último, este tipo de proyectos deberán tener un fuerte acento promocional entre los jóvenes, sobre todo, desarrollar una mayor capacidad de organización que ayuden a diagnosticar y a encontrar sus propias soluciones a los problemas que los aquejan. Los problemas económicos y sociales que presenta el país son de tal naturaleza y magnitud que se requiere investigar con urgencia cuál es el papel de la juventud en medio de esta crisis generalizada en la región.

Pero, al privilegiar a la juventud como sujeto de estudio, se deberían realizar diversos proyectos que utilizando metodologías novedosas den como resultado, no sólo cifras estadísticas, sino que pongan el énfasis en los aspectos psico-sociales que la caracterizan: sus intereses, imágenes sociales, expectativas y aspiraciones educacionales y ocupacionales, capacidad de organización, actitudes positivas y negativas frente a la participación política, resultados que ayuden a la formación de las políticas sociales donde los jóvenes del país sean sus principales beneficiarios. Esto posibilitará un mejor conocimiento de la población joven como generación y podrán elaborarse algunas políticas de acción social modelós a gran escala.

BIBLIOGRAFIA

- Anuario estadístico. Dirección General de Estadísticas y Censos, Tegucigalpa, Honduras, 1975, 1981.
- Arancibia, J., *Honduras: ¿Un Estado Nacional?* Editorial Guaymuras. Tegucigalpa, Honduras, 1984.
- Becker, L. "Síndrome o Diagnóstico de Salud en Honduras". *Revista Centroamericana de Ciencias de la Salud*, Enero-Abril, 1976.
- CONSUPLANE. *Análisis de la Encuesta de Ocupación de Tegucigalpa*. Tegucigalpa, D.C., 1982.
- CONSUPLANE. *Reseña de la Población de Honduras*. Tegucigalpa, D.C., Honduras, 1983.
- CONSUPLANE. *Plan Nacional de Desarrollo 1979-1983*. Tegucigalpa, D.C. Honduras, 1983.
- CONSUPLANE. *Encuestas de Hogares: Fuerza de Trabajo*. Tegucigalpa, D.C. Honduras, 1985.
- CONSUPLANE-CELADE. *Honduras: Proyección de Población*. (Volúmenes I y II) Tegucigalpa, D.C. 1981.
- Dierckxsens, W. "La Reproducción de la Fuerza de Trabajo en una Economía de Transición". *Rev. Centroamericana de Economía*. Mayo-Diciembre. UNAH, 1981.
- Dierckxsens, W., Campanario, P., *Economía y Trabajo en Honduras*. Edit. Guaymuras. Tegucigalpa, Honduras, 1983.
- Estadísticas Nos. 14, 15 y 16 de la UNAH. Oficina de Estadística Universidad Nacional Autónoma de Honduras, Tegucigalpa, D.C., Honduras, 1986.
- Funes de Torres, Lucila. *Honduras: Derechos Humanos*. Centro de Documentación de Honduras. Tegucigalpa, D.C., Honduras, 1984.
- Honduras en cifras*. Banco Central. Honduras. 1983
- Informe de la Misión Sobre Necesidades Básicas*. Honduras N.U.A.P., Nueva York, 1977.
- Madariaga, H. *Formas de Inserción en el Mercado de Trabajo. Tipos de Actividades Inestables y Marginalidad Urbana*. L.U.Z. Maracaibo, Venezuela, 1979.
- "Medición del Empleo y de los Ingresos Rurales". *Informe de la CEPAL* No. 19. Santiago, Chile. 1982.
- Molina, Guillermo. *Crisis del Viejo Orden*. Edit. Guaymuras Tegucigalpa, Honduras, 1981.
- Molina, G. y Otros. *Trabajo no Formal en Condiciones de Crisis*. UNAH. Tegucigalpa, Honduras.
- Murmis, Miguel. *Tipos de Capitalismo y Estructura de Clases*. CICOSO. 1973. Buenos Aires.
- Oferta y Demanda de Profesionales de Educación Superior. Facultad de Ciencias Económicas. Instituto de Investigaciones Económicas y Sociales UNAH., 1984.
- Problemas del Desarrollo Social de América Latina*. ILPES. Santiago, Chile, 1973.
- Situación Actual de la Economía y las Perspectivas de la Juventud Hondureña. UNAH, Dirección de Servicios Estudiantiles. 1985.
- Tabulaciones Básicas. Encuesta Demográfica Nacional de Honduras. (EDEHN II). Tegucigalpa, D.C. Honduras, 1973.
- UNAH. Catálogo General, 1985.



INFORME DE LA SITUACION DE LA JUVENTUD EN NICARAGUA

Edelberto Torres-Rivas

INTRODUCCIÓN

La condición juvenil contemporánea en Nicaragua puede explicarse recurriendo a un doble expediente, a fin de poder desarrollar un análisis adecuado de la situación actual. No es suficiente recurrir a la presentación contextual subrayando, a la manera más tradicional en este tipo de informes, lo que significa ser joven en el marco de la sociedad adulta y tratando con ello de extraer los elementos descriptivos particulares que definen esta etapa de la vida. Por otro lado, es necesario explicar cómo el conjunto de la sociedad nicaragüense ha sido conmocionada desde hace más de quince años por situaciones que por su duración temporal no pueden ser juzgadas como anormales y propias de una situación de coyuntura. Aún más, la explicación de esa larga coyuntura crítica sólo cobra sentido si se toman en consideración los elementos de la historia previa y del contexto internacional que la condicionan tan fuertemente.

Aunque puede ser obvio afirmar que la historia nacional es siempre un conjunto de fenómenos singulares irrepetibles, la de Nicaragua es particular por la manera cómo, a contrapelo de las experiencias del resto de los países centroamericanos, se conformó su economía agrícola interna y de exportación y las formas de poder local y las maneras de ejercerlo; y las dificultades para constituir lo social colectivo tan fragmentado o el sentido de pertenencia e identidad, el ámbito nacional de la soberanía y las relaciones con los poderes del exterior, etc. A manera de síntesis, digamos que Nicaragua estuvo afectada desde hace más de un siglo por razones que tienen que ver con su condición geográfica, al ofrecer un paso transoceánico fácil que nunca llegó a aprovecharse técnicamente pero que le dió una extraordinaria vulnerabilidad, antes y ahora, frente a las grandes potencias de la época. Su vida política estuvo igualmente alterada por intervenciones norteamericanas -a la manera de una inversión privada, con William Walker, en 1854- y como operación de política exterior, entre 1911 y 1933.

Un segundo elemento decisivo en la comprensión de esta síntesis es la referencia a la tardía e incompleta conformación de una agricultura comercial de exportación, que es como decir, un crecimiento capitalista en el agro a destiempo que se hizo en Nicaragua hasta la década de los cincuenta de este siglo y muy condicionado por la naturaleza de un producto: *el algodón*. La demanda de esta fibra sólo fue importante en la coyuntura de la postguerra. Su magnitud precipitó la modernización de una pequeña zona del pacífico nicaragüense y la capitalización acelerada de una pequeña fracción social de comerciantes, terratenientes y políticos.

El último elemento importante de esta historia es la forma atrasada que adoptó la dominación política y que desde la mitad de la década de los treinta de este siglo se personalizó en el control del poder por parte de la familia Somoza. A propósito, no se habla del gobierno del Estado porque la presencia del grupo familiar Somoza fue algo más que el ejercicio del gobierno a través de personajes vinculados por relaciones de parentesco. El control del aparato estatal por intermedio de una rama civil -el Partido Liberal-, y militar -la Guardia Nacional-, estuvo además acompañado por el predominio económico, en sitios claves de esa esfera, del grupo empresarial vinculado a la familia Somoza-Sacasa. Los estrechos lazos tanto privados como estatales del régimen de los Somoza con los Estados Unidos agregaron aún más fuerza a la que ya le otorgaban los mecanismos políticos y económicos locales. El resultado de la suma de tales factores de poder e influencias fue la conformación de un poder despótico y autoritario, por épocas dirigido utilizando recursos partidarios, electorales y parlamentarios sumamente débiles, mecanismos de corrupción y violencia generalizados y, en momentos de crisis, exacerbando al máximo la arbitrariedad casi sultanesca del yugo dominante.

La economía del país, a finales de la década de los setenta continuaba siendo predominantemente agraria, con un núcleo exportador muy concentrado y modernizado y una implantación industrial acelerada en los sesenta en el marco del proceso de integración económica centroamericana. El Producto Interno Bruto estuvo siempre por abajo del promedio de la región, aunque el crecimiento económico del sector industrial fue importante en ciertos períodos.¹ La estructura social también se modificó en el período de la postguerra al compás de dos tendencias bien conocidas. Por un lado, el aumento de la población urbana y, por el otro, un movimiento contradictorio en el crecimiento de la mano de obra asalariada. Así, por ejemplo, entre 1950 y 1980, la población económicamente activa no agrícola se duplicó, pero la proporción del sector asalariado disminuyó, lo que de manera indirecta revela un crecimiento de la pobreza urbana. De igual manera, en el llamado estrato bajo del sector primario (en el total de la PEA) se debilitó el sector asalariado (C. Filgueira y C. Geneletti, 1986: 56). Finalmente, en el período de los treinta años que se vienen señalando

1. El PIB *per cápita* fue en 1975, de 456 pesos centroamericanos, equivalentes al dólar norteamericano; la agricultura contribuía con el 27 % del total del PIB y el sector industrial con el 25 %, lo que no debe ser considerado como "índice de industrialización".

se conformó una pequeña pero importante franja social intermedia (“clase media”), cuya clasificación resulta difícil de precisar pero acerca de cuya importancia política todavía no se ha dicho todo. En ese mismo período, se conformó y aumentó un sector *informal urbano*; a partir de los sesentas, el llamado sector moderno agrícola inicia una fuerte decadencia, que contrasta con lo ocurrido en los otros países de Centroamérica (PREALC, 1985).

Como puede verse, en el período de la dictadura de los Somoza la sociedad nicaragüense se modernizó contradictoriamente con el empuje del algodón en el campo y de algunas inversiones norteamericanas en la industria. En el momento de la crisis, la pobreza urbana crecía significativamente y los sectores tradicionales del campo mantenían su vigor frente a un sector moderno en decadencia. Es ésta la sociedad y aquel el Estado que entran en crisis a finales de los setenta.

I. EL CONTEXTO

La vida de la juventud nicaragüense se ha desarrollado en los últimos años en un contexto social en el que han privado condiciones que vuelven difícil el cumplimiento de finalidades, objetivos o esperanzas que definen la condición juvenil. Nos referimos al clima de dictadura política que altera algunos de los condicionantes educativos, la disponibilidad de alternativas culturales, o ciertas formas de integración social propias de la edad y que reproduce un ambiente de arbitrariedad y violencia.

Después de 1972 la sociedad quedó alterada en su funcionamiento normal por un accidente telúrico, el terremoto de diciembre de 1972 que afectó particularmente a la ciudad de Managua y rompió, para decirlo con una frase que resume los resultados materiales y anímicos, con el sistema nervioso de la sociedad urbana de la nación. La destrucción física del casco central urbano más importante del país desorganizó formas elementales de existencia social al volverse -de hecho- imposible la reconstrucción del “centro” de la ciudad y castigar así con severos problemas económicos a la población urbana y semi-urbana de más bajos ingresos.

La mención del terremoto de 1972 no sólo resulta indispensable por cuanto fue factor desorganizador en sus efectos de fenómeno de la naturaleza, sino porque tuvo efectos políticos y sociales de alcances no previstos. Cuando se produjo el fenómeno sísmico, la vida política del país se alteró por un breve periodo, suficiente para develar la naturaleza feble del control policiaco y militar sobre la sociedad, y porque generó formas inéditas de solidaridad social frente a la tragedia. Pero de manera particular, porque fue una inopinada prueba para la existencia legal, ideológica y simbólica de la dictadura de los Somoza. En efecto, desde octubre de 1972 Anastasio Somoza II, se había retirado tácticamente del ejercicio del poder ejecutivo de la nación, para cumplir con la formalidad constitucional de ser candidato a la reelección presidencial. Imposibilitado de retomar el control del gobierno, el general Somoza, que no había renunciado a la jefatura de

la Guardia Nacional, se hizo elegir Presidente del Comité Nacional de Reconstrucción. Este Comité pasó a ejercer funciones ejecutivas *totales*, sustituyendo de manera brutal, las que constitutivamente corresponden al Presidente de la República, al gabinete ministerial y a la Asamblea Legislativa.

Son diversos los escenarios en los que se ha desarrollado la juventud nicaragüense en los últimos quince años. El punto de partida, un tanto arbitrario, es el conjunto de fenómenos políticos que se produjeron con ocasión del terremoto de la ciudad de Managua, ya señalado; se trata, propiamente, de efectos de diversa naturaleza tales como el empobrecimiento mayor de la población de bajos ingresos, la desarticulación de la producción artesanal y manufacturera y en la distribución y en los servicios. El segundo escenario se constituye con el auge de la oposición política y el asesinato del periodista Pedro Joaquín Chamorro, en enero de 1976 y que tuvo consecuencias importantes en la vida total de la población nacional. El tercero, comienza en julio de 1979, con la caída del régimen somocista y la victoria del Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN).

El retraso en el desarrollo social de algunas sociedades como Nicaragua afecta de manera particular el desarrollo de los sectores juveniles, aunque sólo fuese porque éstos constituyen el grupo demográfico más importante. En efecto, el destino de la joven generación, a comienzos de la década de los setenta se movió entre carencias económicas y la disminución de oportunidades, provocadas directamente por el manejo inapropiado de las consecuencias del desastre sísmico por parte del régimen somocista.

La corrupción de los funcionarios limitó los alcances de la ayuda internacional y el sentido patrimonial de la gestión oficial impidió resolver los problemas populares más urgentes, como los relativos a la vivienda pobre, el transporte, caminos, escuelas, el agua y hospitales. En este contexto, las mencionadas carencias condicionaron un escenario de frustraciones juveniles cuyo conocimiento y análisis sólo con posterioridad ha sido reconocido.

A los efectos ya mencionados, en los que se combinaron causas naturales y manejo irresponsable de la gestión pública, se fueron agregando las primeras manifestaciones de descontento popular. El segundo escenario empezó a constituirse en 1974 con la reelección de Somoza y el aumento de las arbitrariedades de la dictadura. En diciembre de ese año se realizó la primera acción exitosa del Frente Sandinista. La resistencia popular comenzó a crecer rápidamente en los años siguientes hasta convertirse después del asesinato de Pedro Joaquín Chamorro en una insurrección de alcance nacional, en la que la incorporación de grandes mayorías juveniles se realizó por el expediente de una rápida radicalización política.

La juventud nicaragüense se formó, de esta suerte, en el escenario de la violencia política que en aquel momento fue sobre todo represión policial indiscriminada y la adopción de formas de vida marginales al trabajo y a la educación, que constituyen normalmente, las esferas elementales de socialización y entrenamiento para la vida adulta. Viviendo y formándose

estas generaciones en un ambiente autoritario, el escenario de la década estuvo crecientemente calificado por la adopción de formas de lucha violenta contra la dictadura de Somoza.

Los conflictos en torno del Estado, sea por peticiones estudiantiles, huelgas sindicales, presiones de profesionales o de empresarios, fueron creando un clima de permanente alteración del orden y de la previsibilidad que rige la relaciones cotidianas. Este segundo escenario desembocó después de 1977 en un abierto desafío de la sociedad frente al Estado, representado este último en sus expresiones materiales más visibles en los cuerpos de Policía y de la Guardia Nacional, los ministerios de Educación, Gobernación y Trabajo. En los niveles menores, en la base de la sociedad, por las autoridades municipales, los “jueces de mesta”, los representantes del aparato fiscal, los grupos y los cuadros del Partido Liberal. En la base del poder la violencia fue particularmente más feroz.

Fue este clima de extendida politización de la vida social lo que contribuyó al apareamiento de organizaciones de la más variada significación entre la juventud nicaragüense y que el Frente Sandinista tuvo la oportunidad de articular, sumar y unificar en una sola fuerza. La lucha cívica y pacífica cobró paulatinamente otras expresiones hasta desembocar en un enfrentamiento militar popular frente las fuerzas gubernamentales. Tal como lo mencionamos más adelante, la importancia de la participación juvenil fue decisiva en el sentido literal del término.

Finalmente, debemos mencionar el nuevo escenario que empieza a constituirse después de julio de 1979. La derrota de la dictadura de Somoza fue también la derrota de la Guardia Nacional, del Partido Liberal que penetraba por diversas formas la estructura administrativa del Estado, de una importante fracción de la burguesía financiera, comercial e industrial del país y *last but not least*, implicó un cambio radical en las relaciones de dependencia. Fue por lo tanto un hecho mayúsculo de significación histórica, que nada tiene que ver con las reiteradas luchas antidictatoriales del pasado centroamericano.

Para nuestro propósito, lo importante de este tercer período, es la transformación de un conjunto social en una fuerza política, en el que una generación joven es puesta al frente de responsabilidades para las que no hubo ni el entrenamiento previo ni la gradual socialización propias de culturas políticas democráticas. Hablamos de un conjunto social para hacer referencia tanto a los orígenes estructurales diversos como del carácter popular del frente libertador antiautoritario. Aquí conviene no confundir lo popular con lo proletario. La coalición antisomocista era popular en el sentido que por circunstancias particulares de la historia nicaragüense y de la dinámica del poder del somocismo, extensos sectores estaban sometidos no propiamente a condiciones de miseria pero si a un similar grado de subordinación política que terminó por homogenizar situaciones socio-económicas diversas en una sola expresión política. La dictadura militar pareció ejercer su fuerza coercitiva sobre toda la sociedad. De allí la fuerza de la lucha popular y también la debilidad del régimen.

II. LA CONDICIÓN JUVENIL EN SITUACIÓN DE CRISIS

1. La Participación Joven en la Crisis

Sin duda se simplifica el análisis al establecer la obvia relación que existe en Nicaragua entre actores de la crisis y la movilización de diversos grupos juveniles. Esto es cierto mas aún si se recuerda que los orígenes del Frente Sandinista se confunden con los del movimiento estudiantil radicalizado en la década de los sesenta en sus luchas contra la dictadura somocista. Tanto el Frente Estudiantil Revolucionario (FER), como los activistas vinculados a *El Universitario*, nutrieron las filas del FSLN (L.P. González, 1985).

De las generaciones de postguerra, nos interesa recordar la que se formó en el clima creado por el terremoto de Managua y por la reelección de Somoza, porque marca el escenario de una inmediata radicalización política y el inicio de un activismo en el que ya no sólo estuvieron presentes los estudiantes *latu sensu*, sino nuevos sectores juveniles casi todos de origen urbano. Es esta promoción juvenil la que llevó adelante el desarrollo de la crisis, a la que se unieron nuevas generaciones que remozaron las filas populares. El perfil de lo que constituye el "sujeto" social de la revolución está formado por una multitud heterogénea de jóvenes trabajadores y artesanos, semiproletarios y campesinos, personas salidas del llamado "sector informal", pobres urbanos y semiurbanos, estudiantes calificados por esa doble condición de quienes todavía lo hacían antes de incorporarse a la "plebe alzada" o que en algún momento de su corta vida lo habían hecho sin concluir los estudios. (Véase el cuadro 1).

Cuadro 1
Edad y Sexo de los Participantes en la Guerra
-Combatientes muertos-

Edad	Hombres	Mujeres	No.	Total %
Menos de 15 años	10	1	11	1.7
15 a 19 años	187	14	201	31.4
20 a 24 años	229	14	243	38.0
25 a 30 años	113	10	123	19.2
31 a 40 años	48	1	49	7.7
41 años y más	11	2	13	2.0
Total	598 (93.4 %)	42 (6.6 %)	640	100.0

Fuente: Carlos Vilas (1984: 170).

La condición juvenil, casi adolescente, de los participantes en la base de la insurrección -no debería aquí distinguirse entre hombres y mujeres- queda comprobada por una de las pocas informaciones de naturaleza estadística de que se dispone. Tal como lo señala Vilas, el 71 por ciento de la muestra analizada de los luchadores muertos (en el asalto final a la dictadura) eran ciudadanos entre los 15 y los 24 años de edad, proporción que es casi tres veces más alta que el peso de ese mismo grupo etario en el total demográfico de la población nicaragüense, aproximadamente del orden del 20 por ciento.

Se trata de una muestra de casi 600 personas que constituirían algo más del 8 por ciento del total de caídos en las luchas contra la dictadura, pero no del total de participantes en la insurrección. En todo caso, el dato anterior y el perfil ocupacional de los mismos, (Véase el cuadro 2) indican lo que percepciones de una numerosa variedad de participantes (encuestas, testimonios, reportajes periodísticos, etc.) lo han confirmado reiteradamente. En el momento casi fulminante del asalto final, es decir, no a mediados de la década de los setentas, cuando la lucha se hacía clandestinamente y la vida se arriesgaba de otra manera, talvez con tintes menos heróicos, la presencia estudiantil fue decisiva.

Hay que decir que continuó siéndolo pero no resulta verdadera la historia que se detenga en este señalamiento y no haga la crónica de la extensa participación de jóvenes de otros sectores sociales. Carlos Fonseca

Cuadro 2
Ocupacion de los Participantes en la Guerra
-Combatientes muertos-

Ocupación	Porcentaje
Estudiantes	29.0
Gentes de oficioa/	22.0
Obreros y jornaleros	16.0
Empleados y oficinistas	16.0
Técnicos, profesionales, maestros, profesores	7.0
Pequeños comerciantes, buhoneros	5.0
Campesinos, agricultores	4.5
Otros	0.5
Total	100.0
(n=542)	
Ignorados	98

a/ Artesanos, talleristas, comideras, planchadores, mecánicos transportistas, carpinteros, hojalateros, colchoneros, zapateros, fontaneros, reparadores, etc.

Fuente: C. Vilas (1984: 176).

en el momento en que le tocó fundar y dirigir los primeros pasos del FSLN reconoció que en Nicaragua

“no existe un proletariado industrial sino muy joven, que todavía se encuentra desorganizado sindicalmente,... Así mismo el movimiento campesino con reivindicaciones clasistas data de los años recientes. Por razón de un proceso dialéctico es el sector del pueblo constituido por los estudiantes el que con mayor entusiasmo acoge, en la primera etapa, los ideales revolucionarios. Durante cierto período los estudiantes deben ser la fuerza que ha de encabezar la lucha popular”. (C. Fonseca, 1981: 137)

En efecto, en las etapas posteriores y particularmente en la batalla final contra la dictadura, jóvenes obreros y campesinos en su inmensa mayoría participaron decisivamente. Y desde julio de 1979, son jóvenes los que llenaron las organizaciones de masas, los cuerpos de seguridad del Estado en reconstrucción (Milicias, Policía, Ejército y otros) y en general del apoyo y la base activa de la movilización que el nuevo régimen requiere.

Se ha escrito mucho acerca del papel protagónico de la juventud en la experiencia reciente de Nicaragua, al punto que por razones que sintetizamos a continuación, se dice que la originalidad del cambio revolucionario en este país reside en que el mismo puede ser visto como una operación de catarsis política en el que los hijos (jóvenes) desafían la autoridad de la dictadura (los padres-adultos) y la liquidan. Descontada la imagen periodística oportuna de tal retórica, habría que reiterar, en primer lugar la razón más obvia, que es el peso demográfico de las edades jóvenes en estructuras subdesarrolladas como en Nicaragua. La segunda razón apunta en dirección de la historia previa, al carácter que asume durante algún tiempo la oposición a la dictadura somocista. Siendo Somoza I un recién llegado a los ámbitos de la oligarquía, alla por 1930, la aristocracia de la ciudad de Granada y el Partido Conservador lo rechazaron pero con el oportunismo propio de adultos avezados en los enredos políticos. Durante muchos años la oposición fue adulta y liberal-conservadora y probablemente otro de los tantos méritos del sandinismo es haber cambiado no sólo las reglas del juego político sino la edad de uno de los contendientes. La dirección del movimiento pasó de manos de los viejos caudillos oligarcas a las de exdirigentes estudiantiles. En tercer lugar, el carácter de la lucha antidictatorial rebasó con creces los cauces partidario-electorales urbanos para acrecentarse en la calle y el monte. La respuesta a la violencia estatal fue la insurrección generalizada y ésta probó ser más susceptible de movilizar fácilmente a los sectores juveniles.

2. La Juventud como Fuerza Social

Está aún pendiente la explicación de porqué en la experiencia de Nicaragua el peso de la presencia juvenil es tan importante. ¿No fueron acaso similares las condiciones de otras experiencias de cambio en América Latina? Como la explicación no puede residir solamente en la fuerza de factores biológicos, sino también en las determinaciones de la historia, subrayemos la *calidad* de lo que en un lenguaje innovador se llama el

“sujeto colectivo” que está en el centro del movimiento. Las llamadas también *fuerzas populares* tienen un origen multclasista, abigarrado y heterogéneo desde el punto de vista de su existencia social. Y este conjunto de fuerzas sociales de dimensión nacional está *atravesado* por la condición juvenil; es decir, la presencia de los jóvenes “corta” toda la estructura social, porque del mismo grupo de edad hay jóvenes de todas las clases sociales participando de diversas formas.

La edad joven alimenta una cultura contestataria que recorre transversalmente a la estructura social y que en las luchas radicalizadas del tipo de las que hay en Nicaragua, pueden llegar a ser un elemento cuestionador de primera importancia. De ahí que el *origen* de clase pareciera ser menos significativo, por períodos más o menos largos, que la *situación* de clase y que a partir de ahí, se vuelven similares las diversas experiencias con la estructura dominante. El control social arbitrario de la dictadura enfrenta masas de jóvenes -cualitativamente distintas- pero igualados por la represión y la arbitrariedad oficiales.

Es importante señalar el papel desempeñado por las “comunidades de base” y otros grupos cristianos, decisivo en la primer etapa de la organización para finalidades de solidaridad, y para el cuestionamiento del orden inmediato, después. La crítica de la pobreza del pueblo de Dios condujo a la crítica política y a la acción directa; por esta vía se sumaron miles de jóvenes cristianos de diversos orígenes sociales. Habría que reconocer que esta importante contribución juvenil no ha disminuído con el tiempo. Jóvenes o mas bien adolescentes según los califica el sociólogo Orlando Nuñez (1983: 46), con un promedio de veinte años, forman el grueso de los participantes en las acciones populares, los Comités de Defensa Civil, las Brigadas de Barrio y en las grandes y pequeñas ciudades del interior. La atracción de la acción insurreccional fue grande y se mantiene en el ya prolongado clima de la guerra, a pesar de estar tan lleno de limitaciones materiales y de riesgos personales.

La vida de estos jóvenes militantes no ha cambiado con el triunfo de la revolución, pues su entrega es total, al punto que el tiempo dedicado a actividades para sobrevivir pareciera ser un problema adulto. El abandono de la estructura cotidiana permitió el establecimiento de compromisos vitales, a veces sin el necesario sustento ideológico; en algún momento habrá que estudiar los mecanismos sicosociales de este “engagement” tan particular, de desprendimiento por las ventajas materiales de la vida o los requerimientos propios de la edad. El mundo joven quedó integrado a los avatares de la política de una manera total, que sin embargo se ha puesto a prueba de diferentes maneras: con ocasión del servicio militar obligatorio, de las tareas voluntarias para las campañas de alfabetización, salud y cosecha del café/algodón y últimamente, con una incorporación masiva a la defensa nacional.

La juventud ha constituído, en síntesis, no solamente una fuerza social sino como ha sido reiterado en Nicaragua, como una fuerza ideológica, porque su conciencia política se desarrolla más rápidamente; la cruzada nacional de alfabetización fue hecha por jóvenes estudiantes, constituyen-

do una verdadera y fundamental revolución cultural. En las campañas de salud preventiva participaron más de 70.000 muchachos, a través de formas innovativas y originales que enriquecieron la experiencia. Más de 50.000 milicianos, todos jóvenes, son el testimonio de una fuerza moral y material que simboliza exactamente lo opuesto de la conducta mercenaria, de burócratas y soldados de la "contra". Quizá en esto reside el valor de la juventud como la fuerza de la nueva Nicaragua.

III. LA JUVENTUD EN EL NUEVO CONTEXTO

La nueva situación creada en Nicaragua a partir de julio de 1979 debió enfrentar básicamente dos problemas: una sociedad castigada por largos años de dictadura y por más de 30 meses de insurrección popular y violencia estatal, por una parte y por la otra, la necesidad de redefinir su articulación con la economía y el poder norteamericanos, rotos por el triunfo sandinista (Véase el cuadro 3).

El primer problema se refiere sobre todo a la magnitud de los daños materiales, la destrucción física que dejó la lucha contra Somoza, la descapitalización y parcial desorganización del aparato productivo; en otro orden, más de 35.000 muertos, entre 80 y 100 mil heridos de diferente gravedad; cerca de 40.000 huérfanos, 200.000 refugiados en países vecinos y casi un millón de personas necesitadas de vivienda y alimentación urgente. (CEPAL, 1981; C. Vilas, 1984: 248)

El segundo problema igualmente grave se presentó como perentorio, pero en plazo de dos años se reveló como el mayor obstáculo para el ordenamiento de la sociedad nicaragüense. Desde el exterior se estableció un boicot, de hecho primero, legalmente después, que se convirtió a finales de 1981 en embargo total.

Dicho embargo constituyó un golpe de incalculables consecuencias para una débil economía abierta.

Cuadro 3
Nicaragua: Magnitud de la Destrucción/Descapitalización en los dos Años
Anteriores a 1979
-Millones de dólares-

Destrucción física en dos años de guerra	481.09
Descapitalización y traslado de oro al exterior	518.00
Pérdidas por desorganización económica 78/79	1246.70
Deuda externa heredada	1650.00
Servicio de la deuda externa hasta 1979	249.25
Total	4145.04

Fuente: X. Gorostiaga (1982) e Instituto Histórico Centroamericano (1979).

1. Consideraciones sobre la Educación

Sin embargo, como parte de las tareas de reconstrucción de la sociedad el nuevo régimen se interesó por llevar a la práctica los mayores niveles de participación popular incorporando a la juventud a las más diversas tareas. En la nueva atmósfera de cambio, sólo esta activa y masiva participación juvenil podría asegurar el éxito de las difíciles tareas a realizar. Las transformaciones en la educación constituyeron, de hecho, el primer paso. La Cruzada Nacional de Alfabetización, que movilizó 100.000 jóvenes (y los apartó durante seis meses de sus actividades habituales), permitió reducir la tasa nacional de analfabetismo de 51.4 % hasta el 12.9 % del total de la población.

Diversas evaluaciones sobre el ámbito educativo señalan éxitos más importantes en el ámbito de la llamada "educación no-formal", y especialmente aquellas que tienen como audiencia inmediata a los trabajadores y campesinos, a través de cursos o fases de entrenamiento que los califican mejor para su trabajo productivo, para la dirección política de los múltiples organismos de base o simplemente para la comprensión del complejo entorno en el que se desarrolla la crisis nicaragüense. Es importante señalar que todo ello -la educación formal y no formal- adquiere un sentido substantivo porque está vinculado a una definición política de las metas educativas. Es decir, como sucede en todo momento de cambio, la socialización educativa adquiere su mayor sentido porque la democracia no se define como una forma de participación político-electoral, sino como la integración permanente y múltiple en los asuntos políticos, económicos y culturales de la nación.

La adhesión popular al sandinismo -en nuestra opinión- se conforma y mantiene porque amplios sectores sociales anteriormente subordinados políticamente tienen ahora la sensación, el *erzats*, de estar participando en los asuntos públicos, que tradicionalmente estaban reservados para los pequeños grupos de grandes propietarios o la élite político-militar. La educación constituye el ámbito en donde esta integración es más completa y decidora. Carlos Vilas indica que la apertura del sistema educativo no ha consistido solamente en distribuir "más de lo mismo" sino en poner a disposición del pueblo "más de otra cosa". En el lapso de cinco años el número de estudiantes se duplicó (Véase el cuadro 4) y aunque aún es grande el margen de población en edad escolar que no es atendida, las extraordinarias dificultades económicas, de personal humano y el clima de guerra que desorganiza tan vitalmente la vida normal, atestiguan este esfuerzo muy significativo.

La educación universitaria ha experimentado también crecimientos cualitativos y numéricos (Véase el cuadro 5). De hecho, en tanto la Universidad fue un sitio activo de oposición a la dictadura, su funcionamiento se vio disminuído notablemente en los últimos años del conflicto. Ha habido una reorganización a fondo de la Universidad, reorientando carreras y abriéndolas al mundo rural. El 80 por ciento de la enseñanza primaria se hace en regiones rurales. Y un porcentaje igual de la educación

universitaria se realiza en centros urbanos. Aún no se ha podido distribuir geográficamente el entrenamiento de la educación superior, en parte por las dificultades impuestas por la guerra externa. No obstante es importante señalar la distribución de la matrícula universitaria por años comparativos, para que se entienda cómo la juventud nicaragüense tiene ahora otras oportunidades de formación.

Algunas observaciones críticas sobre la reforma educativa, sobre todo en el nivel superior, pueden dar una idea de la magnitud de las propuestas realizadas cuando, por otro lado, la dirección de los recursos estatales se encaminan masivamente al campo de la defensa. Queremos señalar en primer lugar las dudas y las vacilaciones frente al modelo de sociedad que se quiere construir pero además a la necesidad inmediata de cambiarla para superar las dimensiones del atraso y la ignorancia, resultado de un siglo de desinterés por la educación de las mayorías populares. Por ello, el proyecto educativo, en sus variantes, ha constituido un espacio de enfrentamiento de

Cuadro 4
Nicaragua: Evolución de la Matrícula Escolar. 1979-1984
-Miles de alumnos-

	1979/80	1980/81	1982	1983	1984
Pre-escolar	9.0	18.2	30.5	38.5	61.4
Primaria	431.1	503.4	534.9	564.5	614.5
Media	110.4	139.7	139.9	158.2	161.8
Superior	28.7	34.7	33.9	35.5	33.0
Especial		1.4	1.5	1.8	
Adultos		167.8	148.3	161.3	

Fuente: Ministerio de Educación (MED), completado con el cuadro VI.1, de C. Vilas (1984: 365).

Cuadro 5
Nicaragua: Distribución de la Matrícula Universitaria. 1979 y 1984

Programas o grupos	1979-1980	1984
Ciencias agropecuarias	3.3	15.5
Ciencias médicas	4.8	12.5
Ciencias de la educación	10.6	18.7
Tecnología	12.2	17.9
Ciencias naturales y matemáticas	3.2	4.0
Ciencias económicas	16.4	21.9
Humanidades, CC.CC. jurídicas y sociales	8.8	5.7
Otros programas (estudios generales)	40.7	—
Facultad preparatoria	—	3.8
	100	100

Fuente: CNES, datos no revisados.

intereses y concepciones, tales como la voluntad política por avanzar innovando o la que corresponde a un pensamiento revolucionario más radical. La discusión en este sentido, no se produce en el seno de un conflicto entre lo viejo y lo nuevo, sino entre amigos, entre dos conceptos que definen de manera relativamente diferente el papel de la educación en la nueva sociedad, a veces desde posiciones ultraizquierdistas, otras otorgando a la formación cultural un valor instrumental en sí mismo.

Algunos autores reconocen que aunque la educación es un mecanismo de reproducción de las nuevas relaciones sociales y políticas, en Nicaragua **ya no lo es**, porque está quedando atrás la sociedad capitalista dependiente sujeta al gran capital internacional, pero tampoco no lo es todavía, en tanto lo nuevo tiene un tiempo de maduración que todavía no aparece. La construcción de un nuevo orden y su reproducción a través de los mecanismos educativos está planteada como una lenta transición en que lo más importante es la eliminación de los resabios o formas atrasadas de producción económica o existencia social y cultural. El mayor desafío ha sido por ello el cambio de viejos métodos pedagógicos y el esquema elitista de educación. Todo esto fue discutido en la Consulta Nacional de Educación, realizada en el segundo semestre de 1981, y en la que participaron más de 50.000 personas, intentando señalar metas, características y recursos para la formación de las nuevas generaciones jóvenes.

Sobre este particular, es importante el conjunto de medidas para renovar la educación universitaria. En 1979 había un total de 83 carreras o disciplinas; en 1985 el número aumentó a 110, con 17 especialidades de Postgrado. Lo importante no es el crecimiento cuantitativo del sistema, sino la dirección científico-técnica que ahora tiene. Por ejemplo, se han creado 11 nuevas especialidades tales como Nutrición, Ingeniería Mecánica y Electrónica, Administración Industrial, así como Agronomía Zootécnica, Mecanización Agropecuaria y otras 14 más. La modificación curricular es importante, pero se tropieza con una atroz carencia de recursos humanos razonablemente calificados. Aquí, de nuevo, la juventud ha desarrollado una nueva contribución, cuando muchos de los estudiantes mejor dotados han sido incorporados como Alumnos-Ayudantes (A-A), después de breves cursos de capacitación, para que puedan colaborar con profesores recargados de trabajo o de otras actividades.

En la actualidad, uno de cada cuatro profesores en la Universidad es extranjero, porcentaje que anteriormente era aún mayor. Esto se debió a que muchos profesionales fueron incorporados a la administración del Estado y muchos otros salieron -sin regreso- al exterior. La mayor prueba para los intelectuales de clase media ha sido la reducción del ingreso, pero tal vez aún más, la reducción de la amplitud de la oferta de bienes y servicios, punto neurálgico en el que no se pone a prueba la revolución sino la conciencia. Sin duda, por ello, los niveles de calidad han sufrido serios tropiezos.

En el buen rendimiento académico no sólo cuenta la excelencia docente o la actitud estudiantil; también el ánimo mismo que priva en el entorno de los centros educativos, en Nicaragua constantemente movilizados extramuros para finalidades políticas o responsabilidades de la defensa nacional.

El clima de agitación permanente no favorece la mejor disposición a la reflexión y al estudio.

A partir de 1983, a causa del aumento de la agresión externa, se implantó el Servicio Militar Patriótico, obligatorio para jóvenes de cierta edad. Numerosos estudiantes debieron incorporarse al mismo, suspendiendo sus estudios por dos años. No hay información estadística precisa que indique el número de estudiantes universitarios distraídos de la enseñanza e integrados al SMP. En los hechos, la matrícula universitaria ha descendido de 36.151 estudiantes en el año lectivo 1983 a 29.141 en 1985. (*Instituto Histórico Centroamericano, 1986: 14-C*)

Tal como un documento del Instituto Histórico Centroamericano lo reitera, (*Envío, 1986: 13-16C*) dada la pobreza del país y el atraso social heredado de la dictadura, la educación de la juventud nicaragüense está planteando graves dilemas, que la atención a la guerra de agresión no hace sino justificar. ¿Es suficiente argumento la disrupción causada por la guerra? ¿No están acaso presentes, con la fuerza del hábito inveterado, la indisciplina frente al estudio y la investigación? En la difícil atmósfera de violencia, sabotaje y sobre todo, de carencias materiales de múltiple sentido, el joven nicaragüense asume el estudio en condiciones distintas de sus congéneres de otros países. El derecho se transforma en un deber de estudiar; no hay tiempo libre porque los compromisos son totales; los recursos son pocos y los atractivos de la edad joven deben modificarse en el esfuerzo colectivo, anónimo, de salvar al país.

2. El Ambito de la Producción

En el Programa de Reactivación Económica de 1980, las autoridades de Nicaragua establecieron metas difíciles y modestas al mismo tiempo, que expresaron el daño material causado durante la lucha contra el somozato. Se buscó alcanzar los niveles de producción equivalentes -en 1980- a los de 1978 y para 1981, los que se tuvieron en 1977, que fue el mejor año del período de preguerra. Se buscaba la utilización eficaz de la capacidad ociosa del sector industrial y de la agricultura. Ninguno de tales objetivos pudo cumplirse. Al contrario de lo que ha sucedido en situaciones similares, aquí no fue la desorganización / reorganización de la economía lo que planteó una transición de baja productividad sino los efectos causados por *la extrema dependencia de una pequeña economía atrasada*.

Desde el inicio mismo del proceso de cambio, el comercio exterior se reveló como un inmenso talón de aquiles; de manera más precisa, fue la brecha comercial que tanto se origina en inevitables importaciones (necesarias para mantener el crecimiento económico), como en el declinante comportamiento del sector exportador, de la agricultura básicamente.²

2. Júzguese que se proyectó un aumento de las exportaciones de 676 millones de dólares para 1981, de 823 millones para 1982 y de 969 para 1983 y así sucesivamente. Pero en ningún momento posterior a 1979 se han sobrepasado los 500 millones de dólares.

Las dificultades de la brecha comercial tienen un fuerte impacto en la difícil balanza de pagos. En estos resultados tienen que ver también los desfavorables movimientos de los precios de los productos como el café y el algodón; o las calamidades naturales que destruyeran parte de las cosechas en años posteriores y en buena medida la actividad militar de la "contra" destruyeron los industriales, desmoralizado al campesinado, y vulnerado la actividad productiva.

De hecho, el mercado de trabajo quedó distorsionado desde antes de 1979, cuando decenas de millares de jóvenes abandonaron los estudios y la actividad productiva, en parte para incorporarse a la lucha política, en menor medida por pérdida de oportunidades de trabajo como resultado de la guerra misma. Los índices de ocupación para la población joven no fueron nunca importantes y la subocupación fue la forma normal de existencia de generaciones pertenecientes a familias de bajos ingresos (R.A. Teffel, 1978: cap. 2 y 3). No existen datos, a la fecha, que permitan hacer las comparaciones correspondientes.

No obstante, las oportunidades de trabajo para los jóvenes nicaragüenses no han aumentado significativamente con el cambio político, aunque han aparecido sin duda nuevas opciones o esferas de actividad, todas ellas fuera del sector productivo. Según cifras correspondientes a 1985 ha aumentado el número de desocupados totales, y sin embargo, para la realización de ciertas actividades productivas existen graves carencias de mano de obra. El análisis del empleo juvenil resulta por ello sujeto a complejidades difíciles de evaluar, en virtud no sólo de condicionantes económicos, sino de los efectos que tiene la movilización para la defensa nacional, o las consecuencias desorganizadoras que tienen los ataques o las amenazas de la "contra".

El reclutamiento militar ha absorbido una buena cantidad de jóvenes especialmente campesinos, que han debido abandonar actividades productivas. En los cuatro meses que van de noviembre a marzo de cada año y que corresponden a la época de zafra, se desplazan de los centros urbanos cerca de 20.000 estudiantes hacia el campo, en los que llaman Batallones Estudiantiles de la Producción, para colaborar en las tareas productivas más urgentes. La fragmentación del mercado de trabajo obliga a este tipo de sacrificios productivos y personales.

Para caracterizar mejor no solamente el empleo juvenil sino la participación joven en las actividades productivas tiene que recordarse con insistencia la situación anormal en que se desenvuelve la normalidad nicaragüense y que se analiza desde la órbita particular de la guerra en el último apartado de este trabajo. Llama la atención que aunque la población urbana tiende a aumentar en el país, la proporción de jóvenes (15 a 24 años de edad) en el medio rural se mantenga persistentemente. Los desplazamientos de población provocados en los últimos cinco años también influyen no sólo en lo que se conoce como la migración rural / urbana, sino también en lo que tiene que ver a las actividades habituales de las masas desplazadas, pues con tales movimientos se separa la mano de obra de los sitios en que su presencia activa es normal. Debe señalarse que por la

posibilidad de obtener ganancias especulativas en el comercio (o en general en el sector informal), muchos trabajadores de la industria y los servicios abandonan la labor productiva. Todo ello vuelve difícil la calificación estadística de desocupados porque ellos no corresponden exactamente a quienes ofrecen su fuerza en el mercado de trabajo. (CEPAL, 1986)

Como es bien sabido, la reorganización económica en el período post-somocista dio como resultado la creación de una economía mixta, en la que se comparte un control estatal sobre ciertas actividades productivas y una área de propiedad privada, mayoritaria. De hecho, la economía mixta ha sido el resultado y el punto de partida de una estrategia de desarrollo y reconstrucción del país, que supone la participación de una pluralidad de fuerzas económico-políticas sólo explicables en el contexto histórico particular del país. La participación del sector empresarial en un proyecto que descansa en la hegemonía popular ha planteado un intenso debate entre sectores no acostumbrados a esta alianza o a esta forma de colaboración y funcionamiento. El debate no se realiza solamente entre el Estado, por un lado y el sector privado por el otro. Ello simplemente reproduciría la contradicción hoy día planteada en el resto de economías de América Latina en que, con ocasión de ampliar fórmulas neoliberales para enfrentar la crisis, se ha puesto en cuestión -de manera particularmente equivocada- el papel llamado a desempeñar por el Estado. En la experiencia de Nicaragua nadie discutiría el papel pivotal que corresponde al sector público, aunque sólo fuera por la herencia de las propiedades del somozato, sino también por el boicot que casi desde el inicio algunos sectores empresariales realizaron gradualmente, descapitalizando poco a poco sus empresas y demostrándose a sí mismos que la propiedad privada o es un monopolio o no es propiedad. El debate se refiere propiamente a la viabilidad de un modelo original, que haga compatible un Estado empresario dirigente junto a un empresariado privado, mayoritario, respetándose parcialmente las leyes del mercado.

Por otro lado el dilema quedó planteado de diversas maneras. Una de ellas es el de satisfacer necesidades básicas de las grandes mayorías como tarea prioritaria, pero manteniendo un sistema económico mixto que está principalmente en manos privadas. Otra manera de plantearlo, es el interrogarse sobre la lógica de la ganancia enfrentando la lógica política de las mayorías. Finalmente, el problema queda definido por el contexto internacional, en el cual aumentan las presiones en contra de políticas de cambio que implique sacrificar las leyes del mercado, de la ganancia privada y del capital internacional.

La información estadística que se presenta (Véanse los cuadros 6 y 7) constituye un resumen del estado de la cuestión, de la manera como el esfuerzo por integrar intereses privados y públicos no ha podido evitar el estancamiento de la economía, como parte de una contienda que no sólo se da en el ámbito económico sino también, ideológico, diplomático y militar.

Como quedó dicho anteriormente, el funcionamiento económico se relaciona de múltiples maneras con la condición juvenil, que nos interesa. No existe información disponible sobre ingreso por categorías de edad o por ramas de actividad. Por informaciones periodísticas se sabe que en el sector

de la pequeña propiedad, en el campo y especialmente en el sector cooperativo la participación juvenil es decisiva. En las acciones a favor de la reforma agraria que se han impulsado en el último tiempo, las organizaciones juveniles y los cuadros de la nueva generación se destacan por su iniciativa y liderazgo. La reforma agraria es otra batalla encabezada por la juventud nicaragüense.

La reforma agraria se ha movido entre el cuidado por las grandes unidades productivas, intocadas, y la potenciación como fuerza socioeconómica de los medianos y pequeños propietarios (Véase el cuadro 8). En la primera etapa, el carácter antisomocista estuvo determinado por el control de las tierras de la familia Somoza, lo que permitió conformar un sector estatal. La tierra fue entregada en usufructo a sus antiguos trabajadores o campesinos que la reivindicaron históricamente en esos sitios. Esto dió por

Cuadro 6
Estructura del Producto Interno Bruto (PIB). 1984
-porcentajes-

Sector	Estatal Area	Capitalista	Pequeña propiedad
Agropecuario	24	50	26
Manufactura	37	39	24
Construcción y minería	95	3	2
Comercio y servicios	39	10	51
Gobierno	100		
Total	43	26	31

Fuente: CRIES (1986b).

Cuadro 7
Estructura de la Producción Agrícola por Sector de Propiedad y Cultivo
-Porcentajes del PIB-

	Estatal	Pequeña/mediana	Capitalista
AGROEXPORTACION	27	18	55
Algodón	23	23	54
Café	20	44	36
Caña de Azúcar	36	0	64
AGRODOMESTICO	15	62	23
Maíz	10	85	5
Frijol	1	94	5
Sorgo	12	39	49
Arroz	38	18	44
Total	21	41	38

Fuente: CRIES (1986b).

resultado el control aproximado del 20 % del producto agropecuario, en los primeros años. Con la promulgación de la Ley de Reforma Agraria, en 1981, se afectó a propietarios que no hubieran ejercido un comportamiento empresarial moderno (tierras ociosas o deficientemente explotadas). La enorme cantidad de tierras “en estado de abandono” permitió avanzar en zonas donde el boicot era más grande, sin necesidad de expropiaciones ruidosas, violentas e innecesarias. En otro contexto, como señala Baumeister, esta reforma habría sido considerada socialdemócrata moderada.

La existencia de sectores campesinos acomodados, medianos capitalistas y, la potenciación del campesinado pobre y medio, en forma cooperativa; o el apoyo general a la agricultura, plantea interrogantes sobre que tipo de modelo es el que se intenta hacer prevalecer. El papel *reorientador* que juega la guerra interna es digno de tomarse en cuenta, así como el extremo desgaste a que están siendo sometidas ciertas regiones de la agricultura de exportación. En general, la juventud campesina se encuentra en primera fila, no sólo como parte del ejército trabajador sino como integrantes de las distintas; organizaciones que defienden hoy día a Nicaragua de la brutal agresión externa.

Cuadro 8
Nicaragua: Estructura de Tenencia de la Tierra. 1978 y 1985
-Porcentajes sobre la superficie total-

	1978	1985
SECTOR PRIVADO		
Superficie mayor de 500 Mzs.	36	13
De 200 Mzs. a 500 Mzs.	16	13
De 50 Mzs. a 200 Mzs.	30	30
De 10 Mzs. a 50 Mzs.	16	7
Superficie menor de 10 Mzs.	2	1
SECTOR COOPERATIVO		17
Cooperativas de Crédito y Servicio (CCS)	—	10
Cooperativas Agrícolas Sandinistas (CAS)	—	7
SECTOR ESTATAL		19
Area Propiedad del Pueblo (APP)	—	19
TOTALES	100	100

Fuente: CRIES (1986a).

IV. EL LLAMADO DE LAS ARMAS

En páginas iniciales mencionamos un “tercer escenario”, en el que se desenvuelve la vida y la actividad de la nueva generación nicaragüense. De hecho no hubo solución de continuidad entre los años de guerra antisomocista y los años de guerra actual. Sin embargo, hoy día la guerra plantea un

problema mayor, el problema de sobrevivencia de la sociedad y no solamente el destino de la revolución. En esta coyuntura límite, se ve envuelta no sólo la joven generación de nicaragüenses sino toda la población.

Algunos elementos, suscintamente presentados, pueden dar el cuadro del escenario bélico. El primer elemento a señalar es que el conflicto se desarrolla no propiamente porque existe una oposición interna que decidió alzarse en armas sino porque la naturaleza del cambio político que facilitó la caída de Somoza se convirtió en un reto importante para los Estados Unidos. La revolución nicaragüense puso a prueba la capacidad de la política exterior de una gran potencia de lidiar con procesos de cambio en su periferia no controlados plenamente. En este hecho radica el origen primario de la guerra.

En segundo lugar, la victoria sandinista ocurrió en un momento en que los conflictos sociales se exacerbaban en Guatemala y El Salvador hasta el punto de constituirse en amenazas armadas al poder despótico de gobiernos militares. Todo ello dió la impresión de que un "síndrome" subversivo regional se abatía sobre Centroamérica.

En tercer lugar, la agresión abierta y directa no ha sido la forma externa de enfrentar los procesos de cambio en Nicaragua, sino una estrategia que ha echado mano del más variado instrumental, desde las presiones diplomáticas hasta la guerra de baja intensidad; en el intertanto, solamente el embargo económico ya ocasionó a Nicaragua pérdidas por valor de 400 millones de dólares; hubo minado de puertos.

La estrategia genérica es conocida ahora como "guerra de baja intensidad" que no supone la utilización masiva y fulminante del instrumental bélico disponible real o potencialmente, sino la combinación de efectos letales graduales con recursos políticos. Es decir, se trata de conflictos que no deben exigir una respuesta de la fuerza militar masiva, ni de la intervención de soldados extranjeros. Es suficiente que las fuerzas nativas peleen entre si, definiendo de una manera particular lo que se entiende tradicionalmente por *éxito militar*. La naturaleza de estos objetivos no es militar en el sentido tradicional. La "guerra de baja intensidad" de la manera como se aplica en Nicaragua desde hace 4 años busca producir efectos políticos y sociales. Ese es el precio que se propone cobrar a los vencidos: desmoralizar a la población en general para que cese todo apoyo al gobierno, restar apoyo al proyecto de cambio, sembrar dudas y desconfianzas en la capacidad de las fuerzas progresistas para la conducción estatal, multiplicar los efectos de este ejemplo frustrado y los costos sociales que ha traído (Véanse los cuadros 9 y 10).

En este lento desgaste de una sociedad herida, la respuesta es la lucha por la sobrevivencia, poniendo en tensión todas las fuerzas locales, a cuya vanguardia se encuentra la juventud. Concebida la guerra como defensiva y popular, con formas regulares e irregulares, el ambiente de conflicto total

ha terminado por prevalecer.³ Justamente para conseguir un impulso general frente a la escalada agresiva, entre agosto y octubre de 1983 se aprobó la Ley del Servicio Militar Patriótico (SMP), servicio de conscripción obligatoria por dos años, para los jóvenes de dieciocho a veinticinco años.

Al primer llamado que se hizo, en los inicios de 1984, se enlistaron aproximadamente veinte mil jóvenes. Esta medida permitió nutrir al Ejército de una masa de combatientes seleccionados. Como ha sido reconocido ampliamente, esta medida tuvo dificultades iniciales y sin duda muchos costos políticos (y, obviamente económicos). A comienzos de 1986 se habían movlizado más de 25.000 muchachos, de todos los orígenes sociales, muchos de los cuales dejaron la fábrica, la escuela o el campo.

Los tiempos de guerra, como lo exhibe una amplia experiencia del pasado, no son los más propicios para desarrollar un modelo pleno de participación democrática. No hemos mencionado en este trabajo, otras formas de participación política de la juventud nicaragüense, como lo fue el proceso electoral de noviembre de 1984. En esa ocasión, se produjo un

Cuadro 9
Costos Materiales de la Agresión a Nicaragua. 1980/1985

Concepto	Número	Tipo de Daño
Centros de salud	20	Destruídos
Unidades, centros y puestos de salud	99	Abandonados por agresión
Escuelas	48	Destruídas
Escuelas	502	Cerradas por agresión
Colectivos de educación de adultos	840	Cerrados por agresión
Recursos forestales (pinos)	44000 hectáreas	Quemadas; pérdidas por 22 millones de dólares
Barcos (pesca y madera)	20	Quemados; hundidos por minas
Centros mineros (Zelaya Norte)	zonas de guerra	Atacados; pérdidas por 4 millones de dólares y 22 mil onzas de oro
Infraestructura, maquinarias y servicios	zonas de guerra	Destruídos; pérdidas por 33 millones de dólares

Fuente: R. Vergara Meneses y otros (1986: 55).

3. Véase la bibliografía sobre este tema en R. Vergara Meneses y otros, *Nicaragua: País sitiado*, Managua: CRIES, 1986, en especial pgs. 26 y sig.

amplio reconocimiento legal y fáctico a la circunstancia local de que el joven de dieciseis años fue declarado ciudadano, apto para votar. Fue ese un acto de justicia estatal para dotar de mayoría de edad legal a quienes la habían adquirido en los hechos, frente a circunstancias más dífíles que las del sufragio.

En este escenario de conflicto abierto, son muchos los aspectos originales que adquiere el desarrollo de la socialización juvenil. No existen estudios particulares sobre este tema, o sobre los jóvenes de las etnias del atlántico nicaragüense, o sobre el papel de los cristianos jóvenes. Estos, como tantos otros temas, solo pueden quedar mencionados en esta revisión sumaria de las condiciones en las que vive y nutre sus esperanzas la juventud de Nicaragua.

Cuadro 10
Costos Sociales de la Agresión Militar Contra Nicaragua

Concepto	Número de afectados
1. COSTOS HUMANOS EN GENERAL (1980-1986)	
Muertos	3999
Heridos	4542
Secuestrados	3191
Huérfanos	6329
Desplazados de guerraa/	250000
Desplazados de guerrab/	300000
2. COSTOS HUMANOS ESPECIFICOSc/ (Muertos, heridos, secuestrados 1980-1986)	
Niños	912
Jóvenes	2193
Adultos y ancianos	9227
Brigadistas de salud	27
Maestros populares	246
2.1. Cooperantes europeos (1983-1985)d/	
Muertos	5
Secuestrados	14
2.2. Técnicos y profesionales (1983-1984)e/	
Muertos	133
Heridos	44
Secuestrados	96
2.3. Obreros agrícolas y cooperativistas (1983-1984)	
Muertos	733

a/ Según fuente de INFORPRESS CA. b/ Según fuente de INSSBI. c/ Datos relativos a los costos humanos en general. d/ Se incluyen dos asesinados en 1986 y los ocho alemanes liberados en junio de 1986. e/ Las víctimas brigadistas de salud, técnicos y profesionales incluyen un porcentaje alto de internacionalistas.

Fuente: R. Vergara Meneses y otros (1986: 53).

CONCLUSIONES

Como mera expresión de tendencias demográficas, el peso de la juventud en Nicaragua (entre los 15 y los 24 años de edad) ha sido constante en los últimos años y según las predicciones de CELADE (Véanse los cuadros 11, 12, 13 y 14) se mantendrá invariable hasta finales de siglo. Porcentajes similares se mantendrán en la población rural / urbana, aunque es de esperar que se produzcan modificaciones internas en el mercado de trabajo y por lo tanto entre las distintas formas que asume la población económicamente activa.

La significación social y política de la juventud sin duda también se mantendrá, pues tal como lo ha demostrado en los diversos escenarios presentados sumariamente en este trabajo, a ella le ha tocado desempeñar un papel protagónico, que la guerra externa no hace sino acentuar hasta alcanzar perfiles imprevisibles. Vistas las cosas en esta óptica, diríase que a la juventud le corresponde jugar, de manera acentuada, un papel adulto por el conjunto de responsabilidades que asume en la producción y en la defensa nacionales.

Cuadro 11
Nicaragua: Algunas Variables Demográficas. 1980, 1985 y 2000

	1980		1985		2000	
	Absoluto	%	Absoluto	%	Absoluto	%
Población total	2771008	100	3272064	100	5261315	100
Población 15 a 24 años	555581	20	655556	20	1065976	20
Población urbana	1491766	100	1872768	100	3470532	100
Pob. urbana 15 a 24 años	311985	21	389986	21	723241	21
P.E.A. total	795720	100	958349	100	1687577	100
P.E.A. 15 a 24 años	250900	32	296536	31	486571	29
P.E.A. urbana	436804	100	561787	100	1153089	100
P.E.A. urbana 15 a 24 años	133308	31	169034	30	325037	28

Fuente: CELADE, INEC (1983).

Cuadro 12
Nicaragua: P.E.A. Urbana y Rural de 10 y más Años
-Miles de personas-

	1970	1980	2000
Urbana	84.1	140.4	338
Rural	124.4	148.5	196
Porcentaje urbana	40.34	48.60	63.30

Fuente: CELADE, diversas publicaciones 1985.

Cuadro 13
Nicaragua: PEA Total, Joven y Femenina
-Tasas medias anuales de crecimiento-

	País	Urbana
PEA TOTAL	3.5	5.1
PEA joven 10-24 años	3.3	5.3
Femenina 10 a 24 años	4.3	5.3
Femenina 20 a 24 años	5.7	6.4

Fuente: CELADE, diversas publicaciones, 1985.

Cuadro 14
Nicaragua: Participación de la Población de 15 a 24 Años en la PEA según
Area Urbana y Rural. 1970, 1980 y 2000
-Porcentajes-

	1970	1980	2000
Urbana	60.6	31.3	29.3
Rural	33.2	33.6	31.3

Fuente: CELADE, diversas publicaciones, 1985.

Una alternativa de paz y cooperación regional, que fatiga la imaginación por las muchas coincidencias internas e internacionales que requiere, daría una oportunidad para el desarrollo más armónico de la condición juvenil, para lo que se llama el florecimiento de todas las posibilidades creativas de una población liberada de las presiones de una guerra. La sociedad nicaragüense tiene que partir prácticamente de cero para su reorganización futura. Por ello, presenta, de nuevo, una gran potencialidad de alcanzar formas originales para organizar la vida social, para crear ámbitos de convivencia política democrática, y, aún más, en el terreno de la economía. La de Nicaragua es la gran oportunidad histórica de no repetir las experiencias del pasado de sociedades que fueron empujadas, alimentadas también por fuerzas internas, a transitar caminos totalitarios.

De hecho, la fuerza de las circunstancias actuales plantea para la juventud nicaragüense el elemental dilema de sobrevivir. Una larga coyuntura donde imponga su lógica la llamada "guerra de baja intensidad" significará una lenta descomposición del triunfo sandinista y de la oportunidad histórica que ellos abrieron. Sería ésta una victoria lenta, tal vez imperceptible de una estrategia inédita: lograr el desorden interior, el desconcierto, la confusión provocadas desde el exterior sin objetivos positivos.

Ante la dificultad de proponer pronósticos, solo es admisible prever en el retorno a las prácticas de la ley internacional, del respeto entre las naciones, la prevalencia de los valores de la cultura occidental. En el marco de esta posibilidad, que debiera ser la más cierta, podría asegurarse un futuro de democracia y de paz para la juventud nicaragüense y con ello para las nuevas generaciones centroamericanas.

BIBLIOGRAFÍA

- CELADE, INEC (1983). *Nicaragua, estimaciones y proyecciones de población, 1950-2025*, Fascículo F-Nic. 1, noviembre.
- CEPAL (1981). *Informe de la CEPAL sobre Nicaragua, Doc. preliminar*. México.
- CEPAL (1986). *Notas para el estudio económico de América Latina y El Caribe, 1985, Nicaragua*. LC/MEX/L.34, julio.
- CRIES (1986a). *Pensamiento Propio*. Managua: CRIES, año IV, No. 30, febrero.
- CRIES (1986b). *Pensamiento Propio*. Managua: CRIES, año IV, No. 34, julio.
- Filgueira, Carlos y C. Geneletti (1981). "Estratificación y movilidad ocupacional en América Latina", *Cuadernos de la CEPAL*. Chile.
- Fonseca, Carlos. (1981). *Bajo la bandera del sandinismo. Textos políticos*. Managua: Editorial Nueva Nicaragua.
- González, Luis Paulino (1985). "Las luchas estudiantiles en Centroamérica: 1970-83". En D. Camacho y R. Menjivar (Ed.) *Movimientos Populares en Centroamérica*. Costa Rica: EDUCA, Págs. 238-292.
- Gorostiaga, Xavier (1982). "Los dilemas de la revolución popular sandinista", *POLEMICA*, Costa Rica: ICADIS, No. 6.
- Instituto Histórico Centroamericano (1979). *Contribución al análisis de la coyuntura económica y política*. Managua: mayo, mimeo.
- Instituto Histórico Centroamericano (1986). "La Universidad, una transformación en marcha", *Envío*, Managua: No. 57, marzo.
- Núñez, Orlando (1983). *Las fuerzas clasistas de la Revolución Popular Sandinista*. Managua.
- PREALC (1985). "Modernización del mercado de trabajo y crisis en el istmo centroamericano", *Documentos de Trabajo*. Chile.
- Teffel, R.A. (1978). *El infierno de los pobres*. Managua: El Pez y la Serpiente ed.
- Vergara Meneses, R. y otros (1986). *Nicaragua: País sitiado*. Managua: CRIES.
- Vilas, Carlos (1984). *Perfiles de la revolución sandinista*. Cuba: Ed. Casa de las Américas.

JUVENTUD Y SOCIEDAD EN REPUBLICA DOMINICANA

Roberto Cassá

INTRODUCCION

La juventud es un concepto histórico ajustado a parámetros sociales específicos que adquieren connotaciones relativas en función de las determinaciones que ejercen.¹ En particular, las nociones corrientes de juventud están asociadas, al menos en América Latina, al advenimiento de la sociedad capitalista industrial. Se presuponen efectos diversos en la conformación de las clases, en las distribuciones demográficas, en los aparatos del Estado, etc. En particular, el concepto está vinculado a la aparición de un segmento diferenciado de la población que, al salir de la niñez, ocupa un espacio deslindado del de los adultos en el cual se desarrollan actitudes propias de un contorno psicosocial y se produce la inserción en mecanismos de preparación para el acceso a la vida adulta. La educación desempeña una función decisiva a este respecto no solamente por su papel formativo, sino por cuanto contribuye a definir el perfil típico de lo que modernamente se considera joven.

Ahora bien, en la República Dominicana, tal fenómeno, durante las primeras décadas del siglo, a lo sumo cubría un contingente en extremo reducido. Independientemente de que se puedan establecer relativizaciones a este concepto de juventud, los patrones de reproducción de la sociedad dominicana hasta casi mediados de este siglo determinaban que el grupo poblacional que se conceptualiza como juventud se limitase únicamente a las franjas minoritarias más elevadas de la población urbana. Es decir, el abrumador mundo rural estaba excluido, y dentro del mundo urbano sólo una franja pequeña tenía la oportunidad de atravesar por tal contexto.

El contorno cultural de la nación era en extremo atrasado; por ello, el acceso a la educación estaba revestido de connotaciones rígidamente clasistas. Y, aunque bien es cierto que entonces no existiese una clase

1. Una referencia sobre las características de los jóvenes latinoamericanos, centrada en el caso de México a finales de los 60, en Vilma Fuentes (1971).

burguesa cerrada, sólo los núcleos más favorecidos de los sectores medios estaban en capacidad de colocarse en un plano equivalente al de la burguesía o hasta superior en cuanto al dominio de conocimientos. La educación media y universitaria estaban concebidas para reproducir el personal necesario a las limitadas funciones especializadas del Estado o a profesiones liberales cuya función se ajustaba a los parámetros estructurales vigentes. En definitiva la universidad tenía por máxima función mantener una élite letrada necesaria para el Estado y para la modalidad que asumía la empresa comercial. El simple acceso a esta élite de por sí guardaba una significación social muy precisa, por el extraordinario papel que desempeñaba en la reproducción de las relaciones sociales (véase Calder, 1984).

Fue con la modernización que conoció el país después de la Segunda Guerra Mundial, cuando esta situación comenzó a variar. El predominio de relaciones capitalistas vinculado a la urbanización conformó contornos que alteraban las limitaciones para el surgimiento de un estrato joven. En efecto, con la modernización no sólo se crearon las condiciones para que ello sucediera, sino que se tornó en una necesidad operativa para el seguimiento del proceso. Confluyeron diversos fenómenos que incidieron al respecto; de una parte el aumento cuantitativo de la población urbana se tradujo en parámetros cualitativos inéditos; en segundo lugar, se expandió el aparato educativo y, en consecuencia, la franja poblacional dedicada al estudio; por último, hizo aparición una franja considerable de sectores medios, a los cuales se asoció la emergencia de la juventud como categoría histórica.

En función de esta combinación de fenómenos, la participación del conglomerado juvenil se produce, sobre todo, en algunas instancias institucionales; para ser aprehendida debe partir del análisis de algunos aspectos de las relaciones sociales. En torno a lo último, cabe destacar la posición del colectivo juvenil en el conjunto poblacional, en sus tendencias dominantes; en cuanto a lo primero, se requiere trabajar la relación entre el fenómeno juvenil y marcos sociales e institucionales, como la familia, la educación y las referencias culturales. En este sentido, se ha partido de un supuesto implícito, que domina el hilo conductor del texto: el fenómeno juvenil ha cobrado relieve histórico a través de su manifestación política. Resultado de líneas sociales de larga duración, la juventud dominicana ocupó una preeminente posición de abanderada del progreso, la justicia y las transformaciones sociales; a su vez, la secuencia de resoluciones que ha ido conociendo el proceso histórico en los últimos 25 años ha terminado por concretizar en una frustración de las expectativas políticas, la cual se ha difuminado en un vasto campo de valores negativos emergentes que forman parte de tendencias recientes, por medio de las cuales la sociedad dominicana se ha ajustado a novedosos patrones de dominación externa. En función de la trascendencia que se acuerda al fenómeno político, se formulan, al final del texto, esbozos muy primarios de lo que debería ser una reflexión sistemática acerca de los mecanismos a seguir para detener las tendencias negativas y posibilitar un engarce, dentro de las condiciones actuales, con las tradiciones progresivas de los años pasados. Se insinúa que la recuperación política del conglomerado juvenil, al igual que del conjunto

del conglomerado popular, pasa por redefiniciones de los agentes sociales y de los procedimientos que deben utilizar, sobresaliendo una diversidad de tareas culturales.

I. LA JUVENTUD EN LA POBLACIÓN DOMINICANA

1. Determinantes de la Evolución Demográfica

Históricamente la población dominicana se ha conformado sobre la base de la primacía de los grupos de edades menores. De tal circunstancia se infiere una tendencia de largo plazo a la alta participación en la vida social de los grupos de edades considerados comúnmente como población joven, esto es, desde los 15 a los 24 años.

Esta estructura demográfica tendió a consolidarse a lo largo del presente siglo hasta llegar a su punto culminante en la segunda mitad de los años 60, cuando comenzó a registrarse, aunque levemente, un fenómeno de envejecimiento relativo de la población. Como es normal, la base de esta pirámide poblacional, típica de países latinoamericanos, fue la tendencia a altas tasas de natalidad. Este fenómeno, proveniente de épocas lejanas, no registró alteraciones significativas hasta la década de los años 60, probablemente a causa de las formas que adquirieron los primeros procesos de modernización de la postguerra, todavía enmarcados en una sociedad altamente sesgada por el predominio de factores tradicionales; a ello se agregaría el hecho de que durante las tres décadas de la dictadura trujillista la política oficial del Estado consistió en ampliar todavía más las altas tasas de natalidad.

Los procesos de modernización del país arrancan, en sus formas más primarias, de finales de la segunda década del siglo y, sobre todo, a partir de la segunda guerra mundial; ellos fueron los responsables, al introducirse como una variable nueva que alteraba un comportamiento secular del movimiento demográfico, de que la estructura poblacional de predominio joven se termina por definir. El ritmo de crecimiento de la población tendió a aumentar hasta los años 50; las informaciones censales así lo evidencian, lo que puede aceptarse al margen de que se puedan introducir observaciones críticas acerca de su plena precisión. De acuerdo al cuadro 1 se observa que la tasa de crecimiento de la población entre 1950 y 1960 llegó a un 3.6% anual, superior a la de los períodos anteriores, así como a la de los dos períodos intercensales posteriores, en términos generales ubicada en un 3%.

Según diversos cálculos, la tasa bruta de mortalidad conoció una sistemática tendencia a la reducción. Como lo ponen de manifiesto algunos autores (Guzmán, 1985) es muy problemático establecer cifras para períodos anteriores a 1950. Todavía en el lustro siguiente a dicho año, en pleno auge de la modernización de postguerra, la tasa bruta de mortalidad era muy elevada, de 21.8 (véase cuadro 2); para el quinquenio 1975-80 se había reducido ya, mediante sucesivas disminuciones, a 9.1; esa diferencia expresa el principal fenómeno demográfico resultante de la primera fase de la modernización capitalista, fenómeno tanto más importante en la medida

en que para períodos anteriores a 1950 es fácilmente inferible la existencia de tasas de mortalidad bastante superiores, sobre todo antes de la ocupación militar norteamericana de 1916-24, cuando comenzó a montarse un sistema de salud pública.

Cuadro 1
Evolución Global de la Población
1920-1981

	Población Total	% Urbana	% del				
			%	Total	Rural	%	
1920	894,665	148,894		16.6	745,771		
1935	1,479,417	3.4	266,565	3.96	18.0	1,212,852	3.29
1950	2,135,872	2.4	508,408	4.40	23.8	1,627,464	1.97
1960	3,047,070	3.6	929,940	6.22	30.5	2,117,130	2.66
1970	4,009,458	3.0	1,593,299	5.53	39.7	2,416,159	1.33
1981	5,647,977	2.9	2,935,860	5.71	52.0	2,712,117	1.01

Fuentes: Censos de Población

Cuadro No.2
Tasas brutas de Mortalidad y Fecundidad Según
Quinquenios 1950-1980

Períodos Quinquenales	T.B.M.	T.F.
1950-55	21.8	7.5
1955-60	18.5	7.5
1960-65	15.4	7.3
1965-70	13.1	7.0
1970-75	11.0	6.3
1975-80	9.1	4.8

Fuente: ONE-CELADE. República Dominicana: Proyecciones de Población por

De lo anterior se infiere que en el predominio de los grupos jóvenes operaban dos determinaciones un tanto distintas: la primera, la tendencia secular de muy altas tasas de fecundidad, probablemente las mismas que las existentes hasta 1960, que, de acuerdo al cálculo del cuadro 2, alcanzaban a 7.5; ello era consecuencia de ordenamientos socioeconómicos que seguían gravitando a pesar de los sucesivos impulsos de modernización que se habían conocido desde fines del siglo XIX hasta mediados del siglo XX. Tales impulsos no alteraban componentes tradicionales de relaciones sociales, demográficas y culturales, que seguían definiendo a la República Dominicana como un país en extremo atrasado.

La segunda determinación consiste en los distintos efectos dejados por la modernización que, por un lado, como viene de verse, impacta negativamente la tasa de mortalidad, al menos de manera sensible desde inicios de los años 50; por otra parte, sólo a partir de inicios de los años 70 impacta la tasa de fecundidad de manera significativa: todavía hasta 1965 la tasa de fecundidad se mantenía en 7.3%, en términos generales la misma de quinquenios anteriores, pero en el quinquenio 1970-75 disminuyó a 6.3 y en el siguiente quinquenio a 4.8.

En definitiva se pueden observar tres momentos característicos de la evolución demográfica: el primero consistente en una tendencia progresiva del ritmo de crecimiento poblacional, dada por la disminución de la tasa de mortalidad y el mantenimiento de altas tasas de fecundidad; la segunda etapa, a partir de 1965, es de transición por cuanto todavía la disminución de la mortalidad equilibra una incipiente disminución de la fecundidad; por último, la tercera etapa, cuyo inicio se ubica en la mitad de la década de los 70, se caracteriza por una disminución del ritmo de crecimiento de la población.

Es en esta tercera etapa que comienza el envejecimiento relativo de la población, y con él un incremento del peso relativo de la población joven (15-24 años), mayormente en base a la fuerte inyección proveniente de la natalidad de los quinquenios anteriores y de la reducción brusca de la población infantil a causa de la caída de la tasa de fecundidad. El cuadro 3 permite ubicar las variaciones en ese sentido. Se observa que para 1960 se produjo un significativo rejuvenecimiento en relación a 1950, al pasar la población de 0-14 años del 44.1 al 47.3%. En términos generales, todavía para 1970 no se observan cambios significativos; pero para 1981 la población infantil había quedado reducida al 40.7% del total, muy por debajo del 44.1% de 1950. Entre tanto, la población joven, que no había experimentado variaciones significativas en 1950 y 1970 (se mantuvo alrededor del 19%) para 1981 sí experimenta un incremento significativo al pasar a un 22.4%. En principio, el nuevo peso relativo de la población joven, ya visible para 1981, está llamado a mantenerse durante dos décadas más, al quedar envuelto en una disminución de los grupos de menores edades y una tendencia al acrecentamiento de los grupos de edades adultas (Loaiza, 1985).

Cuadro No.3
Estructura de la Población por Grupos por Edades
(Distribución Porcentual)

	1950	1960	1970	1981
0-14	44.1	47.3	47.6	40.7
15-24	19.1	17.8	19.3	22.4
25-39	17.9	18.1	16.5	18.4
40-59	13.8	11.8	11.6	13.1
60 y más	5.1	5.0	4.9	5.4

Fuente: Censos de Población

2. El Proceso de Urbanización

La modernización ha operado en todos estos desplazamientos demográficos a través de los condicionamientos diferenciales crecientes entre mundo rural y mundo urbano. Puede decirse que, por definición, la urbanización implica una caída de la tasa de mortalidad, al incorporar servicios modernos de salud en una relación espacial distinta a la tradicional. Igualmente, el desarrollo capitalista implicado en el proceso de urbanización se ha reflejado en un crecimiento de los niveles culturales, lo que de por sí es una variable limitativa de la mortalidad. Este mismo patrón económico, en un plano estratégico, requiere de cierta regularización en el aprovisionamiento de la mano de obra. Por otra parte, los procesos sociopolíticos no dejan de incidir, por cuanto los agentes urbanos pueden presionar con más éxito para obtener acceso a servicios estatales. El Estado, por su parte, mediante la ampliación de la cobertura sanitaria se introduce en una lógica, donde su propia acción contiene especificidades autónomas, al tiempo que se inserta en la perspectiva de legitimidad ante la población.

O sea, la urbanización ha impactado notablemente la sociedad dominicana ya desde los años 50, al margen de que los patrones de desarrollo capitalista se hayan caracterizado, sobre todo hasta 1961, por una aguda extorsión de la población trabajadora y por situaciones anárquicas que no logran incorporar racionalidades mínimas al sistema. Entre esos elementos se encuentra la deplorable asistencia médica que brinda al Estado; pero, no obstante ello, lo cierto es que ha tendido a ser creciente y, conjugándose con otros factores, ha contribuido a hacer disminuir la tasa de mortalidad en las zonas urbanas y en menor medida en las rurales.

Es en los años 70 que dicho proceso alcanzó todas sus consecuencias. Primero, porque se llevó a cabo el ciclo de crecimiento económico más intenso de toda la historia dominicana, que tuvo entre sus consecuencias elevar durante un cierto plazo el ingreso de los sectores trabajadores urbanos. En este contexto, el Estado, condicionado en cierta medida por imperativos políticos, expandió algunos servicios médicos. Fue precisamente en esa década que la urbanización adquirió niveles masivos que contribuyeron a introducir matices inéditos a la sociedad dominicana.

A consecuencia de lo anterior, es sólo a partir de los 70 cuando la impronta rural comienza a ceder. No solamente se establecen relaciones cuantitativas muy dinámicas y novedosas, sino que, a partir de ellas, emergen matices cualitativos en los componentes urbanísticos. Anteriormente todavía las aglomeraciones de pocos miles de habitantes cubrían una proporción muy alta de la población conceptualizada urbana (véase cuadro 4); tal porción ha tendido a minimizarse en razón del crecimiento diferencial de los principales polos urbanos, principalmente de la ciudad capital. Habría también que acudir a un expediente cuantitativo: en los inicios de la urbanización, durante los 50, la población urbana total era reducida (508.000 personas en 1950), mientras que el saldo de los 70 arroja casi tres millones de personas para 1981. En el plano relativo, ya en el censo de ese año se registra un predominio absoluto de la población urbana sobre la rural

(52% para la primera); acudiendo a la comparación con la situación del año 70, se observa la rapidez del proceso, puesto que todavía en dicho año la población urbana apenas estaba llegando al 40% del total.

Es por esta nueva calidad de la urbanización de los 70 que en dicha década operó, como antes se viera, la caída de la tasa bruta de fecundidad. Pero tal fenómeno es más comprensible si se desglosa la información estadística entre áreas urbanas y rurales. Según el Cuadro 5, la natalidad rural todavía no ha experimentado disminuciones sensibles, manteniéndose en 5.7 para 1980, mientras que en la zona urbana se situó en 3.3. Esto arrojaría, de inicios de los años 60 hasta 1980, un descenso en la fecundidad urbana de 44.7%, mientras que en la rural de 27.9% y esta última concentrada en los años más recientes.

Cuadro No.4
Población de Localidades Urbanas, Según Tamaño

	1920		1960		1970	
	locali- dades	pobla- ción	locali- dades	pobla- ción	locali- dades	pobla- ción
500.000 habitantes o más			-	-	1	668,507
100.000 a 499.999			1	369,980	1	155,240
50.000 a 99.999			1	85,640	-	-
20.000 a 49.999	1	30,943	5	113,080	13	398,930
10.000 a 19.999	2	30,954	9	137,020	7	84,082
5.000 a 9.999	4	25,590	8	50,130	20	142,691
2.000 a 4.999	6	20,659	38	125,030	36	114,506
1.000 a 1.999	17	26,326	23	33,750	17	26,506
500 a 999		14,422	10	7,460	3	2,837
Total		148,894		922,090		1,593,299

Fuente: Censos de Poblacion

Cuadro 5
Niveles de Fecundidad Según Zona de Residencia

	Urbana	Rural
1962-64	5.97	7.91
1967-69	5.24	7.77
1972-74	3.90	6.92
1974-75	3.60	6.90
1979-80	3.30	5.70
Total Descenso %	44.70	27.90

Fuente: Guzmán, José Miguel, "Cada vez menos hijos: tendencias de la fecundidad en la República Dominicana 1960-1980" en Población y Sociedad (Seminario Nacional 1983)

En tal proceso han confluído determinaciones diversas. Acaso la más imponente tenga una matriz socioeconómica incontrastable: la primacía de las relaciones salariales ha llevado a la ruptura de la unidad de consumo y de producción en la familia (Guzmán, 1985). Ello tiene distintas connotaciones; entre otras, un cambio en la incorporación de la mujer al proceso de trabajo, lo que se trata en un acápite más adelante, se produce una concentración en tareas de carácter reproductivo (dueñas de casa) o surgimiento de la doble jornada para la mujer que debe compatibilizar su rol productivo-reproductivo. Tal contexto introduce compulsiones económicas de nuevo orden en cuanto los recursos mínimos de supervivencia, tornándose los hijos en una carga que antes no se daba; intervienen también los cambios en las relaciones familiares que, a la larga, han sedimentado nuevas actitudes. Por último, vale destacar el papel de las políticas malthusianas desplegadas por los aparatos del Estado con la asistencia de instituciones norteamericanas, las cuales, por razones comprensibles, tienen un impacto mucho más poderoso en el medio urbano.

3. Movimientos Migratorios

De las tasas diferenciales de natalidad y mortalidad y el disímil crecimiento de la población en los medios urbanos y rurales se desprende que el proceso de urbanización haya estado accionado de manera básica por intensas migraciones (Mejía S., 1985). En términos generales pueden situarse tres patrones básicos de migraciones internas. El primero, las migraciones intrarurales accionadas por desbalances regionales, proceso que ha ido perdiendo peso por razones obvias. Y es que ha sido la atracción urbana la que ha movilizado el desplazamiento migratorio. En este sentido se encontraría un patrón migratorio rural-urbano y un tercero urbano-urbano. La relación entre ambos está referida a las modalidades del proceso histórico y en particular al de ciertas variables económico-sociales.

En relación a lo anterior, se pueden distinguir dos tipos de urbanización, tanto en su proceso cuantitativo como en los órdenes cualitativos envueltos. La gran ciudad, que incorpora un aparato productivo moderno y funciones técnicas y administrativas diversas, no sólo es receptáculo de la migración desde las zonas rurales, sino que también opera como polo de atracción para ciudades menores o aquellas donde la modernización no ha tenido la misma intensidad.² Esta diferencia de urbanizaciones expresa las articulaciones entre relaciones de producción y sectores económicos que establecen entre ellas diferencias cuantitativas marcadas; mientras el Distrito Nacional y algunas otras provincias, como la Romana, contentivas de las más pujantes ciudades, crecieron entre los dos censos en un 90.6 y 88.2% respectivamente, las provincias de poco desarrollo lo hicieron en menos del 20% (véase cuadro 6).

2. Según la Encuesta de Migración a Santo Domingo y Santiago, el 62.1% de los migrantes a la ciudad de Santo Domingo provenía de localidades urbanas antes de la migración, pero sólo el 54.7% había nacido en ellas, lo que da cuenta del carácter de primera etapa en la migración que tienen las ciudades pequeñas. (Mejía S., 1985: cuadros 2 y 3)

Cuadro No.6
**Población por Sexo y Porcentaje de Incremento Poblacional
en el Período Intercensal, Según Regiones, Subregiones
y Provincias, Censos de 1970 y 1981**

Región y subregión y Provincia	Censo de 1970	Censo de 1981	Incremento Poblacional (%)
TOTAL PAIS	4,009,458	5,647,977	40.9
Región Cibao	1,798,644	2,242,665	24.7
Subregión Cibao Central	1,005,818	1,306,189	29.9
Españat	140,508	164,017	16.7
La Vega	293,573	385,043	31.2
Puerto Plata	186,112	206,757	11.1
Santiago	385,625	550,372	42.7
Subregión Cibao Central	546,500	639,630	17.0
Duarte	200,478	235,544	17.5
María Trinidad Sánchez	97,109	112,629	16.0
Salcedo	89,204	99,191	11.2
Samaná	53,420	65,699	23.0
Sánchez Ramírez	106,289	126,567	19.1
Subregión Occidental	246,326	296,846	20.5
Dajabón	51,069	57,709	13.0
Monte Cristi	69,056	83,407	20.8
Santiago Rodríguez	49,376	55,411	12.2
Valverde	76,825	100,319	30.6
Región Suroeste	557,386	719,681	29.1
Subregión Enriquillo	222,574	271,570	22.0
Bahoruco	66,398	78,636	18.4
Barahona	111,162	137,160	23.4
Independencia	32,632	38,768	18.8
Pedernales	12,382	17,006	37.3
Subregión del Valle	334,812	448,111	33.8
Azua 90,590	142,770	57.6	
Elías Piña	53,598	65,384	22.0
San Juan	190,624	239,957	25.9
Región Sureste	1,653,428	2,685,631	62.4
Subregión de Valdesia	1,266,237	2,164,994	70.9
Distrito Nacional	813,420	1,550,739	90.6
Peravia	128,144	168,123	31.2
San Cristóbal	324,673	446,132	37.4
Subregión del Yuma	387,191	520,637	34.5
El Seibo	135,156	157,866	16.8
La Altagracia	88,231	100,112	13.5
La Romana	58,341	109,769	88.2
San Pedro de Macorís	105,463	152,890	45.0

Fuente: Censo Nacional de Población y Vivienda 1981

Dichos procesos migratorios han tenido como uno de sus actores fundamentales a los estratos jóvenes de la población. Por ello puede establecerse una relación diferencial de población joven y polos urbanísticos de crecimiento; en el campo abunda relativamente más la población infantil, dada la alta tasa de fecundidad, mientras que en la ciudad el flujo demográfico altera dicha relación (véase cuadro 7). En el caso de las ciudades de mayor crecimiento industrial, todavía es superior la participación juvenil. Diversos factores pueden traer a colación a este respecto. Primero, el hecho de que la parcela minifundista se encuentra en una precaria situación que dificulta mayores particiones,³ lo que de por sí es un factor de expulsión de gran parte de la población joven. Ese proceso de pauperización agraria desemboca en salidas migratorias en la medida en que la proletarización es un destino rechazado en el campo. Como es común, ese rechazo afecta más a la población femenina, lo que provoca una migración femenina joven superior y más temprana. El desarrollo de las relaciones mercantiles y el debilitamiento de la parcela campesina llevan a que, en conjunto, la opción de mantenimiento de los hijos jóvenes dentro de una familia ampliada tradicional sea cada vez más un fenómeno en retroceso.

Cuadro No.7
**Distribución Porcentual de la Población por Area
 de Residencia Según Grandes Grupos de Edades y de la
 Provincia del Distrito Nacional. 1981**

	Población					
	Total	Urbana	Rural	D.N.	La Romana	Independencia*
0-14	40.6	38.3	43.8	36.6	36.1	46.0
15-24	22.5	24.5	20.4	24.5	25.5	21.0
25-39	18.5	20.1	16.7	22.2	20.3	15.0
40-59	12.9	12.7	13.1	12.5	12.5	12.0
60 y más	5.5	4.4	6	4.2	5.6	6.0
	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0

Fuente: Censo de Población 1981

*Así como el Distrito Nacional y la Romana tipifican las provincias más industrializadas, Independencia tipifica la región más deprimida y atrasada del país, la suroeste.

Dado que la información publicada del Censo de 1981 no discrimina la población total urbana y rural de cada provincia, se ha asumido la distribución por edades de toda la provincia. El criterio es bastante válido por cuanto las dos primeras provincias son esencialmente urbanas y la última esencialmente rural.

3. De acuerdo al censo agropecuario de 1971, el 72% de las explotaciones agrícolas tenía menos de 5 hectáreas; más aún, el 16.2% tenía menos de 0.5 hectáreas.

Cuadro No.8
Emigración de Dominicanos a Estados Unidos

Período	Inmigrantes Admitidos	Visitantes Temporales
1961-65	35.3	84.0
1966-70	58.2	147.4
1971-75	67.3	162.4
1976-80	73.7	171.1
1981-84	64.4	159.2

Fuente: Anual Report. 1957-80 y Franc Báez Evertsz y Frank D'Oleo Ramírez

El joven, por otra parte, está impulsado a la migración por un conjunto de circunstancias culturales y sociales. En el campo dominicano ya hacen aparición estímulos modernizantes que condicionan muchas actitudes y prácticas de su población, lo que tiene un efecto diferencial entre los jóvenes, estimulándolos en un momento dado a abandonar el terruño. Uno de los principales elementos a este respecto es la educación. Aunque todavía persistan abismos entre niveles educacionales urbanos y rurales, como se verá en un acápite posterior, el hecho de que una porción significativa de la población rural tenga acceso a la educación primaria estimula la emigración por dos condiciones: el deseo de continuarla donde es más fácil y el estar preparado con más facilidad a integrarse a ciertas exigencias propias del mundo urbano.

Para ciertas franjas de la población juvenil, y en menor medida de otros grupos de edades, la cuestión se plantea en términos del atractivo que ejerce la ciudad debido al hecho de que ofrece mayores oportunidades de empleo, participación, movilidad social, calidad de la vida, etc.⁴ Así, el hecho mismo de la aparición del polo urbano resulta ser un factor *per se* sobre los flujos migratorios, tanto rurales-urbanos como urbanos-urbanos. Desde esa perspectiva, es clave considerar el segmento patrón migratorio al producirse, como consecuencia de la lógica del capitalismo dependiente, la concentración en la capital del desarrollo industrial, servicios, funciones administrativas, oportunidades educacionales y recreativas, etc.

El mundo urbano no ha logrado dar cabida masiva a las expectativas contenidas en las corrientes migratorias. Por ello se han conformado a su interior estructuras económicas y sociales que reproducen la marginación de la población campesina. Empero, el ritmo de crecimiento de la población urbana no disminuye, lo que evidencia que las corrientes migratorias

4. Un indicador de ello se encuentra en la encuesta recogida por Julio C. Mejía S. (1985: 131). De la población migrante, ocupada, el estrato no manual que antes de la migración constituía el 29.0%, pasó a ser el 46.1% después de la migración. También se registra la expansión de ocupaciones manuales en sectores modernos, que implican una evidente movilidad ascendente en relación a la condición típica del campesino; ese estrato manual pasó del 22.9 al 48.1%.

todavía mantienen su intensidad característica. De los conflictos que sobrevienen de ello se ha generado una poderosa corriente migratoria hacia el exterior, en especial hacia los Estados Unidos. Dicha corriente comenzó de manera modesta después de la muerte de Trujillo -puesto que hasta entonces había restricciones al libre movimiento- y se ha ido acrecentando en una línea correlativa con la urbanización. En realidad, el hecho de que la intensidad del fenómeno emigratorio hacia el exterior haya tendido de manera constante a ampliarse es una señal de las insuficiencias de la modernización o más bien, para los últimos años, de la quiebra de la eficacia relativa que tuviera durante los años 70.

La información disponible acerca de la emigración de dominicanos a los Estados Unidos permite suponer una clara tendencia creciente hasta 1980. Ahora bien, la única fuente oficial sistemática, los informes consulares de inmigración, apenas contabiliza a los residentes legales y los visitantes,⁵ al tiempo que es ampliamente conocido que de manera creciente predomina la inmigración ilegal a los Estados Unidos. Como punto de partida hipotético, sin embargo, se puede sostener que el ritmo de crecimiento de la emigración es creciente a pesar de los obstáculos que desde hace años ponen las autoridades norteamericanas. Para la actualidad el número de residentes en territorio continental de los E.E.U.U. debe ubicarse entre 800 y 900 mil personas.⁶ Incluso, la concentración de los migrantes en la ciudad de New York, donde existen cuantiosos barrios dominicanos, convierte a esta gran metrópoli en la segunda ciudad dominicana.

Otro elemento de mucha significación a tomarse en cuenta es el cambio que ha experimentado el proceso migratorio a los EE.UU. Inicialmente se trató de una migración en su mayor parte de origen rural, compuesta de campesinos de acomodada posición, sobre todo del centro del Cibao. A medida que el tiempo ha pasado ha ido minimizándose este componente rural, siendo sectores urbanos pobres y medios los agentes básicos de la emigración, lo que da una tónica acerca de su relación con el proceso de urbanización. Esta misma relación se profundiza en los últimos años, cuando se percibe la incorporación de estratos medios acomodados al flujo migratorio y de sectores que en general antes tenían posiciones ganadas dentro de la urbanización.

5. De acuerdo a esa fuente, la evolución quinquenal de la entada de dominicanos a los Estados Unidos ha sido la observada en el cuadro 8. Se desprenden de tal cuadro, sin embargo, varias hipótesis. En primer término, que a partir de 1965 se registró un ritmo de entrada de dominicanos muy superior al quinquenio previo; desde entonces el crecimiento fue sostenido pero moderado. Por otra parte, una porción de los visitantes temporales permanece como inmigrante en condición ilegal. De manera que las dos columnas en conjunto en realidad ofrecen una indicación sobre el proceso migratorio. Su aspecto realmente problemático está en el último quinquenio, por cuanto a las disminuciones de inmigrantes y visitantes se ha correspondido un alza muy elevada en la *entrada ilegal*.

6. Si se sigue la información oficial norteamericana habría no mucho más de 300.000 dominicanos residentes en Estados Unidos. Ahora bien, es materia de consenso desde hace unos dos años que el número se sitúa en cerca del millón de personas, y para la actualidad en algo más. Báez y d'Oleo, para 1984, utilizando un sistema de hipótesis llegan a un máximo de 650.000 inmigrantes y 130.000 descendientes, a los que agregan un flujo circular de 100.000, para totalizar 880.000 personas (Báez y D'Oleo, 1986: 14-16).

De nuevo es significativo que en esta prolongación exterior de las corrientes migratorias los jóvenes tengan una participación destacada, aunque no pueda asegurarse que sea creciente. Según la encuesta realizada por Baez y D'Oleo, se puede inferir que al menos un 33% de los dominicanos en los EEUU están comprendidos dentro de las edades jóvenes.⁷ Independientemente de la precisión derivada de dicha encuesta, es evidente que diversos factores influyen en el hecho de que una parte muy alta, por fuerza superior a la media nacional e incluso de Santo Domingo, de la población migrante sea joven. Incide en ello básicamente el elemento que se analizará en la sección sobre empleo, la dificultad creciente para los jóvenes de encontrar empleo; vinculado a ello, también, aún en el caso de obtención de empleo, la dificultad de instalar un nuevo hogar. Por tales circunstancias, ya en la actualidad una porción muy significativa de la población dominicana joven se encuentra en los Estados Unidos; asumiendo un tope máximo de novecientas mil personas y una proporción mínima de 33% de jóvenes entre la población en EEUU, se tendría un total de 297,000 un 23% del total de los jóvenes registrados por el censo de 1981 en el país.

El fenómeno migratorio a los EEUU está llamado a ampliarse para los próximos años. Es pronosticable, de igual manera, que la participación relativa de los jóvenes en dicho fenómeno se mantenga. Por ello, la presencia de un contingente creciente de jóvenes dominicanos en el exterior constituye uno de los elementos fundamentales a tomar en cuenta para un diagnóstico de la situación de la juventud y para una estrategia tendente a incorporarla a una acción de sentido nacional.

II. NUEVAS FUNCIONES DE LA EDUCACIÓN

1. Expansión del Aparato Educativo

Como en toda América Latina, en los últimos 20 años ha tenido lugar una masificación de la cobertura educativa, lo que ha ejercido múltiples consecuencias en aspectos de la vida social. Es indudable que el paso a nuevos modelos de acumulación ha ido demandando un crecimiento de los niveles educativos, esta vez de forma masiva, con el fin de que surjan contingentes de trabajadores y técnicos con la pericia necesaria para los requerimientos de los nuevos sistemas productivos y de servicios. Cabe anotar, por otra parte, que la democratización del país, tras la caída de Trujillo, conformó un ambiente propicio para una expansión acelerada del

7. Según estos autores (1986: 28), el "75% de los solicitantes de visas norteamericanas tiene edades que fluctúan entre 16 y 35 años, siendo el 54% de los mismos solteros". Si se asume la distribución de los solteros que muestra el censo de población de 1981 para los grupos de edades de 15 a 24 años y de 25 a 34, se podría estimar que aproximadamente el 33% de los migrantes son jóvenes comprendidos entre los 15 y los 24 años. Esta hipótesis mínima es corroborada por la información de la policía, recogida por los autores citados, de que el 60% de los muertos en naufragios de pequeñas embarcaciones zozobradas en travesías ilegales a Puerto Rico eran menores de 30 años.

sistema educativo en todos sus niveles. En efecto, la población valoró de manera creciente el significado del acceso a la educación y, por múltiples mecanismos, ha contribuido a esta expansión educativa y ha presionado al Estado a que ofrezca recursos crecientes para ello.

Como se desprende del Cuadro 9, entre 1960 y 1981 se produjeron expansiones en todos los niveles de educación. La base de dicho proceso se encuentra en la disminución de la población de 5 años y más carente de instrucción: de un 43.7% existente en 1960 disminuyó hasta un 28.6% para 1981. La proporción de población que ha asistido a la escuela primaria se ha mantenido estática en términos relativos, por lo que la gran expansión del aparato educativo se ha expresado en el acceso de amplios contingentes de la población joven a la educación secundaria e incluso a la superior. Por ello, la disminución de la población carente de instrucción se ha revertido básicamente en el aumento de la población que ha llegado a estudios secundarios (incluyendo la intermedia), la que creció en el lapso referido desde 6.5% a 20.5%; adicionalmente, la población que llegó al nivel educativo superior pasó del 0.5% al 3.3%.

Cuadro No.9
Distribución Porcentual de la Población de 5 Años y más*,
Según Nivel de Instrucción, por Sexo. 1960, 1970, 1981

Nivel de Instrucción	1960			1970			1981		
	Total	Hombres	Mujeres	Total	Hombres	Mujeres	Total	Hombres	Mujeres
Sin instrucción	43.7	43.2	44.1	31.5	31.4	31.6	28.6	29.0	28.0
Primaria	49.3	49.3	49.2	47.9	47.5	48.3	47.5	47.5	47.5
Intermedia	4.4	1.5	4.3	6.0	6.2	5.8	10.4	10.5	10.4
Secundaria	2.1	2.2	2.1	4.1	4.1	4.0	10.1	9.5	10.8
Superior	0.5	0.7	0.2	1.1	1.3	0.8	3.3	3.6	3.1
No especificado	-	-	-	9.4	9.5	9.4	-	-	-

Fuente: Censos de Población

(*) Puesto que las informaciones publicadas del Censo de 1981 no presentan exactamente esta distribución, se ha procedido a sumar las tabulaciones de la población de 5 años y más que asiste a Centros Educativos con la de 15 años y más que asistió. Esta aproximación estaría dejando fuera a la población entre 5 y 15 años que asistió a la escuela pero ya no asiste, por lo que la ponderación de la primaria podría estar algo subestimada.

En términos absolutos el Cuadro 10 resulta ilustrativo al respecto. Si se asimila la población que asistió al acumulado de las generaciones pasadas y a la población que asiste a la generación actual se puede observar la expansión registrada en los niveles superiores de educación. En particular es de resaltar la incorporación de la mujer a los niveles superiores de educación.

Cuadro 10
Población de 5 años y más* por Asistencia Escolar y Sexo según Nivel Educativo 1981

Nivel Educativo	Total			Hombres			Mujeres		
	No Asistió	Asistió	Asiste	No Asistió	Asistió	Asiste	No Asistió	Asistió	Asiste
	1372705			695662			677043		
Primaria	981322	1295939		489192	649997		492130	615942	
Intermedia	239470	260834		128469	123775		110001	137059	
Secundaria	205181	281209		99698	128187		105483	153022	
Superior	55287	103138		31188	54177		24099	48961	

* El nivel educativo de la población que asistió está definido para la población de 15 años y más

Esta expansión, sin embargo, muestra altos niveles desiguales en cuanto a sus consecuencias sobre diversos estratos de la población. No cabe duda al respecto que en cierto sentido se ha abierto la brecha en cuanto al contenido efectivo de las oportunidades educativas. En efecto, para la integración a la sociedad moderna el acceso a la educación superior es ya prácticamente un prerrequisito al cual tan sólo tiene acceso un porcentaje reducido que no trasciende mucho a los grupos de mayores ingresos de la población. Tal segmentación tiene su punto de partida principal en la diferencia entre ciudades y campo, al punto que puede sostenerse que el campo ha estado fuertemente marginado de todo el proceso de expansión del sistema educativo. Así se ve que, según el censo de 1981, en la población de 5 a 29 años, de acuerdo al Cuadro 11, el 35.2% de dicho espectro en el área rural nunca asistió a la escuela, lo que en el área urbana solamente engloba al 14.7%.

Cuadro No.11
Distribución Porcentual de la Población de 5 a 29 Años por Zona, Según Sexo y Asistencia Escolar, Censo de 1981

Sexo y asistencia escolar	Distribución porcentual de la población de 5 a 29 años		
	Total	Urbano	Rural
Ambos sexos	100.0	100.0	100.0
Asiste	54.4	62.0	45.7
Asistió	21.3	23.3	19.1
Nunca asistió	24.3	14.7	35.2
Hombres	100.0	100.0	100.0
Asiste	53.6	62.2	45.0
Asistió	20.4	22.5	18.4
Nunca asistió	26.0	15.3	36.6
Mujeres	100.0	100.0	100.0
Asiste	55.1	61.8	46.6
Asistió	22.1	24.0	19.8
Nunca asistió	22.8	14.2	33.6

La segmentación entre ciudad y campo no sólo afecta a esa gran masa que todavía permanece al margen de toda educación, sino además, y en no menor medida, a la gran mayoría de la población rural joven. Por tal razón, una parte muy alta de la población rural que asiste a la escuela lo hace durante aproximadamente tres años⁸ por lo que funcionalmente en el contexto sociocultural, queda en condición de analfabetismo.⁹ Es patente que todavía para 1980 se estimara en la población rural solamente 2.6 años de estudios aprobados en promedio, en tanto que para la urbana constituía exactamente el doble, 5.2 (A. Hernández, 1985: 701).

Cuadro 14
**Porcentaje de Repitencia en los Tres Primeros Años
 de Primaria Según Zona de Residencia**

Zona	Primero	Segundo	Tercero
Urbana	18.6	4.1	4.4
Rural	70.4	21.8	13.4

Fuente: SEEBAC (1979).

De ahí que el analfabetismo siga presente dentro de la población joven, aún cuando en cuantía relativa bastante menor al total de la población. Así se tiene que para 1981 se registraron 222 mil analfabetos comprendidos entre los 15 y los 24 años (15.9% para el grupo de edad de 15 y 19.3% para el grupo de 20 a 24). Aunque en disminución, el monto es todavía alto y no demasiado inferior al de los grupos de edades de 25 a 34 años. En todo caso, lo que sugiere la progresión del porcentaje de analfabetos que contiene el Cuadro 13 es que, tras salir de la edad escolarizable, la población apenas tiene acceso a instrumentos que le permiten adquirir la instrucción no lograda previamente. Sobre esta base, el panorama educativo de una porción alta de la juventud dominicana luce extremadamente negativo y de consecuencias irreversibles.¹⁰

La única mejoría importante en las segmentaciones del primer nivel de instrucción consiste en la igualación de la alfabetización entre hombres y mujeres desde 1970. Si todavía para las edades de 25 a 34 años el porcentaje de analfabetos entre hombres y mujeres variaba de 22.3 a 27.6% respectivamente, y como se advierte en el Cuadro 15 tiende a incrementarse sostenidamente en los grupos de edades superiores, para el grupo de edades

8. Para la primera mitad de la década de los 70, en la zona urbana el 29% de los alumnos se encontraba en primer curso, el 16% en el tercero; en la zona rural la relación cambiaba a 42, 21 y 16% respectivamente. En la zona urbana los tres primeros cursos abarcaban el 61% del total y en la rural el 80% (SEEBAC, s.f.).

9. Un indicador elocuente es la alta repitencia en los tres primeros años de primaria en las zonas rurales. Para 1967 a 1973 se puede observar en el Cuadro 14, la diferencia con el fenómeno en las zonas urbanas.

10. Un documento oficial (SEEBAC, 1981), aunque indirectamente, así lo reconoce.

de 20 a 24 años los porcentajes son prácticamente similares y para las edades menores las mujeres registran una tasa menor de analfabetismo que los hombres.

Cuadro No. 15
Porcentaje de Analfabetos por Sexo, Según Grandes Grupos de Edad

Grupo de edad	1 9 7 0			1 9 8 1		
	Hombres	Mujeres	Total	Hombres	Mujeres	Total
10-14	32.4	27.1	29.8	19.4	15.3	17.4
15-24	21.9	20.6	21.2	18.9	16.1	17.5
25-39	24.3	30.6	27.5	23.3	24.1	23.7
40-59	41.0	50.4	45.4	33.6	41.4	37.4
60 y más	60.5	65.9	63.1	57.4	63.8	60.5

Fuente: Oficina Nacional de Estadísticas (ONE) 1970: República Dominicana en Cifras 1980 1981: Censo de Población.

Ahora bien, las segmentaciones apuntadas entre población urbana y rural y el mantenimiento de franjas todavía altas de la población rural que carecen de toda instrucción o sólo reciben una primera instrucción rudimentaria, sólo dan cuenta parcial de la realidad. Al respecto hace falta considerar la calidad del servicio educativo, que en todos sus niveles acusa grados de diferenciación muy superiores a los que ofrecen las cifras antes expuestas. Esta segmentación opera ante todo por medio del empeoramiento global, muy pronunciado en los últimos 25 años, de la calidad del aparato educativo dominicano. Es decir, se ha producido una relación inversa entre la masificación de la enseñanza primaria y secundaria -y, como se verá, todavía más de la universitaria- y la eficacia de dicho aparato para lograr la consecución de sus supuestos fines.

Sobre el particular no existen estudios; en lo cual se podría inferir una omisión por parte de las autoridades educativas para dar cuenta de la realidad de la degradación de la calidad educativa. Y ello no es un elemento aislado, sino que forma parte de todo el conjunto de servicios estatales. Mientras en el área de la salud las denuncias han sido sistemáticas y contundentes por parte de los médicos, en la educación pública preuniversitaria los maestros no han sido agentes de protesta y la poderosa organización que los agrupa se ha restringido a manejar sus relaciones con el Estado desde una perspectiva corporativa. Extrañamente, el movimiento estudiantil de secundaria, que por lo menos en las ciudades más grandes ha jugado un papel político de cierta consideración, no ha sabido enfrentar y menos denunciar de forma adecuada el desastre en que está sumida la educación pública. A estas inconsistencias se une el deliberado propósito de las autoridades por ocultar la situación, reduciendo los reconocimientos de fallas a la ausencia de coberturas, lo que les permite demandar recursos extraordinarios al gobierno sin abocarse a resolver las deficiencias de fondo.

Por todo ello, no es posible que hoy se evalúe la dimensión del empeoramiento de la calidad educativa hasta tanto especialistas en el área se decidan a emprender dicha tarea. Sin embargo, de manera concisa y como punto de partida para futuras evaluaciones, no es arriesgado afirmar que se ha venido produciendo una profundización de las segmentaciones en el aparato educativo dominicano, las cuales expresan las posiciones de los diversos sectores sociales y las menores oportunidades que tienen frente a la cobertura educativa. De nuevo, esa segmentación progresiva tiene su punto de partida en la división demográfica rural-urbana; un segundo momento de la misma se encuentra en la diferenciación también demográfica y territorial entre poblaciones urbanas y la ciudad de Santo Domingo. Pero la más poderosa de todas las segmentaciones está entre la educación pública y la privada, ampliándose entre categorías de instituciones dentro de la propia educación privada. Es sintomático al respecto que en las zonas rurales en su conjunto la educación privada preuniversitaria sea inexistente.¹¹ Aunque no haya ningún indicador numérico capaz de demostrarlo, no deja de ser patente para cualquiera familiarizado con el mundo educativo la diferencia abismal de calidad, al interior de la propia educación privada, entre los establecimientos de Santo Domingo y de la generalidad de las otras ciudades, y, al interior de Santo Domingo y dos o tres ciudades más, de parte de los dirigidos a sectores reducidos de altos ingresos junto a los establecimientos dirigidos a sectores medios o empobrecidos que, sin embargo, tratan de esquivar la situación desastrosa de la educación pública. El hecho es contundente por cuanto 25 años antes la educación privada en la primaria no era demasiado significativa, en tanto que en la secundaria no gozaba de mayor prestigio que algunas instituciones públicas distinguidas por su tradicional excelencia.

Empero, toda esta privatización segmentadora no significa que se haya incrementado o mantenido la calidad en las instituciones más favorecidas; por el contrario, éstas también han experimentado, en términos generales, disminuciones significativas de la calidad que ofrecen; sólo en contadas instituciones tal proceso puede ponerse en duda.

A partir de la evaluación precedente cabría introducir una serie de reflexiones. En primer término, el hecho de que la educación opera de manera creciente como un mecanismo de afianzamiento de las relaciones sociales existentes, que reproduce la situación de desigualdad en la que se encuentran las vastas mayorías de la población. En segundo lugar, tal función se hace más patente en la medida en que el acceso a niveles educativos -tras el proceso de modernización- se hace mucho más necesario que antes; de esta forma, los amplios contingentes que no reciben ninguna cobertura o sólo la de unos pocos años en escuelas de pésima calidad se encuentran en una condición doblemente desventajosa. Aún aquellos que adquieren una educación preuniversitaria completa, en principio ya no

11. En el área urbana, de 365,000 inscritos en los seis primeros cursos de primaria, 60,000 se encontraban en colegios privados, 40,000 en colegios con apoyo público y 256,000 en escuelas públicas. En la zona rural, en cambio, los 501,000 inscritos se encontraban en escuelas públicas (SEEBAC, 1981: 35).

disponen de un medio efectivo de ascenso social, dada la competencia en el entorno de la masificación y la baja calidad global que caracteriza la educación preuniversitaria; por otra parte ésta se caracteriza, entre otros elementos, por no facilitar la integración del joven a la vida cotidiana, especialmente al proceso productivo. Los jóvenes, incluso, terminan la educación preuniversitaria carentes de los instrumentos elementales necesarios para el dominio de conocimientos superiores y especializados. Ni siquiera disponen de rudimentos mínimos de cultura universal; se trata, por ello, de una cobertura en gran medida formal, que simplemente tiene efectividad para el acceso a ciertas ocupaciones y, sobre todo, para la posibilidad de ingreso a la educación universitaria, en la cual ya sí opera un factor de oportunidad real para la movilidad social y el empleo especializado.

2. La Encrucijada de la Universidad

De las conclusiones del anterior acápite pueden desprenderse las líneas centrales para la evaluación del papel de la educación universitaria en la juventud dominicana actual. En términos relativos, la educación universitaria se ha expandido mucho más notablemente que la educación secundaria. Como lo muestra el Cuadro 9, la masificación de la educación entre 1960-1981 ha tenido por consecuencia un cambio en la estratificación educacional, donde la educación universitaria y secundaria aumentaron hacia 1981 en tanto la educación primaria disminuyó en términos relativos.

Es decir, donde la masificación del aparato educativo ha incorporado una matriz cualitativa inédita, dada su magnitud, ha sido en la educación universitaria. Previamente a 1960, incluso a 1965, la educación universitaria estaba reservada para un número en extremo reducido de jóvenes, cuyos padres podían sostenerlos en la ciudad de Santo Domingo, donde se encontraba la única universidad del país. En aquellos períodos existía un conjunto de determinantes dirigidos a obstaculizar la entrada a la universidad. De hecho estaba presupuesta una matrícula límite, puesto que a la dictadura no le interesaba un crecimiento significativo de la educación universitaria. Para ello, el costo de la matrícula se ponía artificialmente alto a fin de que se situara como un obstáculo adicional al que de por sí representaba la oportunidad de ser liberado de la carga de trabajo. En todo caso, el crecimiento de la población universitaria mantenía un ritmo controlado y guardaba relación con las necesidades que tenía el orden político de un mayor número de técnicos y especialistas, dado el hecho que durante los años 50 ya era notoria la demanda de nuevos profesionales universitarios por haberse producido la primera ola de modernización urbanística. Por ello, y a pesar de los controles, la matrícula universitaria no dejó de crecer, pasando de unos 600 a fines de los años 40 a los 4,000 estudiantes existentes en 1961 (véase M. Hernández, 1965; Fernández, 1985).

Durante los años posteriores a la muerte de Trujillo siguieron operando algunos condicionamientos restrictivos, lo que explica que todavía para

1965 el número de estudiantes a la Universidad Autónoma de Santo Domingo fuese de 6,606. En principio, las autoridades conservadoras tratan de restringir la entrada, para lo cual diseñaron una prueba de admisión que fue objeto de un debate tenaz por parte del movimiento estudiantil. En sentido general, en numerosas áreas siguió perviviendo la universidad trujillista, tanto en el diseño de los programas como en los mecanismos de dirección, muy controlados por los profesores conservadores, muchos de los cuales habían estado asociados al régimen despótico.

Ese panorama varía abruptamente a consecuencia de la Revolución de Abril de 1965, que, por la forma en que se resolvió, posibilitó que, no obstante la derrota, el movimiento popular siguiese teniendo una presencia poderosa en los años siguientes. De dicho contexto sobrevino el denominado Movimiento Renovador, mediante el cual las autoridades conservadoras fueron expulsadas y la parte profesoral que las seguía salió de la universidad, para fundar un centro educativo privado, la Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña (UNPHU). La UASD se tornó, entonces, en una verdadera isla al interior del Estado, por cuanto fue la única institución donde la autonomía constituía una realidad tangible y donde las fuerzas democráticas y populares mantuvieron un control institucional.

Todo un nuevo diseño de educación universitario se esbozó con el Movimiento Renovador. La universidad se abrió a nuevas carreras, modificó los programas de las existentes -en una línea de aceptación a los requerimientos prácticos-, dió cabida a profesionales jóvenes que en el anterior esquema no tenían acceso a la docencia y dispuso, como norma rectora de la actividad académica, la libertad de cátedra, en contraposición con el autoritarismo que sobrevivía de la universidad trujillista.

Pero de importancia comparable en las reestructuraciones del Movimiento Renovador fue la apertura de la universidad a todos aquellos que quisiesen cursar estudios en ella. No cabe duda que tanto en la vertiente académica y profesoral como en la estudiantil el Movimiento Renovador significó un paso de enorme trascendencia no sólo para la universidad, sino para toda la juventud dominicana y para el contexto sociopolítico prevaliente entonces. La UASD se tornó en una institución orientadora del conglomerado popular, jugando un destacado papel en la defensa de la democracia y sirviendo de centro al movimiento estudiantil, el cual seguía siendo el pivote representativo de los anhelos de los sectores progresistas de la población urbana.

El mayor efecto del Movimiento Renovador fue aumentar la población universitaria de la institución pública desde los 5,000 estudiantes previos a exactamente el doble para el primer semestre de 1969 (M. Hernández, 1965: 98). Tal ritmo de crecimiento no se detendría, y para el segundo semestre de 1971 de nuevo se duplicaba con creces la población universitaria, para alcanzar los 23,000 estudiantes; para 1978 sobrevino una nueva duplicación (Mejía-Ricart, 1981), llegándose al tope de la matrícula de la UASD de 1983 cuando alcanzó probablemente una cifra de 70,000 estudiantes.

De por sí, el Movimiento Renovador supuso una clara democratización de la oportunidad de acceso a la educación universitaria. La eliminación de controles y el apoyo a estudiantes pobres permitió la afluencia masiva de estratos que antes bajo ninguna circunstancia tenían acceso a la universidad. Aunque parezca paradójico, en un primer nivel el Movimiento Renovador se reflejó también en una mejoría de la calidad académica, si se entiende el concepto desde cierto ángulo, por cuanto rompió con barreras arcaizantes y colocó la universidad a la altura del mundo moderno. En sentido general, a partir de dicho hito se incorporó la realidad universitaria a un espectro masivo de la juventud dominicana. Basta destacar que en 1960, sólo el 0.5% de los jóvenes de 15 a 24 años cursaban estudios universitarios; en 1981, en cambio, esa proporción se había elevado al 4.5% del mismo grupo de edad.

En un principio la irrupción masiva del estudiantado a la educación superior constituyó una contestación a las políticas del Estado, lo que se expresó en una tensa relación entre la universidad estatal y el Poder ejecutivo; éste inicialmente trató de frenar la masificación por medio de una asignación presupuestaria reducida, lo que fue enfrentado por movilizaciones estudiantiles muy sistemáticas. Habiendo sobrevivido a las presiones externas, la universidad estatal poco a poco, sin embargo, fue ajustándose a determinadas evoluciones del conjunto de la sociedad dominicana, e incluso de las políticas del Estado. En última instancia, la masificación resultó funcional para el auge modernizante de los años 70, al ser la universidad proveedora de los especialistas que demandaban las diversificaciones económicas y administrativas. En segundo lugar, es probable que el Ejecutivo captara desde muy pronto la conveniencia de la supervivencia de la universidad como institución pluralista y democrática, en tanto que contrapeso frente a otros sectores del bloque dominante, lo que explicaría que en ningún momento se dispusiera a clausurarla, teniendo capacidad para hacerlo. Incluso, la universidad resultó ser un receptáculo focalizado de profesionales disidentes y de activistas jóvenes, lo que no dejaba de tener sus conveniencias hasta tanto no se tomara en una fuerza amenazante, como en efecto nunca sucedió.

Esos desplazamientos, sin embargo, no eran objeto de intelección por parte de los sectores universitarios progresistas, quienes ingenuamente interpretaron a la universidad como aparato decisivo en el impulso de transformaciones democráticas y en la preparación de condiciones para una revolución. Tal apreciación optimista jugó un papel destacado en el hecho de que no se repensara la función de la universidad en una sociedad sometida a intensas variaciones sociopolíticas y económicas (Richardson, 1977: 5-7). Más aún, para no pocos integrantes del Movimiento Renovador el hecho universitario carecía de connotaciones académicas propiamente dichas, y se situaba de manera exclusiva en el ámbito de lo político al ubicarse a la universidad como centro de la contestación al sistema. Incidía en ello la percepción, todavía generalizada hasta fines de los años 60 de que la revolución estaba al doblar de la esquina.

Resultado de lo anterior fue que adviniera el estancamiento del Movimiento Renovador hasta tornarse en agotamiento completo desde hace varios años. En base a lo adquirido, la universidad en su conjunto se caracterizó por su incapacidad de reflexionarse a sí misma.¹² De manera que los logros positivos se desgastaron y muchos de ellos se tornaron en factores contraproducentes. En particular la masificación, al no ser objeto de reestructuraciones en los métodos operativos, redundó en una disminución sensible de los niveles académicos tradicionales (Richardson, 1977: 10 y ss.), lo que probablemente empezó a manifestarse desde inicios de la década de los 70 y no ha cesado de profundizarse desde entonces. En consecuencia, el perfil del educando universitario se fue tornando cada vez más mediocre, con lo que se contravenían por definición preceptos del Movimiento Renovador. Y no se trata sólo de un elemento genérico de carencias académicas, sino de que, a pesar de la introducción de numerosas materias de ciencias sociales y de metodología de investigación, el estudiante universitario carece de los instrumentos críticos para pensar; esas reestructuraciones de *pensa*, si bien en principio correctas, no lograban compensar el contexto global de deterioro de la calidad; sobrevino por ello un saber sociológico estereotipado, más bien referido a un marxismo vulgar, el cual no permitía desarrollar instrumentos críticos del saber y mucho menos colocar al estudiante en una perspectiva transformada dentro de la sociedad dominicana.

Esa deformación doctrinaria académica explica que, llegado el caso, la generalidad de los sectores universitarios se hicieran compromisarios con el agotamiento del Movimiento Renovador y específicamente con su aspecto más negativo, el deterioro académico. En particular cupo la mayor responsabilidad al movimiento estudiantil, el cual se tornó en mecanismo corporativo de defensa de un interés mal entendido que, en nombre de la democratización, pugnaba, de hecho, por la baja sistemática del nivel académico. En definitiva se llegó a una suerte de sentido común en el medio estudiantil que se derivaba en la búsqueda del menor esfuerzo y que condenaba, por ende, el sector profesoral que se esforzaba por mantener o elevar la calidad de la enseñanza.

En nombre de la defensa de los estudiantes pobres, lo que en verdad acontecía era la promoción de un amplio conglomerado carente de todas las características supuestas en el egresado universitario. Los resultados no podían ser sino el advenimiento de una profunda ambigüedad: a partir de presupuestos formales progresistas, la universidad se iba tornando en una institución ajustada a los elementos del orden por cuanto el egresado no incorporaba una mirada crítica y una disposición transformadora al abandonar la institución. Más bien buscaba un acomodo fácil dentro del sistema

12. No obstante, es bastante abundante la bibliografía sobre la problemática de la UASD. Esos textos, sin embargo, se sitúan en un plano aislado respecto a la práctica real de la institución, o bien no han sido tomados en cuenta por la descentralización del poder; por otra parte, al estar insertos en el interior de la institución, normalmente no se abocan a tocar los puntos nodales por sus álgidas consecuencias. Entre ellos vale citar Hugo Tolentino (1976), Tirso Mejía-Ricart (1975), Guarocuya Batista del Villar (1977).

debido a su autoconciencia de incapacidad. Y si dicha respuesta operó de forma restringida durante varios años por el entorno autoritario y por los rezagos de la calidad académica relativa antes prevaleciente, cuando en 1978 advino la democratización plena de la vida política nacional, ello se reflejó en una integración consustancial al orden social por parte de la masa recién salida de la universidad.

Habría que retomar ciertos condicionamientos del proceso universitario, puesto que resultan cruciales para entender las recientes evoluciones de la juventud estudiantil. Puede decirse que en ese agotamiento e integración del Movimiento Renovador operó de manera decisiva una cierta cultura de izquierda que tuvo en la universidad su lugar de mayor florecimiento. Esa cultura, aunque en apariencia durante años enfrentada al orden social, guardaba estrechas conexiones con contextos básicos de la realidad social del país. Entre otros elementos, la izquierda dominicana se caracterizó por un virulento antiintelectualismo, postura que no dejaba de ser paradójica por cuanto disponía de sus principales efectivos en los medios de la pequeña burguesía culta y en la juventud estudiantil. Y como parte de tal inconsistencia puede captarse que no lograrse definir las funciones de la universidad dentro de la realidad nacional. Si el movimiento estudiantil tuvo una responsabilidad decisiva en todo este proceso se debió a que constituía la sección propiamente de masas de la izquierda dominicana.

Así, al corporativismo mediocrizante de la colectividad estudiantil se superpusieron otros elementos que profundizaron el destino negativo de la universidad. En especial operó que la izquierda viese en la universidad un instrumento para fines políticos generales, careciendo de una plataforma académica e incluso habiendo coadyuvado a obstaculizar -sectores de ellos llamados de atención que se propusieron. Esa versión instrumentalista conllevó, entonces, a la búsqueda de controles mecánicos por parte de las parcelas políticas en la escena; de ahí que se dedicaran a colocar a sus familiares en posiciones profesionales y jerárquicas al margen de consideraciones académicas.

En razón de lo anterior, puede sostenerse que la izquierda se hizo agente decisivo del deterioro de la calidad profesoral. Y, al mismo tiempo, que adviniese una suerte de rutina o de pacto fáctico mediante el cual gran parte del profesorado se fue ajustando a la demanda estudiantil por la baja del nivel, para incluso tornarse un agente activo en esa dirección. En realidad, esa responsabilidad es relativa a la contextualización de la izquierda en el medio sociocultural de la nación.¹³ En tal sentido vale destacar el hecho de que el deterioro de la calidad de la educación preuniversitaria probable-

13. Si se restringe el señalamiento a la izquierda se debe a su relativo nivel político y responsabilidad en abstracto. Pero, en realidad, el populismo ha compartido de igual manera el control sobre la universidad pública, habiendo sido su incidencia probablemente más negativa. Ello es debido a la diferencia de niveles intelectuales entre los dos sectores y a una práctica consustancial de dicho segundo sector, ampliamente puesta en práctica en el Estado desde 1978. Ahora bien, desde entonces, la izquierda ha cobrado un influjo menos compartido que en algunos de sus sectores se ha traducido en una repetición localizada de lo que ha hecho el pluralismo en el conjunto del país.

mente se inició antes que el de la universitaria, hecho que se reforzó al incorporarse contingentes relativamente amplios provenientes de provincias y de estratos modestos.

Para la comprensión del fenómeno es crucial traer a colación que la masificación de la enseñanza se dió a un ritmo que trascendía la posibilidad de preparación de los cuadros para hacerle frente de manera adecuada. Entre otros elementos ello se manifestó en el paso generalizado del profesorado de élite de la educación secundaria a posiciones en el profesorado universitario, lo que tenía una doble connotación, por cuanto una parte de dicha promoción no estaba todavía capacitada para impartir docencia universitaria, al tiempo que deja desprovista de su calidad tradicional a la enseñanza secundaria. Las políticas generales de Estado, que descuidaron el reciclaje de la calidad de la enseñanza preuniversitaria, se imbricaron, así, en el deterioro de la enseñanza universitaria. La propia segmentación ya apuntada de la enseñanza preuniversitaria establece límites forzosos a las posibilidades de partida de la educación universitaria, máxime si se concibe en la perspectiva de promover a los sectores de menores ingresos que acceden a ella.

Ahora bien, al margen de esos condicionamientos reales, lo cierto es que la incapacidad de la izquierda y de los otros sectores que han gravitado en la educación universitaria pública ha tenido una cuota alta de responsabilidad en profundizar los efectos de dichos condicionamientos. En particular no se enfrentó al reto de proveer al recién llegado de los instrumentos necesarios para los estudios superiores. El Colegio Universitario, mediante el cual se intentó llevar esa tarea, resultó ser una instancia carente de significativa relevancia. El aludido pacto de la mediocridad incluso llegó a que se desconocieran algunos reglamentos, como el de la baja por repitencia.

Por otro lado, la universidad fue perdiendo espacios en su relación con el resto de la sociedad; sus programas de extensión se redujeron y se tornaron rutinarios, lo que conllevó a un aislamiento progresivo. Faltó conciencia y agilidad para que algunos presupuestos sociales de la institución se llevaran a cabo. En ciertas áreas del quehacer interno la incapacidad de innovación se reveló casi absoluta. Es el caso de la investigación, área marginada y sometida a acoso, no obstante su minúscula magnitud. Es el caso, también, para años recientes, del área de postgrado, ya un requerimiento inexorable por los mismos condicionamientos de la sociedad global y que, sin embargo, está en un nivel recurrentemente incipiente.

Otro elemento no menos importante es la resistencia a incorporar salidas intermedias o carreras medias técnicas, que se ajustarían más que la masificación de títulos profesionales a los requerimientos del aparato productivo y a las dificultades que experimentan los jóvenes provenientes de sectores populares. Bien podría objetarse que tales salidas corresponderían a otras instancias del Estado, pero al menos la universidad debería incursionar en ellas para trazar pautas correctas e incluso para adecuarse a las circunstancias del país. Contrariamente, ha primado un profesionalismo

formal que evidencia el contenido de la promoción social que brinda la universidad pública.

Las fallas apuntadas contribuyeron a crear las premisas para la expansión de la educación privada, una modalidad mucho más negativa de educación universitaria. Inicialmente ubicada en planos cuantitativos muy modestos, durante los años 70 la educación universitaria privada experimentó una sostenida ampliación que, *grosso modo*, puede interpretarse como correlativa al deterioro de la UASD. De manera que si hasta hace unos años cuando se hablaba de educación universitaria por antonomasia se hacía referencia a la UASD, hoy la situación es bien distinta. Desde hace unos dos o tres años la matrícula de la UASD ha cesado de crecer, mientras el dinámico incremento de la matrícula privada sigue en un ritmo parecido al de años anteriores, desde entonces superior al de la UASD. En la actualidad, por ello, la educación universitaria privada ya se aproxima a la mitad de la matrícula.

Por otra parte, la UASD se ha visto marginada progresivamente del escenario nacional, siendo en ciertos aspectos sustituida por la acción de las universidades privadas más coherentes. En particular, bajo los gobiernos del PRD se ha experimentado una clara orientación de apoyo a la privatización de la educación universitaria, política que antes existía, pero de manera más restringida, y que hoy asume la modalidad de una alta presencia en el Estado por parte de las dos o tres universidades privadas que trabajan con cierta coherencia para la formación de nuevas élites tecnocráticas y que han incursionado con cierta amplitud en los estudios de postgrado; merecen mencionarse a tal respecto la Universidad Católica Madre y Maestra (UCMM), que alcanzó posiciones preeminentes en el anterior gobierno perredeísta, y el Instituto Tecnológico de Santo Domingo (INTEC), que en los últimos años ha sido objeto de fuertes respaldos por parte de organismos internacionales y de asociaciones corporativas de la clase capitalista.

Para entender el impacto extraordinario en los últimos años de la educación universitaria privada es preciso partir de una diferenciación entre dos tipos de instituciones de ese género. El primer tipo tiende a ser el más antiguo, constituido por instituciones que se han propuesto ofrecer una alternativa en términos de calidad y de diversificación a la oferta que hace la universidad pública; además de la UCMM y el INTEC, puede también agregarse la Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña, salida, como se vió, de la expulsión de los profesores conservadores de la UASD. El segundo tipo consiste en instituciones de carácter abiertamente lucrativo, cuyo número y espectro de matrícula han registrado los más altos índices de crecimiento en la última década; estas instituciones se han caracterizado por un nivel académico en extremo indigente, muchas de ellas en realidad sostenidas por la práctica mercantil de atraer estudiantes extranjeros para el área de medicina, lo que las obliga a ofrecer otras carreras y a dar amplias oportunidades de ingreso a estudiantes dominicanos.

Desde sus orígenes, las instituciones privadas estuvieron asociadas al diseño estratégico de contrabalancear la incidencia del Estado en la educación superior. Es decir, se concibieron bajo el prisma de que coad-

yuvaron a servir de manera directa los intereses de los grupos dominantes. Por tal razón, ese primer momento de privatización estuvo muy asociado a la emergencia de algunos círculos de políticos e intelectuales pertenecientes a la clase burguesa. En el caso de la UCMM, su creación en 1962 fue gestada por el mismo conglomerado empresarial que creó, al poco tiempo, una asociación empresarial, el primer banco comercial privado de la época posttrujillista, un instituto para la formación de técnicos medios en el sector agropecuario y una financiera de desarrollo. Estos sectores contaron con el estímulo y apoyo de los Estados Unidos, en lo que incidió el diseño que formulaban para el papel conservador de la educación superior privada.

El perfil logrado ha sido el de cierta excelencia en algunas áreas, aún cuando en términos generales con la excepción de INTEC, la calidad no haya superado a la de la educación pública, al menos hasta hace muy poco tiempo. Es significativo palpar que también en la educación privada de élite se ha registrado un sensible proceso de pérdida de calidad, el cual no ha podido ser contrabalanceado por programas específicos en los que ha primado el propósito de crear cuadros de alta calificación, sobre todo en el nivel de postgrado. Adicionalmente, cabe referir algunos fallos de fondo en esta educación privada elitista: primeramente, un marcado espíritu clasista; en segundo lugar, una especialización carente de instrumentos culturales y de análisis; en tercero, una relación mecánica con requerimientos del capital, y no con los del desarrollo nacional en su conjunto. Así, desde hace años, pero con intensidad creciente, sale un profesional conformista, acrítico, apegado al orden social, superficialmente dotado de ciertas calificaciones pero inhabilitado para jugar un papel creativo en la vida nacional.

La emergencia de tal perfil ha formado parte de procesos generales de la juventud dominicana que serán objeto de dilucidación más adelante. Por ello, tiene relación directa con procesos sociopolíticos globales, al haberse consolidado esquemas autoritarios y tradicionalistas en las instituciones privadas y haberse generado variaciones en el comportamiento de partes importantes de sus estudiantes. Como contraste, también guarda relación con el deterioro de la calidad en la universidad del Estado; es creciente la percepción de que en esta última se pierde mucho tiempo, existen riesgos personales y no se adquieren las habilidades necesarias para la localización de empleos bien remunerados. En definitiva, amplios contingentes de la población joven pasan a evaluar la educación universitaria como una inversión llamada a producir rápidos beneficios en la promoción social, en el dominio de técnicos para la herencia de los puestos empresariales y en la búsqueda de nuevas cuotas de participación en los mecanismos de poder social.

Tales perspectivas no han quedado restringidas a las clases acomodadas, sino que se han extendido a amplios contingentes de población joven de origen medio o popular. Ese reflejo ha formado parte de los procesos de despolitización de las franjas mayoritarias de la juventud urbana, fenómeno muy acentuado en los últimos años y que, como se verá, luce presentarse todavía con más agudeza en el futuro próximo. Ello implica la deserción de

amplios contingentes juveniles de la educación universitaria pública, incluyéndose aquellos carentes de las posiciones para pagar la matrícula en las instituciones de élite antes reseñadas. De ahí que el segundo tipo de institución universitaria privada haya conocido un auge impresionante, nutrido por jóvenes modestos, casi todos obligados a trabajar para cubrirse el sustento, pero deseosos de alcanzar una calificación formal que les permita un ascenso a posiciones inmediatamente superiores.

Frente a esas aspiraciones, el matiz de segmentación es notable porque los egresados de dichas instituciones no están dotados de conocimientos mínimos para ocupar puestos, incluso de mediana categoría, en el Estado y en la empresa privada. En ese contexto entonces, ni siquiera sobreviene la formación de una masa profesional conservadora, sino el aprovisionamiento de una multitud que formalmente dispone de ciertos recursos educativos, pero que en la realidad debían haber sido suplidos por una adecuada educación secundaria y primaria; el panorama es tan lamentable que en gran medida ni siquiera esos aspectos son cubiertos por dicha educación universitaria sino a lo sumo habilidades mínimas para ocupar puestos de baja jerarquía y calificación.

El daño que recibe el contingente juvenil de la asistencia a estas instituciones es todavía mayor que en las elitistas, ya que la educación y la cultura se presentan como un negocio a secas; el profesional egresado carece de todo instrumento cultural y profesional y se coloca en la sociedad en condiciones correspondientes, desarrollando respuestas acomodaticias y oportunistas y eliminando todo elemento creativo y progresivo.

III. LA JUVENTUD EN EL MUNDO DEL TRABAJO

A consecuencia de la crisis económica, en los últimos años se ha producido un notable empeoramiento en las condiciones de la juventud dentro del mercado de trabajo. Mientras la economía nacional se mantuvo en una coyuntura de crecimiento y como parte de una mejoría relativa de ciertos sectores urbanos, los grupos juveniles expandieron sus oportunidades al estar en condiciones de dominio de ciertos instrumentos técnicos, en la mayor parte de los casos con ventajas respecto a las generaciones anteriores.

El crecimiento experimentado por la economía dominicana entre 1969 y 1975 fue tan acentuado que permitió una masiva absorción de empleo, a pesar de las características del proceso de industrialización, que tendía a incorporar poca mano de obra por la intensidad de inversión en capital fijo. Dicha absorción se lleva a cabo, sin embargo, en un entorno de intensas migraciones hacia los polos de crecimiento económico, por lo cual no se experimentaron disminuciones muy sustanciales en las tasas de desempleo. Es importante destacar también ciertas características del desarrollo industrial que, al estar condicionado a la importación de insumos, bienes intermedios y bienes de capital, creaba crecientes rupturas intersectoriales, generando escasas repercusiones significativas en otras áreas de la economía nacional; incluso, en algunos aspectos el auge industrialista de los

años 70 redundó en desestímulos para el sector agropecuario, puesto que hacía más competitiva la importación de materias primas y deprimía, en consecuencia, la oferta interna. En sentido global, el proceso de modernización de los años 70, aún cuando fuese ciertamente muy intenso, no generó soluciones de continuidad en los parámetros fundamentales de las relaciones económico-sociales de la República. Ello explica que, a pesar del dinamismo de la economía, no se registrasen mejorías significativas en el empleo y que, a lo sumo, como previamente se señalara, se lograra contener la tasa de desempleo en los niveles preexistentes.

Agotado en lo fundamental el proceso de modernización para fines de la década, sobrevino un sucedáneo en cuanto a políticas de Estado; el acceso del partido populista al poder, a mediados de 1978, se acompañó por una cuantiosa incorporación de nuevos servidores al gobierno.

El desgaste económico se equilibró con una ampliación del empleo y el gasto público, que en gran medida se sostenían sobre la base de un acelerado endeudamiento externo y del desequilibrio de las variables monetarias. Ello redundó en una tendencia hacia la primacía de los nuevos empleos en áreas improductivas, lo que trascendía, incluso, al mismo sector público.

Uno de los aspectos en que se expresó el conjunto de mediatizaciones de la modernización de los años 70 fue el que gran parte de los sectores juveniles quedaron parcial o totalmente impedidos de poder prepararse para el proceso productivo y la vida social en general. Ya con referencia al aspecto educativo se observó una notable expansión que, sin embargo, no eliminaba exclusiones muy elevadas de jóvenes del aparato educativo, sobre todo en las áreas rurales.

Esta misma tendencia se advierte al observar la evolución de las tasas de actividad que arrojan los diversos censos. Como lo muestra el Cuadro 16, si bien estas tasas han registrado una notable disminución para los grupos de edades jóvenes en los 21 años transcurridos entre 1960 y 1981, no menos cierto es que todavía permanecen a niveles muy altos para los varones; de hecho el grupo de 20-24 años muestra una integración masiva a la actividad económica, 74%. Por otro lado, es evidente que la menor tasa de actividad que se observa en las mujeres jóvenes no responde a una mayor integración de la educación, sino a patrones tradicionales que dificultan su incorporación al mercado de trabajo. No obstante es de destacar que, contrario a los varones, salvo el grupo más joven de 15 a 19 años, todos los demás registran un incremento en las tasas de actividad femenina.¹⁴

Ahora bien, de nuevo la diferencia rural-urbana explica parcialmente el mantenimiento de altas tasas de actividad en la población masculina joven y de tasas bajas en la población femenina joven. Al respecto son ilustrativas las informaciones que muestran las encuestas urbanas y rural de 1980

14. En el censo de 1960 parecen haberse utilizado criterios distintos para la actividad femenina, puesto que el enorme incremento de sus tasas de participación para 1970 no se corresponde con la actividad económica global. Muy posiblemente la diferencia se ubique en cuanto a la clasificación de la población femenina rural ocupada en tareas agrícolas.

(cuadro 17) que se adoptan dado que los datos publicados del censo de 1981 no contienen la división urbano-rural, además de que las encuestas de mano de obra son más confiables respecto a estas informaciones. A pesar de las diferencias metodológicas entre ambas encuestas¹⁵ es palpable una mayor incorporación de los jóvenes (e incluso de los niños) a la actividad económica en el área rural, la que para el grupo de 20-24 años es prácticamente igual a la de los adultos. Estas informaciones muestran que la incorporación al estudio es un fenómeno todavía muy obstaculizado en el campo, que la familia campesina sigue presionando a los hijos a incorporarse tempranamente a las tareas productivas en igualdad de condiciones a los mayores, que en las mujeres jóvenes de 20-24 años el patrón de no participación se mantiene similar hasta los 40 años y que, en todo caso, sólo para las edades de 15 a 19 es que se presenta un límite de todavía cierta significación para la preparación en el estudio.

Cuadro No. 16
**Tasas de Actividad, de la Población de 15 Años
 y Más Según Grandes Grupos de Edades y Sexo
 1960-1970-1981**

	1960	1970	1981
Hombres			
15-19	70.1	59.5	45.8
20-24	95.0	85.3	73.9
25-39	98.3	97.1	88.2
40-59	98.0	90.1	89.9
60 y más	79.4	79.4	82.1
Mujeres			
15-19	9.0	27.2	20.4
20-24	12.2	32.6	33.3
25-39	12.3	32.3	36.4
40-59	11.9	28.3	31.1
60 y más	6.2	23.5	28.2

15. En la encuesta urbana, así como en los censos, se califica en la p.e.a. a aquellos que están buscando trabajo. En la encuesta rural se añadió a aquellos que buscarían trabajo si viesan la oportunidad de encontrarlo. Esta última acepción de la p.e.a., que tiende a incrementar las tasas de participación y de desempleo respecto a las otras encuestas, parece, sin embargo, mucho más realista. En un entorno de agudo desempleo, como el que se ha registrado tradicionalmente, es evidente que hay sectores de la población que no buscan empleo por asumir la imposibilidad de conseguirlo. Esto es importante precisamente en los grupos jóvenes urbanos, que se mantienen en el sistema educativo en tanto no tienen otra alternativa, pero que, de presentárseles la posibilidad de empleo, estarían en disposición de abandonar de inmediato los estudios, de ser necesario, para incorporarse al mundo laboral.

En el medio urbano, en cambio, el contraste es patente. Primero porque en la población de 10 a 24 años la tasa de participación es mínima (5.7% frente a 25.7% en el campo). En cuanto a los jóvenes la tasa de participación para el grupo de 15 a 19 años es de 29.6% (la mitad de la del área rural), donde se evidencia la diferencia sustancial que permite el acceso a la educación de un contingente mucho más significativo. Si bien la diferencia se reduce mucho en la edad de 20-24 no deja de ser todavía significativa para los hombres (73.8% en las ciudades frente a más de un 90% que caracteriza las edades siguientes hasta los 59 años).¹⁶

Cuadro No. 17
Tasas de Actividad por Grupos de Edad y Sexo 1980

Grupos de edad	Encuesta Urbana 1980			Encuesta Rural 1980		
	Total	Masculino	Femenino	Total	Masculino	Femenino
10-14	5.7	8.0	3.6	25.7	32.7	17.8
15-19	29.6	41.7	19.4	58.6	56.0	20.5
20-24	57.0	73.8	41.6	72.6	93.7	50.9
25-29	65.5	88.0	45.6	73.4	97.7	50.4
30-34	66.5	91.2	44.9	74.9	98.3	49.8
35-39	68.7	94.1	46.2	73.9	98.8	48.8
40-44	64.4	92.8	38.6	71.7	97.9	43.3
45-49	63.2	92.7	37.2	71.5	95.3	48.6
50-54	55.6	88.1	24.1	70.1	96.0	36.6
55-59	45.9	97.7	28.3	66.7	94.0	32.5
60-64	42.9	72.1	20.8	68.3	89.5	35.1
65-69	34.1	57.0	11.7	58.4	84.2	28.5
70-74*	19.3	37.8	9.6	52.4	75.8	22.9
75 y más	-	-	-	28.9	46.1	11.6
TOTAL	44.6	62.7	28.6	58.6	77.6	38.0

* En el caso de la Encuesta Urbana es de 70 años y más.

Fuente: ONE Y ONAPLAN, en Isidoro Santana (1985).

En parte debido a estas altas tasas de participación para los jóvenes dominicanos existen condiciones desventajosas en materia de desempleo de los hombres jóvenes en relación con los adultos. En 1981 ello se expresó en el hecho de que mientras la población joven registró una tasa de desempleo de 22.4%, en las edades de 25 a 39 años ya la tasa de desempleo cae a un 14.7, que viene siendo un términos generales similar a la de los siguientes grupos de edad. (Cuadro 18).

16. Parece necesario insistir en la relativización de estas comparaciones, dada la diferencia metodológica antes descrita. Sin embargo, son las únicas informaciones disponibles por cuanto las cifras publicadas del censo de 1981 no distribuyen lap.e.a. total por zona de residencia, sino sólo la ocupada y con un margen de imprecisión bastante alto.

Cuadro No. 18
Tasas de Desempleo de la Población Económicamente Activa
de 15 Años y Más, Según Grandes Grupos de Edades y Sexo
1970-1981

Hombres	1970	1981
15-19	27.8	25.8
20-24	22.4	19.7
25-39	19.1	14.7
40-59	19.3	13.9
60 y más	21.6	16.5
Total P.E.A.	22.4	17.8
Mujeres		
15-19	27.7	24.4
20-24	25.1	21.3
25-39	21.9	16.2
40-59	25.9	15.2
60 y más	33.1	3.2
Total P.E.A.	29.0	19.2

Fuente: Censos de Población

Dentro de las tasas de desempleo se pueden observar sensibles diferencias entre la población urbana y rural, con especial incidencia respecto a los jóvenes, tanto del sexo masculino como femenino. En el campo, según el Cuadro 19, el desempleo en 1980 para los jóvenes de 15 a 19 años había llegado en total a un 42%, a cuyo interior en la población femenina había alcanzado el 72.7, en contra del 26.8 para la masculina. A pesar de la alta tasa de participación para las edades de 20 a 24 años, todavía en ellas se observan marcadas diferencias que en general alcanzan un 50% respecto a los niveles de desempleo en los grupos de edades siguientes.

Cuadro No. 19
Tasas de Desempleo de la PEA por Grupos de Edad y Sexo 1980

Grupos de edad	Encuesta Urbana 1980			Encuesta Rural 1980		
	Total	Masculino	Femenino	Total	Masculino	Femenino
10-14	17.7	14.5	26.8	38.7	28.1	60.8
15-19	35.4	29.6	45.8	42.6	26.8	72.7
20-24	29.1	25.4	35.2	31.8	15.1	63.1
25-29	16.6	14.7	10.9	24.7	10.9	52.4
30-34	14.7	12.2	18.9	24.7	10.9	52.4
35-39	12.3	9.2	18.1	19.3	9.9	40.0
40-44	11.4	9.9	14.6	19.3	9.9	40.0
45-49	11.4	9.0	17.4	12.8	3.9	34.9
50-54	12.5	12.4	13.0	12.8	3.9	34.9
55-59	9.5	10.2	7.7	11.6	6.3	32.7
60-64	7.5	9.4	2.3	11.6	6.3	32.7
65-69	14.2	15.0	11.4	11.1	7.6	25.3
TOTAL	19.0	16.3	24.4	26.1	14.0	53.0

Fuente: ONAPLAN Y ONE

Las diferencias en el desempleo por edad (véase cuadro 18) son atribuibles a varios factores. Por una parte, a que es una actitud normal de parte de los empleadores preferir personas con cierta experiencia; en segundo lugar habría que señalar un proceso de devaluación educacional de modo que para obtener los mismos puestos se requiere mucho más educación; el estancamiento de la economía dominicana desde hace varios años lo que ha significado una menor oferta de puestos disponibles a la población que se incorpora al mercado de trabajo por primera vez. Por ello, es realidad la tendencia a que el desempleo general entre jóvenes disminuye mucho menos que en el resto de la población. Ello se refleja en respuestas de nuevo tipo, sobre todo en torno a ocupaciones informales que equivalen a una gran ampliación del subempleo, pero que se acompañan por otras salidas, como la probable aparición de una amplia gama de jóvenes que no estudian ni trabajan pero tampoco buscan empleo y subsisten en base a una diversidad de medios como permanecer en el hogar (más para el sexo femenino) o actividades fuera de la ley que pueden tener gradaciones muy diferentes. Por último, luce que esta presión adicional del desempleo entre los jóvenes ha sido uno de los resortes decisivos para el incremento notable en los últimos años de la emigración hacia los Estados Unidos.

En los últimos años estas salidas de seguro han experimentado una fuerte expansión. Hay que tomar en cuenta al respecto que en los primeros años de la presente década se agotó la respuesta a los problemas del empleo que partía de una expansión del empleo improductivo por parte del Estado. Las reestructuraciones habidas a instancias del FMI desde fines de 1982 han traído fuertes elementos de contracción para el desenvolvimiento de la economía y han presupuesto restricciones al manejo de recursos por parte del Estado que han colocado barreras rígidas en su capacidad como empleador. Parece que en condiciones de estancamiento del producto, la tasa de desempleo en general ha superado sus niveles tradicionales que se observaban en los censos nacionales como en las encuestas de mano de obra urbana y rural de 1980. Según la segunda encuesta nacional de ingresos y gastos familiares, realizada por el Banco Central y citada por Isidoro Santana (1985), se obtuvo un 24.8% de promedio nacional de desempleo. Isidoro Santana infiere en otro texto (1985a) que, en razón del decrecimiento de la economía, en 1985 se podría proyectar la tasa de desempleo abierto hasta un 27%, para lo cual utilizó un modelo de elasticidad del PIB de absorción de mano de obra.

Mientras tanto, la encuesta de empleo realizada en la ciudad de Santo Domingo en 1983 constituye el último documento disponible para hacer una evaluación de las más recientes tendencias. Aunque todavía dicho material no recoge un aumento apreciable de desempleo abierto, sí advierte un agudizamiento del subempleo (PREALC, 1983).

El aumento hasta entonces moderado del desempleo en realidad se debió a una expansión del sector informal, el cual creció mucho más rápido que el sector moderno. Según el documento antes citado respecto a 1980 la diferencia de ritmos se ubica entre 2% para el formal y 14.8% para el empleo en el sector informal. En gran medida, esa expansión significa un incre-

mento del subempleo como respuesta propia de los sectores informales urbanos. Como informa dicho estudio (véase cuadro 20) de esta diferencia de ritmos han sobrevenido en Santo domingo sensibles variaciones en la distribución porcentual de los sectores moderno e informal; mientras el primero se redujo de un 36.8 a un 32.8% del empleo, el segundo se incrementó de un 2.7 a un 32.5%.

Cuadro No. 20
Evolución de la Población Ocupada, Según Sector de Actividad
Santo Domingo, 1980-1983

	Distribución Ocupada		Distribución Porcentual		% Tasa Crecimiento
	1980	1983	1980	1983	1980-1983
Gobierno	81,919	87,411	24.6	22.2	2.5
Moderno	122,545	129,148	36.8	32.8	2.0
Informal	88,912	127,967	26.7	32.5	14.8
Doméstico	37,962	45,674	11.4	11.6	7.3
Otros	1,665	3,544	0.5	0.9	-
TOTAL	333,033	393,744	100.0	100.0	6.6

Fuente: Encuesta febrero, 1983 y Encuesta Junio, 1980, PREALC.

Aunque en el estudio no se estima el impacto en el nivel de subempleo que este cambio ha generado, no puede haber duda de que la variación implica un incremento del subempleo, un incremento de los servicios en desmedro de actividades productivas y una disminución del ingreso (cuya pérdida se evalúa en el estudio en un 4%).

En realidad, esa reciente evolución dada por el empeoramiento de la crisis económica se inscribe dentro de tendencias históricas de largo plazo. Y es que la tendencia a la tercerización y la dificultad de cristalización de relaciones sociales típicas del capitalismo moderno forman parte de todo el tramado de modernización (Duartte, 1980), lo que se agudiza cuando sobrevienen coyunturas de recesión. El Cuadro 21, indica que la caída del trabajador familiar no remunerado (propio del sector agrícola) no se ha correspondido con una disminución del trabajador por cuenta propia. A riesgo de las distintas metodologías utilizadas en los censos que pueden deformar ciertas tendencias, parece que es posible concluir en una supervivencia del peso del trabajo por cuenta propia, el cual mantiene en 1981 posiciones no muy diferentes respecto a las que tenía en 1960. Incluso en la población femenina se registra un aumento de esta categoría ocupacional. Esta situación es tanto más paradójica en la medida en que el proceso de urbanización se llevó a cabo en dicho lapso, lo que indica una reproducción ampliada del empleo por cuenta propia en las zonas urbanas atribuible sobre todo a actividades precarias de servicios. A manera de conjetura podría llegarse a la conclusión de que mientras se mantuvo un auge modernizador sostenido en el aspecto productivo, básicamente entre 1969 y 1975, la

población trabajadora por cuenta propia debió haber tendido a bajar. Obviamente que durante varios años el ofrecimiento de empleo, a pesar de sus limitaciones antes referidas, en sectores como la construcción, de masiva incidencia entonces, conllevaba un aumento del empleado asalariado. Ahora bien, la disminución del ritmo modernizador y la franca crisis de años recientes han tenido por probable respuesta, como antes se viera, un aumento del empleo precario en sectores informales que de manera normal se da en la modalidad de cuenta propia.

De todas maneras, entre 1960 y 1981, a tono con el proceso de modernización, se registró un incremento significativo dentro de la población masculina del trabajo asalariado, pasando del 40.6% al 50.1%. La información sobre la mujer no es aceptable en su ligera disminución, por cuanto en la primera fecha la tasa de participación excesivamente baja parece mostrar diferencias metodológicas importantes.

Cuadro No. 21
Distribución Porcentual de la Población Económicamente
Activa Total y Joven Según Categoría Ocupacional
1960, 1970, 1981

Categoría Ocupacional	1960	1970	1981
EMPLEADO			
PEA total	44.0	39.1	55.1
15-19	43.1	34.4	54.9
20-24	53.7	46.0	64.5
EMPLEADOR			
PEA total	0.9	2.7	1.7
15-19	0.1	0.9	0.8
20-24	0.2	1.6	1.0
TRABAJOCUENTA PROPIA			
PEA total	43.9	27.4	37.5
15-19	10.2	14.2	33.8
20-24	26.1	21.5	28.2
TRABAJO FAMILIAR			
NOREMUNERADO			
PEA total	11.1	6.0	3.6
15-19	46.6	15.1	6.8
20-24	20.0	7.8	3.7
OTRA CATEGORIA			
O IGNORADO			
PEA total	-	24.7	2.2
15-19	-	35.3	3.7
20-24	-	23.2	2.6

Cuadro No.22
**Distribución Porcentual de la Población Económicamente
 Activa Total y Joven, por Zona de Residencia Según
 Categoría Ocupacional - 1981**

Categoría Ocupacional	Zona Urbana	Zona Rural
EMPLEADO		
PEA total	69.7	36.5
15-19	70.7	36.6
20-24	77.1	43.5
EMPLEADO		
PEA total	2.0	1.2
15-19	0.9	0.6
20-24	1.1	0.8
TRABAJO CUENTA PROPIA		
PEA total	24.8	53.6
15-19	21.8	47.7
20-24	18.3	44.5
TRABAJO FAMILIAR NO REMUNERADO		
PEA total	2.3	5.1
15-19	4.5	9.4
20-24	2.3	6.1
OTRA CATEGORIA O IGNORADO		
PEA total	1.1	3.6
15-19	2.1	5.6
20-24	1.2	5.1

Respecto a los jóvenes varones, el mismo cuadro evidencia una disparidad de comportamientos referible a los elementos conflictuales al interior de la modernización. Es sintomático que el trabajo por cuenta propia entre jóvenes de 15 a 19 años pasara de 11 a 38.7%. Esta expansión se corresponde con la caída abrupta del trabajador familiar no remunerado, que todavía para 1960 englobaba a una porción mayoritaria (52.3%) de la población de 15 a 19 años, explicable por el altísimo peso de la población agraria campesina. Así pues, ante todo para los jóvenes se observa una disociación entre el hogar, comunidad de socialización y consumo, y el hogar en tanto que comunidad productiva, hecho ubicable tanto por la rapidez de la urbanización como por las transformaciones habidas al interior del mundo agrario.

Por tal razón, la expansión del trabajador por cuenta propia entre los jóvenes no ha sido contradictoria con la proletarización, lo que se observa en un incremento de los hombres empleados de 15 a 19 años desde un 36.7 a un 49.5. Es decir, puede presumirse que la juventud dominicana ha estado sometida a fuertes tensiones y oscilaciones en torno a su inserción en algunas actividades modernas, representadas en parte por el trabajo asalariado, y ocupaciones informales tanto en el campo como en la ciudad, representadas en parte por el trabajo por cuenta propia.

Cuadro No.23
Distribución Porcentual de la Población Económicamente
Activa Total y Joven por Sexo, Según Categoría Ocupacional
1960-1981

Categoría Ocupacional	1960		1981	
	Hombres	Mujeres	Hombres	Mujeres
EMPLEADO				
PEA total	40.6	72.7	50.1	67.1
15-19	36.7	87.3	49.5	65.9
20-24	49.1	85.5	57.3	79.3
EMPLEADOR				
PEA total	1.0	0.5	1.9	1.2
15-19	0.0	0.1	0.7	0.9
20-24	0.2	0.2	1.1	0.8
TRABAJ. CUENTA PROPIA				
PEA total	46.4	22.4	42.4	25.4
15-19	11.0	4.6	38.7	23.8
20-24	28.4	10.5	34.7	14.6
TRABAJ. FAMILIAR NO				
NO REMUNERADO				
PEA total	12.0	4.3	2.7	5.3
15-19	52.3	7.9	6.2	6.1
20-24	22.3	3.9	3.4	4.4
OTRA CATEGORIA O IGNORADO				
PEA total	-	-	2.7	1.0
15-19	-	-	4.8	1.2
20-24	-	-	3.5	0.9

Esta dualidad de comportamientos en los grupos jóvenes se observa con mayor claridad en el Cuadro 24 sobre distribución porcentual de la p.e.a. según ocupaciones y sexo.¹⁷ Ante todo resalta la disminución de la población de agricultores en un grado muy superior entre los jóvenes que en el total de la p.e.a.; la máxima expresión de ello se encuentra, precisamente, en el grupo de jóvenes varones de menor edad, cuya proporción disminuyó del 77.4% en 1960 a un 24.3% en 1981. En sentido contrario, se observa un mayor incremento en la participación de los jóvenes en ocupaciones propias de los sectores modernizantes; es el caso de vendedores y afines, que para la población masculina se duplica entre los grupos jóvenes, o artesanos y operarios en industrias manufactureras cuyo peso relativo casi se triplica entre los jóvenes varones, mientras en el total de la p.e.a. sólo aumenta aproximadamente un 50%.

17. Los censos de 1970 y 1981 no excluyeron a las personas que buscaban trabajo por primera vez en la distribución porcentual de la PEA por ocupaciones. Ello afecta la distribución ya que se habrían incluido en la categoría "no especificados".

No se hace uso de la comparación entre ambos censos respecto a las mujeres porque evidentemente en el censo del 60 hubo un agudo subregistro de la participación femenina, registrándose como población activa prácticamente sólo a las sirvientas y a las profesionales, maestras en su gran mayoría.

El incremento de los trabajadores es todavía mayor en la rama de otros operarios (que comprende las ramas industriales menos tradicionales), que entre los jóvenes varones en 1981 llegan a superar el 4%. Si se suman las tres categorías de obreros, artesanos y otros artesanos y operarios se tiene que en 1981 comprendían entre los jóvenes de 20 a 24 años el 25.5% del total, mientras en 1960 tan sólo representaban el 12.4%. Este incremento en realidad debe estar subestimado ya que para el censo de 1981 los trabajadores no especificados llegaron a un 25.2% del total de la p.e.a. masculina. Aunque tal diferencia lleve a ciertos subestimaciones de las categorías especificadas, no deja de ser un elemento de interés, al margen de deficiencias metodológicas probables en dicho censo, por cuanto el inflamiento de los trabajadores no especificados, muy acentuado entre 1960 y 1981 puede constituir una señal acerca del florecimiento de sectores informales en las zonas urbanas que no se corresponden con las ocupacionales clásicas contenidas en el Cuadro 24.

Como resultado del empeoramiento de la crisis en los últimos años, desde el punto de vista social y laboral, la situación de la juventud ha venido empeorando. En principio, podría establecerse una relación diferencial en los efectos de la crisis para la juventud; si bien las tasas de desempleo juvenil han disminuido, lo han hecho en menor proporción que las tasas de desempleo de la población mayor y continúan siendo muy altas. Se ha expandido también el subempleo en áreas informales, donde la participación de la juventud es mayor. Además, existe el factor del no ahorro previo, lo que hace que, en condiciones de severa inflación y de disminución general de los ingresos, los jóvenes se vean mayormente desfavorecidos al no tener acceso a bienes que lograron las generaciones anteriores. En particular se hace muy difícil instalar un nuevo hogar por los altos precios del mobiliario, alquileres y vehículos. La reproducción ampliada de la clase media, fenómeno masivo durante los 70 y que abarcó a un amplio conglomerado juvenil, luce en los actuales momentos en un retroceso acusado. La movilidad social parece ya haberse agotado, pero incluso está bajo severo cuestionamiento la reproducción de los estratos medios y de una parte de los estratos altos. Un aspecto significativo a este respecto lo constituye el hecho de que la educación universitaria ha dejado de ser el medio por excelencia para la movilidad social, como aconteciera en los años de expansión modernizante. Según la encuesta urbana de 1980, la tasa de desempleo entre quienes han alcanzado instrucción universitaria resulta ser la misma que para los que no tienen ningún grado de instrucción, habiéndose duplicado respecto al año 1970. Como lo muestra Isidoro Santana, el proceso en el último quinquenio debe haberse agudizado por una nueva expansión de la oferta de profesionales y por el retraimiento de las actividades económicas. De manera que esta inutilidad de la educación desde el punto de vista de la condición social incorpora un nuevo ingre-

diente para los amplios sectores de la juventud que están teniendo acceso a la educación media y superior.

Cuadro No. 24
Distribución Porcentual de la PEA*, por Sexo Según Ocupación
y PEA Total o Joven, 1960, 1970, 1981

Ocupación	Ambos Sexos			Hombres			Mujeres		
	1960	1970	1981	1960	1970	1981	1960	1970	1981
PROFESIONALES									
TECNICOS Y AFINES									
PEA total	2.8	2.8	4.3	1.5	2.0	3.1	13.9	5.1	7.4
15-19	1.4	0.8	1.5	0.5	0.4	0.9	7.9	1.7	2.7
20-24	3.7	3.5	5.3	1.2	2.2	3.8	20.4	6.8	8.3
GERENTES, ADMINISTRADORES Y DIRECTORES									
PEA total	0.4	0.3	1.1	0.4	0.3	1.3	0.4	2.4	0.8
15-19	0.0	0.0	-	0.0	0.0	-	0.1	0.1	-
20-24	0.0	0.2	0.0	0.1	0.3	0.0	0.1	0.1	0.0
EMPLEADOS DE OFICINA Y AFINES									
PEA total	3.3	6.7	5.4	2.7	6.3	4.2	8.2	7.9	8.5
15-19	2.5	3.7	3.1	1.9	3.5	2.5	6.6	4.1	4.3
20-24	4.8	8.6	8.1	3.7	-	5.2	12.8	12.0	14.0
VENDEDORES Y AFINES									
PEA total	5.6	5.1	7.5	5.0	5.5	7.7	10.4	4.0	6.9
15-19	4.2	3.6	7.9	4.3	4.1	9.3	3.8	26.3	5.0
20-24	4.5	5.1	8.6	4.1	5.7	9.0	7.3	3.6	7.9
AGRICULTORES, GANADEROS, ETC.									
PEA total	61.5	45.5	24.0	67.8	51.1	30.6	9.8	29.5	7.9
15-19	68.5	47.3	17.5	77.4	55.9	24.3	8.3	28.9	3.3
20-24	56.0	41.5	15.9	63.1	40.1	22.3	6.7	24.5	2.5
CONDUCTORES Y AFINES									
PEA total	2.3	3.2	3.0	2.5	4.0	4.2	-	1.0	1.0
15-19	0.4	0.7	0.6	0.4	0.9	0.9	-	0.4	0.0
20-24	1.4	3.1	2.4	1.6	3.9	3.5	-	1.0	0.2

**ARTESANOS
Y OPERARIOS
EN IND.****

PEA total	7.0	7.0	9.8	6.8	7.6	11.5	8.7	5.1	5.8
15-19	4.7	6.7	11.1	4.8	8.3	14.5	4.2	3.3	4.2
20-24	6.8	8.7	13.1	6.9	10.0	16.1	6.2	5.4	7.0

**OTROS ARTESANOS
Y OPERARIOS**

PEA total	1.7	4.3	2.9	1.4	5.2	3.2	4.2	1.7	2.
15-19	1.2	3.2	3.2	0.1	4.0	4.1	2.9	1.5	1.4
20-24	1.6	4.2	3.7	1.3	5.2	4.3	3.2	1.7	2.3

**OBREROS Y
JORNALEROS**

PEA total	6.2	5.2	11.6	1.9	2.6	4.4	41.7	12.5	29.1
15-19	9.5	7.3	15.0	1.4	2.0	3.4	64.4	18.6	39.2
20-24	6.4	6.0	12.6	1.4	2.9	4.0	41.3	14.5	30.5

**TRABAJOS EN
SERVICIOS
PERSONALES**

PEA total	6.2	5.2	11.6	1.9	2.6	4.4	41.7	12.5	29.1
15-19	9.5	7.3	15.0	1.4	2.0	3.4	64.4	18.6	39.2
20-14	6.4	6.0	12.6	1.4	2.9	4.0	41.3	14.5	30.5

**OTROS NO
ESPECIFICADOS**

PEA total	5.6	14.4	26.6	6.2*	11.0	25.2	0.9	24.2	30.1
15-19	5.0	20.1	36.6	5.7*	15.3	35.4	1.0	29.2	38.8
20-24	10.5	12.9	26.2	12.2	9.8	26.1	1.0	21.1	25.9

*Excluye las personas que buscan trabajo por primera vez.

**Se refiere a los ocupados en hilandería, confección de vestuario y calzado, la industria de la construcción, mecánica y artes gráficas.

IV. EFECTOS DE LA EVOLUCIÓN FAMILIAR

En los últimos 25 años se han operado variaciones de trascendencia en la ubicación de los jóvenes dentro del entorno familiar. Esos cambios, a su vez, han obrado poderosamente en las transformaciones de un conjunto de parámetros sociales y culturales del joven.

En las condiciones de una sociedad rural, como era la dominicana hasta 1960, sometida, por otra parte, a un autoritarismo absoluto, las relaciones intrafamiliares se caracterizaban por acusados elementos de tradicionalismo y continuidad.¹⁸ La familia, efectivamente, operaba como un agente

18. Probablemente el primer estudio sobre la evolución familiar, con un intento de conceptualización, es el del Centro de Investigación y Acción Social (CIAS, 1971).

de alta eficacia para la socialización del joven, sobre todo en las zonas rurales donde el aparato escolar tenía escasas consecuencias y la forma en que se proyectaba la autoridad política no eliminaba la incidencia autoritaria del hogar en el advenimiento del joven hacia la vida adulta. En el mismo medio urbano el patrón tradicional de familia se manifestaba de manera preponderante, caracterizándose ésta por su estabilidad, su poderosa capacidad de socialización y patrones autoritarios que emanaban de la preeminencia del padre, lo que venía dado como una especie de proyección del medio rural dominante.

Esta familia tradicional se correspondía con un tipo de relaciones sociales en el agro, en las que la posesión y propiedad sobre el suelo por parte de los agentes productivos era un patrón estable y poco modificado por la penetración de las relaciones capitalistas. El amplio peso de la producción de autosubsistencia y la tendencia a la pervivencia de los patrones sociales y culturales conferían a la familia un puesto decisivo en la relación del individuo con el medio social, conjugándose en la misma la unidad de consumo y la unidad de producción.

La familia tradicional agraria, por otra parte, se caracteriza por su tendencia a asumir un carácter de colectividad ampliada, por cuanto incorporaba de manera parcial a hijos después de casados o a otros familiares, e incluso podía adoptar en situaciones de hecho a familiares lejanos o a no familiares. La base de esta cohesión estaba dada por la alta autoridad del padre y por la proyección de la misma más allá del nexo directo que se establecía en el hogar. En suma, los conglomerados humanos tendían a agruparse en número apreciable de acuerdo a relaciones familiares, vistas como el lazo decisivo de la cohesión social. En este contexto, la mujer carecía de derechos, encontrándose sometida fuese a la voluntad omnímoda del padre o del marido.

Naturalmente que esta caracterización pretende establecer las líneas básicas existentes en el campo. Vale también aclarar que su existencia estaba lejos de asumir una forma perfecta. Numerosos factores presionaban desde décadas atrás hacia el debilitamiento de este patrón de familia tradicional: el inicio de la emigración a las ciudades desde los años 50, las particiones crecientes de las unidades parcelarias, el empobrecimiento y las líneas de proletarianización de una parte considerable de la masa campesina. De ahí que en el campo también comenzaran a emerger líneas de disolución de los vínculos tradicionales en las relaciones familiares que tendrían elementos comunes con las que tipificarían los patrones familiares de la denominada cultura de la pobreza urbana.

A pesar de lo último, la familia campesina siguió siendo un efectivo agente de socialización para los jóvenes, transmitiendo los valores seculares de la cultura agraria y contribuyendo a reproducir diversos ámbitos de las relaciones sociales. Por tal fuerza, muchos de sus componentes tendían a mantenerse en las zonas urbanas en las fases iniciales del incremento urbanístico.

Mientras tanto, la emergencia de sectores medios en las zonas urbanas

fue generalizando en ellas patrones familiares que hasta entonces estaban muy restringidos a los grupos con una fisonomía urbana más definida y tradicional. Sobrevino entonces de manera masiva un patrón de familia nuclear moderna, en el cual se producía una disociación entre unidad de consumo y proceso productivo. El entorno de este tipo de familia se fue caracterizando por un incremento de su inserción en el consumo propio de la sociedad industrial. Originalmente, tal relación se había caracterizado por su cuantía modesta, pero a medida que avanzó la urbanización, sobre todo cuando advino el auge de la primera mitad de los años 70, se produjeron sensibles reordenamientos de vastas magnitudes en la solidificación de los sectores medios y, en consecuencia, en la ampliación del peso de la familia nuclear correspondiente.

En el entorno social y cultural en que se dió la notable ampliación de la familia nuclear moderna operaron desde muy pronto tendencias que la colocaron en posiciones inestables (CIAS, 1968). En su origen, tal patrón familiar se basaba en su solidez, en gran medida derivada de todo el contexto sociocultural tradicionalista, donde la familia era medio de trasmisión de valores religiosos y cívicos, y donde el padre, al igual que en el campo, detentaba prerrogativas discrecionales. Las características del proceso de modernización han traído influencias que han debilitado algunos de los aspectos de este patrón familiar y han terminado poniéndolo más a tono con los cambios habidos en la sociedad. Ahora bien, ese hecho se ha expresado en un debilitamiento de papel socializador de la familia sobre los jóvenes, en una pérdida de la importancia social de la familia y en un impacto que tiende a colocarla en situaciones inestables.

En particular, la entrada de la mujer urbana de clase media al mercado de trabajo ha sido un factor de primer orden en el resquebrajamiento de algunos de los patrones originarios de la familia nuclear moderna. La autoridad del jefe de la familia ha tendido a disminuir, lo que ha sido fuente de intensas líneas conflictivas por cuanto todavía no se han introducido variaciones de valores que permitan un ajuste armónico de esas realidades. En particular, el machismo sigue siendo un reflejo prevaeciente, incluso entre la mayor parte de la población masculina joven, de donde sobrevienen confrontaciones crecientes en el hogar. Todo ello explica la alta tasa de divorcios, fenómeno que arranca de inicios de la década de los 70 en forma significativa y que ha concluido haciendo de la República Dominicana uno de los países con mayor tasa de divorcios en el mundo. En 1985 por cada dos matrimonios realizados en el año se produjo un divorcio. Aunque no se dispone por el momento de estadísticas, parece indiscutible que la frecuencia de divorcios es creciente entre los matrimonios en la medida en que son más jóvenes sus integrantes; desde hace unos años una parte elevada de los nuevos matrimonios se prolonga por unos meses o a lo sumo por dos o tres años.

Esta crisis aparente de la familia nuclear moderna puede referirse ante todo a la rapidez con que se ha llevado a cabo el proceso de urbanización y modernización, donde la emergencia de amplios sectores medios y de nuevas relaciones económicas no ha estado acompañada por cambios en los

valores que permitan integrar las nuevas realidades a un marco familiar adecuado.

Habría todavía que incorporar algunos elementos para el análisis de esta situación. Primero, el efecto demoledor del consumismo para todo el conglomerado familiar, introduciendo brechas intergeneracionales en numerosas actitudes antes vistas como cuestiones vitales de la existencia. Este impacto de la apertura al gran consumo se ha dado dentro de una sociedad a *grosso modo* caracterizable por sus muy bajos niveles culturales, por las pocas segmentaciones en el medio urbano y por la modestia material en que se desenvolvían los grupos medios. De manera que se ha producido una suerte de desquiciamiento entre estos trasfondos y el bombardeo de nuevos valores que vienen aparejados con el acceso masivo al consumo.

Resultado de todo ello fue que en las dos décadas anteriores emergieron fuertes contrastes intergeneracionales. En realidad el primero de ellos adquirió un matiz político: los jóvenes, desde fines de la dictadura, se convirtieron en un factor de contestación que condenaba globalmente las actitudes conservadoras que habían asumido sus padres. Sin embargo, esa brecha fue relativa por cuanto en lo fundamental todavía la familia seguía siendo un efectivo agente de socialización y, a pesar de la contestación, los jóvenes heredaron muchos de los valores aportados por los padres. De ahí que es probable que la más poderosa ruptura intergeneracional sobreviniese con la expansión de la sociedad de consumo, cuando experimentaron notables cambios los entornos materiales en que se movían los jóvenes y los valores con los cuales empezaron a socializarse. Por desgracia no existen estudios sobre el particular, por lo cual muchas de estas afirmaciones no pasan de tener un carácter de conjetura. No obstante ello, es advertible hoy, entre la juventud dominicana de estratos medios y altos, el surgimiento de perfiles valorativos muy novedosos, que han fructificado como parte de las transformaciones habidas en los últimos 25 años.

A pesar de la brecha intergeneracional, que probablemente ha sido creciente hasta ahora o no hace mucho tiempo, muchos de los nuevos componentes de la actual juventud dominicana de estratos medios y altos han sido resultado de los desplazamientos experimentados por sus padres. Más allá de ciertas diferencias de valores y actitudes, han correspondido respuestas pertinentes ante las reubicaciones sociales en que se han colocado los mayores. Dichas reubicaciones no han dejado de estar caracterizadas por actitudes de conformismo o hasta cinismo que han coadyuvado a que las actitudes de los jóvenes sean mucho más desarticuladas. En definitiva es de la falta de perspectivas éticas y políticas a que ha llegado la primera generación posttrujillista en la última década que se desprenden las actitudes un tanto extremas de los jóvenes de hoy.

Entre los jóvenes de los sectores populares y sus padres los contrastes han sido más acentuados. La modernización ha tenido efectos mucho más agudos en la vida cotidiana de los pobres que entre los sectores medios y altos. Básicamente ello se ha dado a través de los procesos de proletarianización que han conllevado tanto a la formación de la masa marginal urbana como a una pauperización de la mayoría campesina. Los efectos han sido

tan vastos que ha surgido todo un sector clasista delimitado en torno a la población marginal, caracterizado por lo que diversos autores califican de "cultura de la pobreza".¹⁹ La emergencia de relaciones sociales peculiares ha dado lugar a la constitución de líneas originales de relaciones familiares, en general parecidas a las de otros países de América Latina.²⁰

El rasgo más característico de esta tendencia familiar predominante en la cultura de la pobreza es la inestabilidad. De tal manera que, en razón de las compulsiones materiales apremiantes y de los choques de valores en el mundo urbano, la célula familiar tiende a disolverse. Vendría una respuesta, tendencialmente predominante, que describe suscitadamente la Conferencia Dominicana de Religiosos en los siguientes términos.

"Esto incluye la organización familiar en la que el núcleo familiar lo constituyen la madre y los hijos con un alto índice de inestabilidad en el nexo conyugal. La frustración del rol del padre de familia como proveedor económico y su sustitución por mecanismos de afirmación de su identidad a través del machismo tiene mucho que ver con esto. Junto a esta reducción del núcleo familiar existe la familia ampliada, fuerte red de solidaridad que representa la seguridad ante la vida" (Conferencia Dominicana de Religiosos, 1985: 70).

Si bien la información estadística es insuficiente, antecedentes cualitativos sugieren que de la inestabilidad proviene, en una proporción creciente de casos y correlativa al empobrecimiento, un nuevo patrón de familia que sustituye la familia campesina tradicional y, al propio tiempo, se diferencia de la familia nuclear moderna. Ello no quiere decir que en todos los casos no se cree una familia nuclear, sólo que, aún cuando se crea, tiende a estar sometida a presiones disgregantes o bien a reconstituciones en base a un patrón de familia extendida. Es decir, que puede conceptualizarse una correspondencia familiar a la situación social de los marginales subproletarios, sólo que la misma comporta una heterogeneidad de situaciones a partir de su forma límite que, como antes se dijera, tiende a incrementarse. En esta forma límite la unión se hace poco duradera y, como lo muestra la cita anterior, la madre asume el rol de jefa de familia; además, para todas las gradaciones el matrimonio formal es sustituido por uniones libres.²¹

En el extremo de la inestabilidad, la familia nuclear desaparece por la ausencia del esposo-padre, o se redefine por la variación frecuente de uniones a través de la matrifocalidad. En todo caso, para una parte de la población pobre el esquema nuclear no desaparece debido a que, de una u otra forma, se logra mantener una cierta estabilidad del vínculo matrimo-

19. Para una aplicación del concepto en torno a la familia dominicana, véase Fernando Ferrán (1974).

20. Para una explicación pionera, centrada en El Salvador, véase Edelberto Torres-Rivas (1971).

21. El incremento de las uniones libres respecto a los matrimonios va parejo a la emergencia de nuevas generaciones, lo que se refiere sobre todo a los sectores urbanos pobres, aunque también se manifiesta en los sectores rurales empobrecidos y en la pequeña burguesía urbana. El Cuadro 25 ofrece una referencia global suficiente del ritmo del proceso.

nial y de la relación de padres e hijos hasta una edad inicial de la juventud. Se trata en este último caso de la situación de mayor estabilidad dentro de la población marginal; como ya se ha dicho, esta situación tiende a disminuir.²² Ahora bien, haya mayor o menor inestabilidad o desarticulación, se incorpora como correlato un patrón tendencial de familia ampliada, el cual guarda conexión tanto con las herencias rurales como, sobre todo, con las exigencias que provienen de la miseria.²³ En tal sentido, es frecuente que el papel del padre sea sustituido por abuelos u otros familiares, al tiempo que se produce la integración de una categoría de "agregados" que pueden no tener ningún nexo familiar.

Cuadro 25
Población de 15 años y más, por Estado Civil
Según Grupos de Edad (miles de personas)

Edad	Total	Soltero	Casado	Unido	Otro
15-19	707.9	617.4	17.0	60.3	13.2
20-24	563.8	327.2	60.3	146.5	29.8
25-29	429.2	135.4	98.6	163.7	31.5
30-34	340.7	61.7	106.2	145.4	27.4
35-39	274.4	35.5	96.9	118.4	23.6
40-44	235.4	24.9	94.1	90.8	25.6
45-49	195.1	19.5	84.5	66	25.1
50-54	182.6	18.1	81.1	54.7	28.7
55-59	115.6	11.5	53.5	28	22.6
60-64	103.8	11.3	44.3	23	25.2
65 y más	204.3	23.8	74.3	30.1	76.1
Total	3352.8	1286.3	810.8	926.9	328.8

Fuente: Censo Nacional de Población y Vivienda 1981.

22. La tendencia progresiva se infiere de la comparación de las informaciones disponibles sobre relaciones familiares en los barrios marginados, las cuales muestran una tendencia al incremento de las formas extremas de familia propias de la cultura de la pobreza. Así, por ejemplo, todavía en 1967, una encuesta entre población marginal de Santiago, de un total de 737 casos arrojó los siguientes resultados: familias con sólo la madre 180 y familias con sólo el padre 42. Aunque es de suponerse que dentro de la mayoría de familias con padre y madre gran parte tendría lazos inestables, hoy día es seguro que en cualquier población marginal los hogares carentes de uno de los cónyuges cubren una proporción bastante más elevada. Cf. CIAS (1971: 22).

23. Isis Duarte (1980: 481) califica el fenómeno como de "redes informales... como unidad de sobrevivencia" para luego señalar: "...la gran inestabilidad del jefe de familia demanda una participación de los demás miembros en subocupaciones que permitan completar un sustento mínimo o atenuar las condiciones difíciles de supervivencia de la familia."

Aunque con menor densidad, las tendencias de estos patrones familiares también han hecho aparición en el campo a consecuencia de los procesos de pauperización y proletarianización que tienden a disolver la estabilidad de la familia tradicional, entre otras causas debido a la creciente integración de la mujer campesina al mercado de la fuerza de trabajo que, al igual que en los sectores medios, genera rupturas de comportamiento familiar.

A pesar de los sucedáneos que operan por medio de los nuevos mecanismos extensos de relación familiar, lo cierto es que no son suficientes para paliar los vacíos que genera el patrón familiar de la pobreza en la socialización de los hijos, sobre todo ya en la etapa juvenil.²⁴ Dada la extrema precariedad en que se desenvuelve el conglomerado familiar, éste no ofrece una cobertura suficiente para que el joven tenga un acceso normal al sistema educativo; de tal forma, entre la juventud pobre la desarticulación familiar se acompaña por un impacto marginal sobre el papel de la educación en el proceso de socialización. Y es que los hijos, desde niños, deben asumir altas responsabilidades tanto en cuanto a su sostenimiento como en la ayuda que deben prestar a la reproducción del entorno familiar. En esas condiciones se produce una respuesta generalizada de precocidad, lo que tiende a agudizar los elementos conflictuales que de por sí genera el entorno de la pobreza.²⁵ Ello provoca fuertes rechazos intergeneracionales y la incomunicación básica entre padres e hijos, sobre todo entre el padre y los hijos, aunque aquel se encuentre en el núcleo familiar.²⁶ De todo lo anterior se desprende el comportamiento generalizado de que los jóvenes tienden a desgajarse del hogar, como salida más fundamental que se superpone a la relativa solidaridad que tienen que mostrar. En todo caso, si no se da el abandono completo, también es frecuente una difuminación de los nexos familiares: el joven se hace responsable de su supervivencia desde muy pronto. En tal sentido, mientras más pobre es la familia, más se tiende a perder incluso sus funciones de unidad de consumo para pasar a ser más una unidad de refugio, ligada al hecho físico de la vivienda.

En estas condiciones, la mayor parte de las funciones socializadoras de la familia y de la escuela son sustituidas por la vecindad. Uno de los aspectos de la cultura de la pobreza es la eliminación de la privacidad al interior de las familias, tanto por las formas de las viviendas como por los nexos que

24. Refiriéndose a la tipología desarticulada de la cultura de la pobreza, refiere el estudio de CIAS: "Las posibilidades de una educación familiar liberadora en este tipo de familia son mucho más reducidas que las existentes en los otros tipos de familia...", CIAS, (1971: 25).

25. Empero, esto no elimina determinados rangos de concordancias mientras el joven permanece en el hogar de los padres, no importa la gradación de desarticulación que registre el núcleo familiar. El joven está obligado a mantener una solidaridad con el entorno familiar mediante aportes, en tanto que sus padres deben estar de acuerdo con las respuestas que vayan derivándose de su creciente independencia. En el fondo, el conflicto de actitudes se resuelve en entendidos prácticos. Las compulsiones de la pobreza provocan los dos aspectos de la dualidad. A su vez, por tal razón termina por definirse el escaso margen de socialización de la familia.

26. Así se desprende de una encuesta del CIAS, según la cual, a nivel nacional, el 62% de estudiantes de secundaria consideró que el padre no daba buen ejemplo, contra un 34% a favor. Las madres, en cambio, fueron ponderadas positivamente con un abrumador 82%. CIAS (1968: 197 y ss.).

se establecen entre los vecinos. Esto último, a su manera, contribuye adicionalmente a debilitar las funciones de la familia.

En torno a lo anterior es crucial la relación que se establece entre las generaciones de estabilidad y de desarticulación y las capacidades socializadoras de la familia sobre niños y jóvenes. Desde tal punto de vista, se puede establecer una estratificación de respuestas vitales por parte de los jóvenes, no sólo dependiente de su situación socioeconómica sino, en igual o mayor medida, de las peculiaridades de su propia familia. En la parte desarticulada de familias pobres urbanas, éstas no ofrecen nada sólido a los jóvenes en cuanto a valores y actitudes positivas ante la existencia. De tal manera, en los medios populares las rupturas intergeneracionales vienen siendo notablemente más acusadas que en los sectores medios y altos. En gran medida ello se explica porque el proceso de modernización también impacta la cosmovisión de los jóvenes pobres, quienes se hacen muy sensibles a las incitaciones del medio exterior por la debilidad de los nexos familiares. Incluso, algunas de las respuestas que esbozan no dejan de tener sus equivalencias con las de los jóvenes de sectores medios y altos. El joven pobre es receptivo a las nuevas realidades, pugna por incorporarse a la sociedad de consumo, está pendiente de alcanzar una promoción social significativa y tiende a descartar, con exagerado énfasis, los precarios valores que ha recibido de su entorno familiar. Por ello, si puede usarse la expresión de crisis familiar, resulta ser mucho más adecuada para describir la relación que caracteriza el conjunto intrafamiliar entre los pobres, sobre todo entre padres e hijos.

Los valores negativos de la modernización se han interpuesto entre los jóvenes pobres a un ritmo más acentuado que entre los estratos superiores, tanto por el hecho en sí mismo de que los rasgos de la modernidad penetraron entre ellos con una fuerza relativa mayor durante los años 70, como debido a la disminución de las funciones propias de la familia. Los efectos de esta diferencia de ritmos han sido, por lo mismo, sustancialmente distintos. De una u otra forma, a pesar de la crisis de valores, los jóvenes de estratos medios y altos encuentran mecanismos de realización; tienen incluso la opción de refugiarse en la evasión y en el cinismo. Para los jóvenes pobres, en cambio, la realidad los enfrenta a una dura frustración de expectativas que conlleva actitudes díscolas que se manifiestan de manera brusca, incluso delictiva en las franjas extremas. La crisis de identidad cobra dimensiones dramáticas y la sociedad no provee mecanismos para ayudar a resolverla. La alienación cobra matices particulares que forman parte de un trasfondo global de encrucijada histórica para la actual generación juvenil popular.

Este contexto tiende a ampliarse y a consolidarse en sus efectos negativos. En términos relativos, previamente los jóvenes de los medios populares tenían mayores salidas y lograban construir mecanismos colectivos de participación y de formulación de utopías progresivas, como sucintamente se observa a propósito del fenómeno de los clubes. Para el futuro próximo, luce que los patrones alienados tenderán a consolidarse todavía más, a tono con el ensanchamiento de las brechas intergeneracio-

nales. En el porvenir inmediato de la juventud popular parecen no evidenciarse respuestas masivas para la superación de las líneas alienantes dominantes. De manera progresiva aparecen respuestas duramente contrastantes con los valores rurales de las anteriores generaciones. Ellas están matizadas en lo fundamental por los condicionamientos negativos del medio barrial en el cual populan la agresividad, las expectativas rápidas de ascenso y las compulsiones angustiantes de la miseria, al tiempo que la corrupción, la drogadicción y la delincuencia experimentan alarmantes índices de incremento. La capacidad que se dibuja alrededor guarda nexos fundamentales con evoluciones sociopolíticas de la sociedad dominicana, que han sido uno de los elementos clave para introducir negativos cambios de valores en el conglomerado juvenil en su conjunto.

V. LA JUVENTUD EN LOS PROCESOS POLITICOS

La emergencia objetiva de un vasto conglomerado juvenil se lleva cabo durante la segunda parte de la dictadura trujillista, cuando se produjo el primer flujo modernizador que impactara el ordenamiento de los agentes sociales de acuerdo a parámetros de la sociedad capitalista moderna. Empero, ese fenómeno se gestaba en un entorno caracterizado por las limitaciones que imponía el régimen despótico. Es el caso del sistema educativo, que operó como un apéndice funcional para el orden político, en el que se inculcaban valores desfasados que tendían a acentuar el oscurantismo a que había sido sometida la colectividad dominicana.

En otro orden, la dictadura trató en todo momento de mantener bajo control la ampliación de los sectores medios, parte de una política inevitable de extorsión sobre la casi totalidad de la población. De tal manera, los fenómenos vinculados a la aparición del conglomerado juvenil conllevan implícitos términos conflictivos con el esquema político vigente. Ello explica la magnitud que asumió lo político como categoría ordenadora de la aparición en la palestra histórica de la juventud dominicana.

Las contradicciones estructurales y sociales envueltas fueron tomando cuerpo a través de un aspecto decisivo en la crisis histórica de la dictadura; la aparición de la juventud como categoría política que enarbolaba una recusación al orden vigente y propugnaba, confusamente, por una variación general de las relaciones sociales. En torno a dicho proceso se configuró una subcultura juvenil que expresó un marcado matiz generacional. El emergente movimiento había decidido negar la trayectoria de sus padres en todo lo referente a la relación del individuo con el contexto sociopolítico. Y, aunque tal diferenciación no alcanzara dimensiones absolutas, la praxis juvenil se caracterizó por la sobrepolitización, con un ímpetu tal que contribuyó a marcar la evolución política de la década siguiente a la muerte del tirano en 1961. Los movimientos políticos y sociales estuvieron atravesados por las expectativas de la llamada juventud de clase media; ésta simbolizaba el futuro, por oposición al pasado despótico, en una vertiente que entraba en confrontación con los agentes tradicionales de poder que lograron hegemonizar el Estado después de la liquidación del tirano.

La primera generación de la juventud postrujillista reaccionó frente al contacto que había tenido con la opresión política extrema y la sobrecplotación del conglomerado nacional. Pero tal fenómeno tomó especial magnitud a causa de las influencias que dejara el triunfo de los guerrilleros de Sierra Morena. En 1959 se organizó en Cuba una expedición de exilados dominicanos que, aunque aplastada militarmente de inmediato, galvanizó las energías contenidas en la juventud; a los pocos meses se había constituido el Movimiento 14 de Junio, una organización clandestina, de miles de integrantes, donde los que no pertenecían al estrato juvenil posiblemente no pasaban de una cuantas decenas (R. Benitez, 1984). Desde entonces se fue formulando un proyecto nacional de izquierda, en el cual la élite joven se autorreconocía como el agente más dinámico.

Ahora bien, tal proyecto contenía numerosas limitaciones. La juventud de izquierda no pudo arrastrar tras de sí al grueso de la población trabajadora, la cual se ubicó en posiciones populistas. Por otra parte, el nivel político de esa élite era muy bajo, dado el entorno de oscurantismo del cual salía, lo que hacía inevitable que cometiera errores de manera reiterada (Varios autores, 1978: 13-53). El fenómeno, sin embargo, siguió siendo significativo por cuanto las condiciones sociales, de no resolución de las herencias dejadas por la dictadura, así lo incentivaban.

La subcultura juvenil postrujillista en realidad trascendió al radicalismo de izquierda. En el nuevo contexto se abrieron variadas líneas de participación que convergieron en el surgimiento de numerosos movimientos. En primer término, cobró relieve el movimiento estudiantil; la mayoría de los partidos políticos estuvieron muy permeados por la participación de este contingente. Esto es aplicable al partido mayoritario, el populista Partido Revolucionario Dominicano (PRD), así como a otra formación que, aunque minoritaria, aglutinó a un segmento importante de jóvenes activos, el Partido Revolucionario Social Cristiano (PRSC), inicialmente con énfasis anticomunista, pero luego en su mayoría tornado hacia la izquierda.

Aunque improvisando, dada la ausencia de precedentes, los jóvenes fueron forjadores esenciales del proceso de democratización, al ser los principales actores del devenir sociopolítico. Lo hacían, además, en tanto que una suerte de representación de lo popular y de lo progresivo, con lo que dentro de esa subcultura se establecía un paralelismo entre el fenómeno generacional y las actitudes políticas y culturales. Respecto a lo último, aunque de un nivel cultural inferior al de la generación intelectual trujillista, los jóvenes de la primera generación postrujillista tuvieron la posibilidad de introducir significativos procesos de diversificación cultural que tendieron a aproximar al país a lo que sucedía en términos generales en el resto de América Latina. En gran medida la compactación cultural y política de los sectores juveniles correspondió a élites políticas formadas en los años inmediatamente posteriores a la muerte de Trujillo; esas élites pasarían a tener un poderosa continuidad en variados aspectos de la vida social, dentro de las asociaciones profesionales, sociales, culturales y políticas.

El proceso antes descrito tuvo por momento culminante la Revolución de Abril 1965, fenómeno que entre otros elementos sintomáticos no dejó de

comportar una carga generacional: los oficiales que la dirigieron representaban una clara agrupación de los cuadros jóvenes del ejército, sensibilizados por las demandas de democratización y permeados por las tendencias progresivas prevalecientes en el conglomerado juvenil. La Revolución de Abril dejó una profunda impronta en el sector juvenil durante los años siguientes a ella. Asociado a la izquierda revolucionaria, dicho sector consideró que seguían vigentes las condiciones para un nuevo estallido revolucionario. Por ello, siguió jugando un activo papel en el proceso político a favor de la democracia y las reformas sociales, más allá de sus objetivos revolucionarios (E. de León, 1985).

En las nuevas condiciones históricas se fueron operando variaciones en el comportamiento de los sectores jóvenes. Por una parte, el fenómeno radical de izquierda dejó de tener la impronta de los años previos, aunque siguiese siendo un fenómeno destacado hasta fines de la década de los años 70 e inicios de la siguiente. Aconteció, en relación a ello, el inicio de cierta despolitización entre sectores de la juventud de clase media. Por ello, el epicentro de la contestación juvenil radical se fue moviendo hacia sectores populares, mayormente barrios de Santo Domingo. Aunque el núcleo expresivo del movimiento juvenil siguiera siendo el estudiantado, principalmente el de la Universidad Autónoma de Santo Domingo, en esa institución se fue registrando una sensible variación de los orígenes sociales de los estudiantes que expresaba la expansión del aparato educativo en el período previo. De tal suerte, el movimiento estudiantil fue asumiendo cada vez más características vinculadas a sectores populares. Con ello advino una suerte de dualidad en su integración social, puesto que a la ya reconocida "juventud de clase media" se agregó lo que podría calificarse de una "juventud popular".

En ese nuevo momento del desarrollo del movimiento juvenil se incorporó una variación de los reflejos políticos. La influencia del Partido Revolucionario Dominicano desplazó una parte considerable de la identificación del movimiento juvenil con la izquierda revolucionaria. En cierta medida, ello se correspondió al mismo proceso de incorporación de jóvenes de origen más modesto que no habían participado en la expresión más radical de la subcultura juvenil. Se daba cierta correspondencia entre el fenómeno de masas populares que traducía el perredeísmo y estas nuevas posiciones en el movimiento estudiantil. Hay que tomar en cuenta, además, que el populismo se encontraba en una etapa de radicalización que le permitía amplio segmento de jóvenes que acogían ideas de izquierda revolucionaria, quizás incluso con más organicidad que en años anteriores.

Esto último da cuenta del hecho de que finalmente se mantuviese la separación del sector juvenil dentro del movimiento popular. Las generaciones mayores mantenían ideas democráticas y avanzadas, pero claramente deslindadas del radicalismo de la juventud. En ello operaba un nivel político y cultural más bajo y un sentido común generacional ante los problemas.

Además de la beligerancia del movimiento estudiantil, cobró relieve en la juventud un nuevo fenómeno de masivas proporciones desde fines de los

años 60 hasta fines de la década posterior: Se trató de los clubes juveniles ubicados en los barrios populares. En torno a ellos emergieron nuevos componentes dentro del conglomerado juvenil, siendo de relevancia su vinculación con medios populares en los cuales antes no existían instituciones políticas y culturales (M. Villamán y H. Cabrera, 1985).

Aunque más localizada, otro proceso de significación en esos años fue la radicalización de los jóvenes cristianos. El ambiente revolucionario se conectó con los sentimientos religiosos, dando lugar a varios movimientos e instituciones que proyectaron en los medios cristianos ideas radicales. En el seno de la iglesia se produjo una coyuntura algo favorable debido a los ecos de la conferencia de Medellín. La radicalización se manifestó tanto en los colegios católicos como en estratos más populares vinculados a la juventud estudiantil católica. Desde estos grupos se fueron gestando corrientes políticas de extrema izquierda que a los pocos años terminaban por desligarse de la iglesia e incluso de las ideas religiosas. Aunque el momento de máximo apogeo de esta corriente cristiana de izquierda fuera el final de la década de los 60, con altos y bajos se prolongaría durante unos años más (Juventud Estudiantil Católica, 1975).

En medio de estos relativos auges radicales de la juventud, se iban produciendo fenómenos históricos que prepararían las condiciones para su disolución. En particular, mediante un programa desarrollista, el sistema obtuvo éxitos económicos que le permitieron consolidar las posiciones del Estado como agente de la contrarrevolución. Se erradicó así, de manera definitiva, el peligro de un nuevo intento de asalto revolucionario, y para mediados de la década de los 70 ya era patente un debilitamiento de las fuerzas de la izquierda. Advino, en contra partida, una tendencia creciente hacia la democratización de la vida política, en cierta medida accionada por cambios en las condiciones internacionales, como el auge de la socialdemocracia en Europa. La neutralización de sectores medios se tornó para entonces en un mecanismo efectivo del orden. Ello explica que se operase un giro del movimiento popular, en el sentido de que varió la expectativa de la revolución por la de reformas de corto plazo al interior del sistema, para lo cual se contó con la llegada al poder del PRD.

La gran masa de jóvenes se integró a la "esperanza nacional" encarnada en el populismo. Entre los jóvenes burgueses se había experimentado una cierta liberalización como consecuencia de la tendencia democrática prevalecte. A pesar del impacto del consumismo que ya había sobrevenido en los estratos altos de clase media, todavía sus estamentos juveniles se inclinaban a una simpatía democrática. Con cambios, se mantenía una ilusión progresista ampliamente compartida que sólo era en parte recusada por los sectores más activos del estudiantado de izquierda. Pero aún entre ellos, operaron condicionamientos de integración a la democratización, primero por una dialéctica antibalaguerista prevalecte y, segundo, porque comenzó a emerger una respuesta pragmática, todavía de compromiso con las anteriores actitudes, en el sentido de que había llegado un momento de mejorías sociales a las cuales no se debía renunciar y que permitían promociones individuales y colectivas.

En este contexto sobrevendrían rápidas mutaciones que disolverían al cabo de unos años la subcultura juvenil gestada desde fines de la dictadura. Se trató de un proceso en que se imbricaron cambios de valores, cooptaciones al sistema de gran parte de las élites juveniles y una frustración que conllevó a una despolitización como fenómeno distintivo de la actual situación de la juventud dominicana. El análisis de esta situación requiere la incorporación de planos diversos en la evolución juvenil, sobre todo en cuanto a la emergencia de nuevos valores.

V. CAMBIOS DE VALORES Y DE REFERENCIAS POLITICAS

La modernización de los años 70 fue introduciendo significativos cambios en un conjunto de parámetros culturales de la sociedad dominicana, sobre todo de sus sectores medios y altos urbanos. Esos cambios tuvieron indudables repercusiones en la vida cotidiana de amplios sectores de la juventud, contribuyendo a desatar nuevos mecanismos de socialización, como ha sido puesto de relieve a propósito del papel de la educación masificada y de las nuevas formas de patrones familiares.

En términos generales, de la urbanización provino un auge modernizador en el que los grupos sociales tendieron a ajustarse a parámetros propios de la sociedad capitalista contemporánea. El crecimiento económico de una década conllevó a una transformación de todas las clases sociales, pero en el panorama político y cultural tal hecho tuvo sus mayores consecuencias en los cambios experimentados por los segmentos de altos ingresos de la población. Hasta fines de los años 60 la burguesía dominicana estaba constituida por comerciantes y por latifundistas; sus niveles de acumulación eran escasos y el número de sus integrantes todavía restringido. Su presencia en la vida política era bastante pequeña. Durante los 70 dicho sector se modernizó al incorporarse a la industria sustitutiva de importaciones, a servicios típicamente urbanos y a la banca. Sus rangos experimentaron gran expansión y los niveles de acumulación tomaron no solamente formas modernas, sino dimensiones considerables.

En los sectores medios sobrevino un fenómeno accesorio de crecimiento, determinado por el de la burguesía. La expansión de la ciudad de Santo Domingo como polo urbano le dió consistencia al proceso, pues lo asoció a las nuevas tareas del Estado, al incremento del papel de distintos aparatos, como la educación, y al dinamismo económico, que demandaba técnicos y especialistas. En términos materiales dicha expansión se hizo visible con la industria de la construcción, subvencionada por el gobierno para apoyar a los grupos medios emergentes.

Las políticas de ahorro-inversión no obstaculizaron el fenómeno puesto que el congelamiento del número de empleados del Estado se respondió con la aplicación de diversos sucedáneos. Gran parte de esos nuevos grupos que accedían a los sectores medios experimentaban subsiguientes momentos de movilidad social ascendente, a consecuencia de lo cual se combinaron dos fenómenos: el ensanchamiento del papel de los sectores medios en la estructura social y las transformaciones operadas a su interior. A su vez, de

ello provino una dimensión entre esos sectores que podría calificarse como la eclosión de “nuevas capas medias”. Esas capas medias “nuevas” estuvieron caracterizadas por el control del saber o al menos por actitudes compatibles con los procesos de modernización que las distinguían de los estratos tradicionales. Aunque no pueda calificarse el fenómeno en un plano juvenil, no dejó de contener acusados matices generacionales dado el incremento de la instrucción en la generación emergente y, si se quiere, dispositivos mentales ajustados a los requerimientos prácticos del proceso social.

Es notorio que en estos nuevos estratos se define claramente una movilidad ascendente, colocando a muchos integrantes de los sectores medios en posiciones burguesas o muy cercanas tanto en ingresos como *status* social. Esa diferenciación hizo de dicho sector el agente central de la modernización en términos de masas, lo que, en condiciones de auge económico, impulsó patrones de consumismo calcados de los Estados Unidos. De tal manera, a lo largo de la década fueron gestándose procesos sociales en los sectores medios y en la burguesía que terminarían con significativos reflejos en cosmovisiones globales y actitudes diversas en la vida cotidiana. Las tradicionales capas medias, en gran medida modestas, para no decir pobres, de posiciones políticas progresistas o revolucionarias, lentamente experimentaron transformaciones a su interior o conocieron yuxtaposiciones que convergieron en capas medias burguesas. Por tal razón, del fenómeno social se pasó al fenómeno ideológico y político, aún cuando el tránsito no tuviese características mecánicas, sino que guardara tenues sutilidades e inicialmente no se manifestara en una homogénea conservadurización, dadas las tradiciones democráticas presentes en ese sector de clase.

Lentamente, sin embargo, se fue produciendo el ajuste ideológico ante el fenómeno clasista. Este hecho sobrevino mayormente tras la llegada del PRD al gobierno. Los sectores medios que todavía conservaban ilusiones nacionales las fueron perdiendo al incorporarse a la lógica del poder. En ello operó una desilusión colectiva que colocó a los estratos medios en actitudes cada vez más “realistas” ante el fenómeno político. En todo caso, la democracia perredísta implicó una negociación de nuevo corte entre sectores medios y burgueses y un poderoso acercamiento de los primeros a los segundos. En variados aspectos se finalizaba una tendencia histórica que había arrancado mucho tiempo atrás.

En las condiciones referidas, los procesos sociopolíticos se matizaron por una subcultura de los estratos favorecidos de la población que se había ido configurando, en términos generales, durante los años de máxima expansión económica y de ampliación de la urbanización. Los jóvenes de esos sectores jugaron un papel de gran significación dentro de este fenómeno, por cuanto constituían el estrato generacional que lo asumía en sus mayores dimensiones y porque le incorporaban aspectos no presentes en los grupos de edades mayores (J. Sánchez, 1985).

El componente capital dentro de esta subcultura fue la tendencia a la “norteamericanización” de los estratos altos. El delirio consumista signi-

ficó no solamente un claro acercamiento a patrones copiados de Estados Unidos, sino una tajante diferenciación respecto a las grandes masas, puesto que el país seguía caracterizado por bajísimos niveles de ingresos per cápita. No obstante, cada vez más ganaron posiciones en la simbología clasista una serie de actitudes que tendían a desnacionalizar a los altos estratos. Con ello se producía un fenómeno mucho más profundo, conectado a la gran desilusión perredísta: desapareció en los grupos altos, y en parte de los medianos, la noción de un proyecto nacional, para situarse en una dimensión accesoria de la evaluación de la metrópoli del norte.

En los grupos juveniles la vacuedad ideológica pronto tomaría características devastadoras. La incorporación al consumismo se trocó en un abandono de los ideales que en términos relativos tipifican la etapa juvenil.²⁷ Lejos de haber sido sólo un fenómeno de conservadurización política, advino la despolitización, la despreocupación por lo público en aras del refugio en lo individual desde una posición cultural pobre. De tal manera, la incorporación al consumismo fue significando un proceso degradatorio en el plano moral. Naturalmente que ello no se saldaba en una desmoralización completa que abarcara a la generalidad de jóvenes pertenecientes a las nuevas capas medias y a la burguesía, pero la tendencia ha sido tan poderosa como para que haya constituido uno de los fenómenos históricos de mayor relieve en los últimos años; y no tanto por sus implicaciones dentro de esos sectores de clase, sino por formar parte de fenómenos globales de la sociedad dominicana. Y es que los patrones de estos jóvenes han pasado a tener un efecto multiplicador sin precedentes sobre el conjunto de la juventud, formando parte de una situación que apunta a lo que podría calificarse de crisis histórica.

Los mecanismos de transmisión cultural puestos en funcionamiento en los últimos años han conllevado a que se haya creado expectativas de consumo entre amplios contingentes de la población popular joven, incluyéndose la de las zonas rurales. Tal fenómeno guarda conexión con procesos sociopolíticos, así como con procesos culturales y sociales que están adquiriendo fuerte desarrollo. Respecto a lo segundo, cabe insistir en el ímpetu que tienen valores norteamericanos que se han venido expandiendo por los mayores espacios de las clases burguesas y por los manejos comerciales de los medios masivos de comunicación. Por lo menos una parte muy elevada de la programación de televisión, fundamentalmente la de "series", proviene casi exclusivamente de los Estados Unidos. Desde hace unos cinco años, por otra parte, se han expandido diversas modalidades de recepción directa de la televisión norteamericana, sobresaliendo el llamado telecable, ya parte de la vida cotidiana de amplios sectores urbanos. Como resultado de esa influencia se han extremado los acercamientos y hasta las actitudes miméticas hacia lo norteamericano, más allá de los

27. Antonio E. de Moya (1985) describe el fenómeno, aunque lo restringe a los estímulos deliberados del sistema. Portal razón, excluye del mismo al grueso de la juventud, enfatizando en la virtual existencia de salidas positivas a corto plazo.

términos sociopolíticos locales. Tal variación puede percibirse en nuevos criterios que pautan la programación de los mass-media como esquema de diversión en los jóvenes.

La otra conexión fundamental por donde este proceso está cobrando un rápido incremento se encuentra en la colonia dominicana en los Estados Unidos, cuya magnitud antes fue ponderada. Ese segmento responde a una salida que, como se ha visto, afecta mayormente a la juventud. El empeoramiento de la crisis permite prever que irá en aumento. Su estabilización en los Estados Unidos -donde ya ha surgido una generación de nacidos allí- ha provocado que cristalicen influencias socioculturales del entorno en el cual se desenvuelve, no obstante su marginación como una típica minoría nacional dentro de los Estados Unidos.

En los últimos años la comunidad dominicana en los Estados Unidos ha registrado significativas variaciones, puesto que se ha nutrido de sectores medios urbanos, lo que hace que su incidencia cultural sea mayor que antes. Aunque sometida a duras condiciones de vida y con pocas perspectivas de retorno al país, la migración no abandona la práctica de mantenerse conectada al medio originario, en parte por apego y en parte por la cercanía geográfica. En consecuencia, la masiva relación se traduce en un incremento de la influencia cultural norteamericana, extremada con remesas a familiares en dinero y naturaleza, de lo que surge una imagen fantasmagórica acerca de bondades materiales de los llamados "países". De ello está resultando un fenómeno masivo: la limitación de las expectativas en el plano local se compensa con el proyecto de emigrar, tornado éste en un ímpetu que consume gran parte de las energías y de las ilusiones de la población urbana joven e incluso de algunos segmentos de la población rural.

Los dominicanos ausentes estimulan la reacción en base a actitudes esquizoides. Normalmente se sienten frustrados y oprimidos en la metrópoli imperial, pero son conscientes de que no tienen otra oportunidad que mantenerse en ella para una supervivencia en condiciones mínimas de decoro material. Saben que su condición humana ha empeorado, pero el estrechamiento de las condiciones materiales en la isla les obliga a descartar la opción del retorno. Por ello, adoptan el comportamiento de triunfadores ante amigos y familiares que no han emigrado y, con los regalos de mercancías sofisticadas, proyectan una imagen falseada de su condición y de su sentir.

Existen situaciones dentro de la comunidad dominicana en Estados Unidos todavía más contraproducentes. Se trata del hecho de que su ubicación, desde una sociedad todavía de fuerte raigambre campesina, en la metrópoli industrial por excelencia genera profundas confusiones y alteraciones síquicas y de identidad. El resultado es la incorporación de los valores más bajos de la cultura prevaleciente en los Estados Unidos. Es decir, el estado de marginación y de pobreza relativa a que están sometidos los dominicanos los excluye, por definición, en una mayoría abrumadora de casos, del acceso a la educación y a la cultura. El consumo de bienes manufacturados, antes imposible, se desliza hacia entornos caracterizados

por una adecuada alienación. De ello sobrevienen expectativas negativas que en una proporción significativa de casos conlleva a prácticas antisociales. Al menos los índices aparentes de drogadicción y de prácticas delictivas en la comunidad dominicana en los Estados Unidos muestran niveles muy elevados, probablemente sólo superables por comunidades nacionales minoritarias en condiciones parecidas.

Ahora bien, ese fenómeno puede afirmarse -aunque no se tengan disponibles estudios al respecto- que afecta de manera mucho más elevada a la población joven que a la adulta. Habría varios factores psicológicos y sociales que explicarían la diferencia, aunque ya no sería materia del presente texto. Resumiéndolos, en todo caso, habría que partir de que los adultos conservan en mucho mayor dimensión los prototipos originarios de la isla, por lo que no experimentan una crisis de identidad parecida a la de los jóvenes. A ello habría que agregar elementos psicológicos de la condición del joven que le llevan a actitudes innovadoras y hasta aventureras. El hecho mismo de la emigración no deja de ser una pequeña aventura que, al ser enfrentada en su crudeza y dentro de condiciones harto propicias para la práctica delictiva, conlleva a rápidas mutaciones morales.

Ahora bien, de más en más la práctica delictiva es objeto de poderación como proyecto en los jóvenes que tiene su expectativa en la emigración a los Estados Unidos. Cuando la figura del delincuente aparece en un barrio popular, lo hace como un triunfador -imagen de por sí ya popularizada por el bombardeo de los mass-media norteamericanos- generando empatías. De manera que mientras no se produce la emigración, el anhelo de mayores niveles de consumo y el recrudecimiento de la mala situación económica nacional disparan respuestas delictivas en los centros urbanos.²⁸

Naturalmente que estas situaciones no se limitan al aspecto delictivo, sino que abarcan otros múltiples niveles. Es el caso de la drogadicción, hasta hace poco años un fenómeno pequeño y restringido fundamentalmente a sectores altos. Aparentemente, en la actualidad los índices de drogadicción tienden a aparejarse entre jóvenes de sectores burgueses y de sectores populares. Es evidente que la droga ejerce efectos nocivos mucho mayores entre los jóvenes pobres, por cuanto carecen de recursos para la rehabilitación y adoptan comportamientos más desajustados respecto a los determinantes de su medio social.

Todo lo anterior adquiere sus consecuencias como parte de un tramado regido por los efectos de los procesos políticos. El ascenso del populismo al poder eliminó expectativas progresivas y conllevó cambios sustanciales en las posiciones de las clases y fracciones de clases. Este sentimiento de consenso en la participación en el Estado tuvo efectos sorprendentes en cuanto a valores morales, más aún que a las actitudes políticas. En la medida

28. Si se adoptan como indicador las informaciones sobre delincuencia juvenil, se deriva que comenzó a experimentar un crecimiento significativo en 1983, después de varios años de estancamiento. Véase Ana Josefina Alvarez (s.f.).

en que se producían integraciones al sistema por medio de los gobiernos perredeístas, se planteaba la consecución de objetivos estrictamente individuales al margen de las formas que los faciliten. La corrupción ha devenido en una nota dominante no sólo de la práctica del poder sino de aspiraciones que se han deslizado al sentir común. En los jóvenes tal variación ha tenido mayores consecuencias en tanto que no lograron acumular determinados reflejos morales tradicionales en las anteriores generaciones. De manera que su integración a la vida social se da en condiciones cada vez más degradadas, de donde surge una serie de causas y efectos interrelacionados. Parece que se han perdido las medidas de lo objetivo y todo autoriza al despliegue de procedimientos que vulneran los cánones morales preestablecidos.

La crisis, acrecentada en los últimos años, ha tenido efectos paradójicos dentro de la urdimbre descrita. Lejos de haber contribuido a un cuestionamiento del orden desde posiciones políticas avanzadas y de rescate moral, ha fomentado la expansión de las respuestas individuales que van desde el delito hasta el carrerismo corrupto. Los mecanismos sociales y políticos vigentes incentivan las aspiraciones al consumo y hasta al enriquecimiento individual, lo que en un entorno de estancamiento económico termina por gestar una alienación generalizada en gran parte del colectivo social, de especial intensidad en los medios juveniles.

VI. SUGERENCIAS PARA LA ACCION

1. Aunque parezca extraño, todavía subsisten reservas morales en una parte de la juventud. Cualquier política de corto plazo debe ante todo plantearse los medios de evitar que la desmoralización creciente termine por eliminar esas reservas.
2. En función de lo anterior, el énfasis hasta el mediano plazo debe otorgarse a la recomposición de una élite juvenil progresista que tenga capacidad de dirigirse tanto a los jóvenes como a la colectividad en general. De manera que la visualización de una estrategia de masas pasa, en una primera etapa, por la estructuración de la reserva más positiva.
3. En razón de que los mecanismos sociales han experimentado variaciones sustanciales en los últimos años, es lógico que se requiera de un rediseño global de objetivos y métodos operativos, a fin de que esta posible élite activa pueda ejercer una influencia significativa en el largo plazo.
4. Dos cuestiones prácticas serían adecuadas para resolver la tarea propuesta: la búsqueda de instancias unificadoras de los grupos juveniles existentes y la canalización de medios que permitan agregar nuevos grupos de jóvenes, tanto en las organizaciones existentes como en otras por crearse.
5. Lo anterior sólo sería posible si se parte de que las propuestas de unificación se conciben dentro del reconocimiento de la necesaria pluralidad de los posibles movimientos juveniles emergentes. De ahí se

colige que se piensen instancias diversas que se articulen en puntos unificadores.

6. En principio, dentro de esas instancias, podrían señalarse en lo inmediato dos que pueden surtir efectos de corto plazo para la reconstitución de una élite activa: lo cultural y lo ético. En medio de la descomposición moral de la sociedad es de urgencia que se constituya un núcleo capaz de incidir en la lucha por el rescate de valores morales vistos en una óptica ajustada a los imperativos de proceso.
7. Esta propuesta ética, a su vez, se resuelve en forma plausible dentro de las circunstancias presentes, por medio de una jerarquización de las labores culturales. Lo cultural puede, así, ser el receptáculo de un proyecto histórico alternativo, de base popular, susceptible de cuestionar las tendencias predominantes en la sociedad.
8. La élite juvenil propuesta tendría que formular el proyecto de constituirse en sector intelectual representativo de los intereses populares. De manera que su práctica sólo tendría sentido en la medida en que lograra articular un discurso que contenga consecuencias sobre la praxis de la mayoría de la población.
9. Tal propuesta estaría llamada a contribuir a preparar el terreno para que se produzcan giros netos de comportamientos sociales a partir del instante en que la corrupción y el clientelismo dejen de tener la eficacia que hasta ahora han logrado. Es de suponer que esto sucederá en tanto que los problemas de fondo no se resuelven y la pauperización de la masa pobre no ha cesado de profundizarse.
10. La propuesta élite juvenil unificada, por ende, deberá esbozar los lineamientos para insertarse en los movimientos sociales progresivos, esto es, participar dentro de las respuestas que se vayan gestionando frente a la extorsión económica, la corrupción y los recortes a la democracia.
11. Al mismo tiempo, deberá esbozar líneas de canalización de expectativas sanas de todo el conglomerado juvenil mediante una definición sectorial de políticas. Tal cosa incluye, de manera acusada, el desarrollo de procedimientos autogestionarios, al mismo tiempo, las presiones al Estado para que mejoren servicios dirigidos a la juventud.
12. Resaltaría, en relación a lo anterior, la lucha por una mejoría de la calidad del sistema educativo, tanto preuniversitario como universitario, formando parte de una demanda de democratización real de la cobertura educativa. Aunque parezca raro, una mejoría de la educación formal tendría una relevante incidencia sobre el conglomerado juvenil.
13. Ahora bien, esa demanda debe acompañarse por la capacidad autogestionaria de los jóvenes, mayormente dirigida a provocar un sustancial incremento de la educación informal. También sería de alta conveniencia lograr que el Estado asuma sensibles cuotas de responsabilidad en esta dirección.

BIBLIOGRAFIA

- Alvarez, Ana Josefina (s.f.). *Análisis de la delincuencia en niños y adolescentes en el Distrito Nacional durante los años 1979-junio 1983*. Santo Domingo: Secretaría de Estado de Salud Pública y Asistencia Social, mimeografiado.
- Báez Evertsz, Franc y Frank D'Oleo Ramírez (1986). *La emigración de dominicanos a Estados Unidos: determinantes socio-económicos y consecuencias*. Santo Domingo: Fundación Friedrich Ebert.
- Batista del Villar, Guarocuya (1977). *Universidad crítica y patria soberana*. Santo Domingo: UASD.
- Benitez Valera, Rafael (ed.) (1984). *Complot develado*. Santo Domingo: Fundación Testimonio.
- Calder, Bruce (1984). *The impact of intervention. The Dominican Republic during the U.S. occupation of 1916-1924*. Austin: University of Texas Press.
- Centro de Investigación y Acción Social -CIAS- (1968). "¿Creciente desintegración de la familia dominicana?", *Estudios Sociales*. Año I, Nº 4, octubre-diciembre. pp. 189-206.
- Centro de Investigación y Acción Social -CIAS- (1971). "La familia dominicana", *Estudios Sociales*. Año IV, Nº 13, enero-marzo. pp. 1-37.
- Conferencia Dominicana de Religiosos, (1985). "Cultura e identidad nacional", *Estudios Sociales*. Año XVIII, Nº 62, octubre-diciembre.
- de León, Enrique (1985). *El movimiento estudiantil dominicano: consideraciones críticas sobre su pasado, presente y futuro*. Ponencia presentada en el seminario "Situación y Perspectivas de la Juventud Dominicana". Instituto Tecnológico de Santo Domingo (INTEC) 15-16 noviembre, mimeografiado.
- de Moya, Antonio E. (1985). *Cultura juvenil y recreación: el caso dominicano*. Ponencia presentada en el seminario "Situación y Perspectivas de la Juventud Dominicana". Instituto Tecnológico de Santo Domingo (INTEC) 15-16 noviembre, mimeografiado.
- Department of Commerce. *Statistical abstract of the US, Apud*.
- Duarte, Isis (1980). *Capitalismo y superpoblación en Santo Domingo*. Santo Domingo: CODIA.
- Fernández, Jorge Max (1985). "Educación superior y población: una reflexión". En: CONAPOFA. *Población y sociedad (Seminario Nacional)*. Santo Domingo: pp. 705-716.
- Ferrán, Fernando (1974). "La familia nuclear de la subcultura de la pobreza", *Estudios Sociales*. Año VII, Nº 27, junio-septiembre. pp. 137-185.
- Fuentes, Vilma (1971). *Los jóvenes*. México: Siglo XXI.
- Guzmán, José Miguel (1985). "Cada vez menos hijos: tendencias de la fecundidad en la República Dominicana 1960-1981". En: CONAPOFA. *Población y sociedad (Seminario Nacional)*. Santo Domingo: pp. 61-86.
- Hernández, Angel E. (1985). "Niveles educativos de la población". En: CONAPOFA. *Población y sociedad (Seminario Nacional)*. Santo Domingo.

- Hernández, Frank Marino (1965). *El sistema educativo dominicano*. Santo Domingo: Editora Taller.
- Juventud Estudiantil Católica (1975). *Jornada Nacional*. Jarabacoa: mimeografiado.
- Loaiza C., Edelberto (1985). "Tamaño y composición de la población en la República Dominicana, 1950-2000". En: CONAPOFA. *Población y sociedad (Seminario Nacional)*. Santo Domingo: pp. 19-47.
- Mejía Santana, Julio César (1985). "Migración interna, estructura ocupacional y movilidad social en la ciudad de Santo Domingo". En: CONAPOFA. *Población y sociedad (Seminario Nacional)*. Santo Domingo: pp. 119-135.
- Mejía-Ricart, Tirso (1975). *Diez ensayos sobre reforma y planeamiento universitarios*. Santo Domingo: UASD, (dos tomos).
- Mejía-Ricart, Tirso (1981). *La educación dominicana, 1961-1980*. Santo Domingo: UASD.
- PREALC (1983). *Empleo y política económica de corto plazo (República Dominicana 1983)*. Santo Domingo: mimeografiado.
- Richardson, Felipe (1977). *Informe Richardson. Opiniones críticas sobre la UASD*. Santo Domingo: Editora Taller.
- Sánchez M., Julio (1985). *Juventud y participación en República Dominicana: el reto a una sociedad*. Ponencia presentada en el seminario "Situación y Perspectivas de la Juventud Dominicana", Instituto Tecnológico de Santo Domingo (INTEC) 15-16 noviembre, mimeografiado.
- Santana, Isidoro (1985). *Empleo y juventud en la República Dominicana*. Ponencia presentada en el seminario "Situación y Perspectivas de la Juventud Dominicana". Instituto Tecnológico de Santo Domingo (INTEC) 15-16 noviembre, mimeografiado.
- Santana, Isidoro (1985a). *Tendencias recientes y perspectivas de la situación ocupacional en República Dominicana*. Santo Domingo: Instituto de Estudios de Población y Desarrollo.
- SEEBAC (1981). *Estudios y análisis de la educación de adultos en la República Dominicana. Borrador del informe final*. Santo Domingo.
- SIN. *Annual report*. 1957-80.
- Tolentino, Hugo (1976). *Discursos desde la rectoría*. Santo Domingo: UASD.
- Torres-Rivas, Edelberto (1971). "Familia y juventud en El Salvador". En Adolfo Gurrieri et al., *Estudios sobre la juventud marginal latinoamericana*. México: Edit. Siglo XXI, pp. 231 y ss.
- Varios autores (1978) "Análisis del movimiento revolucionario dominicano. Bases para la unidad", *Realidad Contemporánea*. Año I, Nº5-7. pp. 13-53.
- Villamán, Marcos y Héctor Cabrera (1985). *Formas y alcances de la organización juvenil en la República Dominicana*. Ponencia presentada en el seminario "Situación y Perspectivas de la Juventud Dominicana". Instituto Tecnológico de Santo Domingo (INTEC) 15-16 noviembre, mimeografiado.

LA JUVENTUD DEL CARIBE DE HABLA INGLESA: EL ALTO COSTO DEL DESARROLLO DEPENDIENTE

Meryl James-Bryan

INTRODUCCIÓN

Para casi todos los países del Caribe de habla inglesa, el decenio de 1960 representó no sólo el eclipse de la era colonial, sino también la difícil tarea de construir una nación. A la luz de esta nueva empresa, y con miras a reorientar o proyectar nuevos rumbos de desarrollo social, económico y político, se exploraron y se establecieron diversas estrategias de desarrollo. El éxito de éstas dependía, en definitiva, de la capacidad de dejar de lado o minimizar la dependencia respecto de las metrópolis, y aumentar la autonomía de los Estados y su capacidad para valerse por medios propios. Para cada una de estas nuevas naciones, lo decisivo era lograr suficiente control sobre sus asuntos internos, para poder así avanzar hacia objetivos claramente definidos de desarrollo nacional.

La historia ha dejado constancia de la descolonización constitucional y el progreso hacia la autonomía y la autosuficiencia en la Comunidad del Caribe. Trinidad y Tobago, Bahamas, Barbados, Granada, Dominica, Santa Lucía, San Vicente y las Granadinas, Belice, Antigua y Barbuda, Jamaica y San Cristóbal y Nieves alcanzaron la independencia constitucional; Guyana y Trinidad y Tobago, por su parte, se encaminaron hacia el *status* republicano. Las otras naciones -Montserrat, las Islas Caimán, las Islas Turcas y Caicos y las Islas Vírgenes Británicas- continúan siendo colonias de la Gran Bretaña.

Sin embargo, una de las inquietudes más reiteradas en estos territorios recién independizados se refiere a si ha sido real y verdadero el proceso de descolonización. ¿Hasta qué punto la autonomía, la capacidad de valerse por medios propios y la autodeterminación- consignas de la independencia- se encuentran sólo en las constituciones y no en la realidad? La pregunta es aún más pertinente cuando se trata de la juventud en el Caribe contemporáneo: el rumbo que toma la juventud de un país es sin duda un indicador útil y preciso de la eficacia de las estrategias de autonomía e independencia.

En este marco debe examinarse la difícil situación de la juventud actual en los países del Caribe de habla inglesa, particularmente respecto de temas tales como la identidad nacional, la alienación cultural y el imperialismo cultural, considerados en este texto como fundamentales para los desafíos que enfrenta la juventud del Caribe. Es importante que el proceso de descolonización y desarrollo no sólo abarque aspectos económicos y políticos, como ha sucedido en la mayor parte de los países del Caribe de habla inglesa, sino también aspectos culturales, ámbito en que la dominación se ejercía con máxima fuerza. Es en la esfera cultural donde tradicionalmente se ha manifestado (y sigue manifestándose) la oposición al dominio ideológico en la cultura de la clase trabajadora del Caribe. El presente trabajo plantea que, no obstante la descolonización constitucional y las reformas económicas y políticas del período postcolonial, el Caribe continúa aquejado por la dependencia económica respecto de los países metropolitanos y sufre de una profunda colonización cultural y psicológica que constituye el fundamento de la crisis de la juventud actual.

Este enfoque, sin minimizar en forma alguna la repercusión de las fuerzas económicas sobre el desarrollo de la juventud, considera fundamental la cultura para el desarrollo social y psicológico de los jóvenes, sobre todo en la transición del colonialismo a la independencia y en la fase inmediatamente postcolonial de la formación de la nación. La cultura se concibe como un conjunto de valores, significados, creencias e ideas socialmente adquiridos que sirven a la sociedad como guías y modelos de conducta (Mintz y Price, 1976); mediante ella, como práctica colectiva o actividad práctica, la sociedad interpreta sus experiencias, orienta sus actividades y define su existencia misma en un proceso que logra la estabilidad, la cohesión y la continuidad de todo el grupo. Según el siquiatra martiniqués Frantz Fanon, "la cultura nacional es todo el conjunto de esfuerzos que realiza un pueblo en la esfera del pensamiento para describir, justificar y enaltecer las actividades gracias a las cuales dicho pueblo se ha formado a sí mismo y mantiene su existencia. Por consiguiente, la cultura nacional en los países en desarrollo debe estar en el corazón mismo de la lucha por la libertad de estos países" (1963). La cultura se hace cargo entonces de la tarea monumental de formar y proyectar una ideología que configura la conciencia nacional, tarea que no se le ha reconocido en los países del Caribe de habla inglesa durante la etapa postcolonial.

Para los fines del presente estudio, se considera como joven la población entre 15 y 24 años, según la definición cronológica de las Naciones Unidas. Sin embargo, debido al marco analítico empleado, es importante que este grupo se considere no sólo como una categoría cronológica, sino también como un grupo socioeconómico dentro de un contexto histórico y político. En los países que alcanzaron la independencia, los jóvenes entre los 15 y 24 años son la primera generación que creció en las sociedades descolonizadas; por consiguiente, son el producto de la experiencia inmediatamente postcolonial y recogen lo sembrado por las primeras élites gobernantes del período. Reflejan así las fallas y los éxitos de esa generación y se convierten en una variable significativa para el análisis de la eficacia de los planteamientos y estrategias de desarrollo nacional.

El presente estudio reconoce plenamente el papel de la mujer como conservadora y transmisora de cultura, puesto que la mujer, en su función de madre, educadora y a menudo en realidad jefe de hogar, juega un papel fundamental en la función de criar a los hijos y en la socialización de los jóvenes. En ella recae la tarea importante de asegurar la generación y la continuidad del grupo; la juventud hereda esta responsabilidad. La mujer, como transmisora, y la juventud como receptora de lo que Edward Brathwaite (1970) llama el Nam¹, la propia realidad e identidad cultural oculta, asume la función de asegurar la vigencia y pervivencia de una ideología cultural que constituya la base para que el grupo sobreviva y se mantenga.

En síntesis, el presente trabajo afirma la importancia de la descolonización cultural en el proceso de construcción de las naciones y plantea que la fundamental desorientación y alienación de la juventud del Caribe de habla inglesa tienen sus raíces en la precariedad institucional y en la superficialidad de la planificación en la esfera del desarrollo cultural. El proceso de desarrollo se concibe como un proceso cultural, donde la dimensión de la cultura debe ser tan importante como las de la población, la salud, la enseñanza, la agricultura, la transferencia de tecnología, etc. (Nettleford, 1979), "por cuanto cada sociedad depende, en primer lugar, de sus fuerzas y recursos propios y define su propia visión del futuro" (Raymont, 1977). Se sostiene, además, que la mujer y la juventud tienen un papel decisivo en la esfera de la cultura y el desarrollo nacional en las sociedades postcoloniales, y que no han podido desempeñarlo por haber sido marginadas históricamente por los hombres adultos, supuestamente protagonistas y tutores de la sociedad.

I. ANTECEDENTES SOCIALES Y CULTURALES

El Caribe, como región, puede considerarse como una zona de cultura, es decir, una región geográficamente definida que comparte determinada distribución de características culturales. Generalmente se ha estimado que la esfera cultural es la que más incide en las vidas de quienes han sido esclavizadas o reducidos al servilismo en el Caribe; sin embargo, ha recibido poquísima atención de parte de los intelectuales, los gobiernos, los planificadores y los decisores del Caribe. El proceso cultural -que no excluye las actividades económicas y los modos de producción- fue el que se consideró como el más peligroso durante el período de esclavización y dominio colonial europeo. En realidad, el uso de la cultura para "borrar la identidad" de los esclavos se convirtió en un elemento fundamental para la imagen de la superioridad europea y consiguientemente la autoridad (Hart, 1980).

1. Nam es un concepto derivado de una palabra y elaborado por Edward Brathwaite. Nam equivale a hombre (en inglés) escrito al revés, y significa el hombre disfrazado, el estado del africano sometido a la presión de la esclavitud, el hombre generalmente sometido a la presión y la opresión, disfrazado y oculto a fin de sobrevivir.

El cultivo de un sentimiento de inferioridad tenía efectos profundos y penetrantes, a los que no escapaban ni la religión, ni la enseñanza, ni la política, ni la economía, y que se observan con máxima claridad en la actual juventud del Caribe. La difícil situación de esta juventud es en sí misma una acusación contra las estrategias de desarrollo del período postcolonial y las élites nacionales gobernantes; la juventud del Caribe carece de los recursos culturales necesarios para luchar contra la cultura hegemónica dentro de sus propias sociedades, y contra las pertinaces amenazas externas del imperialismo cultural. "Luchar en favor de la cultura nacional significa, en primer lugar, luchar por la liberación de la nación, piedra angular material que hace posible la edificación de una cultura" (Fanon, 1963). Se trata de una lucha que debe manejarse y orientarse desde un plano institucional, y tener alcance multidisciplinario. Precisamente en esta esfera se han producido las fallas más notorias de las estrategias de desarrollo del período postcolonial, no obstante los éxitos y el progreso alcanzados en otras. Visto de cerca, el campo de la cultura sigue siendo el lugar de la dominación y el control internos y externos.

Las muchas teorías acerca del Caribe de habla inglesa reflejan la complejidad histórica de la región. Una de las teorías económicas más antiguas, la tesis de la sociedad de plantaciones (Best, 1968; Beckford, 1972), es también pertinente para los análisis antropológicos de estas sociedades altamente estratificadas. Sobre la base de la teoría latinoamericana de la dependencia, señala el sistema de plantación como la institución fundamental del ordenamiento social del Caribe anterior a la emancipación, subraya su influencia en todos los ámbitos, particularmente en las relaciones intraterritoriales y extraterritoriales, y destaca la dependencia estructural, que se perpetúa a pesar de un aparente cambio. De esta dependencia estructural se desprenden las relaciones jerárquicas de clase; la inestabilidad de la organización familiar; el bajo nivel de organización de la comunidad; la rigidez de los modelos de estratificación; un ordenamiento social generalmente frágil, y una clase intelectual europeizante (Wagley, 1957).

Esta teoría habla de desintegración y desorganización, Beckford sostiene que el único cambio realizado desde la emancipación ha sido una movilidad mínima e individualizada para la población negra. Implícita en la teoría está la noción de continuidad estructural dentro del cambio, que alude a la incapacidad de las sociedades del Caribe para ir más allá de simples cambios cosméticos, efectuar un cabal reexamen de las estructuras sociales existentes, y asumir la obligación y la responsabilidad de la era postcolonial, con miras a solucionar problemas concretos que se remontan a la historia previa a la independencia. Aunque se haya considerado pasada de moda (Craig, 1982), la teoría de la sociedad de plantaciones propone conceptos especialmente pertinentes e ilustrativos para lo que aquí se sostiene sobre la alienación y desorientación cultural de la juventud.

Quizá la teoría más popular de las sociedades del Caribe sea la tesis de la sociedad plural, elaborada por M. G. Smith (1965), en la que se subraya la diferenciación y la separación cultural, social y racial, así como el

mantenimiento de instituciones paralelas que no llegan a tocarse. Esta teoría aplica a la sociedad un modelo de conflicto, dentro del cual el empleo de la fuerza es considerado medio único para asegurar la cohesión y el orden. Describe una sociedad compuesta de una diversidad de pueblos carentes de voluntad para formar una sociedad, que se juntan pero no se mezclan. La teoría ha sido muy criticada, principalmente por centrar su atención en los elementos disociadores de la sociedad del Caribe, sin considerar adecuadamente sus elementos de integración. Sin embargo, tiene especial importancia para sociedades multirraciales como Trinidad y Tobago y Guyana y en menor grado, Jamaica.

Al aplicar esta teoría al análisis de los diversos aspectos de las sociedades caribeñas, Lloyd Braithwaite (1970) sostiene que, si bien éstas son heterogéneas desde el punto de vista cultural, funcionan de acuerdo a una escala común de valores heredados del régimen colonial. Sin embargo, estos valores comunes, sobre los que recae la tarea de integrar a la sociedad, son los de la superioridad e inferioridad étnicas; la aceptación de la superioridad social de lo blanco y de lo europeo, reforzada por las minorías privilegiadas europeizantes de los países, legitima el sistema de desigualdad. Braithwaite señala que “es tan fuerte la hostilidad hacia todo lo africano que se hace difícil la persistencia de algo de ese origen”. No obstante sus muchas deficiencias, esta teoría aclara un tanto la permanente negación y devaluación de las tradiciones culturales africanas en el Caribe de habla inglesa, a pesar de la abrumadora mayoría de personas de ascendencia africana de la región. La persistente subestimación de un elemento significativo en el complejo cultural del Caribe repercute en la actitud cultural de la juventud caribeña, y es una de las principales preocupaciones del presente estudio.

Ambos modelos de análisis se han actualizado en la teoría del “dualismo cultural”, cuyas raíces intelectuales están en la obra de Melville Herskovits (1914) acerca de la interacción de elementos africanos y europeos en la cultura de las Indias Occidentales, basada a su vez en el análisis de la “doble conciencia” en la sociedad negra americana, de E.B. Du Bois. La coexistencia de dos tradiciones, una africana y la otra europea, es descrita por Herskovits como “la ambivalencia socializada” e identificada como una forma de “biculturalismo” en las creencias y prácticas religiosas por Roy S. Bryce-La Porte (1970). El resultado es una relación de competencia y de contraste entre el condicionamiento y los simbolismos culturales derivados del Africa y la tradición colonial europea. Se produce una dualidad en las orientaciones culturales, que se puede apreciar en los idiomas, los códigos sociales, el comportamiento, las actitudes y la religión. La dualidad se hace evidente cuando se procura integrar estas dos culturas contradictorias en un solo todo, proceso que trae consigo la confusión, más aún dada la inferioridad moral y cultural atribuida a todo lo africano desde el período colonialista.

En una obra titulada apropiadamente “Crab Antics” (1973), Peter Wilson utiliza un modelo de dualismo cultural para analizar Providencia, pequeña isla del Caribe sudoccidental de habla inglesa, cuyos patrones de

interacción social compara con la desesperada lucha de cangrejos en un barril: cada uno tira para abajo al otro, procurando frenéticamente aplastarlo para estar más arriba. Wilson encarna la contradicción entre igualdad y jerarquía en dos valores que entran en conflicto: la "respetabilidad", basada en el viejo ordenamiento colonial que lleva a la estratificación y la desigualdad, y la "reputación", fundamentada en una valoración intrínsecamente moral de la persona, que tiende a la igualdad. La "reputación" equivale a una respuesta autóctona a la "respetabilidad", que se concibe como la representación de la estructura de dominación extranjera. La "reputación" subraya la "igualdad de las desigualdades humanas, mientras la respetabilidad trata de jerarquizarlas". Wilson considera el fenómeno "crab antics" como la relación dialéctica persistente entre estos dos sistemas de valores opuestos y lo propone como modelo de análisis para todas las sociedades del Caribe de habla inglesa.

Hay otros trabajos que enfocan el tema de esta dualidad de valores en las sociedades del Caribe (Makiesky-Barrow, 1976, Diane Austin, 1983). Austin incorpora los temas de la dominación ideológica y la oposición cultural en una sola perspectiva analítica y sostiene que la interacción entre "igualdad" y "jerarquía" es un proceso continuo que refleja según sus palabras, una situación de "conflicto refrenado por la dominación", dentro de la cual se enmarca la estabilidad del Caribe de habla inglesa. En este análisis se postula que las élites nacionales perpetúan una ideología que no fomenta la integración de valores y la igualdad, sino el dominio y la estratificación. Para Gordon Lewis, experto en sociología histórica (1968), las estructuras políticas e ideológicas del período colonial simplemente se trasladan a la sociedad del período postcolonial:

"El amedrentamiento social y la intimidación económica están muy cerca de ser el orden del día de la vida de las masas... El hecho político de la independencia tampoco...modifica necesariamente el sistema social. Simplemente transfiere el control de los amos metropolitanos a los grupos gobernantes nacionales. Y debido a que estos grupos comprenden más a la mayoría, quizá probablemente puedan incluso apretar más los tornillos psicológicos que aprisionan a esa misma mayoría".

El futuro de la juventud del Caribe depende, en el plano cultural, económico y político de estos grupos gobernantes, y sobre ellos habrá de recaer la responsabilidad del conflicto ideológico y del desencanto de la juventud del Caribe.

Todas estas teorías apuntan a la raza, la clase, la cultura y la ideología como dimensiones inexorables de la realidad social del Caribe. Habida cuenta de la referencia que se hizo antes a la importancia del proceso cultural en el desarrollo y la reconstrucción nacionales de las sociedades del período postcolonial, es importante que se consideren las estrategias de desarrollo, particularmente respecto de los jóvenes, en el marco de estos principios opuestos de organización y cultura sociales: en esta dualidad irreconciliable se asientan los problemas fundamentales de la alienación, la desorientación y el desplazamiento culturales de la juventud del Caribe de habla inglesa que constituyen el telón de fondo de sus innumerables

dificultades. La dependencia cultural a su vez está vinculada a la dependencia económica, determinada por las condiciones del comercio internacional y la penetración del capital extranjero.

Desde el punto de vista de esta teoría del dualismo cultural, tal vez lo más grave no sea la amalgama de las dos corrientes culturales opuestas, una europea y la otra africana, sino la percepción constante -consciente y subconsciente- de la superioridad intrínseca de los elementos culturales europeos y la nimiedad e inferioridad de las tradiciones culturales africanas (La superioridad se ha extendido actualmente a las influencias culturales de América del Norte, en vista de que los Estados Unidos han adquirido mayor notoriedad y control en el Caribe de habla inglesa.) Todo ello se traduce esencialmente en una confianza ciega en las ideas y actitudes extranjeras, las que se buscan con avidez, y el menosprecio consiguiente de todo lo interno y autóctono. El inveterado desconocimiento de Africa y de la fecundidad de su historia y de su cultura se transforma en una persistente negación y degradación del elemento africano de la cultura del Caribe y en una peligrosa disposición para aceptar cualquier recurso extranjero como medio de huir de la verdad y la realidad de una identidad nacional propia, pues ésta se basa inexorablemente en el reconocimiento del elemento africano de la cultura autóctona y su reconciliación con ella.

La aparición de una cultura "criolla" en estas naciones del Caribe no tiene en cuenta cabalmente este problema. Si bien esta nueva cultura acepta, alienta y reconoce el mestizaje de estas dos corrientes culturales, sigue teniendo un sesgo europeo que considera las tradiciones culturales africanas como influencias minoritarias dentro del complejo cultural total. La cultura criolla -aunque sea sutilmente- glorifica los conceptos europeos, y minimiza o hasta niega las contribuciones de la cultura africana e hindú. En países como Trinidad y Tobago y Guyana, que tienen grandes poblaciones originarias de la India, la cultura de esa región se fusionó con la cultura de origen africano en un proceso natural, puesto que ambos grupos, en tanto que, "extranjeros" sometidos, representaban a los desposeídos y han permanecido en gran medida en la base de una estructura piramidal cuya evolución llevó a situar en la cima a los europeos y los de aspecto europeo, y a los mestizos de piel muy clara en el medio (en un espacio actualmente compartido con las minorías de profesionales de ascendencia africana, hindú y mestiza).

Sin embargo, los de origen hindú han podido establecer una relación completamente diversa con su nuevo entorno. Debido a las circunstancias diferentes en las que fueron traídos al Caribe, pudieron ejercer una "persistencia cultural" que logró protegerlos del trauma psicológico y del desarraigo de una cultura fragmentada y desacralizada. Klass (1961), en su estudio de los hindúes en Trinidad, da testimonio de la capacidad de los aldeanos para reconstituir las instituciones sociales que funcionaban como mecanismos para transmitir su cultura y mantener la cohesión de la comunidad. Los africanos, por el contrario, no tenían más remedio que adaptar su cultura al nuevo ambiente mediante un proceso sincrético; esta cultura híbrida es la que aún prospera en el Caribe de habla inglesa, a pesar

de los esfuerzos de las potencias gobernantes metropolitanas y de las élites "criollas" por exorcizarla. Aunque las actuales élites no han logrado permanecer del todo ajenas a esta cultura sincrética, que se basa en la conservación y reinterpretación de lo africano, siguen atribuyendo a las diferencias culturales un significado económico, social y político que equipara la cultura africanizada y popular con una baja posición socioeconómica.

La situación de la juventud en el Caribe de habla inglesa no puede estudiarse sin tomar en cuenta la influencia de este proceso cultural en las estrategias de desarrollo de la experiencia postcolonial, así como la permanente inseguridad cultural y psicológica y la dependencia económica que da origen a estas estrategias y al consiguiente fenómeno de "crab antics". El desmantelamiento del régimen colonial no sólo exigió una reconstrucción nacional, sino una reconstrucción nacional creativa: es decir, un análisis de la situación desde el punto de vista de las necesidades y prioridades de la población autóctona. Hizo necesario un minucioso examen de conciencia para poder enfrentar la tarea de construir el país, y también una revisión completa de los sistemas ideados por las potencias coloniales para su propio beneficio. El reconocimiento y la aceptación de esta tarea de reconstrucción creativa sólo pueden darse conociendo y aceptando las identidades colectivas, ocultadas y subyugadas con tanto esmero por ideas extranjeras desvinculadas de la realidad de la región, las que siguen creando la confusión que se hace evidente en la actual situación de la juventud caribeña.

II. ASPECTOS SOCIOECONÓMICOS

En estudios anteriores sobre la juventud del Caribe se ha comparado la expansión de la población joven de la región con el crecimiento mundial de la población joven. Según un reciente estudio de las Naciones Unidas, la población del Caribe creció a una tasa media anual de 1.4% durante el período 1980-1984, cifra que representa un descenso respecto de la tasa anual de 2.1% registrada en el decenio de 1970 (Naciones Unidas, 1984). Esto significa que, entre 1970 y 1983, la población del Caribe aumentó de 25 millones a 30 millones, en cifras aproximadas. No obstante la tendencia descendente y un nivel inferior al del porcentaje mundial (1.8%), la tasa de crecimiento de la población continúa siendo alta. En el mismo período de 1970 a 1983, la cifra correspondiente para los Estados Unidos fue de 1.1%, y de 0.4% para Europa occidental (Nelson, 1986).

La tendencia decreciente no se aprecia en todos los países del Caribe: Barbados, Trinidad y Tobago, Granada, Jamaica y San Cristóbal y Nieves participan de ella, pero las tasas de crecimiento de Belice y Guyana superan el 2.4%. La reducción del crecimiento se vinculó principalmente a programas eficaces de control de la natalidad en Trinidad y Tobago y Jamaica; el Caribe, sin embargo, sigue siendo una de las zonas más densamente pobladas del mundo. Su población joven oscila alrededor del 20% de la población total, salvo en Montserrat, cuyo porcentaje es de sólo 5.5%.

Los desafíos que actualmente plantea la juventud del Caribe exceden en mucho el problema de su expansión demográfica, y exigen urgentemente atención y acción más decidida por parte de organizaciones, organismos locales, nacionales e internacionales. La dificultad de la actual situación de los jóvenes puede quizá apreciarse sobre todo en la creciente vagancia juvenil en las calles de las ciudades del Caribe, que ha alcanzado proporciones alarmantes en Jamaica, Trinidad y Guyana. En el caso de Trinidad² los jóvenes vagos son en su mayoría de ascendencia africana: este hecho plantea nuevamente preguntas y preocupaciones sobre la incidencia de la raza en la situación de la juventud del período postcolonial, y sugiere la conveniencia de estudiarlo a fondo para poder entender y eliminar sus aspectos negativos. Ante las desfavorables perspectivas de futuro, y ante gobiernos que parecen considerar la juventud como un problema, y no como parte de una posible solución, los jóvenes desplazados se lanzan a las calles y enrostran a la sociedad su desesperanza, reflejo del fracaso de las políticas de desarrollo.

Este trabajo ya ha hecho referencia al problema de la precariedad efectiva de la independencia de los países del Caribe, analizándola sobre todo en el plano cultural.

Más fácil de medir resulta la persistente dependencia económica. Beckford (1972) se refirió al sistema de plantaciones, que hace sentir su influencia en toda la vida social, y su capacidad para generar y mantener un pertinaz subdesarrollo, haciendo pervivir tras la independencia las estructuras económicas anteriores: comercio exterior y ayuda externa; patrones importados de consumo y producción; turismo; patentes injusticias en la distribución del ingreso y la riqueza; propiedad y control de las empresas comerciales por parte de expatriados; propiedad y control extranjeros de los sistemas bancarios y financieros; repatriación de las utilidades... todo ello en una precipitación insensata hacia la modernización y el desarrollo, sin reflexionar mucho en la pérdida neta que sufre la población, y particularmente la juventud. No obstante el supuesto éxito de tales programas económicos en el Caribe, sus resultados generales son mayores tasas de desempleo y subempleo; gran subutilización de la fuerza de trabajo; mayor frustración; marginación social y económica cada vez mayor de la juventud, y enajenación cultural.

Ante esta situación, no obstante las medidas restrictivas adoptadas por Estados Unidos, Canadá e Inglaterra, un número cada vez mayor de jóvenes elige como única puerta de escape la emigración. Al hacerlo, agravan el éxodo de personas capacitadas que históricamente ha aquejado al Caribe. Lo que hay que destacar es, en síntesis, que las políticas y los programas de los gobiernos del Caribe siguen representando la práctica de un desarrollo

2. Tobago, cuyo ambiente sigue siendo más rural que el de Trinidad, su isla hermana urbanizada, se caracteriza notablemente por la falta de vagos. De hecho, se dice que los únicos vagos de la isla han llegado de Trinidad. Es pertinente el tipo ideal de dicotomía de Redfield entre sociedades tradicionales y urbanas, en que las más rurales son las más tradicionales y las más urbanas las más proclives a la "desorganización", la secularización y la individualización.

estrechamente vinculado a las metrópolis y, en consecuencia, orientado hacia ellas. La desorganización constante de las sociedades del Caribe se basa en esta verdad fundamental. Los efectos del denominado "desarrollo dependiente" por los teóricos de la dependencia se observan claramente en la juventud actual, primera generación del período postcolonial.

1. Desempleo y subempleo

En vista de sus enormes repercusiones sobre la creciente población de la región, vale la pena enumerar algunas causas del desempleo y subempleo, acreditadas ya abundantemente por economistas y otros expertos. Estas causas son: el rápido crecimiento de la población; la elevada tasa de crecimiento de la fuerza de trabajo; la participación cada vez mayor de mujeres en la fuerza de trabajo; el traslado gradual de la población de las zonas rurales a las zonas urbanas, que transforma el subempleo rural en desempleo urbano; la importación de tecnología moderna de los países desarrollados, que significa ahorro de mano de obra, sobre todo en las actividades manufactureras; la preferencia por la aplicación de tecnología que hace uso intensivo del capital en vez de mano de obra, de lo cual Trinidad y Tobago, en el período de la prosperidad petrolera de 1973 a 1983, es un ejemplo; la falta de correspondencia entre educación y capacitación, que a menudo genera desequilibrios entre ambas e inadecuación a las necesidades del mercado laboral (Demas, 1977).

Otro factor particularmente importante para el Caribe de habla inglesa y remanente directo del período de dominación colonial, es el mayor *status* que se atribuye a los empleos burocráticos. Las políticas y programas que hacen incapié en la industrialización y modernización, en detrimento de la agricultura no han hecho sino reforzar tal opinión; afectan gravemente el abastecimiento de alimentos y obligan a consumir alimentos importados de alto precio, fomentando además patrones de consumo que alientan la preferencia por los alimentos importados y menosprecian los alimentos y los gustos autóctonos.

El problema del desempleo y el subempleo, asunto de suma preocupación y prioridad para la mayor parte de los países en desarrollo, representa para los adultos una experiencia traumática y frustrante. Para los jóvenes que ingresan al mercado del empleo ésta es aún más desoladora. Si para los adultos el desempleo significa desigualdad de participación en la producción, el ingreso y la riqueza de la sociedad, lo que en sí es una experiencia psicológica y emocionalmente dañina, para la juventud representa el primer contacto violento con el mundo real, que puede alterar irreversiblemente su relación con el medio y la comunidad y marcar negativamente el rumbo de su vida. La experiencia de los jóvenes caribeños en su primer contacto con el mercado de empleo se traduce en infravaloración de sí mismos, frustración y desorientación.

Se trata de un problema muy grave. La información correspondiente a Trinidad y Tobago -país que disfruta del más elevado nivel de vida del Caribe- muestra una tasa general de desempleo de 15% en 1985; el

desempleo para el grupo de 15 a 19 años, en cambio, es de 37%, y de 25% para el grupo de 20 a 24 años. En el grupo de 25 a 34 años, el desempleo afecta a 13%, proporción más acorde con la tasa general. En todos los grupos de edad, el desempleo de las mujeres es muy superior al de los hombres; ésto se acentúa en el grupo de 15 a 19 años, donde el desempleo de los hombres es de 35%, y el de las mujeres 43%, cifra que casi triplica la tasa general de desempleo femenino (17%). Todas estas tasas han aumentado respecto de las de 1984 (cuadro 1).

Cuadro No.1
Trinidad y Tobago
Tasas de Desempleo por Edad y Sexo
1984-1985

Grupo de edad	Fecha	Ambos Sexos %	Hombres %	Mujeres %
Todas las edades	30/6/84	13	12	15
	31/12/84	14	12	17
	30/6/85	15	15	17
15-19	30/6/84	31	29	37
	31/12/84	35	32	42
	30/6/85	37	35	43
20-24	30/6/84	21	19	23
	31/12/84	22	21	23
	30/6/85	25	25	24
25-34	30/6/84	11	11	11
	31/12/84	12	11	14
	30/6/85	13	12	14

Fuente: Vital Statistics Bulletin, Vol. No.1, 1986, Oficina Central de Estadística de Puerto España, Trinidad y Tabago.

Aunque no se pudo obtener información actualizada para los otros países, el cuadro 2 presenta algunas tasas de desempleo en el período 1980 a 1982, según grupos de edad. En los países allí señalados, la tasa de desempleo del grupo de 15 a 19 años es muy superior a la del grupo de 20 a 24 años. En Barbados, Belice, Montserrat y San Cristóbal y Nieves, el desempleo entre el grupo de 15 a 19 años casi triplica la tasa de desempleo, de por sí elevada, del grupo de 20 a 24 años.

La alta tasa de desempleo del grupo de 15 a 24 años por cierto tiene relación con un sistema educativo regional que subordina la capacitación profesional y técnica a la enseñanza académica, y, por consiguiente, no educa adecuadamente para empleos no burocráticos. Sin embargo, para comprender plenamente la enorme repercusión psicológica del desempleo y el subempleo en el Caribe, es importante considerar que el empleo representa el principal símbolo de *status*, y la esfera en que mejor se observa

Cuadro No. 2
Región del Caribe (Algunos Países):
Tasas de Desempleo Juvenil por Grupo de Edad,
1980-1982

País	Tasa de Desempleo	
	15-19 Años	20-24 Años
Barbados	40.9	14.7
Belice	13.9	5.2
Dominicana	55.7	23.8
Granada	55.8	26.4
Guyana	55.5	22.7
Islas Turcas y Caicos	28.2	20.2
Islas Vírgenes Británicas	16.8	7.7
Montserrat	32.7	11.5
San Cristóbal y Nieves	36.9	14.8
San Vicente y las Granadillas	58.2	24.2
Santa Lucía	52.8	21.8

Fuente: Vital Statistics, Bulletin, op. cit.

la competencia entre dos actitudes opuestas, la solidaridad grupal y la búsqueda afanosa de una mejor posición social. En un contexto histórico y cultural, el empleo en el Caribe de habla inglesa es mucho más que un medio de atender las necesidades básicas de la persona y la familia. No sólo es la principal vía de mejoramiento del propio nivel de vida; también como la educación, se considera factor fundamental para deshacerse de los vestigios de la esclavitud y del sometimiento, y liberarse de la situación de inferioridad social que históricamente ha sido sinónimo de la propia identidad racial y de la dependencia económica.

En el estudio titulado "Social Stratification in Trinidad", LLOYD Braithwaite (1975) da testimonio de un "cambio fundamental en la reafirmación de la identidad propia de las clases inferiores", producido por las oportunidades de empleo que creó el establecimiento de bases norteamericanas en Trinidad. Según Braithwaite, no hay palabras para expresar el grado de dignidad personal que adquirió la clase trabajadora gracias al pleno empleo. Como se dijo, el empleo se concibe como elemento importante de movilidad social y como principal indicador de la condición social. Dentro del contexto del modelo de "crab antics", de Wilson, al que se hizo referencia en una sección anterior, el empleo sirve para ir ascendiendo en la escala social. Persiste un rasgo estructural propio del período anterior a la independencia: preferir el interés individual por sobre el del conjunto, lo que se aprecia claramente en las actitudes hacia el trabajo. Los vínculos de parentesco, amistad, "contactos" e influencia política han llevado a fortalecer los valores coloniales del individualismo y el afán de sobresalir y también han reforzado las diferencias sociales y económicas, por oposición a la armonía y el progreso en sociedades igualitarias. El empleo no es en este contexto una oportunidad de hacer contribuciones

valiosas a la sociedad, sino un medio de disfrutar del reconocimiento social que acompaña a la adquisición de bienes materiales que acreditan una buena posición económica. En otras palabras, el concepto de construcción de la nación, como motivo de participación en el empleo, brilla por su ausencia.

El rápido crecimiento de la intervención estatal y local en la economía, junto con la nacionalización de sectores antes reservados a las metrópolis, son dos de los más osados intentos para lograr el control nacional de las economías. Guyana, Trinidad y Tobago y Jamaica han hecho algunos avances en este esfuerzo de descolonización económica; sin embargo, faltan fundamentales cambios de actitud, lo que obstaculiza la realización personal de los jóvenes y reduce su nivel de participación en la sociedad.

La juventud del Caribe se encuentra atrapada en este círculo vicioso. Los menos educados, o aquellos cuya capacitación no corresponde al mercado de trabajo, son invariablemente los que carecen de la habilidad social o del poder económico y político necesarios para obtener favores y auspicios de los poderosos. Por su parte, la juventud educada, especialmente la que se ha formado en universidades del extranjero, es considerada como un peligro por ciertos profesionales más maduros de vasta experiencia práctica, pero nula formación universitaria. Contra estos jóvenes apunta el resentimiento de la gente mayor, víctima de sus propias frustraciones e inseguridades: los ven como ambiciosos que obtienen todo con excesiva facilidad. Estos jóvenes se convierten involuntariamente en víctimas de la dinámica negativa de "crab antics", y suelen ser objeto de la competencia desleal, la mezquindad y la rivalidad. En vez de brindar generosamente a los jóvenes su saber y experiencia, y de alentar su contribución y participación, muchos de los profesionales adultos prefieren obstaculizar su progreso, lo que aumenta la desilusión y frustración de los jóvenes ante la sociedad. Por sobre los méritos y la idoneidad, como asimismo de la voluntad de hacer un aporte a la sociedad, prima la competencia por el trabajo, el soborno, los "contactos", los favores y la influencia. Las variables de raza, clase, color y sexo complican más aún la situación; ésta incita a los jóvenes negros de bajos ingresos a incorporarse al mundo del delito, y expone a las mujeres jóvenes -particularmente a las madres solteras- a la explotación sexual. Una investigación de las 28 empresas cuyas acciones se transan en la Bolsa de Comercio de Trinidad y Tobago reveló que la concentración, la riqueza, el poder y las prerrogativas, así como el monopolio de la información para unos pocos, se obtienen mediante directorios estrechamente vinculados entre sí (Parris, 1984). La investigación también indicó que la élite empresarial de Trinidad y Tobago estaba dominada por personas de origen caucásico, aunque comprendía varias razas. No hay mención de la participación de mujeres en dicha élite. Como ya se dijo, el valor simbólico del empleo burocrático continúa determinando que los jóvenes no busquen oportunidades de empleo o intereses académicos y profesionales en otras esferas. Esta percepción negativa del trabajo no burocrático afecta la economía y las perspectivas de empleo de los jóvenes sobre todo en lo que respecta a la agricultura, donde el nivel de participación en la fuerza de trabajo agrícola es muy bajo

(Barbados, 14.5%; Jamaica, 17.1% y Trinidad y Tobago, 14.8% en 1985). Este bajo nivel de participación en el empleo agrícola persiste en países caribeños cuyas tasas de desempleo juvenil son alarmantemente altas.

A medida que se ensombrecen las perspectivas económicas del Caribe, la creatividad económica parece haberse desplazado de los gobiernos a los individuos. Existe una economía clandestina o sistema de "mercado paralelo", al que recurren principalmente las mujeres y los jóvenes para evitar la pobreza y la inanición. El pequeño comercio (alimentos, vestuario y repuestos de automóviles) se ha convertido en una importante fuente de ingreso para estos grupos. Sus actividades han llegado a ser internacionales: los guyaneses intercambian oro y diamantes por productos valiosos del mercado de Trinidad y Tobago; los habitantes de Trinidad adquieren ropa de Curazao, Panamá y Miami, y los jamaquinos, limitados por disposiciones cambiarias, intercambian ron, licores y habanos por artículos de gran valor en el mercado de Jamaica. Al ver en Puerto España el número de jóvenes que pregonan en las aceras la venta de ropa, zapatos, cassettes y otros artículos importados, se comprende de inmediato la importancia de este fenómeno para la supervivencia de los desempleados.

2. Los Efectos del Turismo

Los turistas llegados al Caribe fueron alrededor de seis millones en 1982. Los ingresos brutos por concepto del turismo se calcularon en aproximadamente 3.600 millones de dólares en la región, sin contar los de Cuba. El turismo regional reaccionó vigorosamente al repunte de la economía en 1984 y salvo en Granada aumentó en todos los lugares de destino, (CEPAL, 1984). Dado el acento que se pone en fomentar las exportaciones para contrarrestar los déficits de divisas, puede preverse que esta actividad irá adquiriendo aún más importancia. En el Acuerdo de Nassau acerca del turismo, se recomienda que la región prosiga protegiendo y manteniendo los actuales sitios de interés turístico, y que fomente el aprovechamiento y la diversificación de lugares nuevos, con miras a hacer aún más atractivo el Caribe como lugar de vacaciones, obtener así una mayor afluencia de visitantes, permanencias más prolongadas, o mayores gastos de los turistas (Secretaría de la Comunidad del Caribe, 1984). La propia Trinidad y Tobago, que, debido a sus recursos de petróleo y gas natural, ha mantenido tradicionalmente una política de distanciamiento cauteloso respecto del turismo, se ha propuesto actualmente una ofensiva turística.

El turismo brinda importantes ventajas económicas. En 1985, Barbados, con 304.000 visitantes, recibió 207 millones de dólares; las Bahamas, 669 millones de dólares de 1.121.000 turistas; Antigua, 50 millones de dólares de 87.000 viajeros; Jamaica, 388 millones de dólares de 408.000 turistas, y Trinidad y Tobago con 200.000 turistas, 163 millones de dólares (Handbook of International Trade and Development Statistics, 1985). Sin embargo, el atractivo de estos ingresos no debe llevar a desconocer la posibilidad de que las grandes afluencias de viajeros produzcan un efecto

social negativo en los países del Caribe que cuentan con un número reducido de habitantes. Santa Lucía, con una población de sólo 120.000 habitantes, recibió 70.000 turistas en 1985, y obtuvo por ello 30 millones de dólares. Sin embargo, la repercusión de un contingente turístico que representa más del 50% de la población en un año es motivo de preocupación. Las mujeres y los jóvenes son los más afectados por el desempleo, y por consiguiente son los grupos que resultarán probablemente más vulnerables a los elementos negativos que a menudo acompañan a las ocupaciones vinculadas al turismo. Entre los jóvenes de las Bahamas y Barbados, éstos son el tráfico y el abuso de estupefacientes, la criminalidad organizada, y la prostitución de hombres y mujeres y su secuela de enfermedades venéreas. Más sutil, pero quizás más duradero y psicológicamente más perjudicial, es el papel que desempeña el turismo al agravar el proceso de alienación cultural de la juventud del Caribe.

Las ventajas y desventajas relativas del turismo han sido desde hace mucho preocupación preferente de economistas, sociólogos y antropólogos. Estos últimos han destacado que el turismo recalca y refuerza las diferencias culturales entre los turistas y los habitantes del país, aunque es cierto que crea nuevas oportunidades de empleo y tiende a reducir las migraciones, sobre todo de mujeres y jóvenes de zonas marginales subempleados o desempleados. Según sus adversarios, el turismo favorece la dependencia en vez del desarrollo, y reproduce formas de dominación y subdesarrollo estructural que equivalen al neocolonialismo, puesto que la industria turística depende, en gran medida, del capital extranjero (Cohen, 1984). Además en sociedades como las del Caribe, cuyo pasado reciente es de esclavitud y dominio colonial, que son el reflejo de poblaciones de origen predominantemente africano, y donde el contingente turístico probablemente esté compuesto por norteamericanos y europeos, el turismo corre el riesgo de recrear y reforzar la impresión de servidumbre de los negros y de superioridad de los blancos, y de crear o agravar desarmonía en las relaciones.

No obstante estos inconvenientes, el turismo representa un buen mercado para los productos culturales. Puede inspirar el crecimiento y desarrollo de una cultura autóctona, y crear estímulos para los jóvenes, alentando la elaboración de productos culturales que siguen muy abandonados o neutralizados por la clase media del período posterior a la independencia. Los gobiernos del Caribe tienen el deber de formular políticas culturales y de crear instituciones culturales adecuadas con miras a orientar ideológicamente a los jóvenes sobre quienes habrá de recaer la responsabilidad de continuar la difícil tarea del desarrollo nacional. Mientras mayor sea la dependencia del desarrollo económico respecto del turismo, más urge realizar esta tarea: el turismo, que trasmite formas culturales, somete a los jóvenes a diferentes influencias, lo que podría agravar más aún la desorientación y la alienación cultural. Sólo mediante esta acción gubernamental se podría contrarrestar el peligro de diluir y explotar la cultura nacional como producto comercial para turistas, así como evitar que las élites nacionales (que suelen ser las cabezas visibles de

las empresas turísticas) comercialicen las artes, ceremonias religiosas y costumbres auténticas, generalmente propias de los grupos de menor nivel económico.

3. Educación

Con la independencia del Caribe de habla inglesa comenzó una era de renovada valoración de la educación, que durante el período colonial se identificó sólo con las clases socioeconómicas media y superior. Desde un punto de vista colonial, no convenía educar a los caribeños, y la educación quedaba fuera del alcance de las masas; la escasez de instituciones educacionales y su costo relativamente elevado impedían el acceso masivo a la educación. El aumento de la enseñanza primaria, así como la enseñanza secundaria gratuita, se convirtieron, por consiguiente, en una prioridad nacional de las sociedades postcoloniales; las muy reducidas tasas de analfabetismo reflejan la importancia asignada a la educación en el Caribe de habla inglesa. La tasa de analfabetismo más baja correspondía en 1982 a Barbados, con 0.7%. Las más altas de la región eran las de Santa Lucía (18.3%) y de Antigua y Barbuda (11.3%). Las tasas de analfabetismo son aún más bajas para los jóvenes de edades entre 15 y 24 años. Sin embargo, estas tasas no necesariamente reflejan la creciente producción de analfabetos funcionales o la existencia de currículos que no corresponden en la práctica a las realidades del desarrollo del Caribe.

Según el Censo de Población y de Vivienda de Trinidad y Tobago levantado en 1980, "la proporción de los que no han logrado éxito en sus estudios, es decir, de personas sin un certificado de examen, es el 52.4%" de la población adulta del país. Esta cifra representa el inquietante número de 392.033 personas de 20 o más años de edad que abandonaron la escuela sin prueba visible de haber asistido a ella jamás. Además, los datos muestran que hay 34.251 personas de 15 y más años de edad con menos de un nivel primario de educación, o con ninguna educación en absoluto. Aunque la cifra era de 54.126 hace veinte años, y por lo tanto se ha progresado, la situación actual no es de buen augurio para una nación independiente cuyo futuro, según sus fundadores, estaba en los maletines escolares de sus niños.

Como el empleo, la educación ha sido considerada históricamente como un medio para alcanzar la movilidad social. Se la considera en realidad como el medio fundamental para lograr movilidad ocupacional, principalmente por intermedio de la administración pública. Por consiguiente, el proceso de adquirir una buena educación no sólo induce a una precoz y dura competencia, sino que socializa tempranamente en la dinámica de 'crab antics'; Austin (1983), apoya institucionalmente la noción de que la desigualdad se debe a la diferencia de capacidad y de inteligencia. Aunque en estas sociedades se creó la enseñanza secundaria gratuita junto con lograrse la independencia, persistió la competencia por entrar en escuelas secundarias de élite. Si ésto no se lograba, el estudiante ingresaba en una "escuela integrada", con capacitación académica y técnica a la vez. Sin

embargo, estas escuelas llevan consigo un estigma de inferioridad social e intelectual que persigue a los estudiantes durante sus vidas laborales. Los jóvenes pueden asimismo acceder a los institutos politécnicos o escuelas especializadas en que se enseñan conocimientos especializados de secretaría, administración de hoteles, etc. Con todo, la capacitación académica superior sigue representando un ideal. La red regional de educación superior constituida por la Universidad de las Indias Occidentales permitió acceder a la enseñanza superior dentro de la región. Sin embargo, la inveterada costumbre de considerar inferior cualquier institución regional llevó a que se asignara mayor valor a calificaciones obtenidas en universidades extranjeras, principalmente británicas. La ulterior expansión del programa de estudios de la Universidad, la introducción de nuevos programas de grados y títulos universitarios, y el establecimiento de dos nuevos recintos universitarios estimularon una mayor confianza y un aumento de la matrícula.

Los tres recintos de la Universidad están situados en Mona, Jamaica, establecido en 1948; St. Augustine, Trinidad, establecido en 1960; y Cave Hill, Barbados, establecido en 1963. Las cifras de matrícula en los distintos recintos universitarios en el año 1981-1982 fueron respectivamente de 4.892, 3.124 y 1.566 alumnos. Los territorios que participan en la red pero carecen de recintos universitarios son Anguila, Antigua, Bahamas, Belice, Dominica, Granada, Islas Vírgenes Británicas, Islas Caimán, Montserrat, San Cristóbal y Nieves, Santa Lucía y San Vicente, Guyana tras haber participado plenamente, estableció su propia Universidad, pero, en virtud de arreglos especiales, hace aportes de personal académico. En las Bahamas funciona un programa de Administración de Hoteles aunque este país no se considera como territorio con recinto universitario (CRESALC/UNESCO, 1985). El número total de varones matriculados ha sido tradicionalmente más elevado que el de mujeres, pero la diferencia tiende a reducirse. Las cifras de matrículas de estudiantes correspondientes a 1984 indican una tendencia a una representación significativamente más elevada de mujeres, especialmente en las facultades de Artes y Estudios Generales y Derecho.

Paradójicamente, el concepto de enseñanza secundaria gratuita ha dado lugar a dos actitudes extremas. Un grupo ha aprovechado plenamente sus beneficios, utilizando hábilmente la educación para lograr movilidad social, ocupacional y económica. El otro grupo considera la educación como algo que se les da de balde, lo que parece conducir a una excesiva dependencia y a expectativas de recibirlo todo sin hacer esfuerzo alguno. Esta mentalidad cataliza la corrupción, el soborno y la subordinación a políticos poderosos. Ninguno de los dos grupos parece poder vincular la educación gratuita con la búsqueda de la libertad, igualdad y el desarrollo nacionales, objetivos del sistema. Son muy pocos los que consideran la educación como la base para transformarse a sí mismos y a la sociedad con miras a una reconstrucción creativa. La mayor parte de estos últimos han traído del extranjero su educación y su experiencia, y están ansiosos de "hacer su aporte". Se frustran y desilusionan con rapidez: los lugares de trabajo, en vez de ámbitos de consolidación y activación de las políticas

y programas positivos de desarrollo, siguen siendo focos de competencia, rivalidad, intimidación y mezquindad, en los que predominan más la dinámica de "crab antics" que la cooperación social como base para el éxito y los logros nacionales. Un significativo porcentaje de estas personas se ve obligado a volver al extranjero.

Es imposible sobreestimar el papel de la educación, no sólo en relación al empleo sino sobre todo como punto de apoyo de la transformación psicológica de los países recientemente independizados. Su función de inculcar en las mentes jóvenes ideas, valores y actitudes más adecuadas, como prerrequisitos para lograr nuevas sociedades, es primordial para los gobiernos del Caribe. Mediante el proceso de la educación se puede socializar a la población joven para sociedades más igualitarias, siempre que exista la voluntad económica, política y cultural para hacerlo. La transición entre la educación y el empleo es decisiva para la juventud del Caribe: en esta etapa se determina el rumbo de los jóvenes y, por extensión, de sus sociedades. En ella deben tomar las decisiones más serias de sus vidas, luchando contra las frustraciones del desempleo, los sentimientos de inutilidad y la falta de confianza en sí mismos. La actual reestructuración de la Universidad de las Indias Occidentales, la creación del Instituto Nacional de Educación Superior, Investigación, Ciencia y Tecnología (Niherst) de Trinidad y Tobago, y la proliferación de programas de educación de adultos y de programas llevados a cabo fuera de los recintos universitarios apuntan hacia intentos de abordar seriamente los desafíos educacionales permanentes. Sin embargo, el sector de tercer nivel muestra una espectacular disminución de la matrícula, situación que exige una atención urgente ya que se relaciona directamente con las posibilidades de empleo de los jóvenes. Además, persiste la necesidad de hacer más creativo el uso del proceso educacional para ayudar en la tarea de la transformación de la sociedad y reparar parte del arraigado daño que la educación del período colonial provocó.

4. Salud

La drogadicción y el alcoholismo son el problema de salud más grave entre los jóvenes del Caribe. El mayor cambio de los años ochenta ha sido el espectacular aumento del uso de la cocaína, que ha alcanzado proporciones epidémicas en los tres últimos años, particularmente en las Bahamas y en Trinidad y Tobago (Secretaría de la CARICOM, 1985). El problema de la juventud y de la drogadicción puede apreciarse más certeramente en el marco de un problema más antiguo; el de la elevada incidencia del alcoholismo entre la población adulta. El alcohol constituye todavía el mayor problema de salud de la región y causa considerables pérdidas económicas. En Trinidad y Tobago, cuya riqueza petrolera de los años 1970 precipitó una "juerga" nacional, se ha estimado que los costos de salud imputables al alcohol ascienden a 80 millones de dólares del país, y el costo en cuanto a productividad perdida, a alrededor de 100 millones de dichos dólares (Beaubrun, 1984).

Según consejeros en rehabilitación de drogadictos en este último país, las investigaciones revelan que casi el 100% de las personas tratadas comenzaron por tomar alcohol y pasaron luego a drogas más fuertes, de acuerdo con su disponibilidad y costo. Los expertos en esta materia han podido también distinguir diferentes patrones de uso indebido de drogas en los jóvenes y en los adultos: los alcohólicos son mayores y tienen empleo; aumenta entre ellos el uso ocasional de la cocaína, con algunos casos de abuso habitual en grupos de altos ingresos. La drogadicción entre los jóvenes se diferencia también por clases; los jóvenes de ingresos medianos y altos son usuarios de cocaína y LSD; los de menores ingresos comercian con la cocaína y el LSD, pero fuman marihuana. En Trinidad y Tobago se perfila una diferenciación étnica, que indica una preferencia por el alcohol entre los de origen hindú y una afición a drogas más fuertes en otros grupos étnicos. Lo más significativo, sin embargo, es que una mayoría abrumadora de los jóvenes vendedores o usuarios de drogas carecen de empleo.

El análisis de los datos obtenidos en un centro voluntario de orientación para toxicómanos no internos, sobre la base de la información obtenida de 84 pacientes durante el período comprendido entre noviembre de 1985 y abril de 1986, proporciona un retrato demográfico del toxicómano como una persona de entre 14 y 44 años de edad, soltero (58.3%), desempleado (45.2%), varón (90.5%) y predominantemente de ascendencia africana (53.6%). Los de ascendencia hindú constituían el 16.7% de la población del centro de orientación; el 27.3% era de ascendencia mixta. Únicamente el 9.5% de los sometidos a tratamiento eran mujeres. El 82.1% de los que buscaban orientación eran adictos a la cocaína, pero pueden haber comenzado con drogas más suaves. El 8.3% era adicto a la marihuana y el 4.8%, al alcohol. Los límites inferiores de edad indicados para la introducción al uso de las drogas fueron los siguientes: 8 años de edad para el alcohol, 9 años para la marihuana y 12 años para la cocaína. El 95.2% de las personas que recibieron orientación afirmaron que el problema era sólo de ellas, mientras que el 10.7% admitió que se trataba de un problema de familia. Sólo cuatro estudiantes (4.8%) figuraron entre el grupo. El 27.3% correspondía a trabajadores calificados y empleados y el 19%, a trabajadores no calificados, pero empleados.

El vínculo entre la educación, el desempleo y la drogadicción es directo e ineludible. Los jóvenes aprovechan plenamente las oportunidades educacionales, hacen frente con éxito a las series de exámenes y siguen adelante para asistir a la universidad, o bien se abruma durante ese trayecto y se retiran muy temprano del sistema. Sin embargo, dadas las elevadas tasas de desempleo, para ambos grupos el final del proceso es un vacío que suele convertirse en el comienzo de un juego con las drogas y a veces prolongarse en una grave dependencia. En 1985, el Dr. Lennox Bernard de la Universidad de las Indias Occidentales llevó a cabo una encuesta a escala nacional sobre el uso de las drogas. La muestra comprendió a más de 3.000 estudiantes de hasta 20 años de edad, de campamentos juveniles y reformatorios, y jóvenes desempleados entre 14 y 20 años de edad. Las conclusiones preliminares indicaron que los 16 años era la edad en que las drogas, y también el alcohol, eran usados con mayor frecuencia. Entre las

razones que explicaban el uso de las drogas figuraron las siguientes: presión de los compañeros, curiosidad, búsqueda de la felicidad, necesidad de mantener la tranquilidad, presión en el hogar, soledad, problemas de trabajo escolar o rendimiento en los deportes. Se llegó también a la sorprendente revelación de que el uso indebido de las drogas era más elevado entre los adolescentes provenientes de hogares estables, con presencia de ambos padres.

La gravedad del abuso de drogas en el Caribe causa preocupación, no sólo por su influencia destructiva sobre la juventud, sino porque potencialmente puede destruir a toda sociedad, produciendo una generación completa de jóvenes desorientados e improductivos. El flagelo afecta más a los hombres que a las mujeres; sin embargo, el peligro de la prostitución, las enfermedades venéreas y los embarazos que producen a criaturas dependientes de las drogas hace que sea aún más grave en el caso de las mujeres jóvenes. La ubicación del Caribe de habla inglesa, entre los Estados Unidos y Sudamérica, lo convierte en un punto cómodo de transbordo para el tráfico de drogas. La topografía, las sanciones comparativamente suaves para los delitos relacionados con las drogas, el bajo precio de la cocaína, la pureza de la cocaína disponible de alta calidad que procede de Colombia, la frecuencia de la "reducción a la base pura", la disponibilidad de la cocaína más potente elaborada previamente como "rocas", y la nueva pasta de coca, que es incluso más potente que la cocaína reducida a la base pura, son algunas de las otras explicaciones que se dan para el rápido incremento del uso indebido de drogas en el Caribe.

Historias clínicas informales de Trinidad y Tobago documentan: 1) la introducción del alcohol a drogadictos desde los 8 años de edad; 2) el número alarmante de drogadictos adolescentes que fueron introducidos a las drogas por sus padres; 3) la disponibilidad de drogas "suaves" y "duras" que ofrecen vendedores en las escuelas; 4) la relación entre la adopción de hábitos y conductas norteamericanos y el uso indebido de drogas; 5) para las Bahamas, Bermuda y Barbados, el vínculo existente entre el aumento de la drogadicción y la afluencia de turismo norteamericano, la prostitución, el juego y el crimen organizado; 6) la difusión del uso indebido de drogas por parte de personas del país que regresan después de estadas prolongadas en los Estados Unidos y el Reino Unido.

En términos más generales, los problemas de salud de los jóvenes del Caribe corresponden a algunos de los principales problemas sanitarios regionales; alteraciones del medio ambiente, falta de agua potable, las instalaciones insalubres, falta de atención a la población de las zonas rurales, insuficiencia de los servicios de salud y el equipamiento, todo lo cual genera desconfianza. Los embarazos adolescentes son un problema permanente, que se examinará más adelante. En toda la región se ha planteado recientemente la preocupación por el temido Síndrome de Inmuno Deficiencia Adquirida (SIDA), y particularmente en los países de grandes poblaciones homosexuales o que, debido al turismo, atraen gran número de homosexuales. El temor a la enfermedad ha estimulado en Trinidad y Tobago una nueva tendencia hacia la cautela sexual entre los

jóvenes, lo que hace esperar alguna disminución en el número de embarazos de adolescentes.

5. Vivienda

La esencia del problema de la vivienda para los jóvenes se vincula a los problemas de educación, desempleo, dificultades de comunicación con los padres, migración rural-urbana en busca de empleos, y drogadicción. Según un trabajador social de Trinidad y Tobago, "algunos niños simplemente no deberían estar viviendo con sus padres". En realidad, la falta de alojamientos adecuados para los jóvenes drogadictos crea, en los programas de orientación y rehabilitación, un círculo vicioso de regreso al mismo medio y a los mismos problemas que fomentaron la drogadicción en primer lugar. Algunos, como se dijo, antes, terminan en las calles, lo que, como se dijo, se refleja en el alarmante aumento del número de jóvenes vagos.

Otros dos factores vinculados a la economía han contribuido también a las dificultades de vivienda de los jóvenes. En Trinidad y Tobago, el gran número de consultores extranjeros -beneficiarios de los contratos de gobierno a gobierno durante el decenio del auge del petróleo, con altos sueldos y subsidios- provocó un alza artificial de los arriendos. La afluencia de turistas ha producido también aumentos rápidos en el precio de los terrenos en centros turísticos como Barbados, las Bahamas y Jamaica. En Trinidad y Tobago se ha intentado controlar e incluso hacer descender los arriendos a su nivel anterior, sin embargo, los precios siguen siendo muy altos para los jóvenes desempleados y subempleados, lo que fomenta los sentimientos de insuficiencia, inseguridad e incertidumbre acerca del futuro.

6. Familia

En los muchos estudios existentes sobre estructura de la familia en el Caribe de habla inglesa, se destaca la posición central de las mujeres en cuanto madres. Las mujeres de bajos ingresos suelen ser las principales o únicas productoras de ingresos de sus hogares y de hecho sus jefes; la marginalidad económica de los hombres de estos estratos centra la familia en torno a la mujer. Si bien la unión matrimonial legal podría considerarse un ideal social, estas mujeres deben optar por estrategias de adaptación diversas para hacer frente a sus realidades socioeconómicas.

Las controversias recientes acerca de las familias de ascendencia africana de la región plantean dos posibilidades. La primera es que la familia negra de bajos ingresos constituya una variante de la estructura de familia de élite, que responda a que los hombres de menores ingresos, a menudo desempleados y subempleados, no puedan asumir sus responsabilidades familiares. La segunda es una forma de reinterpretación herskovitsiana: el hogar encabezado por la mujer es un tipo esencialmente diferente de organización de la familia, basado en principios distintos y valores culturales propios de la cultura del Africa occidental. Esta última noción destaca

la fortaleza y el apoyo que brinda la familia extendida, las oportunidades de transmisión cultural en la "familia de la abuela" y la importancia del parentesco colateral, todos ellos conceptos rara vez considerados al analizar las familias de menores ingresos del Caribe de habla inglesa.

En ambos casos, lo que se destaca es que la marginalidad económica despoja a los hombres de bajos ingresos de las funciones que definen su *status*, y que existe una estructura de dominación masculina que permanece insensible a la importancia económica de la mujer y no toma adecuadamente en cuenta cuánto depende de ella la estabilidad de la familia, la de los jóvenes y, por extensión, la de toda la sociedad. Si ésto se comprendiera cabalmente, exigiría tomar más en serio el empleo y la capacitación de las mujeres, cuya tasa de desempleo casi duplica la correspondiente a los hombres en la mayoría de los países del Caribe de habla inglesa. En la misma línea, se asignaría importancia y urgencia al establecimiento de guarderías de niños y otros servicios que proporcionan apoyo a las madres trabajadoras.

La organización familiar de los hindúes muestra continuidades y estructuras diferentes. Una significativa mayoría de los niños de origen hindú crecen en hogares encabezados por hombres, a diferencia de lo que sucede en las familias afrocaribeñas de bajos ingresos. Otra diferencia importante entre estos dos sistemas familiares es la edad y las condiciones en que se institucionalizan la cohabitación y el matrimonio. El derecho consuetudinario prescribe una edad mucho más temprana para ambos sexos entre los descendientes de hindúes, entre los afrocaribeños la edad ideal para el matrimonio y la cohabitación es mucho más alta. Esta diferencia tiene efectos significativos en la organización de la vida familiar: la paternidad es una función relativamente más fija en la familia de ascendencia hindú, y sus uniones parecen ser más duraderas que las de las familias afrocaribeñas. Esto último no indica necesariamente una mayor seguridad y estabilidad familiares, pues la presencia de una figura paterna no es necesariamente sinónimo de armonía y estabilidad en una familia. De hecho, muchos hogares con padre, en toda la gama de razas y clases, se ven aquejados por maltratos a la mujer y a los hijos, incesto, alcoholismo y otras conductas anormales ciertamente más perjudiciales que un hogar matri-focal o con una función paterna periférica, para el desarrollo positivo de un niño. Ya se ha mencionado que el análisis de una muestra de jóvenes drogadictos indicó que el uso indebido de drogas era más elevado entre adolescentes provenientes de hogares estables con presencia de ambos padres. Esto indica un trastorno fundamental de la vida familiar que no se limita a los hogares centrados en la mujer.

La importancia de la estabilidad familiar en el rumbo de las vidas de los jóvenes justifica estudiar más detenidamente la influencia de la raza, la clase, la cultura y el poder económico en la estructura familiar del Caribe. Puede ser que dicho estudio deba evitar centrarse en los "problemas" de las familias "desorganizadas" de bajos ingresos y procurar en cambio configurar una visión más clara de las estrategias prácticas que aplican estos grupos para organizar su supervivencia y continuidad. Semejante enfoque

podría llevar a los gobiernos a reconocer la importancia económica de las mujeres y a acelerar las medidas para apoyar y facilitar la autonomía económica de éstas. También sería útil, como estrategia para producir una sociedad más estable y segura, analizar la flexibilidad, adaptabilidad e iniciativa de las estrategias económicas de la población de menores ingresos para compartir y maximizar sus recursos. Por lo general, dichas estrategias provienen de las tradiciones económicas autóctonas, por ejemplo el sou-sou (aporte de recursos escasos a un fondo común) y el gayap (trabajo colectivo para ayudarse entre pares), y podrían servir de modelos para políticas de desarrollo económico más acordes con las circunstancias del Caribe de habla inglesa.

7. Mujeres Jóvenes

Las mujeres jóvenes en el Caribe de habla inglesa siguen siendo las más afectadas por la disfuncionalidad de la sociedad en su conjunto. Sus posibilidades de avance se ven afectadas por el desempleo generalizado, la inadecuada preparación educacional, la falta de capacitación técnica posterior a la escuela, la competencia con hombres en un mercado laboral que prefiere a estos últimos, las costumbres y las actitudes sociales que, so pretexto de proteger a la mujer, sirven para limitar y desalentar la plena participación de ésta en el desarrollo de la sociedad, y los embarazos a edad temprana en sociedades carentes de infraestructura para ayudar a las madres solteras jóvenes y a las mujeres jefas de hogar.

La dura realidad que viven las mujeres jóvenes puede apreciarse en los innumerables informes acerca de empleos condicionados a la complacencia sexual. Otro indicio es el de la “nueva emigración” de los años setenta que se diferenciaba de las anteriores en la abrumadora superioridad numérica de las mujeres, las que a menudo abandonaban hogares establecidos, maridos e hijos (Burgess y James-Gray, 1981).

La frecuencia cada vez mayor del uso indebido de drogas en el Caribe plantea problemas específicos para las mujeres jóvenes. En Trinidad y Tobago, donde el uso indebido de drogas ha alcanzado proporciones casi epidémicas, puede apreciarse la existencia de un número creciente de mujeres jóvenes que recurren a la prostitución para procurarse drogas. Las historias clínicas documentan un número cada vez mayor de mujeres deliberadamente inducidas al consumo de drogas para obligarlas a entrar en la prostitución. En las Bahamas y en Barbados, el aumento de la prostitución se ha vinculado a la influencia del turismo. Las mujeres jóvenes de Guayana, Colombia y la República Dominicana representan una rica fuente de “hallazgos” para los círculos internacionales de la prostitución, encabezados por hombres. Según se afirma, en Granada la prostitución se ha multiplicado rápidamente, y en Bermuda las elevadas tasas de ilegitimidad se atribuyeron al “clima festivo” creado por el turismo en gran escala, y especialmente por el altísimo consumo de alcohol por parte de los turistas (Manning, 1979).

Un problema acuciante que aqueja a las mujeres jóvenes del Caribe es el de los embarazos entre los 13 y 19 años, fenómeno que, según los datos, se presenta sobre todo en familias de bajos ingresos. Los embarazos en estas edades son producto de las circunstancias sociales y a la vez contribuyen a perpetuarlas: limitan las posibilidades, dificultan el matrimonio y el desarrollo social y emocional de la madre y del hijo, y representan un riesgo físico para ambos. Según cifras recientes, puede comprobarse que hace treinta años los embarazos de jóvenes de 13 a 19 años eran más numerosos en todos los países del Caribe que ahora. Sin embargo, las tasas de fecundidad de las adolescentes siguen superando el 100 por mil en la mayoría de los países. Durante 1980, estas tasas fueron de 120 por mil en Guyana, 125 en Granada, 133 en Jamaica, 143 en San Cristóbal y Nieves, 157 en Santa Lucía y 164 en San Vicente. En Trinidad y Tobago, el porcentaje disminuyó de 148 por mil en 1950 a 85 por mil en 1960 (Jagdeo, 1984). El 60% de todos los primeros nacimientos en varios países del Caribe corresponden a jóvenes de 13 a 19 años de edad, y el 50% a jóvenes de 17 años de edad o menos, las más susceptibles a los peligros de partos prolongados, y otras complicaciones obstétricas, y a nacimientos prematuros.

8. Cultura e Identidad de los Jóvenes

El medio que han heredado los jóvenes del Caribe, cuyos rasgos principales se reseñaron en este trabajo al referirse a los antecedentes sociales y culturales, se caracteriza por una dependencia sociológica, cultural y económica, que ha producido una generación de "afro-sajones" cuya identidad se cifra todavía en fuentes externas. Carecen de la confianza necesaria para reconocer y apreciar su propio arte, su cultura, sus creencias y sus formas de vida, y han debido volcarse hacia el exterior para poder reconocerse, definirse y estimarse a sí mismos. Sus héroes son Michael Jackson, Prince y Madonna; sus gustos culinarios se inclinan hacia las pizzas y una gama de alimentos preparados norteamericanos. Las preferencias musicales -ayudadas y promovidas por las estaciones de radio, que reducen al mínimo la transmisión de música de la región- tienen poco que ver desde el punto de vista lírico o musical con los ritmos e intereses de sus países. La influencia de la moda es directa e inmediata. En climas tropicales, puede verse a los jóvenes luciendo chaquetas de cuero, prendas de lana y botas de cuero hasta las rodillas, apropiadas para los inviernos de América del Norte.

Por inofensivas que parezcan, estas señales ponen de manifiesto un desarraigo más profundo y un desprecio de la propia identidad, historia y cultura. Se ha producido una alienación cultural que fomenta entre los jóvenes una actitud de prescindencia y de desconfianza en el desarrollo de sus sociedades, las que por su parte necesitan desesperadamente los aportes y la participación de la juventud. No se trata de atribuir culpas a estos jóvenes, ni se ha buscado activamente su participación, ni se la ha considerado como un imperativo del proceso de desarrollo. Al no conocer sus propios héroes, ni validar su propia cultura e historia, han buscado en

otros ámbitos su arraigo. En relación con poblaciones con un gran porcentaje de personas de origen visiblemente africano, resulta especialmente desconcertante y desalentador el mantenimiento de una correlación entre la pobreza, la condición socioeconómica inferior y el reconocimiento y la adhesión a tradiciones culturales autóctonas provenientes de África, especialmente en la esfera religiosa, donde éstas se conservan en su estado más puro. Tan investida de significación económica, social y política ha estado la cultura que las influencias culturales europeas se han seguido identificando con una situación social elevada y ha persistido la asociación de la cultura de origen africano con un bajo nivel de vida.

La dependencia cultural y la dependencia económica se refuerzan recíprocamente. No es correcto, en consecuencia, como han hecho la mayoría de los países del Caribe de habla inglesa, minimizar o hacer caso omiso de la posición central de la dinámica cultural en el proceso de desarrollo. Algunas de las naciones más grandes del Caribe han realizado intentos laudables para integrar las dinámicas de la política, la cultura y la economía. Las políticas guyanesas de desarrollo autónomo han llevado a experimentar y descubrir toda una variedad de comidas autóctonas y han fomentado el desarrollo de interesantes productos de alfarería, madera, textiles, etc. Por su parte, Jamaica, casi desde el inicio de su historia postcolonial, formuló y aplicó una cabal política cultural, y puede considerarse a pesar de sus enormes problemas políticos, sociales y económicos, el país caribeño de habla inglesa con un nacionalismo más evolucionado. Si bien también está expuesto a una real amenaza del imperialismo cultural, especialmente debido a su proximidad a los Estados Unidos, sigue contando con una firme base de cultura y tradiciones autóctonas, y tiene una avanzada industria cultural.

No se ha formulado aún con claridad una política cultural para Trinidad y Tobago, con lo cual se ha impedido concebir y desarrollar una verdadera cultura e identidad nacionales. No hay una voluntad de cultura capaz de buscar soluciones viables al desempleo estableciendo industrias basadas en formas artísticas autóctonas: fábricas de cintas de acero, industrias de grabación, elaboración de alimentos, etc., o aprovechando el mayor mercado de tés medicinales, hierbas y especias aromáticas. Todo ésto ha seguido sin ser más que un tema de conversación, mientras los jóvenes están desempleados y dependen de valores culturales extranjeros. La creación de escuelas de capacitación en las artes refuerza la cultura autóctona y además contribuye a solucionar graves problemas económicos. Los proyectos basados en aspectos culturales podrían dar medios de vida a trabajadores por cuenta propia como artistas, talladores en madera, afinadores de bandas de acero, etc. Las industrias locales de muebles podrían emplear y capacitar a los jóvenes, no sólo en su desarrollo creativo, sino en funciones de administración y comercialización. Si bien nominalmente existen empresas en algunas de estas esferas, falta el dinamismo necesario para aplicar y desarrollar ideas existentes, así como para innovar creativamente.

Los medios de difusión tienen máxima importancia en lo que se refiere a conservar y fomentar una cultura e identidad nacionales, y también a

defender la soberanía cultural y política nacional y regional. Sus efectos sobre los jóvenes traen consigo una tremenda responsabilidad y obligación de formar y orientar actitudes, gustos y prioridades. En el Caribe de habla inglesa, sin embargo, se cuentan entre las fuerzas que se oponen a la formación de una cultura nacional y una entidad regional. No sólo imponen imágenes improcedentes y contraproducentes; pero aún, no se dan oportunidades de expresión y creatividad a los jóvenes, y por consiguiente no los llevan a valorarse positivamente a sí mismos. Se sofocan así la energía y las fuerzas que impulsan este proceso de valoración de lo propio. No se emplea a los jóvenes en la creación de productos que reflejan su propio medio y sus experiencias de vida, y que sirvan para la educación y la diversión locales; en cambio, se les fuerza a ver constantemente producciones extranjeras envasadas. Resulta paradójico que los afro-americanos rechacen la vaciedad de los programas de televisión que no reflejan, proyectan ni abordan seriamente sus estilos de vida, y que los estadounidenses, tanto negros como blancos, protesten contra la horrible violencia que entra en sus hogares bajo el disfraz de entretenimiento, mientras en el Caribe los medios de difusión de propiedad del Estado exponen sin problemas a los jóvenes a esos estilos de vida.

La televisión, por su carácter mismo, proyecta imágenes exactas, y no deja mucho lugar a la imaginación. Absortos en dichas imágenes, los jóvenes del Caribe están más al corriente de los asuntos de Nueva York, Los Angeles y Dallas, que de los festivales, las costumbres y las amenazadas tradiciones de sus propios países. La publicidad de la televisión, tanto local como extranjera, sigue proponiendo normas de belleza que no sólo están en desacuerdo con la composición física de las mayorías, sino que, en algunos casos, perpetúan nociones racistas del período colonial. La compleja tecnología de las comunicaciones, que permite actualmente a los países del Caribe recibir directamente las estaciones de televisión norteamericanas, amenaza gravemente la capacidad de los jóvenes del Caribe para configurar una visión de su mundo y de sí mismos.

En este medio se da la lucha de los jóvenes del Caribe de habla inglesa por alcanzar una identidad propia. Se creyó que ésta surgiría con la independencia, junto con una cultura, una identidad nacionales, y que éstas, al dar prioridad a la construcción de la nación, fomentarían nuevas actitudes ante el trabajo, la raza, la clase, la religión, la belleza. Esta tarea, por necesidad y compromiso, reuniría los talentos de todos los ciudadanos y le propondría explícitamente lograr la total participación e integración de la juventud con el expreso propósito de aprovechar todos sus recursos humanos. Debido a la falta de visión de sus mayores, es posible que esta alternativa pueda estar cerrándose para los jóvenes del Caribe de habla inglesa.

BIBLIOGRAFIA

- Austin, Diane J. (1983): *Culture and ideology in the English-speaking Caribbean: a view from Jamaica*. American ethnologist, Washington, D.C.
- Beaubrun, Michael (1985): Summary update of position paper on drugs for CARICOM Health Officials Meeting.
- Beckford, George L. (1972): *Persistent poverty: undevelopment in the plantation economies of the third world*. Londres: Oxford University Press.
- Bernard, Jonathan A. (1984): *A programme to combat vagrancy: Trinidad and Tobago, A case history*.
- Best, L.Lloyd (1968): *Outlines of a model of pure plantation economy*. Social and economic studies, No. 17. Mona, Kingston.
- Brathwaite, Edward Kamau (1970): *Folk culture of the slaves in Jamaica*. Londres/ Puerto España: New Beacon Books.
- Braithwaite, Lloyd (1975): *Social stratification in Trinidad: a preliminary analysis*. Kingston: Institute of Social and Economic Research.
- Bryce-Laporte, R. S. (1970): *Crisis, contraculture and religion among West Indians in the Panama Canal Zone*. Whitten y Szwed.
- Burgess, Judith y James-Gray, Meryl (1981): *Migration and sex roles: a comparison of black and Indian Trinidadians in New York City*. Female immigrants to the United States: Caribbean, Latin American, and African experiences. Delores Mortimer y Roy Bryce-Laporte (comp.) RIIES Occasional papers, No.2. Washington, D.C.: Smithsonian Institution.
- CEPAL (Comisión Económica para América Latina y el Caribe) (1985): *Tourism and environmental in Caribbean development with emphasis on the Eastern Caribbean (WP/ETCD/L. 85/2)*. Puerto España: CEPAL, mimeo).
- Cohen, Erik (1984): *the sociology of tourism: approaches, issues and findings*, Annual review of sociology, vol. 10, pp. 373-392.
- Cohen, Robin y Ambursley, Fitzroy (comp.) (1983): *Crisis in the Caribbean*. Nueva York: Monthly Review Press.
- The Commonwealth Secretariat (1970): *Youth and development in the Caribbean: report of the Commonwealth Caribbean Regional Youth Seminar*. Puerto España.
- Craig, Susan (1982): *Sociological theorizing in the English-speaking Caribbean: A review*. Contemporary Caribbean: a sociological reader. Susan Craig (comp.). Maracas, Trinidad y Tobago: The College Press.
- CRESALC/UNESCO (1985): *Higher education in Trinidad and Tobago*.
- Demas, William G. (1977): *Employment strategies and youth movements in the Caribbean*. St. Michael, Barbados: Banco de Desarrollo del Caribe.
- Fanon, Frantz (1963): *The wretched on the earth*. Nueva York: Ballantine Books, Inc.

- Farrel, Trevor (1983): *Decolonization in the English-speaking Caribbean: myth or reality? The newer Caribbean*. Pget, Henry y Carl Stone (comp.) Filadelfia: The Institute for the Study of Human Issues.
- German Development Institute (1982): *Youth and employment in the Lesser Antilles*.
- Hart, Richard (1980): *Slaves who abolished slavery. Blacks in bondage, vol. 1*, Kingston: Institute of Social and Economic Research.
- Henry, Paget y Stone, Carl (comp.) (1983): *The newer Caribbean: decolonization, democracy and development*. Filadelfia: The Institute for the Study of Human Issues.
- Herskovits, Melville J. (1941): *The myth of the negro past*. Boston: Beacon Press.
- Jagdeo, Tirbani, P. (1936): *Myths, misperceptions, mistakes: a study of Trinidad adolescents*. Puerto España: Family Planning Association of Trinidad and Tobago.
- Jagdeo, Tirbani, P. (1984): *Teenage pregnancy in the Caribbean*. Nueva York: Federación Internacional de Planificación de la Familia.
- Kirsch, Henry (1982): *La participación de la juventud en el desarrollo de América Latina*. Revista de la CEPAL, No. 18, Publicación de las Naciones Unidas, No. de venta: S.82.II.G.4, pp. 119-138. Santiago de Chile: CEPAL.
- Klass, Morton (1961): *East Indians in Trinidad: a study of cultural persistence*. Nueva York: Columbia University Press.
- Lauria-Perricelli, Antonio (1984): *Anthropology and the Caribbean*, mimeo.
- Lewis, Gordon K. (1968): *The growth of the modern West Indies*. Nueva York/Londres: Monthly Review Press.
- Makiesky-Barrow, Susan (1976): *Class, culture and politics in a Barbadian Community*, mimeo.
- Manley, Michael (1974): *The politics of change: a Jamaican testament*. Londres: Andre Beutsch Limited.
- Manning, Frank E. (1979): *Tourism and Bermuda's black clubs: a case of cultural revitalization. Tourism: passport to development*. Emanuel de Kadt (comp.). Nueva York: Oxford University Press. Estudio publicado para el Banco Mundial y la UNESCO.
- Martin, Atherton E. (1983): *The situation of youth in the English-speaking Caribbean: an overview of needs, an analysis of problems and suggestions for policy and programme initiatives*. Puerto España: CEPAL, mimeo.
- Mintz, Sidney y Price, Richard (1976): *an anthropological approach to the Afro-American past: a Caribbean perspective*. Filadelfia: The Institute for the Study of Human Issues.
- Naciones Unidas (1986): *Demographic Yearbook, 1984*.
- Nelson, Raoul G. (1986): *Caribbean socio-economic trends between 1974-1984*. Puerto España: CEPAL.

- Nettleford, Rex M. (1979): *Cultural action and social change: the case of Jamaica. An essay in Caribbean cultural identity.* Ottawa: Centro Internacional de Investigaciones para el Desarrollo.
- Nettleford, Rex M. (1970): *Mirror mirror: identity race and protest in Jamaica.* Kingston: Williams Collins and Sangster (Jamaica) Ltd.
- Parris, Carl (1986): *Power and privilege in a small island economy: the case of Trinidad and Tobago, (De próxima aparición en Social and economic studies. Mona, Kingston).*
- Raymont, Henry (1977): *The regional program for the cultural development of the Organization of the American States.* Washington, D.C.: OEA.
- Rubin, Vera y Zavalloni, M. (1969): *We wish to be looked upon.* Nueva York: Teacher's College Press.
- Secretaría de la Comunidad del Caribe (1984): *The Nassau understanding: structural adjustment for accelerated development and integration in the Caribbean Community (HGC 84/5/2/Add.1).* Georgetown, Guyana.
- Smith, M. G. (1965): *The plural society in the British West Indies.* Berkeley, University of California Press.
- Sutton, Constance (1984): *Africans in the diaspora: changing continuities in West Indian and West African sex/gender systems.* Nueva York: New York University, mimeo.
- Wagley, Charles (1957): *Plantation America: a culture sphere.* Caribbean Studies: a symposium. Vera Rubin (comp.) Seattle: University of Washington Press.
- Wilson, Peter J. (1973): *Crab antics: the social anthropology of English-speaking negro societies in the Caribbean.* New Haven y Londres: Yale University Press.



INDICE DE CUADROS

JUVENTUD Y SOCIEDAD EN VENEZUELA

1. Número de Personas por Hogar	41
2. Tipo de Vínculo Familiar (Disuelto-Estable)	41
3. Presencia o Ausencia de las Figuras Parentales	41
4. Edad de la Primera Relación Sexual	41
5. Tasas Brutas de Escolaridad en América Latina	49
6. Venezuela: Tasa de Desocupación por Sexo y Grupos de Edad. (1961, 1971, 1981 y 1984)	59
7. Venezuela: Distribución Porcentual de la Fuerza de Trabajo por Nivel Educativo, Sexo y Situación Ocupacional. (1971, 1981 y 1984.)	59
8. Venezuela: Tasa de Desocupación de la Población Económica Activa Según Nivel Educativo (1971, 1981 y 1984)	60
9. Tasas de Actividad Económica de la PEA Total y PEA Juvenil por Sexo	61
10a. Venezuela: Población Ocupada Total y Juvenil por Actividad Económica y Sexo. (1961) -porcentajes-	64
10b. Venezuela: Población Ocupada Total y Juvenil por Actividad Económica y Sexo. (1971) -porcentajes-	64
10c. Venezuela: Población Ocupada Total y Juvenil por Rama y Actividad Económica y Sexo. (1981)	65
10d. Venezuela: Población Ocupada Total y Juvenil por Rama y Actividad Económica y Sexo. (1984)	65
11. Venezuela: Evolución del Empleo de Trabajadores Asalariados. (1950-1982)	66
12. Venezuela: Población ocupada de 15 y Más Años por Ramas de Actividad y Nivel Educativo. (1984) -porcentajes-	68
13. Caracas, Area Metropolitana: Menores Intervenidos. - Por la Policía Técnica Judicial- (1983-1984)	82
14. Venezuela: Población Menor de 18 Años. (1983-1984)	84

LA CUESTION JUVENIL EN COSTA RICA

1. Indicadores de Empobrecimiento (1978=100)	108
2. Distribución del Ingreso	108
3. Costa Rica: Cambios Significativos en las Tendencias Económicas y Sociales	110
4. Población Total por Años Calendario Según Sexo (Período 1980-2000)	113
5. Costa Rica: Presentación Semitabular de Datos Complementarios	113
6. Tendencias Demográficas y de Condiciones de Salud y Educación	114
7. Tasas de Empleo de la Población Total del País (Julio 1977 a Julio 1982)	120

8. Tasa de Desocupación de la PEA Según Diversos Grupos de Edad (1984)	121
9. Horas Semanales Trabajadas por Jóvenes de 15-24 Años	122
10. Matrícula Inicial por Niveles de Enseñanza y Horario (1970-1985)	123
11. Matrícula Según Niveles Educativos (1984)	124
12. Tasas Brutas de Escolarización por Niveles de Enseñanza. (1970-1985)	125
13. Costa Rica: Estadística de la Educación Superior (1975, 1977, 1980, 1983)	126
14. Costa Rica: Tasa de Escolarización en Educación Superior Pública (1971-1982)	126
15. Gasto del Gobierno Central en Educación (1971-1981) (en millones de colones)	128
16. Población Penal - Total de Internos por Grupos de Edad y Sexo	134
17. Frecuencia de Ingresos a Prisión Según Grupos de Edad	134
18. Entrevistas Según Edad Cumplida y Edad de Inicio en la Prostitución	135

JUVENTUD Y SOCIEDAD EN HONDURAS

1. Honduras: Distribución Porcentual de la Población por Sexo y Grupos de Edad (1950, 1961 y 1974)	148
2. Honduras: Distribución de la Población Según Grandes Grupos de Edad (1950-1983)	149
3. Honduras: Población Urbana y Rural por Grupos de Edad y Sexo. (1983) -Porcentajes-	150
4. Honduras: Tasa de Migración por Departamento (1974) -Por mil-	151
5. Honduras: Migración Rural Urbana por Grupos de Edad (1984)	152
6. Honduras: Número de Matrimonios Según Edad del Esposo y de la Esposa (1983)	153
7. Honduras: Número de Nacidos Vivos Según Edad del Padre y de la Madre (1983)	154
8. Honduras: Número de Nacidos Vivos Según Edad de la Madre y Tasa de Fecundidad (1983)	155
9. Honduras: Algunos Indicadores Demográficos Proyectados -Porcentajes-	155
10. Honduras: Proyecciones de la Población Joven Según Grupos de Edad (1978-1983)	156
11. Niveles de Alfabetización, en porcentaje de la población del mismo grupo de edad y del mismo sexo (1974)	157
12. Población Económicamente Activa, 10 años y más, por sexo 1974 (en miles de habitantes)	157
13. Población Escolar Según Niveles Educativos (1981-1983)	160

14. Honduras: Porcentaje de Población Económicamente Activa Agrícola y no Agrícola por Grupo de Edad y Sexo	167
15. Porcentaje de Asalariados y de no Asalariados de la Población Económicamente Activa, por Sexo y Edad Alrededor de 1970	170
16. Porcentaje de Trabajadores por Cuenta Propia de la PEA por Sexo y Edad, Alrededor de 1970	170
17. Distribución de la Población Económicamente Activa por Categoría de Ocupación, Sexo y Edad 1970	172
18. Evolución de la Población Rural-Urbana	172
19. Población Económicamente Activa por Ramas de Actividad (1979)	173
20. Ingresos y Promedios del Jefe de Familia Según Sexo (Barrios Marginales, Tega, D.C.) 1984	175
21. Población Activa por Grupos de Edad (En porcentaje; Barrios Marginales, Tega, D. C.) 1984	175
22. Población Activa por Grupos Ocupacionales Según Grupo de Edad (En Porcentaje) Barrios Marginales, TEGA, D. C. 1984	177
23. Ingreso Promedio Mensual Según Categoría de Ocupación (Barrios Marginales, TEGA, D. C. 1984)	177

INFORME DE LA SITUACION DE LA JUVENTUD EN NICARAGUA

1. Edad y Sexo de los Participantes en la Guerra -Combatientes Muertos-	190
2. Ocupacion de los Participantes en la Guerra -Combatientes Muertos-	191
3. Nicaragua: Magnitud de la Destrucción/Descapitalización en los dos Años Anteriores a 1979 -Millones de dólares_	194
4. Nicaragua: Evolución de la Matrícula Escolar. 1979-1984 -miles de alumnos-	196
5. Nicaragua: Distribución de la Matrícula Universitaria. 1979 y 1984	196
6. Estructura del Producto Interno Bruto (PIB). 1984	201
7. Estructura de la Producción Agrícola por Sector de Propiedad y Cultivo -Porcentajes del PIB-	201
8. Nicaragua: Estructura de Tenencia de la Tierra. 1978 y 1985 (Porcentajes sobre la superficie total)	202
9. Costos Materiales de la Agresión a Nicaragua. 1980/1985	204
10. Costos Sociales de la Agresión Militar Contra Nicaragua	205
11. Nicaragua: Algunas Variables Demográficas. 1980, 1985 y 2000	206
12. Nicaragua: P.E.A. Urbana y Rural de 10 y más Años -miles de personas-	206

13. Nicaragua: PEA Total, Joven y Femenina -Tasas medias anuales de crecimiento-	207
14. Nicaragua: Participación de la Población de 15 a 24 Años en la PEA segun Area Urbana y Rural. 1970, 1980 y 2000 -Porcentajes-	207

JUVENTUD Y SOCIEDAD EN REPUBLICA DOMINICANA

1. Evolución Global de la Población 1920-1981	212
2. Tasas Brutas de Mortalidad y Fecundidad Según Quinquenios 1950-1980	212
3. Estructura de la Población por Grupos de Edades (Distribución Porcentual)	213
4. Población de Localidades Urbanas, Según Tamaño	215
5. Niveles de Fecundad Según Zona de Residencia	215
6. Población por Sexo y Porcentaje de Incremento Poblacional en el Período Intercensal, Según regiones, Subregiones y Provincias, Censos de 1970 y 1981	216
7. Distribución Porcentual de la Población por Area de Residencia Según Grandes Grupos de Edades y de la Provincial del Distrito Nacional 1981	218
8. Emigración de Dominicanos a Estados Unidos	219
9. Distribución Porcentual de la Población de 5 años y más según Nivel de Instrucción, por Sexo, 1960, 1970, 1981	222
10. Población de 5 Años y Más por Asistencia Escolar y Sexo Según Nivel Educativo 1981	223
11. Distribución Porcentual de la Población de 5 a 29 Años por Zona Según Sexo y Asistencia Escolar, Censo de 1981	223
12. Distribución de la Población de 10 Años y Más por Zona de Residencia, Según Condición de Alfabetismo (Valores absolutos en miles de personas)	224
13. Distribución porcentual de la Población de 10 Años y Más por Zona de Residencia, Según Condición de Alfabetimo	224
14. Porcentaje de Repitencia en los Tres Primeros Años de Primaria Según Zona de Residencia	225
15. Porcentaje de Analfabetos por Sexo, Según Grandes Grupos de Edad	226
16. Tasas de Actividad, de la Población de 15 años y Más Según Grandes Grupos de Edades y Sexo. 1960, 1970, 1981	238
17. Tasas de actividad por Grupos de Edad y Sexo. 1980	239
18. Tasas de Desempleo de la Población Económicamente Activa de 15 Años y Más, Según Grandes Grupos de Edades y Sexo. 1970, 1981	240
19. Tasas de Desempleo de la PEA por Grupos de Edad y Sexo 1980	240

20. Evolución de la Población Ocupada, Según Sector de Actividad. Santo Domingo, 1980-1983	242
21. Distribución Porcentual de la Población Económicamente Activa Total y Joven, Según Categoría Ocupacional 1960, 1970, 1981	243
22. Distribución Porcentual de la Población Económicamente Activa Total y Joven, por Zona de Residencia Según Categoría Ocupacional 1981	244
23. Distribución Porcentual de la Población Económicamente Activa Total y Joven, Según Categoría Ocupacional 1960, 1981	245
24. Distribución Porcentual de la PEA, por Sexo, Según Ocupación y PEA total o Joven, 1960, 1970, 1981	247

LA JUVENTUD DE LOS PAISES DEL CARIBE DE HABLA INGLESA: EL COSTO DEL DESARROLLO DEPENDIENTE

1. Trinidad y Tobago: Tasas de Desempleo por Edad y Sexo. 1984-1985	279
2. Región del Caribe (Algunos Países): Tasas de Desempleo Juvenil por Grupo de Edad, 1980-1982	280



INDICE GENERAL

PRESENTACION	5
I. EL CARACTER MULTIPLE DE LA CONDICIÓN JUVENIL	5
II. EL ESPACIO HISTORICO DE LA JUVENTUD: SEMEJANZAS Y DIFERENCIAS	8
III. EDUCACIÓN, POLÍTICA Y FAMILIA: ASPECTOS CRÍTICOS	14
IV. NICARAGUA: LA JUVENTUD COMO FUERZA SOCIAL E IDEOLOGICA	20
V. LA INTERNACIONALIZACION DE LA CULTURA JUVENIL	21
BIBLIOGRAFIA	23
 JUVENTUD Y SOCIEDAD EN VENEZUELA	
INTRODUCCION	25
1. Una acotación sobre el concepto de juventud	25
2. Juventud y sociedad en Venezuela	28
3. Una hipótesis sobre la juventud venezolana actual	29
I. LA EVOLUCION DEMOGRAFICA Y LA DIMENSION DE LA JUVENTUD	31
1. La población venezolana actual	32
2. La transformación urbana y los jóvenes	33
3. Una tendencia reciente	34
II. LA FAMILIA Y LOS JOVENES	35
1. De la familia tradicional a la moderna	35
2. Un agrupamiento inédito: la “familia de alto riesgo”	36
3. De la familia extendida a la nuclear	38
4. El joven socializado en la transición	39
5. La familia del joven actual	42
a. Nupcialidad	42
b. Fecundidad	43
c. Estabilidad del grupo familiar	43

d. El hogar que forma el joven de hoy	44
e. La tendencia dominante	44
III. LA EDUCACION DE LOS JOVENES	44
1. El ciclo de expansión: modernización y estilo educativo	46
a. La polarización entre los no educados y los educados	49
b. La educación deficitaria y exclusión	50
c. La polarización entre los peor y los mejor educados: los circuitos de escolarización	51
2. Los más educados: la emergencia de una élite moderna	54
3. Los estudiantes y la política	56
IV. LA JUVENTUD Y EL TRABAJO	57
1. La ocupación de los jóvenes	58
a. Educación y ocupación	58
b. Sexo y ocupación	61
c. Empleo juvenil y ramas de actividad	62
2. Educación y empleo por ramas de actividad	67
V. EL IMPACTO CULTURAL DE LA MODERNIDAD EN EL MODO DE VIDA DE LOS JOVENES	69
1. El desplazamiento de los centros de socialización de los jóvenes	69
2. Jóvenes y contracultura	70
3. El significado del cambio cultural	72
VI. EL ESTADO Y LAS POLITICAS PARA LA JUVENTUD	72
1. Del asistencialismo a la promoción	72
2. La juridicidad como discurso relevante	74
3. Modernidad y racionalidad planificadora	75
a. Ministerio de la Juventud	77
b. La acción privada en relación con la juventud	79
4. Estado, juventud, delito y drogas: una cultura de la transgresión	80
a. Juventud y drogas	80
b. Juventud y delito	83
VII. LA POLITICA Y LA PARTICIPACION DE LOS JOVENES	86
1. Sociedad, crisis de gobernabilidad y participación	87
2. Los jóvenes y la crisis de gobernabilidad	88

VIII. CONCLUSIONES	89
1. El difícil escenario de los años 80	89
2. La reducción del rol del Estado	90
3. La democratización de la educación	90
4. La tensión del empleo	92
5. El comportamiento político	93
6. La sociedad dominante y los jóvenes	93
BIBLIOGRAFIA	95

LA CUESTION JUVENIL EN COSTA RICA

INTRODUCCION	101
I. EL ESCENARIO SOCIAL DEL JOVEN	104
II. LA JUVENTUD Y LAS TENDENCIAS DEMOGRAFICAS	112
III. EL TRANSITO HACIA EL MUNDO ADULTO: EL TRABAJO	117
IV. EDUCACION, REPRODUCCION SOCIAL Y CAMBIO	122
1. Los impactos de la modernización reciente	129
V. LA ESCENA POLITICA: LAS FORMAS JUVENILES DE PARTICIPACION	136
CONCLUSIONES Y PERSPECTIVAS	139
BIBLIOGRAFIA	143

JUVENTUD Y SOCIEDAD EN HONDURAS

I. INTRODUCCION	145
II. LA POBLACION JOVEN Y EL MARCO GEOGRAFICO EN HONDURAS	147
1. Tendencias de crecimiento de la población joven	149
2. Distribución urbana-rural de la población joven	149
3. Estructura Familiar	152
III. LA POBLACION JOVEN Y LA EDUCACION	156
1. La política educacional en Honduras	158
El sistema educativo en Honduras	160
IV. LA POBLACION JOVEN Y SU INSERCIÓN EN EL PROCESO PRODUCTIVO	166

V. LA JUVENTUD HONDUREÑA Y SU PARTICIPACION POLITICA	178
1. Las fuerzas políticas emergentes	179
CONCLUSIONES	181
BIBLIOGRAFIA	183

INFORME DE LA SITUACION DE LA JUVENTUD EN NICARAGUA

INTRODUCCION	185
I. EL CONTEXTO	187
II. LA CONDICION JUVENIL EN SITUACION DE CRISIS	190
1. La participación joven en la crisis	190
2. La juventud como fuerza social	192
III. La JUVENTUD EN EL NUEVO CONTEXTO	194
1. Consideraciones sobre la educación	195
2. El ámbito de la producción	198
IV. EL LLAMADO DE LAS ARMAS	202
CONCLUSIONES	206
BIBLIOGRAFIA	208

JUVENTUD Y SOCIEDAD EN REPUBLICA DOMINICANA

INTRODUCCION	209
I. LA JUVENTUD EN LA POBLACION DOMINICANA	211
1. Determinantes de la evolución demográfica	211
2. El proceso de urbanización	214
3. Movimientos migratorios	216
II. NUEVAS FUNCIONES DE LA EDUCACION	221
1. Expansión del aparato educativo	221
2. La encrucijada de la universidad	228
III. LA JUVENTUD EN EL MUNDO DEL TRABAJO	236
IV. EFECTO DE LA EVOLUCION FAMILIAR	248
V. CAMBIOS DE VALORES Y DE REFERENCIAS POLITICAS	260
VI SUGERENCIAS PARA LA ACCION	265
BIBLIOGRAFIA	267

**LA JUVENTUD DEL CARIBE DE HABLA INGLESA:
EL ALTO COSTO DEL DESARROLLO DEPENDIENTE**

INTRODUCCION	269
I. ANTECEDENTES SOCIALES Y CULTURALES	271
II. ASPECTOS SOCIOECONOMICOS	276
1. Desempleo y subempleo	278
2. Los efectos del turismo	282
3. Educación	284
4. Salud	286
5. Vivienda	289
6. Familia	289
7. Mujeres jóvenes	291
8. Cultura e identidad de los jóvenes	292
BIBLIOGRAFIA	295
INDICE DE CUADROS	299
INDICE GENERAL	305



**Impreso en los talleres de
Imprenta y Litografía VARITEC S.A.
San José, Costa Rica
en el mes de febrero de 1989
su edición consta de 1000 ejemplares.**

